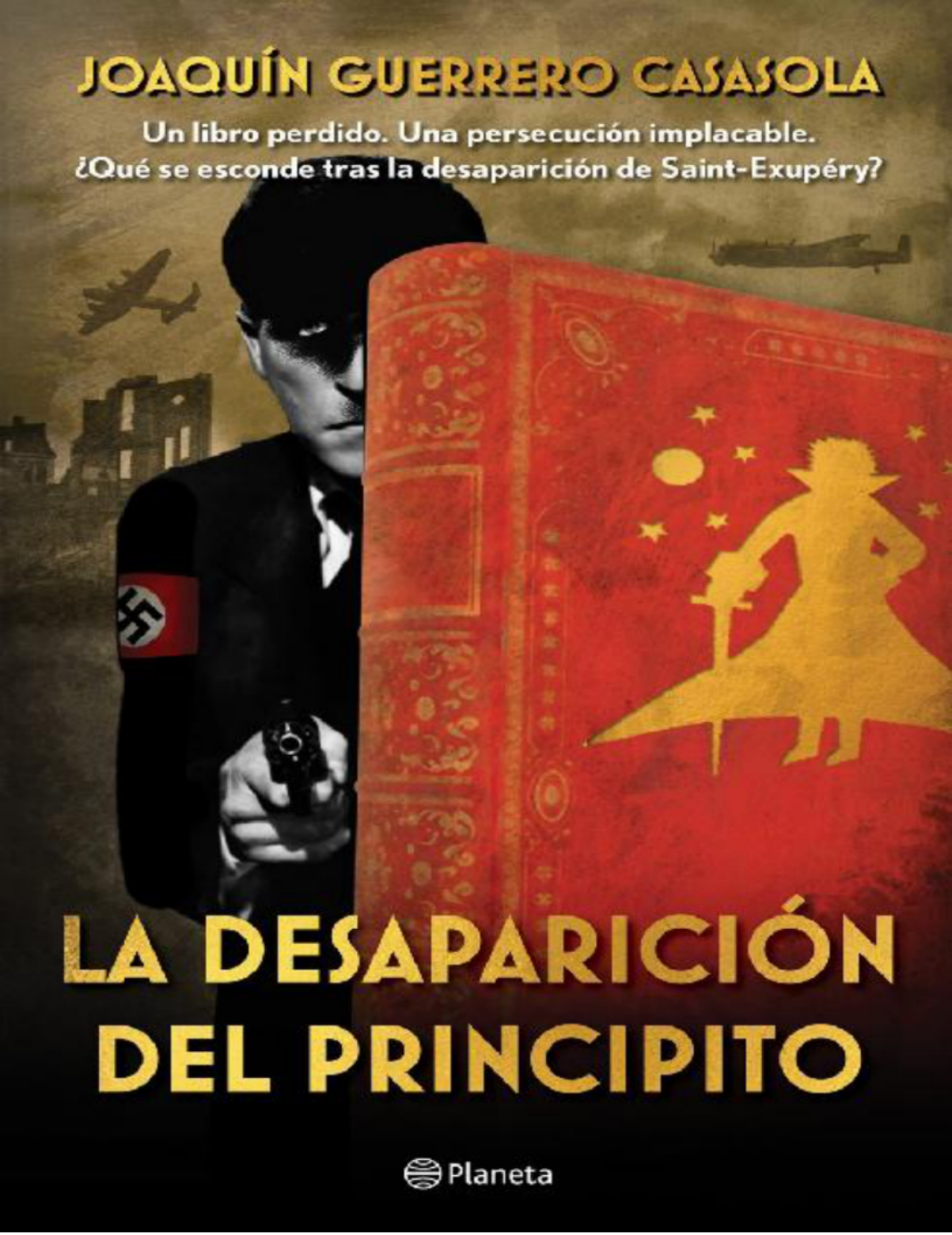
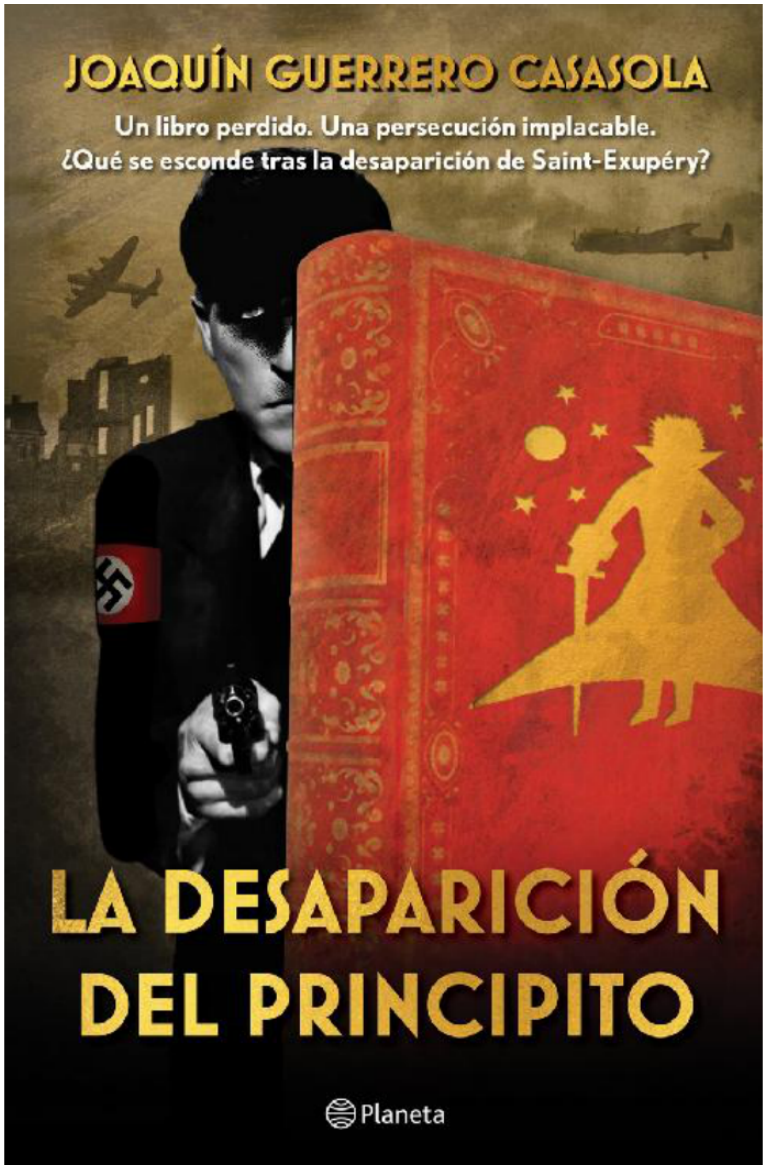

JOAQUÍN GUERRERO CASASOLA
Un libro perdido. Una persecución implacable.
¿Qué se esconde tras la desaparición de Saint-Exupéry?
LA DESAPARICIÓN DEL PRINCIPITO
Planeta

-


JOAQUÍN GUERRERO CASASOLA
Un libro perdido. Una persecución implacable.
¿Qué se esconde tras la desaparición de Saint-Exupéry?
LA DESAPARICIÓN DEL PRINCIPITO
Planeta

JOAQUÍN GUERRERO CASASOLA

LA DESAPARICIÓN DEL PRINCIPITO

Planeta

-

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

1

Mi gato no tenía nombre. Ni uno gracioso como Pirinola, ni inquietante como Satanás. Tampoco me pasó por la cabeza ponerle Picasso, Elvis o Buda. Él solo era eso, Gato. Uno como tantos, negro de ojos verdes. No puedo decir que hiciera cosas especiales como cuentan los dueños de otros felinos (de quienes no tengo por qué dudar); este hacía lo que cualquiera: comer, acicalarse, dormir por horas y jugar cuando se le daba la gana. Murió también, por desgracia, como muchos; algún vecino lo envenenó porque hacía escándalo en las azoteas o tal vez porque pensaba que su jodida mala suerte (la del vecino) se debía al color de Gato.

Me dejó completamente solo.

Sé que decir esto habla mal de mí. ¿Qué clase de sujeto eres si tu vida gira en torno a una mascota que ni siquiera tiene nombre? ¿Acaso no puedes ser un poquito normal, Aurelio? Cosa difícil. Provengo de una familia maldita. Le ajusta aquello de «morir por estar en el lugar equivocado, a la hora equivocada».

Algunos ejemplos. Alejo Lima, mi bisabuelo, era uno de los dos mexicanos que tuvieron camarote en el *Titanic* (comienzo por un ejemplo fuerte, ¿a poco no?); el otro pasajero fue don Manuel Uruchurtu, al que mi bisabuelo servía como su fiel lacayo. De don Manuel algo se puede encontrar en las hemerotecas, como que estuvo en el gabinete de Porfirio Díaz; de Alejo Lima, su nombre y su vida quedaron sepultados en las gélidas aguas del océano Atlántico aquella noche del 14 de abril de 1912.

Alejo Lima, mi abuelo, vendedor de lotería, se entera de que en el café La Bombilla está el expresidente Álvaro Obregón. «¿Qué tal que me compra el "cachito de la suerte"?», se dice entusiasta. Va con una sonrisa a flor de labios hacia su mesa que está en el jardín y de pronto… ¡Bang, bang, bang! Y más ¡bang, bang, bang…! Seis disparos a quemarropa. Un sujeto, que luego se reconocería como José de León Toral, acaba de vaciarle la pistola a Obregón tras mostrarle una caricatura que le dibujó para sacarle una sonrisa. Pero no

todos los disparos dan en el blanco; si Obregón hubiera tenido esa mano derecha en lugar de un muñón, la bala no habría pasado de largo hasta impactar en una rodilla de Alejo. A quién le importa, ¿cierto? Su nombre ni siquiera ocupó un rincón en los periódicos de aquel 17 de julio de 1928. El pobre quedó rengo y tuvo que dejar de vender lotería en las calles. La buena suerte parece sonreírle porque enseguida consigue trabajo de mozo en la librería de un alemán en la calle Donceles; pero dieciséis años después, al salir de la librería, un par de agentes de la Secreta cargan con él y le dan una paliza de Dios Padre y Espíritu Santo (las razones no se saben); muere a las pocas horas, reventado por dentro.

Alejo Lima, mi padre querido, abre los ojos de madrugada y le dice a mamá: «¡Carajo, Raquel, el encendedor de mi patrón, me lo dejé en la mudanza!». (Acabábamos de cambiarnos de casa). El hombre salta de la cama y comienza a vestirse; mamá le dice que ya se lo devolverá después, pero papá tiene en alta estima a su jefe, dueño de una farmacia (tanto como su padre se la tuvo al dueño de la librería; los Lima siempre fueron de respetar al patrón, y en eso sí cambiaron las cosas: yo solo obedezco por la pura paga). «¡No tardo, Raquel!», fueron sus últimas palabras. Hay que imaginar el resto: papá entra al departamento vacío en Tlatelolco, busca el encendedor, las paredes empiezan a sacudirse y a crujir… Al igual que los nombres del bisabuelo y el abuelo, el de papá no figura en ese viejo periódico que dice: «Terremoto sepulta al país, 19 de septiembre de 1985».

Hay algo interesante escondido en los números; el bisabuelo nació en 1872 y murió en 1912, el abuelo en 1905 y colgó los tenis en el 45, y papá nace en ese año y muere en el 85. Todos rondaban los cuarenta… justo los años que estoy por cumplir.

Cierta ocasión, un tío materno, poniéndome una mano en el hombro, me dijo: «Aurelio, qué bueno que no te llamas Alejo». Su mujer opinó: «No hay que cantar victoria, los dos nombres comienzan con A».

De la familia de mi madre, los Perea, no diré demasiado; han sido tan grises como las calles y, también como las calles, todo el mundo escupe en ellos. Los pobres no son gente que goce de buena salud, la mayoría cumple aquello de «vive rápido, muere joven y deja un bonito cadáver». Aunque habría que hacer ajustes y decir: «Viven lento, mueren jóvenes y sus cadáveres son como los de cualquiera».

Cuando Gato murió, terminé por aficionarme a los libros. Pudo ser a cualquier cosa, menos a las mujeres y los vicios porque para eso me falta carácter. Primero intenté con el cine, luego con la televisión y después empecé a coleccionar monedas antiguas. Pero el cine hay que ir a verlo y me incomoda la gente, la televisión es estúpida y las monedas, monótonas.

Fue una tarde, haciendo limpieza, que encontré aquella caja con varios

libros amarillentos y polvosos, todos con el sello del dueño de la librería: Clásicos Fenzer. No creo que mi bisabuelo se los birlara; seguro el alemán se los obsequió o él los compró con su paga. Al menos eso quiero pensar.

Esa misma tarde me zumbé *Noches blancas* de Dostoyevski y acabé demolido como un idiota por el amor del narrador hacia Nástenka. Entre lágrimas vivas me dije: «¡Carajo, Aurelio, encontraste una afición!». Luego me pregunté: «¿Llorar?». Y rompí a reír como un loco.

A partir de entonces creció la lista. Géneros como la ciencia ficción, terror, infantil, realismo, realismo mágico, realismo sucio, fantástico… Autores como Balzac, Unamuno, Poe, Kafka, las hermanas Brontë, Hemingway, Bukowski, Orwell, Cortázar, García Márquez, Garro, Sabato. Hasta que, como quien empieza por vinos exquisitos y termina metiéndose el alcohol del botiquín, me seguí con libritos del salvaje Oeste norteamericano, policiacos y sentimentales, comprados a precio de risa en esas librerías que aún subsisten en las calles de Donceles. Llegué más lejos: los hojeaba y los devolvía a su sitio, apilados en un estante al tres por uno o en su postura vertical en los anaqueles. ¿No quería gastar? Nada de eso. No gano las perlas de la virgen en mi extraño empleo (ya hablaremos de eso), pero tampoco tengo familia que mantener. ¿Qué fue entonces?

Descubrí que la lectura solo es una parte del placer; otra, igual de poderosa, se produce al pensar que ese libro en concreto ya ha sido visto, tocado y leído por un lector desconocido, atrapado igual que uno por esas mismas palabras. Un lector quizá diferente en raza, sexo, credo o época vivida, incluso distinto en lo que el libro pudo hacerle sentir. ¿No significa esto ser cómplice de ese desconocido? ¿No es entonces el libro un puente de páginas entre dos almas que estarán unidas por el puente y no por otra cosa?

Lo sé, suena absurdo, tanto como que Gato murió sin un nombre y que cuarenta puede ser un número fatal. No siete, ni trece, cuarenta…

Carajo, se hace tarde, tengo un servicio. «El escenario muerto del crimen espera», es el mensaje que mi colega Efrén me envía al teléfono. Así le decimos en broma al lugar del trabajo.

Me habría gustado quedarme a leer en casa. Llueve.

2

Brune Müller se había agenciado una caja de fósforos a cambio de una maquinilla de afeitar, que a su vez consiguió de un soldado inglés en el trueque de su esvástica de metal. La maquinilla había pasado de mano en mano por tantos prisioneros que, más que rasurar, mordía la piel. Ahora, a la medianoche, con la caja de fósforos lo único que pretendía era el calor de un consuelo fugaz. Se hizo ovillo entre los cuerpos hacinados al aire libre en aquel campo de concentración al oeste de Kripp y sacó la caja de fósforos de entre su ropa, junto con el libro que tiempo atrás le había dado el piloto francés; vino a su mente el momento preciso en el que el libro aún no pasaba de unas manos a otras y ambos lo tuvieron sujeto y se miraron a los ojos; los del francés a medio párpado, algo anfibios, cargados de emociones contradictorias, cansancio, tristeza, simpatía y un toque de furia en extinción. Hacía ya más de ocho meses de aquello, ocho meses en los que la historia dio un vuelco total, y ahora él, Brune Müller, se veía en las mismas circunstancias que el francés, peores quizá, porque al menos los franceses y los rusos y los estadounidenses y los aliados de otros países (¡Dios! ¡Eran tantos!) en aquel tiempo tenían esperanzas de salir victoriosos. En cambio, ahora, la derrota de Alemania era un hecho irrefutable. No habría una siguiente batalla, un plan B de Hitler; solo le quedaba sobrevivir en Kripp, no para ser rescatado, sino para obtener, de ser posible, el perdón, y regresar al mundo y vivir unos años más, lleno de rencor y vergüenza por la derrota.

Sus manos frías se deslizaron por las tapas del libro. Las palabras del francés cruzaron por su mente: «De alguna forma, lo que es tuyo siempre termina volviendo a tus manos…». Fueron el epílogo de aquellas charlas que sostuvieron cuando a Müller le comisionaron vigilar al prisionero mientras averiguaban quién demonios era; por lo pronto, lo llamaban Jacques Cazotte y después, cosa que aún hacía sonreír a Müller en medio de su desgracia, el falso Jacques Cazotte.

Como casi todo acontecimiento de la guerra, Cazotte se volvió medio

sueño, medio irrealidad; la única prueba de haberlo conocido era ese libro no muy grande, más bien angosto y curiosamente escrito en español, un idioma que el francés apenas conocía. Un libro que también estaba por desaparecer. Müller lo colocó entre sus rodillas, raspó un fósforo y acercó la llama a las páginas. Le preocupaba el tono cerúleo de sus dedos. El frío extremo, escuchó decir a algún médico, prisionero como él, detiene la sangre, y una sangre que no circula bien es caldo de cultivo para las bacterias y el anuncio de la gangrena. Ese poquito de calor le sería de ayuda.

Acercó un segundo fósforo (el primero estaba húmedo) y una fogata de gran intensidad estalló en su recuerdo: era la quema de libros en Opernplatz en el año 33, aplaudida por universitarios como él. Se veía a sí mismo aullando animalescamente, burlándose de los mayores, a quienes aquello les parecía excesivo. «Al enemigo se le combate con las mismas armas: ideas con ideas, guerra con guerra; no ideas con guerra ni libros con fuego», sentenciaban. Días después, Müller llegó a escuchar que el número de libros quemados había sido de más de treinta mil. ¡Qué bien! ¡Al infierno con todos esos autores que, escondidos en la prestidigitación de las palabras, adulteraban el idioma alemán y sembraban conceptos tan aberrantes como el deseo infantil por la madre o el materialismo histórico, un cúmulo de absurdos cuya verdadera intención era embrutecer y degenerar a la raza alemana!

Con el vigor de sus veintitrés años, Müller trepó a una tarima en la cervecería de la Unter den Linden y gritó a voz en cuello: «¡No solo acabamos de quemar libros sino las palabras que contienen, y detrás de esas palabras a quienes las pensaron, su peste, su lepra, su tuberculosis ideológica! ¡Ya se cuidarán de no escupir más enfermedades, de no escribir más mierda!».

Con igual alegría estridente escucharía después a Joseph Goebbels, ministro de Propaganda, arengar: «El triunfo de la Revolución alemana nos ha demostrado cuál será el camino de Alemania y del futuro hombre alemán. No será un hombre de libros sino un hombre de carácter; en tal perspectiva y con tal fin queremos educarlos. Queremos educar a los jóvenes para que tengan el coraje de mirar directamente a los ojos impiadosos de la vida. Queremos educar a los jóvenes para que repudien el miedo a la muerte con el fin de conducirlos a respetar la muerte…».

El fuego abrasador de los libros en Opernplatz, el de sus propias palabras en la cervecería y las de Goebbels, se extinguió de golpe en ese Kripp pestilente, nutrido de prisioneros cuyos ruidos de agonía y temor contrapunteaban con el dulce vaivén de las cercanas aguas del Rin. Entonces las orillas del libro comenzaron a arder. Müller rompió a llorar.

3

Efrén insistió en contarme la bronca con su mujer y yo bostecé. Sus ojos resentidos me dijeron: «Llevamos años haciendo un trabajo de mierda, que tal vez ni tres cuartas partes de la humanidad serían capaces de hacer, ¿y tú bostezas cuando te cuento algo que me está partiendo en dos, Aurelio?».

No me quedó otra que prestarle atención. Así que siguió hablando y hablando de su hermano Blas y de Amanda, y de que tenían un amorío. Su voz se oía más sombría que los truenos que retumbaban en el cielo mientras íbamos a vuelta de rueda por las calles y el limpiaparabrisas de la camioneta barría inútilmente la lluvia tenaz.

—Me dan ganas de matarlo, pero es mi hermano. En qué cabeza cabe…

—¿En la de Caín?

—¿Qué Caín?

—Caín y Abel.

—Caín y Abel no existieron. Es un invento.

—¿Por qué iban a inventar algo así?

—Porque había que encontrar la forma de quitarles lo salvaje a las gentes de ese tiempo, ¿no has leído cómo eran? Fornicaban cada siete segundos, mataban solo porque los mirabas, comían hasta sus propios vómitos con tal de no dejar nada en el plato. El único remedio fue decirles que Dios estaba que trinaba de furia porque un hermano mató al otro.

—¿Con una quijada de burro?

—Sí, señor, con una quijada de burro.

—¿De dónde la sacó? ¿Por qué había una quijada de burro a la mano, Efrén? ¿Por qué no una piedra o un palo?

Me miró con desesperación y espetó:

—Sucedió en un desierto, ¿de acuerdo? Por todas partes había burros muertos.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Además, en el fondo es mentira, no sucedió; es una

invención. Tú que lees tantas novelas deberías saber que los escritores te doran la píldora para que les creas el cuento; además, el tema no era ese. El tema es que Blas se acuesta con mi mujer, y según Dios y yo debería morir, pero no puedo matarlo con mis propias manos. A veces pienso que debería contratar a un asesino, aunque igual me descubren porque no hay crimen perfecto…

—El *Crimen perfecto*, de Frederick Knott. Un hombre contrata a un sicario para que mate a su esposa, pero inesperadamente la esposa mata al sicario y se convierte en sospechosa. Ya nadie piensa en el marido.

—¿Sabes algo, Aurelio? Eres lo que los loqueros llaman un disfuncional. ¡Al carajo tus putas novelas! Te estoy contando algo serio y tú me sales con una pendejada de ese tamaño. ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Mierda?

No dije más. Me miró de reojo, quizá pensando que me sentía ofendido, pero yo más bien prestaba atención al tránsito. Caos total en la ciudad, como en esas novelas desesperantes que no acaban de tener un buen final, como los *Obsesivos días circulares* de Sainz. Llegaríamos tarde, el Gordo Sandoval lo tomaría de pretexto para descontarnos horas; no sería la primera vez que nos pellizcaba dinero, había agarrado esa costumbre.

—¿Qué piensas, Aurelio?

¿Pensar? Lo único que quería era llegar al sitio indicado, cumplir la faena diligentemente, regresar a casa a eso de las diez y leer *La última galopada* de Thomas Edison, mientras comía un sándwich de atún; era lo que comía casi todo el tiempo, agarré esa costumbre porque era fácil abrir una lata para mí y otra para Gato. En fin, que esa era mi única pretensión y acaso a ratos mirar un trozo de ciudad por la ventana, hasta que me ganara el sueño. No era mucho pedir, ¿cierto?

—Suéltalo ya, ¿qué piensas?

—Es tu vida, colega.

—¡Dilo ya, con un carajo!

Me acorraló, así que lo dije:

—Opino que tu mujer te engaña porque eres tacaño.

—¿Cómo?

—Siempre me has dicho que Blas carga mucho dinero, quizá no le escatima a tu esposa buenos restaurantes y hoteles, donde la lleva a pegar gritos de placer. A las mujeres les gusta ese tipo de cosas. A cualquiera, en realidad. Una buena cena, cocteles, conversación divertida y a coger que da gusto... Oye, mira —señalé feliz—, ¡se despejó el tránsito!

Escuché su silencio, el ruido del motor de la camioneta y el de la lluvia repiqueteando en la carrocería. Frente a nosotros se veían los fanales de un auto, y a los lados, otros más. La gente cruzaba apresuradamente. Gente extraña que tenía su propia vida. Gente que me importaba un bledo. Yo siempre pensaba ese tipo de cosas, que el mundo entero me importaba un

bledo. Aunque luego me decía: «Oye, Aurelio, esas personas valen poco para ti, pero tienen sentimientos, ¿sabes? Quizás hasta sean seres humanos estupendos, incluso ángeles disfrazados de gente».

Y entonces me sentía vacío.

El celular vibró en el asiento. Respondí. Era el Gordo Sandoval, preguntando dónde carajos andábamos.

—Ya cerca —respondí.

—¿Dónde es ya cerca?

—Colonia Anzures.

—¿Qué calle?

—Cerca del edificio.

—¡Si no los veo en veinte minutos les canceló el puto servicio! ¿Oíste? Díselo también al pinche negro.

—Vamos para allá.

Bajé el teléfono.

—¿De qué te quieres encargar hoy, colega? —le pregunté a Efrén, que me miraba fijamente—. ¿Tú dormitorios, yo baño y cocina, y al final los dos el salón?

—Me quiero encargar de esto —replicó acremente—, y quiero que lo escuches muy pero que muy bien, Aurelio. No vuelvas a dirigirme la palabra en tu puta vida. Eres el peor amigo que conozco. No soy tacaño, soy ahorrador. ¿Te queda claro?

Detuve la camioneta. Bajó, lo escuché sacar el equipo. Fui por lo mío: overol, tapabocas, guantes, pero la aspiradora pesaba lo suyo y debíamos cargarla entre los dos. El orgullo lo hizo llevársela él solo hasta el edificio.

—Tráete lo demás —ordenó.

—De acuerdo, Efrén.

—¡Te dije que no volvieras a dirigirme la palabra, mierda! —bufó.

Subí detrás de él, oyéndolo hacer esfuerzos al cargar la máquina, pero yo calladito; él lo había pedido.

Lo mejor era que ningún vecino se asomara y se inquietara al vernos ahí, así que apenas di unos golpecitos a la puerta, para cerciorarme de que se tratara del 703 y no del 307 o algo así y la persona se llevara una sorpresa desagradable con dos tipos cubiertos hasta las narices. El Gordo Sandoval asomó sus belfos, nos miró inquisitivo y nos dejó entrar y cerró sin hacer ruido. Miramos alrededor, el lugar se veía limpio; Sandoval le dio la orden de trabajo a Efrén:

—Voy a comer un caldo de gallina aquí abajo; cuando terminen, me marcan, no antes; tienen una hora.

Se marchó muy a su estilo, pomposamente.

Efrén revisó la orden de trabajo y dijo:

—Fue en el despacho, pero también hay que limpiar el baño; ocúpate de lo primero y no digas nada, ni siquiera un *ya entendí*. ¿Oíste, Aurelio?

Necesitaba saber si solo había que limpiar o si sería necesario desechar objetos. Luego yo mismo podía echarle un vistazo a la orden, así que di la vuelta y busqué el despacho. Detrás del escritorio y de un sillón se marcaba el mojón de sangre y sesos en la pared. Lo demás parecía limpio. Sobre el escritorio había una estatua de la justicia ciega con su balanza y, más allá, un estante con libros. Miré detrás del sillón, esperando que la alfombra estuviera seca; si no, sería doble trabajo. Una alfombra sucia es la muerte; da igual si se trata de arrancarla o de quitar las manchas, lleva su tiempo. Odio las alfombras. Entiendo que nadie piense que luego pueden estar mojadas de sangre, pero con saber que pueden llenarse de una población de ácaros más numerosa que los habitantes de la Tierra debería bastar. Carajo, no, no estaba seca, pero al menos tenía pocas gotas de sangre, así que adiviné que la orden decía solo limpiar. Abrí el bidón, vertí jabón en la cubeta y puse manos a la obra comenzando por el sillón (por fortuna no era de tela sino de piel), luego la pared. La masa encefálica estaba seca, así que la recogí con la espátula y la eché en la bolsa de plástico. Lo siguiente sería esperar a que el líquido jabonoso hiciera su magia.

Regresé al baño, ahí seguía Efrén, raspa que te raspa la tina con el cepillo de cerdas de metal.

—Imbécil —se quejó—, o te matas de una forma o te matas de otra. Doble trabajo.

Había huellas de sangre, las últimas más borrosas. La víctima intentó cortarse las venas en la tina, no supo cómo hacerlo, salió de ahí, fue al despacho y se metió un tiro. No debió haber mucha agua en la tina, pues de lo contrario las manchas rojas formarían horizontes bordeando el interior.

—¿Qué quieres? —me preguntó Efrén secamente.

Le mostré la cubeta vacía, salió de la bañera y me dejó agarrar agua. Ninguno era jefe del otro, pero no quise entrar en reproches. Después de todo, me esperaba *La última galopada*; la había dejado casi al inicio y me preguntaba por qué razón aquel jinete fantasmal, con aspecto de piel roja, vendría a perturbar la paz de Brake Baldwin.

Salí del baño, me detuve en el salón y revisé la orden.

Áreas: estudio y baño.
Faena: alfombra, muebles, tina, paredes.
Observaciones generales: limpiar solo despojos.
Situación: suicidio por arma de fuego.

Nunca ponían más detalles, como el nombre de la persona o los hechos. A sitios así les llamábamos «escenarios del crimen muerto» porque la policía no los consideraba de utilidad; los peritos ya habían recogido lo valioso, huellas y todo eso, así que lo que a uno le tocaba era cuidarse de no pescar una infección. Cuando comienzas con un trabajo como ese, al principio te da curiosidad y sientes tristeza, pero con el tiempo te acostumbras tanto como cuando miras masacres por televisión. Entonces, si quieres saber la forma en que murió alguien, no es porque te importe, sino porque según la forma de morir es el modo de limpiar; ojalá eso lo entendiera el Gordo Sandoval cuando te manda a la batalla. El reporte suele decir asesinato, suicidio, accidente. Si hubo armas, también se menciona para que concibas hasta dónde pudo correr la sangre o el despojo; a nadie le gusta encontrar una sorpresita detrás de un mueble; ese nadie puede ser el familiar o un nuevo inquilino.

La espuma rojiza ya estaba seca. Mojé el cepillo y comencé a tallar, mojar, tallar, hasta que no quedó rastro de sangre. Fui por la aspiradora y la pasé por la alfombra. Por último, rocié aromatizante en una franela y empecé a restregarla en cada objeto: los brazos del sillón, la justicia ciega, el escritorio, siempre revisando que no hubiera una gota de sangre escondida por ahí.

Descubrí que al occiso le gustaban las enciclopedias. Había una de medicina y otra de derecho. Además de libros de autoayuda que no parecían haberle servido de gran cosa. A cada uno le pasé la franela como si fueran las teclas de un piano. Me detuve en un destello dorado; se trataba de un libro metido con el lomo hacia el fondo y el canto hacia afuera. Lo saqué y descubrí que se trataba nada menos que del célebre libro *El Principito* del inmortal Antoine de Saint-Exupéry.

Me senté en una esquina del escritorio a echarle un vistazo. «Qué belleza tenías por aquí, amiguito», dije en voz alta. Las tapas azules eran muy suaves al tacto, la frontal tenía la imagen del personajito, con su capa delineada con hilo color plata y las botas tapizadas de diminutas piedras color bermellón. A lo lejos, como representando el espacio sideral, sobresalía un planeta amarillo limón. Abrí el libro y me llevé una sorpresa: las páginas no correspondían a las de una imprenta, sino a las de una máquina de escribir; eran amarillentas y tenían ese olor (desde luego que me acerqué el libro a la nariz) de haber sido leídas y manoseadas hace mucho tiempo. En conclusión, el ejemplar era único: se había escrito a máquina y después hecho empastar y pintar los cantos de dorado.

—¡Aurelio! —gritó Efrén.

Regresé al salón.

—No podemos trabajar así, discúlpate y llevemos la fiesta en paz.

—Claro, Efrén, me disculpo.

—¿Sinceramente?

—Sinceramente.

Asintió con la cara de un padre que ya escuchó al hijo arrepentido.

—¿Terminaste allá?

—Terminé.

—¿Nada fuera de su sitio, Aurelio?

—Nada, Efrén.

—Bien, colega, ahora vamos a dejar pasar media hora antes de hablarle al Gordo de mierda, para que no crea que lo hicimos al aventón. Mientras, le voy a marcar a Amanda para que nos prepare la cena, veremos el partido en la tele. ¿Sabes quién juega hoy?

—Ni idea, Efrén.

—Yo tampoco, pero espero que haya goles. —Dibujó una sonrisa, que en su cara de negro le hacía ver los dientes blancos y fuertes.

Poco después, el Gordo Sandoval regresó con un palillo jugándole en la boca, eructando caldo de gallina. Husmeó cada rincón como un sabueso. Revisó la orden de trabajo, estampó su firma de aprobación y nos dio permiso de largarnos al carajo.

4

—¡Aquí hay otro!

Comenzaba otro día en Kripp. Entre dos soldados recogían a un hombre de piel amarillenta y tieso como una tabla, uno por los pies, otro por las manos; lo llevarían al sur, donde apilaban a los muertos no para darles una privacidad postrera, sino para contabilizarlo y taparlo.

—¡Müller! ¡Brune Müller! —exclamó un sargento.

Aquel abrió los ojos y recordó que la helada nocturna solo le había permitido chamuscar las orillas del libro, lo cual le pareció bueno, aunque desesperante. Ese libro seguiría siendo la única prueba de haber conocido al falso Jacques Cazotte, y de aquello se desprendían otros hechos, como que la derrota no era un mero sueño.

—¡Müller! ¿Quién es Müller?

Müller se irguió e intentó quitarse la mierda del uniforme, pringándosela en otras partes.

—¡No hagas eso, *boche*, qué asco! ¡Sígueme ya!

El sargento caminó apartando a empujones a quien se movía despacio o tenía los ojos puestos en el cielo deslucido, como a la espera de un milagro o del juicio final. Müller iba detrás intentando seguirle el paso, aunque evitó ir a la par para no buscarse problemas. Luego de muchos metros, se detuvieron frente a un portón de tablones unidos con alambres. El sargento le mostró un pase al soldado; este lo miró brevemente, se lo devolvió y les permitió salir. Afuera los esperaba un todoterreno. El sargento aguardó a que Müller trepara a la parte trasera y luego fue a ocupar el asiento del copiloto, junto al soldado que puso en marcha el vehículo.

Dejaron Kripp atrás. A Müller ni siquiera le pasó por la cabeza saltar y huir hasta el apretujado bosque de abetos; le hubiera sido imposible, no solo por la falta de fuerza, sino porque, en realidad, no quedaba sitio donde esconderse. Esto lo había comprendido semanas atrás, cuando tuvo noticias de que el Führer había salido de su búnker a la que probablemente fue su última

aparición en público, para saludar y animar a sus tropas emergentes: un puñado de niños con uniformes guangos y armas que apenas sabrían disparar. La imagen de un Adolf Hitler envejecido, acabado por los nervios, con una mano temblorosa escondida en la espalda y una ira desgastada, fue el aviso definitivo del final de toda esperanza. La noticia viajó desde Berlín hasta el Gotha, esquivando muertos y heridos, hasta llegar a los oídos de Müller y sus compañeros refugiados en el sótano de un edificio en la calle Schützenhallee, donde las horas transcurrían tan lentas que los soldados se daban tiempo para charlar y hasta reír de cosas intrascendentes. Müller se mantenía apartado, mirando el libro, prestando atención a ciertas palabras del español que hacía mucho no pronunciaba.

Por las mañanas, el sargento Junker los hacía salir a inspeccionar las calles. La gente de los alrededores no los vitoreaba como en otros tiempos; en vez de ello, se escondía para espiarlos desde las luceras de los edificios, contemplándolos ya no como a un escuadrón de muchachos vigorosos de la Wehrmacht, sino como a un puñado de fantasmas en pena, desvencijados y sucios. Más valía no estar cerca cuando los sorprendiera una ráfaga de metralla del enemigo. Igual que perros callejeros, se acostumbraron a hurgar entre los escombros para recuperar algo de valor, armas y municiones, según Junker. Sin embargo, aquello solo era una forma menos oprobiosa de reconocer que en realidad buscaban raciones K, que de vez en cuando los aviones enemigos arrojaban a la población civil para granjeársela.

El último día no hubo batalla de por medio, tampoco hubo alguien que decidiera quitarse la vida, ni para eso quedó fuerza cuando un batallón de norteamericanos les exigió rendirse. A los pocos minutos salieron del edificio con los brazos en alto, curiosos de ver de cerca a sus enemigos, quienes se limitaron a empujarlos hacia el cauce de los vencidos, repleto de civiles y hasta de algunos perros que se añadían por hambre. No faltó el estadounidense que, orgulloso, señaló la bandera estadounidense en su casco al verlos pasar. Poco después, en el camino que llevaría a Müller al primer campo en Gotha, las imágenes pasaron a ser las de aliados franceses, ingleses y norteamericanos —los rusos tomaban Berlín acorralando a Hitler en su búnker—. Los aliados apretujaban a los vencidos como pastores a las ovejas. Entonces Müller acabó de entender que Alemania entera se había convertido en una cárcel. El bosque, visto ahora desde el todoterreno, no era sino una parte más de esa prisión.

Se detuvieron en una ladera del Rin. El oficial le ordenó a Müller que bajara del vehículo y fuera más allá de los árboles, donde encontraría ropa limpia. Este obedeció, dio unos pasos y se detuvo a llenarse los pulmones con el olor fresco de la resina de los abetos, agitados por el viento.

—¡Ve ya, *boche*! ¡No viniste a pasear!

Cruzó más allá de los pinos y descubrió una zanja de cadáveres. Ahí estaba

Otto, de infantería, con un tiro en la frente. Y Ernst, quien hasta en los peores momentos contaba chistes; ahora mismo, su rictus parecía reír a mandíbula batiente. También estaba aquel niño de casaca enorme de las ss; había muerto con una mueca de miedo y furia. Müller seleccionó a alguien de su misma complexión, 1.84 m, delgado, lo despojó de sus pantalones, se quitó los suyos. Estuvo a punto de vestir a aquel con su ropa, pero comprendió que el respeto era innecesario. Se quitó la camisa y se puso la de un civil, debajo de la cual guardó el libro; finalmente se enfundó en un abrigo, previniendo que, si regresaba a Kripp, la noche sería más fría que si el demonio lanzara cuchilladas.

Volvió frente al sargento y el soldado, que fumaban a un lado del todoterreno. Ambos lo contemplaron con una curiosidad que a Müller le recordó esas situaciones en las que alguien sale del probador y, de pie frente a su acompañante, espera por una opinión sobre la ropa que quiere comprar.

—Mira el color de su cara, Jack. ¿Qué piensas?

—Que parece un muerto viviente, sargento, no podemos presentarlo así…

El sargento sacó una barra de chocolate y se la arrojó a Müller. Le pegó en el pecho. Müller se agachó a recogerla y la devoró con todo y papel. El soldado Jack le largó su cantimplora y le advirtió que bebiera despacio.

Un dolor agudo le apuñaló el estómago. El sargento y el soldado retrocedieron como si aquel espantajo se hubiera convertido en un arma humana al vomitar un chorro de bilis y tubérculos.

—¡La gran puta! ¡Mueve el culo y ve a cambiarte! ¡Y procura encontrar algo de tu talla, esos pantalones te quedan rabones y el abrigo es de mujer! ¿Qué demonios pasa contigo, *boche*?

5

Quizá fui cínico, pero las palabras que pasaron por mi cabeza al contemplar ese raro ejemplar del *Principito* fueron: «Aurelio, hiciste una buena adquisición». En casa de Efrén tuve que ir tres veces al baño a sacarme el libro de la ropa y limpiarlo con papel higiénico, pues el sudor puede ser corrosivo. Una vez en mi departamento, pude prepararme el sándwich de atún y tumbarme en el sofá. De nuevo, al acariciar aquellas hojas amarillentas, sentí que palpaba algo ya tocado y leído por alguien más. Esa no sería la primea vez que leería *El Principito*, pero la lectura se volvería nueva porque con el tiempo uno se da cuenta de que leer dos veces una misma cosa no es exactamente lo mismo.

Para comenzar, Exupéry pide perdón por dedicarle *El Principito* a un adulto y no a los niños…

> Esta persona grande vive en Francia, donde tiene hambre y frío. Tiene verdadera necesidad de consuelo.

De pronto, paré de leer, pensando que había tomado el libro no de una de esas librerías de Donceles, sino de la casa del tipo que se pegó un tiro. Eso merecía respeto, ¿cierto? Decidí leer un solo capítulo al día. A mi pesar, lo guardé y fui a acostarme con *La última galopada* entre las manos. Pero algo no marchaba bien. Esos personajes que habían atrapado mi atención, Mannito el mexicano, Baldwin y su esposa Maggie, y desde luego el extraño Samuel Jones, perdieron sentido, y no por su culpa; seguían siendo los mismos. Era más bien que los ojos se me iban al cajón donde había guardado lo que de verdad quería leer.

Apagué la luz y mandé todo al demonio.

Por la mañana desperté con esa emoción estridente de los niños que recuerdan que tienen un nuevo juguete.

Sonó el teléfono. Era el Gordo Sandoval.

—Aurelio, tengo aquí al señor Orihuela, el dueño del departamento que limpiaron en la Anzures tú y el negro. Faltan algunas cosas ahí…

—¿Cosas?

—Sí, cosas…

—¿Qué cosas?

—Te lo diré cuando vengas, pero esto es grave, muy grave. Gravísimo.

—Voy para allá.

—Ahora no. El señor Orihuela lleva prisa, pero estás avisado. En cualquier momento te digo que vengas y vienes volando, díselo también al negro.

—¿No ha hablado con él?

—Si te estoy diciendo que se lo digas tú, ¿tú qué piensas? —rebufó y colgó.

En trece años de servicio jamás me había robado nada. Bueno, solo aquella Biblia de la habitación del hotel Sol, donde encontraron muerto a un fulano al que una prostituta le había dado una sobredosis de gotas oftálmicas. Y en otra ocasión, un imán de los que se pegan en los refrigeradores. Sin embargo, luego me di cuenta de que estaba hablando de robar cosas de alguien que murió violentamente y dejé de hacerlo. Diré a mi favor que *El Principito* fue distinto, llamémoslo amor a primera vista.

Esa noche, Efrén y yo hablamos al respecto.

—¿Sabes qué hizo el Gordo de mierda? Le pidió a Amanda que me hiciera confesar… ¿Y sabes qué hizo ella? ¿Lo sabes?

Lo que sabía es que yo sostenía una bolsa en la cual Efrén echaba paladas de tripas y que de tan nervioso no lo hacía bien, así que lo húmedo y sanguinolento me rozaba los dedos.

—¡Me dijo que si robé algo lo devuelva! ¡Toda mi vida tratándola como reina y cree que soy un puto ladrón! ¡No es justo! ¡Di algo! ¡Expláyate!

—Tienes razón, no es justo…

—¡Claro que no!

—¿Te dijo Sandoval qué cosas faltan?

—¡No! ¡Ya te dije que habló con Amanda!

—¿Por qué no habló contigo?

—Aurelio, tienes la maldita costumbre de preguntar cosas secundarias. Es como si te digo que en el mercado venden manzanas y tú preguntas de qué árbol. Terminas por desquiciarlo a uno… No estaba en mi casa, ¿okey? ¿También quieres saber dónde estaba o con mi respuesta tienes suficiente?

—Tengo suficiente —dije apabullado.

—El Gordo no le dijo más —añadió en un tono preocupado.

—Bueno, ya nos enteraremos.

Abrió los ojos redondos con mi respuesta.

—¿Ya nos enteraremos? ¿No te preocupa?

—Eso es lo que quiere, preocuparnos; por eso no dice qué cosas, para que

perdamos los nervios y terminemos como Raskólnikov.

—¿Qué mierdas?

—*Crimen y castigo*, Raskólnikov es un estudiante que vive en la miseria, decide robar y matar a una avara prestamista. Los remordimientos lo atormentan y termina por confesar su crimen.

Me miró unos segundos, silencioso, y de pronto la emprendió a patadas contra una silla hasta que terminó pujando de rabia. Yo miré alrededor: sangre en los peluches, sangre en el reguilete encima de una cuna, sangre en el cobertor con dibujos de caricaturas. Sangre casi imposible de limpiar. No podría arreglármelas solo. Efrén pareció comprenderlo, respiró hondo y volvió a la realidad.

—Acabemos con esto, Aurelio. Tráete la Solución Final...

Fui al salón y cargué con el bidón de líquido color violeta al que llamábamos así, la Solución Final: una mezcla de ácidos que sacaba las manchas de sangre que daba gusto. Al parecer, lo había inventado una asesina de apellido Luengo, que hospedaba viejos en su casa y, una vez que se apropiaba de sus ahorros, los descuartizaba con una sierra eléctrica.

—¿Qué hacemos primero? —me preguntó Efrén, aún con voz desvalida, cuando regresé.

—Comencemos por lo pesado —opiné.

Arrancamos la alfombra, la cortamos con cúter, enrollamos los trozos y los atamos bien firmes. Partimos a hachazos la cuna y, junto con los juguetes, la metimos en varias bolsas de basura.

—Lo voy a matar al cabrón…

—¿A Sandoval?

—¡A Blas! —aclaró. No supe qué contestarle—. ¿Tú serías capaz de hacerlo si te lo encargo?

—Se necesita sangre fría para eso —repuse—, y no me refiero a la novela…

—Míranos, Aurelio, mira alrededor. Para que estemos aquí haciendo esto se requiere que tengamos sangre fría y que estemos un poco… —Meneó un dedo junto a su sien—. ¿Sabes disparar un arma?

Sonó el teléfono y me libré de darle una respuesta. Era Victorio preguntando si habíamos terminado. Victorio era mejor supervisor, no como el Gordo Sandoval; nunca le ponía pegas a nada. Le pedimos un par de horas más y aceptó.

Es difícil saber la razón, pero, a pesar de lo bien que dejes un escenario del crimen muerto, te queda la sensación de que ya nunca volverá a ser el mismo. No lo sé, es algo que se queda en el ambiente por muy limpio que esté.

Más tarde, Victorio entró silbando por la puerta y, sin revisar demasiado, estampó su firma en la orden. Luego fue a la cocina, abrió la alacena, echó un vistazo y sacó un frasco de café soluble y galletas. Puso agua a hervir y, cuando

se percató de que lo observábamos, dibujó una sonrisa y dijo que luego limpiaría eso y pondría las cosas en su lugar y nadie se daría cuenta.

Sirvió tres tazas de café, dejó la caja de galletas al centro y nos sentamos a la mesa.

—¿Les conté que a mi hijo ya le salió su primer diente? —Sacó de su cartera la foto de un bebé sentadito en una cuna—. ¡Miren!

Efrén achicó la mirada para verlo bien, esbozó una ligera sonrisa y me pasó la foto. Definitivamente parecía un diente, aunque también podía ser un destello de luz. El niño se parecía a Victorio, no cabía duda.

—¿Tienen hijos, colegas?

—Mi mujer y yo no tuvimos esa bendición —declaró Efrén.

—¿Y tú, Aurelio?

—Aurelio ni siquiera tiene mujer —respondió Efrén por mí—. ¿No ves que es un tipo raro?

—¿Rarito? —interrogó Victorio, dejando caer una mano.

—No creo. —Efrén le siguió la broma—. ¿O sí, Aurelio? ¿Te gusta leer a cuatro patas?

Se echaron a reír hasta que les salieron lágrimas vivas de los ojos.

—Los niños son la sal del mundo. —Suspiró Victorio mirando la foto y la guardó de nuevo en la cartera—. Como dicen: «Todos traen su torta bajo el brazo». Hay que tener muchos antes de que ya nadie quiera y todos los hombres se conviertan en jotos.

—Como Aurelio —señaló Efrén y se echaron a reír otra vez a mis costillas.

Terminamos el café y las galletas, y cuidamos que todo quedara en su sitio.

—Leí que en veinticinco años la cuarta parte de la población va a nacer con enfermedades desconocidas —les dije cuando íbamos hacia la puerta—, y que es posible que para evitar epidemias tengan que ejecutarlos.

Se me quedaron viendo muy serios.

6

Las ruedas del todoterreno se hundieron en un charco de lodo y agua al detenerse frente a una casa de madera a las orillas de Sandweg. El sargento le hizo una seña al soldado Jack y este bajó del vehículo con Müller. Lo llevó frente a la puerta y le quitó el cerrojo.

—Aquí te quedas, *boche*. Y cuidado con propasarte con nuestra chica…

Lo empujó al interior, cerró y atrancó de nuevo la puerta. Müller descubrió a una mujer frente a la mesa, de falda larga y abrigo de pana, que le devolvió una mirada recelosa y escupió tres palabras que parecían en una lengua eslava. Müller tomó una silla y la llevó junto a la ventana, lejos de la mujer. El pecho se le estrujó al sentarse y sentir el cómodo respaldo, la altura adecuada que le permitía flexionar las piernas, descansar los muslos y tocar el suelo con los pies. Era como si la silla fuera un artefacto novedoso y único, uno de los más nobles inventos de la humanidad. No consiguió recordar la última vez que su asiento no fuera un montículo de tierra. Dirigió la vista más allá de la ventana y distinguió al sargento y al soldado Jack recargados en el todoterreno, fumando otra vez sus Chesterfield. Detrás de ellos, el viento recostaba los acianos de tallos largos y flores azules. Aquellas flores eran tan alemanas como el Rin: azules e intensas, indudablemente fuertes; Müller recordaba haberlas visto erguidas dignamente en incontables ocasiones, incluso cuando se anunciaba el otoño, y apagarse aún bellas en el invierno. «Flores de invierno», las llamaba en intimidad, pues si bien no florecían durante la época, su imagen le perduraba en el corazón.

Ellos podían pisotear sus flores de invierno, despreciarlas, hacer lo que les placiera; podían incluso adueñarse del país entero, pero nunca lo comprenderían, pensó Müller. Se llevó una mano a los ojos y apretó sus lágrimas ácidas, que se le revolvían furiosas al mirar a los soldados, pero emotivas al sentir la comodidad de la silla. Entonces notó la cercanía de la mujer.

—Está bien —dijo ella en alemán, y le mostró una bolsa con tres tomates

pequeños—, toma uno. No me pidas más. Pagué por ellos, son míos. Solo pido que te lo comas y te calles. Y no llores, eres un soldado. No puedes llorar, no debes. Puedes hacer cualquier cosa, menos llorar, ¿entiendes? ¿Te queda claro?

Müller contempló aquellos tomates de buen color, como si fueran los primeros que veía en su vida.

—No lo pienses tanto, toma uno y cómelo ya o te lo van a quitar. A mí no. Yo pagué por ellos, pero a ti te lo van a quitar y me harás pensar que no debí darte nada. Estás en los huesos, soldado. Vas a morir si no comes. ¿Te han dicho que estás en los huesos? No miento. Lo estás.

Müller tomó uno de los tomates, el más pequeño; le acarició la piel y la sintió tan tersa como la mejilla de un bebé, que pensó si no sería mejor arrullarlo. Finalmente, se lo llevó despacio a la boca y lo mordió, frenando el deseo de engullirlo por completo.

—¿Es tu primera vez, soldado?

—¿Mi primera vez?

—Que te llevan para interrogarte.

—Si eso va a pasar, sí, es mi primera vez.

—¿De dónde vienes? ¿Gotha, Kripp, Heidesheim, Rheinberg? Conozco todos esos campos como la palma de mi mano.

—Primero estuve en Gotha, ahora en Kripp.

—Entonces debes conocer a Derek.

—¿Derek?

—Derek controla Gotha. Es prisionero, pero lo controla. ¿Lo conoces?

Müller meneó la cabeza.

—¡Entonces es mentira, no has estado en Gotha!

—Hay demasiada gente en Gotha, no recuerdo a ningún Derek, y Derek me importa una mierda.

—Es cierto, no hay ningún Derek —sonrió la mujer—. Solo lo decía por decir…

Müller relamió la acidez postrera del tomate y se quedó callado, de nuevo mirando por la ventana. El oficial y el soldado Jack reían, parecían animados.

—Si consigues que te muevan a Rheinberg, la cosa va bien, soldado. Ahí están dando una lata de sopa para dos personas. Y eso es mucho. Esos americanos tienen las bodegas llenas, pero, si te matan de hambre, no tienen que gastar balas, así que se van despacio con la comida. ¿Entiendes? ¿Cómo te llamas?

—Müller.

—¿Tu nombre de pila?

—Brune.

—Katia Jacov.

—¿Serbia?

—Polaca.

La observó discretamente. Le pareció una flor marchita que, definitivamente, alguna vez había sido muy bella.

—Voy a sobrevivir, no lo dudes —repuso Katia al sentir su mirada—. Me han interrogado tres veces ya. La primera fue la peor; me hicieron mierda, pero aprendí la lección. Los estadounidenses quieren respuestas claras. ¿Estabas con los nazis? ¿Conociste algún alto mando? ¿Oíste algo importante? Sí o no. Una pausa que hagas y te conviertes en sospechoso. Mi situación mejoró porque supe responder correctamente y me acosté con algunos. Al principio fui idiota y follaba con cualquiera, hasta que supe discernir: no obtienes lo mismo de un soldado que de un sargento o un coronel.

—¿Cuál es la diferencia?

—¿Has perdido la razón? ¿Cómo que cuál es la diferencia? Va desde una barra de chocolate hasta la posibilidad de ser libre.

—¿Posibilidad?

—Sí, posibilidad. Sigo viva, ¿no? Eso significa que he elegido bien. No me extrañaría que tú te conformes con el chocolate. —La mujer examinó con cuidado a Müller y sonrió—. De pronto te imaginé con falda, y creo que ni siquiera te ofrecerían el chocolate... —Se echó a reír—. ¿Qué me dices de ti, Brune? ¿Qué tienes para ofrecerles?

—Nada, no sé…

—No serás espía de ellos, ¿cierto?

—¿Cómo?

—Escucha bien esto: yo te di un tomate. Te lo di aunque bien pude dejarte con hambre. Sabes que eso es verdad, que no miento, ¿cierto?

—Cierto.

—Pues ahora voy a pedirte algo a cambio. Es una sola cosa y quiero que la cumplas. Si por cualquier motivo te preguntan si me conoces de algún sitio que no sea este, di que no. ¿Oíste?

—Eso es cierto, no te conozco.

—Cállate y escucha, soldado llorón, no me estás entendiendo, no lo tomes a la ligera. Solo diles que no, sin vacilar, con firmeza. Diles: «No, no conozco a esa mujer, de nada». No digas: «No conozco a Katya Jacov», porque si dices mi nombre es como si me conocieras. Pueden buscar mil formas de hacerte decir que me conoces de algo. No caigas en la trampa. Solo tienes que decirlo como te lo estoy diciendo yo: «No, no la conozco de nada». ¿Te quedó claro?

Él asintió.

—Dime que te quedó claro.

—Me quedó claro, pero no veo por qué me lo preguntarían.

—¿Peleaste contra ellos y no los conoces? No entiendo cómo puedes ir a una guerra sin conocer a tu enemigo. Son astutos. Parecen ingenuos, pero no

tiene un pelo de eso. ¿Te has preguntado por qué estás ahora aquí conmigo? ¿Crees que solo se les ocurrió?

—No lo sé.

—Ya lo veo, no sabes nada. ¿Estás enfermo, Brune?

—¿Cómo?

—Sífilis, tuberculosis…

—No.

—¿Ladillas?

—Tampoco.

—Si lo estás, díselos. No, no, no, espera. —La mujer se rascó la cabeza, confundida—. No lo digas si no te lo preguntan, pero si mientes lo sabrán, te harán un examen médico. ¿Eres homosexual?

—No.

—Mejor, porque los odian. Y a los negros también. Aunque veas algunos negros entre ellos, no los quieren; esos negros son sus negros, pero, si fueras negro de aquí, no te iría bien.

—¿Negro alemán, quieres decir?

Al oír eso, la mujer abrió los ojos, sorprendida por sus propias palabras, y rompió a reír. Müller no pudo evitar seguirla en la risa. Podían sentir —y saber que el otro sentía lo mismo— que los huesos de las costillas se les encajaban.

Terminaron tapándose las bocas para que la risa no escapara más allá de las paredes. De pronto escucharon pasos. La polaca se buscó rápidamente en el abrigo. Sacó un alfiler, se picó un dedo y una gota de sangre se le dibujó en la yema. Con ella les dio rubor a sus pálidas mejillas. Guardó el alfiler y la bolsa con los dos tomates restantes adentro del abrigo.

El soldado Jack quitó el cerrojo y asomó la cara.

—¿Qué hay aquí? —Los miró—. ¿Se han hecho amigos? No tendría nada de malo… Es hora de irnos, parejita.

7

Fuimos a entregar la camioneta junto con las bolsas de despojos a la bodega. Tuvimos que esperar más de una hora a que los del turno de noche llegaran de cenar, firmaran y pudieran meter los desechos al incinerador. Ese incinerador se la pasaba día y noche rugiendo como un dragón, sacando humo como la pipa de un indio cheroqui, pero uno prefería oír su rumor vigoroso y percibir ese olor revulsivo a grasa que no oír nada, pues, si estaba quieto, significaba que aún no lo ponían en marcha y te entretendrían las horas antes de firmar de recibido lo que trajeras en la camioneta.

Fuimos a la oficina y encontramos a Sandoval detrás del escritorio; su barriga aprisionada contra el borde parecía pedir a gritos la liberación. Hizo una seña para que cerráramos la puerta, y entonces comenzó su perorata.

—Están en un lío gordo…

No pude evitar mirar otra vez su barriga, la pobrecilla se había partido en dos por el borde del escritorio.

—Tú, Efrén, tienes sesenta y dos años, estás a dos de jubilarte, pero te vas a quedar sin nada por ratero. Y tú, Aurelio, aunque tengas treinta y nueve, no es tan fácil encontrar trabajo. ¿Sabes qué es el *outsourcing*?

No me sonó a ninguna novela y negué.

—Significa que te contratan de su perra y, cuando cierras las piernas, lo único que te da el cliente es un desinflamatorio...

—¿Qué falta del departamento? —preguntó Efrén secamente.

—Un Rolex.

—¿Qué es eso? —interrogué.

—¡No finjas demencia! —El Gordo golpeó el escritorio—. ¡Sabes bien que se trata de un reloj muy caro, carísimo! ¡Y que tú y el puto negro se lo chingaron!

Efrén se levantó a punto de írsele encima.

—Atrévete, cabrón. Ya tienes una pata en la cárcel, pon la otra.

—¿Cárcel? ¿Qué cárcel? ¿Qué pendejo dejaría un reloj caro, carísimo, ahí

cuando van a entrar desconocidos? ¿No revisaste bien la lista? ¿No les advertiste a los familiares que se llevaran las cosas de valor?

—Muy cierto —respaldé a Efrén.

Sandoval esbozó una sonrisa y espetó:

—No, cabrones, a mí no me van a meter en sus enjuagues. —Abrió un cajón, sacó la orden, la puso frente a nosotros y señaló—: La leyenda de toda la vida, muchachos: «Todo aquello propio de una casa queda bajo nuestra responsabilidad…». ¿De quiénes son estas firmas? Me parece que de ustedes. Sí, definitivamente suyas, la de Aurelio Comemierda y la de Efrén Culoprieto…

—¿Propio de una casa? —repitió Efrén—. ¿Un Rolex es propio de una casa? Carajo, ¡habérmelo dicho! Voy a buscar el mío ahora que llegue, porque no lo he visto. ¿Hay uno en tu casa, Aurelio?

—Definitivamente no, amigo.

—Háganse los chistosos, par de pendejos, pero el hijo del muerto y su abogado se darán sus mañas para que la frase «propio de una casa» incluya el Rolex.

—Eso está por verse —gruñó Efrén.

—Nada de por verse, porque además se robaron otras cosas que sí estaban en la lista, lo cual hará que lo del reloj termine siendo evidente.

Efrén y yo nos miramos desconcertados. En mi caso, lo fingí.

Sandoval volteó el documento y leyó:

—Dos jabones neutros, un pinche libro y un baumanómetro.

—¿Qué es eso?

—Deja de hacerte pendejo, Aurelio.

—En serio no lo sé.

—Muy bien —bufó Sandoval—, de una vez les digo que va a venir la poli a interrogarlos. No van a ser ni la mitad de amables que yo. Ahora, váyanse a chingar a su puta madre y hagan un acto de conciencia. Si quieren confesar, los estaré esperando, pero solo un día, no más. Luego yo, como Pilatos, me lavo manos. —Y palmeó una contra la otra.

Entonces Efrén intentó la vía diplomática.

—Sandoval, nos conoces, tenemos expedientes limpios. Ya lo dijiste, estoy a punto de jubilarme. ¿Por qué iba a arriesgar la pensión? He limpiado casas de políticos y narcos, ahí tuve la oportunidad de robar mucho más que un Rolex. ¿Lo hice? ¡No, carajo…! Un reloj no vale mi pensión, ¿o sí?

—Rolex Daytona edición especial, tres millones de pesos —sentenció el Gordo.

Efrén dejó caer la mandíbula.

—¿Tres millones, dijiste?

—Hazte el idiota como el retrasado de Aurelio.

—¡Soy inocente, lo juro! —exclamó Efrén.

—Pepe el Toro es inocente —bromeó Sandoval—. Largo de aquí y piensen bien las cosas. Si regresan lo que se robaron, le diré a Raúl Orihuela que los despedí; luego podrán regresar. Esa es mi oferta de amigo, la toman o la dejan.

Salimos a la calle, buscando que el aire de la noche nos refrescara y aclarara las ideas.

—No te preocupes, Efrén. Como bien le dijiste, nadie deja algo tan caro en una casa cuando van extraños a limpiarla. Y si las cosas estuvieran tan graves, ¿por qué no estaba ya ahí la policía interrogándonos?

Un ruido me hizo voltear, Efrén se había quedado diez pasos atrás, vomitando fuerte contra una pared. Lo dejé hasta que se talló la boca y se pasó las manos temblorosas por el pelo.

—Me siento mal, amigo. Muy mal.

—¿Quieres que llame una ambulancia?

—No mames… —dijo con un hilo de voz.

—¿Te llevo a la farmacia?

—Tampoco.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Callarte, primero que nada; no decir pendejadas, después. No te dije que me está dando un infarto. Tampoco es cosa de tomar una aspirina… Tengo un ataque de pánico. Ese Gordo culero hasta lo que no come le hace daño, no soporta que esté por jubilarme. Quiere verme arruinado… ¿Y sabes por qué?

No estuve seguro de responder a eso y me quedé callado.

—Una vez Amanda fue a buscarme, no sabes cómo la miraba ese cerdo…

—Efrén, no creo que todos se estén acostando con ella.

—¿Y quién dijo eso, idiota? ¡No me chingues! ¡Yo hablo de envidia! ¡De que le purga que mi esposa sea una mujer bonita y de que ya casi me jubilo! ¿Recoger tripas? ¡Sí, señor, cómo no! Qué más da, llegas a tu casa y todo que hay ahí lo compraste con el sudor de tu frente, tu mujer está contenta. ¡Vale la pena! Pero ya los últimos años miras el calendario y te dan ganas de tachar los días como un preso que quiere terminar de cumplir su sentencia… Me las ingenié, Aurelio. Ahorré ciento veinte mil pesos para darme un gran viaje con mi mujer, y regresar y saber que no importa si me gasté ese dinero porque mi pensión va a llegar mes con mes, mes con mes… ¡El puto Gordo quiere quitarme esa ilusión! —Rompió a llorar.

Nos quedamos callados; yo, mirando pasar los coches. De noche se ven peor que de día, o quizá de otro modo. De día circulan con rabia, robando el asfalto, pegando mentadas de madre y claxonazos, y cualquiera está a punto de bajarse de ellos y matarse a golpes. De noche, cuando no hay tránsito, se deslizan suaves y con sus luces rojas, como si llevaran cansancio y tristeza.

—Vete ya, Aurelio.

—¿Seguro, Efrén?

—Seguro.

Llegué a casa, me hice un sándwich de atún (ya se sabe) y me senté a leer. El Principito le pide al narrador que le dibuje un cordero y, como este no sabe, solo dibuja un cuadrito y dice que es una caja y que el cordero está ahí adentro. Uno piensa que el Principito le va a decir: «¿Tú crees que soy pendejo?», pero se da por satisfecho, con lo cual queda claro el mensaje: aparte de que los niños son imprevisibles, la imaginación vale más que la realidad.

Comencé a cabecear de sueño. Un Rolex, ¿quién lo robaría? Y el bauma no sé qué. Y jabones… Quizá se trataba de un autorrobo muerto. Seguro que se trataba de un error, como cuando una prima de mi madre (Ana, la que murió de esclerosis lateral amiotrófica) acusó a la chica del quehacer de haberle robado un collar de perlas, y días después la tía lo encontró debajo de la cama.

8

El todoterreno se detuvo frente a un edificio de cinco pisos en la calle Lange Fuhr, acotado por una bifurcación que partía la carretera en dos direcciones, una hacia Bruselas y otra hacia Berlín. Durante ese último trayecto desde Sandweg hasta ahí, Müller compartió la parte trasera del todoterreno con Katia Jacov, la polaca, quien no volvió a dirigirle la palabra; en vez de eso, se mantuvo mirando a contraviento, con una dignidad que a él le pareció admirable. Fuera de aquella casa, a la luz del día, le pareció aún más marchita, pero también más claro que debió de ser muy hermosa.

—Tú no —espetó el soldado Jack cuando, una vez que bajaron del vehículo, Katia se dispuso a subir por la estrecha escalera detrás de Müller—. Tú por allá, *sweety.* —Señaló una puerta detrás de la escalera.

—Siempre es arriba —objetó ella en inglés.

—Ahora es abajo.

—El coronel me espera.

—Claro, cariño, claro, pero es por allá. —El soldado Jack volvió a señalar el fondo, esta vez con más firmeza.

Ella lo observó con desconfianza; luego, por primera vez, le lanzó a Müller una mirada súbitamente frágil.

El sargento le dio un golpecito a Müller para que subiera primero, llegaron al tercer piso y aquel empujó la puerta. De nuevo hizo entrar a Müller por delante. Detrás de un escritorio había una secretaria militar que a Müller le pareció tan norteamericana como Loretta Young.

—Este es Brune Müller, lo esperan —dijo el oficial.

La secretaria miró fugazmente al prisionero, sacó un fólder de un cajón y, sin decir palabra, fue al fondo, dio unos golpecitos a una puerta y entró con el fólder. Poco después volvió a salir y dijo que Müller podía entrar. Este obedeció y el sargento se quedó en el recibidor.

Tres sujetos, ubicados en torno a una mesa larga y oval, clavaron sus miradas en Müller. Uno, a juzgar por sus insignias —barras y estrellas—, debía

ser de alto rango; los otros vestían de civiles. El primero era de aspecto estadounidense; el segundo, de rasgos mexicanos, cuyo traje de color gris Oxford lucía tan impecable como su cabello de un negro casi azulado.

—Identifíquese —ordenó el militar.

—Brune Müller, grupo B de la Wehrmacht.

—¿Nacionalidad?

—Alemana.

El general lanzó una mirada perspicaz al mexicano, luego le señaló una silla a Müller.

—Soy el general Waldron. Los caballeros: Paul Kenrick, secretario de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, y Ramón Patrón, cónsul de la Embajada de México. ¿Siempre ha sido alemán, Müller?

—Nací en México, pero soy hijo de padres alemanes.

—¿Ambos?

—Sí, ambos.

—¿Renunció a la nacionalidad mexicana?

—Perdone, general —intervino el cónsul—, esa pregunta se la respondí antes. La renuncia a la nacionalidad mexicana de Müller no consta en la Secretaría de Relaciones Exteriores de mi país. Por lo tanto, Brune Müller sigue siendo ciudadano mexicano.

—¿Renunció o no a la nacionalidad mexicana para venir aquí y unirse a las fuerzas armadas de Adolf Hitler, soldado Müller? —insistió el general Waldron.

—Debo aclarar —respondió de nuevo Patrón pausadamente— que cualquier respuesta de mi compatriota no se debe tomar como válida. Para ustedes, él ha perdido sus garantías individuales, así que sus dichos no lo comprometen. Más aún, quisiera que le practicaran un examen médico. Por su aspecto, me parece que raya en la inanición, así que no dudo que sus argumentos no sean los de un hombre en sus cabales.

El general Waldron y el secretario Kenrick lo miraron impasibles.

—En suma, solicito que al ciudadano Müller se le trate según las cláusulas de la Segunda Convención de Ginebra.

Kenrick abrió el fólder que dejó la secretaria y leyó escuetamente:

—«Brune Müller, soldado del ejército alemán. Situación actual: fuerzas enemigas desarmadas». Esto, cónsul Patrón, significa que este hombre sigue siendo un enemigo potencial. Por lo tanto, no goza de los beneficios de Ginebra a los que usted aduce.

—De eso se trata precisamente mi encomienda —explicó el cónsul—, de que en un acto de cooperación diplomática entre nuestros países aliados —subrayó la palabra *aliados*— podamos corregir el estatus de ciertos prisioneros. Ya les hice llegar a ustedes una copia con sellos oficiales del pasaporte

mexicano del señor Müller, cuyo nombre completo, por cierto, es Brune Jacinto Müller. Y Jacinto es un nombre bastante común en México…

—Debo recordarle, cónsul Patrón, que en Estados Unidos hay mexicanos estadounidenses que dieron sus vidas por la salvación de un mundo libre. Comprenderá que, bajo esta premisa, sería sumamente ofensivo para la memoria de esos hombres caídos desclasificar a cualquier nazi y darle derechos que no le corresponden.

—Les repito que Brune Müller es legalmente mexicano. Y, en todo caso, apelo al respeto que se debe tener hacia el vencido.

—Si esta guerra nos enseñó algo, es que los nazis merecen ser juzgados con cautela y rigor. Acaba de llegar a mis manos un ilustrativo documental filmado por ellos mismos en sus campos de concentración en Auschwitz, Banjica, Hinzert y otra treintena de lugares. Si tiene tiempo podemos verlo, para que se haga una idea de lo que estos individuos hicieron con seres humanos, sin importarles ningún convenio o tratado. En suma, veo muy difícil cambiar el estatus del soldado Müller; fue él quien lo cambió al renunciar a la nacionalidad mexicana y venir a pelear al lado de Hitler y su horda de criminales.

—Caballeros —suavizó el cónsul, mientras Müller seguía con los ojos el ping-pong de argumentos—, Roma no se hizo en un día. ¿Es posible que el señor Müller sea visto por un doctor en tanto se llega a un acuerdo? Me preocupa su aspecto.

—El soldado Müller, como todos los demás prisioneros, recibirá la atención reglamentaria —dijo Waldron y luego miró su reloj—. Por hoy eso ha sido todo. Ya programaremos otra entrevista.

—¿Me permiten hablar a solas con mi compatriota?

—Tiene cinco minutos —concluyó Waldron.

Este y Kenrick intercambiaron apretones de manos con Patrón. Müller, por supuesto, fue excluido. Aquellos salieron del despacho; un soldado entró y se quedó en posición de firmes al lado de la puerta.

El cónsul se aflojó la corbata y miró afablemente a Müller.

—Duros de pelar estos cabrones —espetó. Y al ver que Müller miraba al soldado, añadió—: No te preocupes por él, si acaso sabrá decir: «Morena bonita», «Acapulco» y «Cielito lindo».

Se metió la mano al bolsillo y sacó una cajetilla de Gitanes. La sacudió y un cigarro se asomó; se lo ofreció a Müller. El soldado, desde su lugar, negó con la cabeza.

—No lo fumará aquí —le dijo Patrón en inglés.

Entonces aquel asintió levemente.

—¿Puedo tomar dos? —interrogó Müller, llevando sus uñas largas y sucias a la cajetilla.

—¿Qué pasa con tus dedos? ¿Te pintas las uñas?

—No me circula bien la sangre. ¿Puedo otros dos más?

—Los que quieras.

—En ese caso, mejor seis. Donde voy, es como si llevara oro.

Patrón terminó por darle la cajetilla completa.

—Vine a sacarte de aquí, Müller. Es una encomienda del señor presidente.

—¿Qué presidente?

—Carajo, por lo menos apréndete su nombre. Manuel Ávila Camacho es tu presidente.

—¿Mi presidente quiere rescatarme? ¿A mí?

—Qué bonito que tengas buen humor, Müller, aunque te esté llevando la chingada. Ahora escucha bien, deja de decirles que eres alemán.

—Lo soy.

—Pues no lo digas. Y si lo dices, lo echo abajo.

—¿Qué es eso de fuerzas enemigas desarmadas?

—Eisenhower se las ingenió para que los vencidos como tú no sean considerados prisioneros de guerra, sino enemigos desarmados, lo cual quiere decir que, aunque no tengas un fusil en las manos, eres peligroso y por lo tanto te pueden meter una bala sin previo aviso; no vaya a ser que tus manos sean cuchillos y los quieras atacar con ellas… Lo sé —dijo mirándolo de pies a cabeza—, hasta una mosca te podría matar si choca contigo.

—¿Por qué el gobierno mexicano se preocupa por alguien como yo?

—No te sientas tan importante, Müller, no eres el único caso que debo resolver.

—De todos modos, no lo entiendo.

—Supongo que las has pasado putas, pero necesitas entender que, mientras aquí había una guerra, en otros lugares la vida transcurría normal… ¿Conoces Cuernavaca?

—Mi familia vivía en Chiapas. ¿Es lejos de ahí?

El cónsul se echó a reír de buena gana.

—Ni puta idea de México, ¿verdad? ¿Qué hacían tus padres?

—Eran cafetaleros.

—¿En serio? Oí decir que el hermano de la amante de Hitler, Enrique Braun, tiene una finca allá. ¿Lo conociste?

—No.

—¿A Hitler?

—Tampoco.

—¿En serio?

—Lo vi un par de veces en un discurso, no muy de cerca.

—Bueno, solo era curiosidad. Volviendo a Cuernavaca, sí, queda muy lejos de Chiapas. La vida pasa despacio y en paz por allá; hace un calor que va de lo

agradable a lo infernal, pero no deja de ser un paraíso. El jardín de mi casa siempre está lleno de buganvilias. Cuando esto termine, te quedarás unos días con nosotros mientras el gobierno te busca un empleo. Cuando digo «nosotros», me refiero a mi esposa Juanita y a mí. ¿Qué hay de ti? ¿Casado?

Müller negó con la cabeza.

—¿Necesitas algo que te pueda conseguir mientras resolvemos tu caso?

—Comer, dormir, bañarme…

—Algo que sea posible… ¿Te atraparon con algo? Podemos negociar recuperarlo para que me lo lleve a México y se lo haga llegar a tu familia.

—No queda nadie allá. Según entiendo, la finca quedó abandonada o algo así… Y no tengo pertenencias —respondió Müller, sintiendo el libro que traía debajo de la ropa. Sin embargo, pensó que no era como para mencionarlo.

—¿Algo más? Ya debo irme.

—Gracias por todo, dígale lo mismo al presidente Ávila Camacho.

Patrón escupió una risotada sincera.

—¿Dije algo estúpido?

—No, Müller, solo eres un tipo divertido y conozco pocos alemanes que lo son. O tal vez tienen un humor que no entiendo… ¿Por qué te pusieron Jacinto?

—Un peón de la finca. Mis padres le tenían cariño. El abuelo Jacinto. No sé, la verdad no lo recuerdo…

Dieron unos golpecitos en la puerta.

—Resiste, compatriota, vamos a darles pelea. Tú eres mexicano, no lo olvides. —Patrón le estrechó la mano, fue hacia la puerta y, antes de salir, miró al soldado y le dio las gracias en inglés por tolerar lo de los cigarros. Aquel se mantuvo inmutable.

Cinco segundos después de que el cónsul se marchara, el sargento entró a buscar a Müller. Cruzaron de nuevo por el recibidor donde estaba la secretaria y bajaron la escalera, pero, en vez de salir a la calle, el sargento lo llevó a la parte trasera del edificio, hacia un terreno salpicado por algunos árboles medio secos y enmarañados. Ahí estaba la polaca frente al general Waldron y varios soldados, Jack era uno de ellos.

Waldron miró significativamente al sargento y este empujó a Müller para que se acercara. Entonces Müller descubrió un golpe, de un magenta reciente y encendido, en un pómulo de Katia Jacov.

—¿Conoce a esta mujer? —interrogó Waldron.

Aquella pregunta produjo un silencio instantáneo.

—No lo escuché, Müller…

Por su mente pasó lo que habían hablado en la casa de madera.

—Le hice una pregunta, Müller.

—No la conozco.

—¿Está seguro? ¿No quiere decir algo a su favor? Usted no es cualquier prisionero. ¿No quiere ayudar a su amiga?

—Ni siquiera sé su nombre.

Waldron miró al soldado Jack; este levanto una escuadra, súbitamente, a la sien de la mujer.

—¡Claro que me conoces, amigo mío! —exclamó ella, de pronto—. ¡Diles de nosotros! ¡Díselos, Brune!

Müller la miró, enmudecido.

—¿Y bien? —interrogó Waldron.

Luego de un silencio en el que Müller recordó la lección rotunda e insistente que le había dado la mujer, y aferrándose a la idea de que aquello se trataba de una especie de prueba, negó definitivamente.

Entonces, Jack tiró del gatillo y la cabeza de la polaca se sacudió. Al desplomarse, de su abrigo saltaron los tomates, que rodaron hasta los pies de Müller.

9

Cuando volví a la oficina de Sandoval, él ya estaba ahí, además de Efrén, dos agentes y un tipo sesentón con el cabello pintado de un color tan negro que parecía cabeza de muñeca. A los policías los reconocí porque de vez en cuando teníamos relación con gente así. Sandoval me los presentó como diciendo: aquí están el diablo y su primo. Se trataba de Juan Pablo Chaparro y Ramiro Sangrador, de Investigaciones, y Rufino Pachorro, el Cabeza de Muñeca, de la aseguradora de nuestra compañía.

Tomé lugar junto a Efrén, que tenía gesto de que ya lo habían tundido con preguntas.

Chaparro tomó la palabra.

—Cuéntanos cómo fue el procedimiento esa noche, Aurelio.

—¿La limpieza?

—Sí, la limpieza.

—Estudio, cocina y baño.

—¿Quién limpió el estudio?

—Yo.

—¿Qué había ahí?

—Sangre y sesos.

—Hablo de objetos de valor.

—Sillón, escritorio, una estatua de la justicia, un librero.

—¿Qué libros?

—No me fijé.

—¿Estás seguro, Aurelio?

—Sí.

—¿No viste uno llamado *El Principito*?

—¿El qué?

—*El Principito*.

—¿De Saint-Exupéry?

—¿Cómo?

—El autor.

—No lo sé, Aurelio. ¿Viste o no ese libro ahí? Tu compañero dice que te gusta leer.

Efrén y yo nos miramos.

—¿Es verdad que eres muy aficionado a la lectura, Aurelio?

—No tanto.

—¿Es verdad que no tanto, Efrén?

—No lo sé, ¿de acuerdo? Yo solo dije que le gustaban los libros.

—Dijiste que mucho.

—Me gustan mucho. —Saqué a Efrén del apuro.

—¿Y por eso te llevaste el libro?

—¿Qué libro?

—*El Principito*. Ya dije que *El Principito*. Te llevaste *El Principito* de ahí. Te dio curiosidad. A mí también me gusta leer de vez en cuando. Pero es hora de devolverlo, Aurelio, junto con todo lo demás: los jabones, el baumanómetro y, sobre todo, el reloj… Más que nada eso, el Rolex.

Un treintón pelirrojo asomó la cara al despacho.

—Señor Orihuela, pase, por favor —le indicó Sandoval con una amabilidad que en él lucía tan rara como un abrigo fino en un payaso callejero —. Efrén y Aurelio hicieron la limpieza de la casa de su señor padre…

Orihuela nos miró con cierta indignación, como si diera por sentado que éramos dos ladrones en toda regla.

—Traje la factura del reloj. Los jabones y el baumanómetro no importan mucho, aunque es un descaro que se los llevaran. El libro lo quiero porque mi padre era un gran lector…

Era de los míos, pensé.

—Tiene un valor sentimental. El reloj, evidentemente, es lo que más me importa. —Desenvolvió la factura y la tendió para quien la tomara. Lo hizo Sangrador. La leyó, arqueó las cejas y se la pasó a Chaparro, quien se la dio a Efrén, y juntos le echamos una mirada. No era broma, el Rolex Daytona edición especial había costado tres millones de pesos.

Cabeza de Muñeca me quitó la factura de las manos y la examinó a conciencia. A partir de entonces, solo miraba de reojo al que decía algo, manteniéndose en completo silencio.

—Voy a ser directo —dijo Orihuela—. Si me devuelven el reloj y el libro, les doy mi palabra de no denunciarlos.

—Conciliar es una buena salida —opinó Chaparro.

—Efrén, Aurelio —añadió Sandoval—, el señor Orihuela está siendo muy generoso con ustedes...

—Si yo tuviera las cosas, se las devolvía —respondió Efrén.

—Lo mismo digo yo —agregué.

—Piensen en el trabajo, han tenido un bonito ambiente laboral, compañeros que los aprecian, estabilidad económica. ¿Quieren ir a la cárcel?

Me pareció oír retumbar el pecho de mi colega, como en *El corazón delator*, donde el personaje está que revienta de miedo creyendo que el corazón de un anciano, al que mató y enterró debajo del piso de su casa, sigue latiendo y los policías pueden escucharlo.

—A costa de parecer estúpido, voy a proponerles algo —intervino Orihuela—. Les voy a dar a cada uno cinco mil pesos si me devuelven las cosas.

El silencio se hizo tan espeso que, si hubiera pasado una mosca, se habría escuchado tan fuerte como el motor de una avioneta.

—Diez mil. —Orihuela subió su oferta—. Cuesta mucho más y tendrán la tentación de venderlo, pero la maquinaria tiene código de barras…

—Le juro que no le robé nada —aseguró Efrén.

—Lo mismo digo yo —añadí.

—¡¿Cuánto quieren, cabrones?! ¡¿Veinte mil?!

La puja se ponía interesante, pero vergonzosa.

—No se humille, señor Orihuela —dijo Chaparro—. A partir de aquí nosotros nos hacemos cargo…

—¿Ya revisaron debajo de la cama? —pregunté.

Todos se me quedaron viendo como si acabara de decir la estupidez más grande de sus vidas, incluso Efrén.

Luego comenzaron a ponerse de pie.

Chaparro y Sangrador nos llevaron a una fiscalía, específicamente a un cuarto de paredes sucias. No se anduvieron con rodeos.

—A ver, ojetes. ¿Dónde creen qué van a poder vender el Rolex? ¿No oyeron lo del código de barras? Agarren los pinches veinte mil, no sean pendejos. Mi colega y yo les pellizcamos dos baros ¡y todos quedamos contentos!

Efrén negó con la cabeza. Lo imité.

—Tú, cara de loco —me dijo Sangrador—. No te hagas güey, fuiste el único que estuvo en el estudio.

—Cuando lo limpié, sí.

—El culo te van a limpiar cuando te mandemos al reclusorio. ¿Te gustaría?

—No me gustaría.

Los agentes se echaron a reír, como si les diera gracia mi sincera respuesta.

—Ya, muchachos, en serio. —Chaparro se frotó la cara—. Estamos entre machos, ¿no? ¿O alguien aquí mea sentado? Regresamos a la oficina de su jefe y le decimos que primero el baro y luego el Rolex. Hagamos equipo, ¿va?

—No tenemos nada —sentenció Efrén.

Los agentes se hicieron una seña y salieron de ahí. Efrén y yo no nos

atrevimos a hablar hasta que pasaron más de cinco minutos.

—¿Qué dices, Aurelio?

—¿Qué digo de qué?

—Si te llevaste el reloj, dáselos, te darán la recompensa.

—Yo no me llevé nada. ¿Y tú?

—¿Cómo se te ocurre?

—¿Y a ti cómo se te ocurre que yo pude llevármelo?

—Porque te gustan los libros, Aurelio.

—Los libros no son caros, los hay hasta de cinco pesos. Y eso no tiene nada que ver con un Rolex, ¿o sí?

—¡Pues a mí no me gustan ni los libros ni los Rolex y tengo mucho que perder!

—Estamos en las mismas, Efrén.

—¡No, no estamos en las mismas! ¿Cómo quieres que te diga que voy a perder mi jubilación? ¿Tú qué pierdes? No tienes ni perro que te ladre.

—Tenía un gato.

Me miró con desesperación. Volvimos a guardar silencio. Media hora después, nos atrevimos a ponernos de pie y caminar de un lado a otro para estirar las piernas. Los agentes no acababan de regresar. Pasó una hora hasta que un tipo asomó la cara.

—¿Y ustedes qué? —interrogó.

Era otro agente, venía con un fulano desaliñado.

—¿Qué hacen aquí?

—Esperando a los agentes —respondió Efrén.

—¿Qué agentes?

—Chaparro y… no recuerdo el apellido del otro.

—Pues sálganse, voy a ocupar la sala.

Efrén y yo nos miramos desconcertados.

—¿Salirnos? —pregunté.

El agente nos miró impaciente. Salimos y nos quedamos a un lado de la puerta de cara al pasillo. La gente iba de aquí para allá en sus asuntos, la salida a la calle estaba a tiro de piedra.

—No te muevas, Aurelio. Es una trampa.

—¡Ya comiste verga! —Comenzamos a oír ruidos en el cuarto, y algo como una silla que sacaba un gemido y gritos.

—¿Y si nos vamos un poco más allá? —le pregunté a Efrén.

Pasó otra hora desesperante, hasta que el agente y el tipo salieron, dejando la puerta abierta; el segundo iba cabizbajo, y el primero, dándole palmaditas en un hombro.

Efrén y yo esperamos a que se alejaran y volvimos a entrar y a sentarnos en las mismas sillas.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunté.

—Callarnos y esperar.

Inventé un juego mental para matar el tiempo. «¿En qué novela dos amantes se ponen de acuerdo para matar al esposo de ella? A) *Las batallas en el desierto*. B) *El maestro y Margarita*. C) *La cabaña del tío Tom*. D*) El cartero siempre llama dos veces*». «¿*El cartero siempre llama dos veces*?». «¡¡¡Perfectamente bien contestado!!! ¿Pasa a la siguiente ronda, señor Lima?». «Paso». Fanfarrias. «¿En dónde nació el autor polaco Milan Kundera? A) Francia. B) República Checa. C) Gran Bretaña. D) Polonia». El locutor ha dicho intencionalmente «el autor polaco» para que yo caiga en la trampa y diga que es polaco. Así que ya podemos descartar Polonia. ¿O lo capcioso será que yo piense que la pregunta no es capciosa? *Tic, tac. Tic, tac…* «El tiempo corre, señor Lima…». «¿Francia?». «¡Perfectamente… mal contestado!». Risas del público. «Muy bien, señor Lima, de sus diez mil dólares se esfumó la mitad, ¿se arriesga a perder el resto o se la juega al doble?». Dejo correr unos segundos y respondo: «Tomo el riesgo». «¡Idiota!», grita alguien en el público. Más risas.

—¡Aurelio!

Miro el cuarto, seguimos ahí.

—¡Esos cabrones no regresan! ¡Vamos a preguntar qué carajos está pasando!

Llegamos a la barandilla y le contamos nuestra situación al que parecía a cargo; le costó entendernos, buscó nuestros nombres en una lista, dijo que no estábamos registrados y que podíamos irnos.

—¿Irnos y ya? —pregunté.

Efrén me dio un codazo. Salimos a la calle. Me dijo que jugaron con nuestros nervios y que cuando en la sala me preguntó si yo había robado las cosas fue porque estaba seguro de que había cámaras, y así podrían ver que no confesamos nada. Le dije que eso había sido una jugada muy astuta de su parte.

10

A través de la ventana de la caseta de vigilancia, Müller contempló remolinos de prisioneros excitados por la lluvia inesperada. Algunos discutían con los soldados, pidiéndoles solución para guarecerse; estos poco caso les hacían, y al que insistía lo apartaban a golpes. Otros se limitaban a arrebujarse entre ellos, escondiendo las cabezas, y no faltaba el resignado que deambulaba aparentemente tranquilo mientras la tormenta lo ponía hecho una sopa.

Müller esperó que no lo sacaran de ahí hasta que parara la tormenta y no pudo evitar sentirse a gusto por su ventaja. El soldado a cargo, que jugaba solitario detrás de una mesita, no parecía tener prisa alguna: se acercaba despacio la taza de café humeante a la boca y no miraba en ningún momento a Müller.

Otro soldado, cuyo impermeable escurría agua, abrió la puerta trayendo con él un aire feroz e insolente. Se apresuró a cerrar.

—Newman —indicó el otro, apenas mirándolo—, lleva a este *boche* a primera clase y dale una ración K.

El soldado le hizo una seña a Müller; este se paró rápidamente y salió con aquel. Atravesaron juntos el campo de norte a sur bajo la tormenta, sin reparar en los gritos y llantos desconsolados ni en la paliza que un par de soldados le propinaban a un viejo. Continuaron así hasta llegar a un galpón delimitado por una barricada cuya zanja había que cruzar por un puente.

—Entra ya —ordenó el soldado, luego de quitar la cadena del galpón.

Adentro les golpeó un fétido olor a deyecciones. El soldado fue hasta una alacena cuya puerta estaba cerrada con candado; sacó una llave, lo abrió y sacó una lata. Volvió a echar el candado y fue hasta una mesa tan vieja como la alacena; puso ahí la lata, le clavó un cuchillo y la abrió rápidamente.

—Come —ordenó y se fue.

Müller esperó un poco más, hasta que lo escuchó alejarse; lo supo por sus pisadas en los charcos de agua. Luego miró de un lado a otro: en una esquina había una litera con tres camastros; además de la mesa y la alacena, eso era

todo. Se acercó a la mesa y cogió la lata: era sopa; estaba fría, pero no tuvo problema con eso, la engulló pronto y relamió con desesperación los dedos que paseó por las paredes vacías y pegajosas del recipiente. El ruido de la lluvia creció pertinaz, golpeando con furia las ventanas y empezando a filtrarse por el techo.

No podía ser peor que estar afuera. La sopa en el estómago le produjo sueño, así que fue a la litera y se tendió en la parte baja. Deslizó una mano bajo su camisa y sacó el libro, apuntándolo hacia la ventana de donde provenía la luz del faro de vigilancia que comenzó a ir y venir intermitente sobre las hojas. Leyó y repitió palabras en español. *Desierto. Flor. Volar…*

—¿Llueve fuerte, Müller? —preguntó el falso Cazotte, contemplando a un abrigado Müller, que venía del exterior y atrancaba la puerta, peleándosela al aire.

Müller no le respondió, solo se aflojó tres botones del abrigo y fue a sentarse junto a la puerta, donde recargó el fusil, sacó una manzana amarilla de un bolsillo y comenzó a masticarla despacio, escupiendo la cáscara siempre que le era posible. El falso Cazotte se sentó con dificultad en el camastro, esperó unos segundos y se desplazó a la mesita donde estaba el libro, un frasco con píldoras, una jarra con agua. Müller le siguió con la mirada, fijándose en aquellas viejas cicatrices y hondonadas de la piel; parecían producto de remotas contusiones. El falso Cazotte sacudió el frasco de píldoras contra la palma de una mano y lo encontró vacío.

—Solo me dieron dos para toda la semana, Müller. ¿Podrías ver si es posible que…?

Müller no le dejó terminar la frase.

—No es cosa mía, Cazotte.

—Entiendo… —Se sentó a la mesa y cogió el libro; comenzó a mirarlo como de costumbre: lentamente, página por página, como si leyera bien en español. Sus ojos paseaban por él con parsimonia, al igual que las manos al cambiar de página.

—Esto no va a durar mucho… —dijo de repente sin despegar su atención del libro—. Me refiero a la guerra.

—Nunca se sabe…

El falso Cazotte le clavó una mirada levemente sonriente a su interlocutor.

—Vaya, Müller, hoy estás muy hablantín. ¿Qué dijiste?

Aquel no respondió la broma.

—Entiendo que pienses que no debemos conversar. Relájate, nunca te pediría que me ayudes a escapar. Considero que uno no debe pedir favores que puedan significar una carga pesada para sus amigos, resultaría desconsiderado; además,

no podrías hacer gran cosa por mí. Afuera está lleno de italianos y de tus compatriotas armados hasta los dientes y con perros. Incluso si lograra ir más allá de San Sabba, ¿qué seguiría? Demasiado cerca de la frontera con Alemania, demasiado lejos de la zona libre francesa. ¿Estás de acuerdo, Müller?

—Estoy de acuerdo en que habla demasiado.

—Alguien tiene que hacerlo por los dos…

Hasta ese momento, se habían comunicado en una mezcla de idiomas: lo poco que Müller sabía de francés, contadas palabras en alemán y en español de parte de aquel. Sin embargo, de alguna forma conseguían entenderse.

—Así que quiso suicidarse —aventuró Müller.

—No creas todo lo que escuchas.

—Lo estoy escuchando a usted.

—Por eso también lo digo —sonrió el falso Cazotte.

—Leer no sirve de mucho… —intentó de nuevo.

—¿Y acaso tiene que servir de algo?

La oscuridad había caído en Kripp. No llovía más, solo se escuchaban las goteras y podía sentirse ese olor frío que al respirarse lastimaba la garganta, los pulmones y el alma. Se oyó el deslizar de la cadena en la puerta del galpón, que enseguida se abrió dejando entrar la luz plena del faro de vigilancia. Una silueta se dibujó en la entrada.

—¿Sigues vivo, *boche*?

Se trataba del sargento que lo había llevado a la entrevista. Parecía algo ebrio.

—¿Sabes qué día es hoy, *boche*?

—¿Día?

—¡Cuatro de Julio!

—¿Cuatro de Julio?

—¡Sí, Cuatro de Julio, *son of the gun*! ¿Qué día celebran ustedes su independencia?

—¿Qué independencia?

El oficial se sujetó de la puerta al dar un traspié y lo miró desconcertado.

—Tenemos fiesta, párate y vámonos.

11

Efrén y Amanda fueron a mi departamento. Era la primera vez que venían; quiero decir, con ella, Amanda. Estábamos a la mesa. Él con cara de haberle confesado todo a su mujer, como un niño a su madre. Entendí que la había traído para que yo repitiera lo que pasó y de ese modo Amanda viera que no era un exagerado. Le conté la entrevista con los policías, Orihuela y Sandoval, y después con aquellos en la fiscalía, cuando nos dejaron solos y terminamos por irnos.

—¿Lo ves, mi amor? ¿Ves que no es exageración? Necesitamos un abogado…

Amanda buscó una confirmación en mis ojos.

—Está bien, pues búscalo y ve cuánto cobra.

—No, mi cielo —dijo él, deshaciéndose como miel en pan caliente—, que sea uno de oficio, que sea gratis…

—Esos no son buenos, busca uno que te cobre lo justo.

—Cariño, ninguno cobra lo justo.

—Pues págale bien pero que sepa lo que hace.

—¿Tú podrías hacerte cargo, Aurelio?

Recordé que según él tenía ahorros, pero no supe cómo decírselo y solo asentí.

—Como sea, Aurelio tiene razón. No hay pruebas —repuso Amanda.

—Pero la factura del reloj existe, corazón.

—¿Y dónde está la chingada cámara de vigilancia que los vio robando?

—En ninguna parte, cielo…

—¡Pues eso, tonto! ¡No va a pasar nada! ¡Y si los agentes los vuelven a intimidar, derechito a Derechos Humanos! ¿Me oíste?

—Buena idea, mi vida.

—Entonces, ya tranquilos. ¿Quieren desayunar? Perdón, Aurelio, estamos en tu casa…

—Está bien, veré qué tengo…

—Tú quédate sentado, yo me encargo, si me lo permites.

La mujer se desplazó por mi cocina como si la conociera de siempre.

—Gracias, colega —me dijo Efrén muy quedito—, te debo una.

—¿Me debes qué?

—No lo arruines…

—¿Arruinar qué?

—Ya cállate.

—¿Qué siguen discutiendo? —reclamó Amanda, y después vino con tres platos de huevos revueltos y café.

—¿Dónde tienes los cubiertos?

Señalé el mueble levantándome hacia él, pero ella se adelantó y abrió un cajón. La sangre se me fue a los pies al ver el canto del *Principito*. Pero Amanda no reparó en el libro, sacó los cubiertos, cerró el cajón y vino a sentarse.

—Tienes como cincuenta latas de atún en esa alacena, Aurelio. ¿Te estás preparando para una guerra? —Se echó a reír.

—Es que son fáciles de abrir, lo único es que hay que tener cuidado de cuáles compras. A algunas les jalas el anillo y se rompe.

Amanda me miró con un destello de compasión.

—Así es de rarito —le explicó Efrén.

—Nada de eso, lo que hace falta en esta casa es una mujer —dijo ella.

—Concuerdo, mi vida, pero apenas si se relaciona con nadie. Todavía me acuerdo de su primer día en la empresa, ¿te acuerdas, amigo?, ¿lo que traías en la mano?

—Una lonchera.

—¡Sí! —se carcajeó—, ¡como Pedro Picapiedra!

Amanda apretó una sonrisa y le pegó en un brazo a Efrén para que se callara.

—Déjalo en paz, a mí me parece tierno. Mira qué ojos más tristes, le dan un toque bonito. ¡Ay!, hasta se pone rojo…

—Ahora la que lo molesta eres tú.

—¿Te molesto, Aurelio?

—Ninguno de los dos.

—¿Cómo es que un hombre como tú hace lo que hace?

—¿Hacer qué?

—Lo de la limpieza de esos lugares, se necesita sangre fría, ser insensible.

—Oye, oye —se quejó Efrén—, que yo también hago lo mismo.

—Por eso lo digo.

—¿Qué cosa?

—Que te calles, que Aurelio se defienda solo.

—Tal vez no soy tan sensible —aclaré.

—Yo creo que sí, mucho, y que te vendría mejor un trabajo de

manualidades.

—No es raro de ese modo —bromeó Efrén.

Se echaron a reír y terminamos de desayunar. Amanda insistió en lavar los platos, por más que le dije que yo podía hacerlo. Los despedí en la puerta. Por fin, saqué mi libro del cajón.

Intenté imaginar al narrador; no pude ponerle rostro de europeo, sino de un negro de Veracruz, igual que Efrén. Resultó divertido porque él tenía su lado derrotista, como el narrador.

«No dibujaré mi avión, por tratarse de un dibujo demasiado complicado para mí».

Efrén diría algo así, me partí de risa, pero luego me puse triste porque mi amigo no pilotaba aviones, lo suyo era recoger despojos hasta no dejar rastro de lo sucedido. De pronto pensé que nunca se me ocurrió preguntarle si había dejado algunos sueños atrás. Uno siempre piensa que todo el mundo los tiene y que, si no hace lo que otros, es porque se le perdieron en el camino. Eso mismo pensaba yo de mí: «Aurelio, tuviste sueños, no lo niegues. Nunca te dijiste ¡yupi, voy a limpiar mierda!» Pero luego intentaba recordar esos sueños y no me venía ninguno a la cabeza, aparte de llevar una vida en paz y tranquila y donde la gente fuera amistosa.

El narrador da a entender que los adultos no comprenden el mundo de la imaginación de un niño, y que ese mundo, muchas veces, tiene más sentido, aunque luego se sigue quejando…

«Es posible que yo sea un poco como las personas mayores. He debido envejecer».

A Efrén le había escuchado decir algo similar luego de una faena, cuando nos pusimos tristes por tener que tirar entre los despojos un cuaderno en el que un niño se había dibujado junto con sus padres y su hermano. «Colega, nos estamos volviendo viejos», dijo Efrén. «¿A qué te refieres?», le pregunté. «¿No lo ves?, amigo, apenas vimos esos dibujos y ya los tiramos». «Más qué viejos, desencantados», opiné. «¿Y qué es lo que te hace viejo si no el desencanto?», remató él, sabiamente.

Si Efrén se parecía al narrador, ¿yo a quién? ¿Al Principito? No lo creo, ¿a otros personajes? No lo sé… Más bien, lo mío era ser un lector. De hecho, eso pasa en la vida: unos la viven y otros miramos cómo ellos la viven… Un lector es un mudo testigo que en su cabeza recompone lo que va leyendo, que les pone rostros a los personajes, que recrea los hechos en un teatro mental. Un testigo al que, si tiene suerte, el libro se le convierte en el mar, y lo deja con los ojos y el alma sobrecogidos. Sonaba bien, eso era yo.

Pero hay que ser sinceros, también estaba el libro como objeto. Orihuela lo quería por su valor sentimental. ¿Qué había del monetario? Por su hechura, le calculé unos quinientos pesos.

Lo sacudí para ver si caía algo. Nada. De repente me pareció ver unas letras verdes. Era una anotación escrita con tinta verde.

«¡Pronto escaparé!».

Releí varias veces esas enigmáticas palabras. ¿Escapar de qué? ¿De quiénes? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¡Dónde! Mi fascinación por saber que hubo otro lector que tocó las mismas páginas fue en aumento; era ese lector como el que escribe un mensaje y lo mete en una botella que lanza al mar, y yo el que la encuentra y no puede hacer nada al respecto.

12

El cementerio de Kripp hubiera sido un lugar tan silencioso como cualquier camposanto, de no ser porque el cauce del Rin llegaba con su ruido fuerte y vital. Una veintena de soldados de la Cuarta de infantería y la Novena acorazada (quienes pelearon en las Ardenas), otro tanto de australianos (que parecían más frescos que lechugas, pues venían del frente africano, donde ya no hubo movimiento significativo), más un grupo de la armada inglesa convirtieron el mausoleo de un tal Karl von Hyman en barra de cantina. Botellas de bourbon de Kentucky, rakia serbio, vodka ruso y absenta francesa aparecieron como por arte de magia; de todo excepto raciones K, mismas que las miradas ansiosas de los prisioneros, sentados a cierta distancia, esperaban cada vez que los soldados llegaban con más cajas de alcohol.

Nombraron cantinero al soldado Clifford. A falta de donde enchufar una radio, cinco soldados improvisaron el coro cantor conformado por un bajo, dos barítonos y tres tenores, quienes comenzaron por entonar «La hermosa América».

—*America! America! God shed His grace on thee…* —vociferaba Coleman movido por la ebria emotividad, el sargento que había traído a Müller y que por la mañana lo había llevado al interrogatorio—. ¡Que todos beban, Clifford! —ordenó—. ¡Sin timidez, *boches*! ¡Es una orden! ¡Y es Cuatro de Julio! ¡No lo olviden jamás!

Un alemán, chisposo al primer trago como era de esperarse en su inanición, se acercó a Coleman:

—¿Qué? —interrogó al oírle. El prisionero repitió las palabras—. ¡Un traductor! —exigió.

—Dice que se llama Helmut —tradujo Müller.

—¿Y a mí qué mierdas?

Helmut le dijo algo a Müller, este mostró cierto asombro y se lo tradujo a Coleman.

—Su abuelo fue enterrado aquí con su acordeón. —Entonces Coleman

pareció interesarse—. Se ofrece a sacarlo de la tumba y tocar para todos ustedes.

—¿Sacar a su abuelo?

Los soldados rompieron a reír.

—*Mein Großvater war musiker* —dijo un Helmut orgulloso.

—¿Qué rayos dice?

—Algo de su abuelo —opinó un inglés, bebiendo un buen chorro de absenta.

—Qué esperas, Müller, ve con él a traer ese acordeón. ¡Pero sin abuelo!

Más risotadas.

—Sargento… —Un soldado se acercó a Coleman—. Sería conveniente que yo fuera con ellos…

—¿A buscar al abuelo? —Más risas, pero ya no tan festivas—. Claro, claro, Smith, eso iba a decirle, vaya con ellos y vigílelos bien…

Helmut y Müller caminaron entre las tumbas, seguidos por Smith, que apoyaba una mano en la funda de la pistola, como para recordarles que la fiesta tenía sus límites. Los querubines de piedra, el nutrido musgo a las orillas de los recodos, la noche fuliginosa y el rumor del Rin inspiraban quietud.

—*Es ist da!* —Helmut salió disparado.

—¡Ea! ¿Adónde vas, *boche*?

Smith volteó hacia Müller. Este no supo qué decir, pero Helmut se detuvo casi enseguida y cayó de rodillas frente a una tumba. Luego de unos segundos, clavó las manos en la orilla y quitó una piedra grande que dejó ver un agujero de buen tamaño.

—Ayúdalo, Müller —ordenó Smith.

Aquel se aprestó a hacerlo. Después de retirar más piedras, hubo que sacar la tierra a puños, lo cual resultó ser bastante laborioso y tardado.

—¡Al diablo! —exclamó Smith y se echó rodillas, uniéndose a la faena.

Encajaban los dedos como topos, sacando tierra cada vez más fresca. Müller podía sentir su propia respiración y su aliento sucio y el aire del Rin que venía húmedo y porfiado a herirle los pulmones. Miró a Smith con disimulo, le calculó unos veinte años de edad; le pareció de pocos estudios, simplón, terco y sincero. A Helmut le calculó cuarenta y lo imaginó como maestro de primaria.

—*Es ist da! Es ist da!* —comenzó a gritar Helmut y se lanzó a cavar más rápido, como si en ello le fuera la vida.

El agujero terminó por desgranarse. Helmut no se lo pensó dos veces: se metió con la cabeza por delante, arrastrando por último los pies ante los ojos asombrados de Smith y Müller, que lo vieron desaparecer como un conejo en la chistera de un mago.

¿Y si todo había sido un truco para escapar?, parecía preguntarse Smith,

boquiabierto.

—*Boche? Boche?* ¡Sal de ahí! ¡No te lo pediré dos veces!

Un largo gemido vino del interior, seguido por llanto y susurros.

—Está rezando —explicó Müller.

Entonces Smith se persignó respetuosamente.

Luego del rezo hubo un silencio corto, pero no por ello menos inquietante; después, un golpe melodioso y un acordeón lleno de tierra que se asomó por la boca del agujero. Clifford y Müller intercambiaron una breve sonrisa, recogieron el acordeón y ayudaron a Helmut a salir.

Minutos más tarde, un Helmut al que la música parecía transformar en un tipo alegre y enérgico tocaba frente a vencedores y vencidos la polka del barril de cerveza. ¡Epa! ¡Epa! ¡Epa! Cierto ruso gigante se soltó danzando con flexiones de piernas que se estiraban y encogían con rapidez en su baile *kasachok*. Un australiano fue más lejos y echó un vistazo a la fila de prisioneras alemanas que permanecían sentadas a lo largo de una barda. Sin más, tiró del brazo de la que le pareció más simpática y la llevó a bailar frente al acordeón. Helmut los recibió con un requiebre melodioso. No faltó quienes acusaran sorpresa por la osadía del australiano, pero no por mucho tiempo, pues pronto no hubo más mujeres que escoger.

Los ojos de Müller, aturdidos por el rakia, fueron de los soldados bailando con las mujeres esqueléticas a los dedos presurosos y precisos de Helmut en el acordeón. Lanzó la mirada al cielo de estrellas ajenas a toda guerra, a toda derrota; miró las puntas de los abetos ondulantes por el viento. Por último, bajó la vista hasta detenerse en sus botas pringadas de lodo, torturadas, raspadas de tanto recorrer caminos. Las mismas botas que ahora, sin él quererlo, se movían al compás del acordeón, y que al recordarlas lustradas lo hicieron reír agridulcemente.

—Müller, ¿cómo haces?

—¿Cómo hago qué?

El falso Cazotte le señaló las botas.

—Prácticamente puedo mirarme en ellas. No es que salga mucho, pero afuera siempre hay lodo...

Müller no pudo evitar sentirse orgulloso de ese par de botas Marschstiefel, de cuero teñido de negro, que terminaban bajo la rodilla, con las suelas reforzadas por clavos de metal. Aquel francés no conseguiría comprender por qué las limpiaba de forma tan dedicada, pues lo único por lo que parecía mostrar aprecio era su libro. Lo traía de aquí para allá y lo miraba todo el tiempo. ¿Por qué la obsesión y por qué la tardanza de los altos mandos en decidir su destino? Había sido atrapado en territorio italiano por un piloto alemán, lo cual

provocaba cierto conflicto, quizá reforzado porque, a esas alturas de la guerra, Hitler ya no tenía a Mussolini en un pedestal, desde que tuvo que rescatarlo de sus enemigos.

Müller no tenía problema con vigilar al prisionero. De hecho no lo decía en voz alta, pero le era mejor eso que tener que sumarse a las faenas en San Sabba. El conjunto de edificios de ladrillos rojos le parecía tan agobiante como el escandaloso carácter de los italianos. Todo el día era un ir y venir de soldados italianos y alemanes, encargándose de los detenidos que llegaban como hongos nacidos en la humedad. Había que clasificarlos y, en ciertos casos, deportarlos a prisiones alemanas.

La otra opción era ir a la ciudad, Trieste, donde la misión consistía en inspeccionar las calles y los sótanos de los edificios, en apoyo a las tropas italianas, aunque más bien se trataba de hacerlos sentir que ellos, los alemanes, eran sus hermanos mayores, superiores a Benito Mussolini y sus Camisas Negras.

No le gustaba Trieste por su viento impredecible. Hubo una ocasión en la que el implacable bora comenzó a arrojar a los transeúntes de aquí para allá, como si fueran de papel. Sin embargo, la imagen más sorprendente fue cuando de un simple manotazo puso de cabeza un todoterreno con tres oficiales alemanes de alto rango. No pasó a más, apenas se llevaron algunos raspones y magulladuras, pero a Müller le pareció un mal augurio; si el bora podía arrojar al hombre no solo a tres o cinco metros sino al mismísimo mar Adriático, ni las armas ni el poderío alemán les garantizaban ganar una guerra.

Enseguida se refugió en el primer local que tuvo a mano. La quietud, el silencio de aquella librería contrastaba con el espectáculo más allá de la ventana. El bora seguía haciendo de las suyas, la gente se sujetaba de los postes, las orillas de las aguas del golfo se agitaban como a punto provocar un huracán.

«¿Puedo ayudarle en algo?», preguntó el librero. «Gracias por el refugio», respondió Müller y le dio algunas reichsmark*. «Oh, no hace falta», dijo el hombre, mirando las monedas en su mano. Y al darse cuenta de que Müller, orgulloso, impecablemente uniformado, no parecía dispuesto a discutir el regalo, tomó un separador y se lo obsequió.*

—¿Y esto, Müller? —preguntó más tarde el falso Cazotte, cuando Müller, a su vez, se lo obsequió.

—Para su libro, supongo que siempre es bueno saber en dónde se quedó.

«¡Yepa, yepa, yepa!», exclamaba un soldado rubicundo de ojos violentos, y gritaba su *¡yepa, yepa, yepa!,* abrazando fuertemente en el baile a una escuálida prisionera. Helmut acentuaba con su acordeón ese *¡yepa, yepa, yepa!*, acelerando el ritmo. Y «¡yepa, yepa, yepa!», comenzaron a corear los soldados para que aquel bailara y girara aún más veloz. Una vuelta a la izquierda, dos a

la derecha, detenerse de golpe y dos más a la izquierda, todo con la alemana en brazos, casi horizontal, agitándose como muñeca de trapo.

—¡Basta, Sánchez! —ordenó Coleman.

Aquel no podía escucharlo; seguía frenéticamente el baile, compitiendo con la velocidad que marcara Helmut con su acordeón.

—¡Dije que basta! —Coleman tuvo que pegar un tiro al aire.

Entonces pararon baile, música y festividad.

Solo se escucharon de nuevo las aguas del Rin y los jadeos fatigados de Sánchez, que miró a la mujer muerta en sus brazos, y no supo si dejarla caer o seguir sosteniéndola hasta que alguien viniera a quitársela.

13

La voz de Efrén se escuchaba susurrante en el teléfono.

—Fui a comprar huevos, un coche me siguió, placas… Espera…

Lo oí hojear un cuaderno. Me las dijo y las repitió dos veces.

—Ya hablé con Blas.

—¿Qué Blas?

—¿Cómo qué Blas? ¿De cuántos te he hablado?

—¿Tu hermano?

—¡Sí, mi hermano! ¡Él! Es abogado.

—¿Tu hermano es abogado?

—Sí, mi hermano es abogado.

—¿Y por qué no me habías dicho que tu hermano es abogado?

—¡Carajo! ¿Otra vez haciendo preguntas idiotas? Investigó y encontró que todavía no hay una denuncia formal por el Rolex… Luego hablé con Victorio. Y no me preguntes qué Victorio. El único que conocemos. Nuestro colega del trabajo.

—Lo sé, el que su hijo tuvo su primer diente…

Respiró agobiado.

—Me dijo que todos piensan que tú y yo somos un par de rateros, ¿y sabes qué más me dijo?

—Es difícil porque no escuché cuando hablabas con él.

—¡En serio eres estúpido! Cómo te cuesta pescar el sentido figurado. Cuando alguien dice: «Fulano se murió del susto», seguro tú estás esperando ir al velorio.

—¿Qué velorio?

—Ya basta, Aurelio, céntrate. Victorio escuchó que van a enviar policías a revisar de nuevo el departamento, por si faltan más cosas. Tenemos que estar muy al tanto de todo; ponte alerta con el coche: si te sigue, significa que no es mi imaginación.

Colgamos. Volví al libro. No pude concentrarme. Comenzaba a ser alto el

precio. La lectura requiere concentración, es un acto tan delicado como una cirugía a corazón abierto. Es verdad que hay gente capaz de leer en el metro, pero una cosa es el ruido del exterior y otro el que te asalta por dentro; es más perturbador, aunque solo susurre tu nombre.

Fui de un lado a otro acomodando cosas, los cojines, los platos que Amanda dejó en el escurridor. Intenté con otro rincón para leer; probé el baño, la recámara, al lado de la puerta. Nada.

Volví a toparme con las palabras del lector anónimo, fui por una pluma y escribí debajo:

«¡Yo también quisiera escapar! ¿Qué te parece?».

Tinta vieja, tinta nueva. No esperaba que me respondiera (¿o sí?), pero acababa de iniciar un diálogo. Ahora yo, el autor y el lector anterior navegaríamos en ese mismo barco de palabras. Adonde quiera que fuéramos, en las manos de quien cayera *El Principito*, en el estante de una gran biblioteca o en una pila de ofertas, atravesaríamos las mismas aguas. El capitán del barco sería Exupéry; los personajes, la tripulación oficial, y los lectores, los pasajeros...

«¿Eres idiota o qué?», me diría Efrén si pudiera escuchar mis pensamientos. Tenía razón, me costaba trabajo entender el sentido figurado de las cosas.

Qué bien que llegó la noche, qué pesado era estar conmigo mismo. Vino Efrén, siempre nos veíamos en algún punto cercano a la faena, pero ahora, con todo lo que estaba sucediendo, parecía muy vulnerable.

—Te voy a contar algo, pero, por favor, sé discreto, amigo —aventuró mientras yo conducía la camioneta—. Le pregunté a mi hermano si le gusta mi mujer… ¿Sabes qué dijo?

No, no lo sabía, pero mejor seguí escuchándolo.

—Dijo que se le figura como una potranca a la que hay que domar, pero que la respeta.

—Ya veo…

—Sí, yo también ya veo. Estoy decidido, amigo, voy a hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Contratar al asesino.

—Espera, ¿Blas ya no va a ser nuestro abogado?

—¿De dónde sacas eso?

—Dijiste que le preguntaste cosas legales.

—¿Y eso te lleva inmediatamente a pensar que ya es nuestro abogado?

Dejé correr unos segundos y le pregunté dónde pensaba conseguir al asesino.

—Chaparro y Sangrador.

—¿Los policías?

—Alguien como ellos. ¿Recuerdas la faena en el edificio de la colonia Roma?

Había sido hacía cuatro años, nos tocó limpiar lo que a su paso dejó un loco que se metió a los departamentos cuchillo en mano. Adrián Cárdenas, un agente al que llamaban Odín, nos interrogó sobre el lugar del crimen, pues no pudo verlo en su momento y necesitaba hacerse una idea. Un año más tarde volvimos a verlo en una reunión de fin de año. Ya con varias copas encima, nos confesó que buscó al loco por su cuenta y, como no podía probarle nada, le dio un paseo por la carretera de Toluca, de donde nunca volvió…

—Odín…

—Sí, ya lo recuerdo…

—Yo también, colega, el tipo era como un Rambo, pero de verdad. Dos metros, puro músculo de piedra… ¿Qué habrá sido de él?

—Le oí decir que se iba a vivir a Tabasco.

—¿Cuándo?

—Aquella vez en la reunión de fin de año.

—Ya… ya recuerdo… Es cosa de dar con su dirección, a ese tipo le encanta hacer justicia…

—Vete con calma, Efrén…

—Para ti es fácil decirlo porque no tienes ni puñetera idea de lo que es amar a una mujer con toda la entraña, ser capaz de todo por ella. Robar, matar, perder la dignidad si hace falta. ¿Has amado así alguna vez, Aurelio? Seguro que no. Escucha esto, hay dos clases de tipos: los que aman desmedidamente y los que aman solo porque es parte de las muchas cosas que hay que hacer en la vida. Yo soy de los primeros.

—Suenas muy sabio, Efrén.

Miré el reloj, íbamos a tiempo. Nos ahorraríamos los reproches del Gordo Sandoval. Ojalá no hubiera tránsito. El problema con eso es que no es predecible; de pronto sale de todas partes y puede desaparecer también de pronto. Como si la ciudad estuviera hechizada.

—Oye —dijo de repente, muy serio—, no creas que Amanda es una puta. Es la primera vez que me engaña.

Asentí con respeto. Aparcamos en el estacionamiento de aquella escuela secundaria en el Pedregal. Bajamos el equipo y fuimos hacia la cancha de baloncesto. La duela estaba pringada de sangre. Sandoval estaba en las gradas.

—Llegaron los rateros —espetó.

Casi pude oír los dientes de Efrén triturándose unos con otros.

—Esta vez me voy a quedar, no sea que quieran robarse una canasta con todo y poste.

—Yo no me robé nada —replicó Efrén.

—Ni yo tampoco —apostillé.

—Claro, angelitos... Más vale que se los diga, Raúl Orihuela no se va a quedar cruzado de brazos. Si yo fuera ustedes, ¿saben lo que haría?

—¿Qué? —interrogó Efrén.

—Me armaba de huevos y le pedía cien mil pesos por el reloj. Y ya que le tiene tanto cariño al libro, que se caiga con otros cincuenta mil, ¿por qué no? Me corto un huevo y la mitad del otro si no afloja.

Esperó nuestra respuesta por un segundo y, como no hubo, continuó.

—¿Saben lo que son ustedes dos? Un par de maricas. Me imagino que no saben ni a quién venderle el reloj. ¿Alguna vez han tenido Rolex?

—Nunca —dijo Efrén.

—Ni yo tampoco —apostillé.

—¿Lo usarían si fuera suyo? Apuesto que no. Se sentirían incómodos, fuera de lugar. ¿Saben por qué? Porque no tienen clase, no hay forma de que ese reloj les siente bien, así que lo mejor es devolverlo a su dueño.

—El dueño se pegó un tiro —dije.

—Se refiere al hijo del dueño —me aclaró Efrén.

—Bueno, ¿qué me dicen…?

—Que tenemos suerte, porque el piso es de duela y no costará tanto limpiarlo —respondió Efrén.

—¡Come mierda! ¡A mover el culo, ya!

Preparamos las cosas mientras él vigilaba desde las gradas.

—¿Qué te parece? —me preguntó Efrén hablando sin mover los labios, igual que un ventrílocuo—. El cabrón nos quería tender una trampa…

—Sí, me di cuenta.

—¿Qué murmuran, señoritas? ¡A limpiar la mierda!

Poco después, Efrén recogía puñados de despojos y los arrojaba en la bolsa que yo sostenía con ambas manos. En el proceso, encontró un brazo con una pulsera en la muñeca; lo levantó, lo agitó y habló fuerte:

—¡Pulsera de oro! ¿La quita usted o la quito yo?

—¡Quítala tú y tráela aquí, negro de mierda!

La mano estaba engarrotada y resultaba imposible sacarle la pulsera.

—Sostenla —indicó Efrén dándomela por el muñón.

Lo hice y él apretó los dedos juntos, haciéndolos tronar; luego sacó la pulsera. Fue y se la dio a Sandoval, quien primero le tomó una foto con su celular y después la metió en una bolsita de plástico.

No contamos con que la tarima tenía agujeros de balas rellenos de sangre fresca; había que tomar un trapo, envolverse un dedo y meterlo en cada orificio para secarlo. Eso llevaba su tiempo y, como la madera chupa y suelta los líquidos, al poco rato el agujero se volvía a llenar. Era escalofriante.

Por último, guardamos el equipo y fuimos con el Gordo para que nos firmara. Él miró la cancha de cabo a rabo.

—Si así se limpian el culo, la cosa está jodida. No, señores, no les voy a firmar nada hasta que hagan bien su trabajo.

—¿Qué falta?

—¿Todavía lo preguntas, negro pendejo? ¡Pulir! ¡Eso falta, pulir la puta duela!

—No trajimos la pulidora.

—¿Y qué esperan para traerla?

Efrén sacó su teléfono.

—¿Qué haces?

—Hablar para que la traigan.

—No, señor, sus compañeros no tienen por qué pagar el descuido de ustedes, como tampoco nadie tiene que pagar lo que se robaron.

—¡Ya estuvo bueno! —Efrén se abalanzó hacia él.

Lo contuve.

—Deja que tu novio se desahogue… —se burló el Gordo, mientras yo llevaba a Efrén hacia la salida—. ¡Lo sabía! ¡Son maricas! ¿Quién se la mete a quién? ¡Seguro que el negro a ti, Aurelio, porque la ha de tener más grande que tú!

Poco después, Efrén se desquitó golpeando el volante de la camioneta, mientras sacaba espuma de la boca.

—Voy a confesar, colega —soltó luego de un rato—. Les diré que sí, que yo me robé el puto reloj.

—¿Entonces sí lo robaste?

—¡Da igual! ¡Lo que les importa es tener un chivo expiatorio! ¡Voy a decir que me lo robé y que me metan a la cárcel y me cojan! ¡Solo así me van a dejar en paz! ¿Por qué tiene que ser tan difícil? ¿No es suficiente con este trabajo? ¡Y encima de todo, mi mujer se acuesta con mi hermano! ¿Te parece justo, Aurelio? ¿Qué hice para merecer esto? ¿Es porque soy feo? ¿Es eso? ¡Dónde está ese cabrón de Dios para reclamarle! —Se talló los ojos y sonrió entre lágrimas—. ¿Sabes qué hacía de niño allá en Veracruz? Decirles a los turistas que tiraran una moneda al malecón, yo me echaba un clavado y la sacaba y ellos aplaudían y la moneda era para mí… Eso era la felicidad, Aurelio. La total felicidad. No esto.

—Vamos por la pulidora. Efrén. Y hagamos nuestro trabajo.

14

Era la última entrevista que el cónsul había pactado con los americanos. Durante la anterior, a Müller lo dejaron en la antesala vigilado por la aparente indiferencia de la secretaria detrás del escritorio, y solo lo hicieron entrar unos minutos para que un médico le realizara un examen. Por supuesto, aquel lo encontró más sano que un atleta.

Esta vez, Patrón reiteró que Brune Jacinto Müller era ciudadano mexicano y debía ser tratado como tal y que, en todo caso, como cualquier alemán, merecía la oportunidad de ser «desnazificado». Los americanos porfiaban que el prisionero había renunciado a su nacionalidad mexicana porque era nazi convencido y recalcitrante, y sería injusto acogerlo a su anterior nacionalidad. No creían que pudiera renunciar a sus convicciones, llevaba tatuada en el alma y la cabeza que el Tercer Reich duraría más de mil años. De alguna manera habían hurgado en la universidad donde cursó estudios en derecho antes de convertirse en soldado, y se descubrió que llegó a escribir y distribuir panfletos en apoyo a los nazis.

Según la lista del general Waldron, los alemanes desnazificados solían ser personas que al menos tenían algo que ofrecer, como científicos o ingenieros, por ejemplo. El cónsul sonreía con aquella apreciación evidentemente convenenciera, y su leve sonrisa parecía incomodar a los otros.

—Caballeros —comenzó Patrón, calentando una copa de brandy en una mano—, según mis informes, ustedes y las fuerzas aliadas cuentan con más de dos millones de prisioneros. ¿No son ya suficientes?

—Una exageración —puntualizó Waldron.

—Entiendo que la población civil está siendo arrestada con cualquier excusa, yo les estoy peleando la vida de un solo hombre. Vamos, al menos háganlo por ahorrarle trabajo al tío Sam.

—¿Por qué no apela a argumentos serios, cónsul?

—Ustedes no me han dado ninguno para retener a Müller. ¿Que repartió panfletos? Era un jovencito. ¿Y qué papel jugó en la guerra? Un soldado

cualquiera, uno de tantos…

Esta vez, quien miró con cierta rabia al cónsul fue el propio Müller.

—Cónsul Patrón, créame que ni un solo nazi se irá de territorio ocupado sin recibir su merecido castigo.

—Por favor, señores —objetó Patrón, sirviéndose más brandy de aquella botella de cristal cortado, la cual contempló como si se tratara de una baratija —. Vamos a hablar «a calzón quitado».

—¿Hablar qué?

—Una expresión de mi pueblo. Yo fui niño pobre, la mía es una historia de esfuerzo personal. Creo que eso lo entienden muy bien ustedes los norteamericanos.

Los hombres hicieron muecas de fastidio.

—Cuando no caben las mentiras ni los falsos orgullos, uno aprende a hablar así, «a calzón quitado».

—Ya entendemos la expresión. ¿Cuál es su punto?

—Que «no hagamos leña del árbol caído».

—Otra expresión de su pueblo, supongo, pero seguimos sin comprenderle.

El mismo Müller, en aquella silla que lo distanciaba de todos, no entendía adónde quería llegar Patrón.

—Me queda claro que el resultado de esta guerra les va a traer buenos dividendos. Sus chicos americanos han quedado como los salvadores del mundo. El resto de los países, si bien hicieron lo suyo, se van a llevar el premio de consolación. Eso sí —Patrón agitó la copa de brandy—, cuidado con los rusos, van a querer la mitad del pastel...

—Perdone, cónsul —intervino el secretario Kenrick—, ¿de qué pastel está hablando y qué tiene eso que ver con su defendido?

—A eso voy…

—Mejor le ahorro el discurso. Según la lista que nos hizo llegar su gobierno, aún va a defender a unos cinco nazis más. Si se empeña en uno, no le van a quedar energías para los siguientes.

—Agradezco su consejo, secretario Kenrick, pero para mi país todo compatriota es importante.

—No lo dudo y ya nos dio sus mejores argumentos. Las negociaciones llegaron a un punto final, así que lo siguiente será que tomemos nuestra decisión y se la comuniquemos de manera oficial a su gobierno. Valoraremos el caso sin apasionamientos… «A calzón quitado» —añadió Kenrick, sonriéndose levemente con el general. Luego lanzó una mirada hacia la puerta, pero Patrón no se dio por aludido y bebió tranquilamente el resto de su copa.

—No dudo que tomarán una sabia y humana decisión. Y ya que esto llegó a su fin, ¿sería posible ofrecerle una copa al señor Müller?

—Definitivamente no —sentenció Waldron.

—Pero mis diez minutos con él siguen en pie, ¿verdad?

—Tómese quince.

El secretario y el general se levantaron al mismo tiempo.

—Gracias por su generosidad —apuntó Patrón, no exento de ironía.

Se estrecharon las manos, ignoraron a Müller y salieron del despacho. El soldado entró y se quedó junto a la puerta.

—Roñosos hijos de perra —farfulló Patrón—. En el fondo les importa una mierda, Müller, solo quieren presumir su poder. Carajo, ¿en qué estabas pensando cuando dejaste tu México lindo y querido para venir a pasar penurias aquí? Tal vez ellos tienen razón y sientes desprecio por el mundo entero y te piensas superior.

—No quiero entrar en polémica con usted; al contrario, estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho por mí. —Müller le tendió una mano.

—¿Qué haces? Baja esa mano, es de mala suerte que te despidas así. ¿Acaso dije que esto ya se terminó? Vamos a ver «de qué cueros salen más correas...».

—¿Cueros?

—Sí, Müller, es hora del plan B.

—¿Plan B?

—Chíngate esto. —Patrón le dio su copa.

El soldado estuvo a punto de objetar, pero Müller bebió de un solo trago y aquel miró hacia otra parte.

Poco después, otro soldado recogió a Müller del edificio en Schützenhalle para llevarlo de vuelta a Kripp. Apenas arrancó el todoterreno y tomaron carretera, aquel comenzó a hablar.

—¿ss?

—Solo soldado raso —aclaró Müller, recordando la defensa de Patrón en cuanto a las supuestas ventajas de ser un don nadie.

—Gleen Thomas, tercer regimiento de Infantería. —Le tendió una mano mientras con la otra seguía sosteniendo el volante y, ante el asombro de Müller, explicó—: Entiendo que no podamos ser amigos, pero poco a poco las cosas tomarán su sitio, ¿estás de acuerdo, Müller?

—Muy de acuerdo.

—¿Sabes algo? Tengo que decirte esto, me gusta mucho tu país. Es muy tranquilo. Ese río Rin es formidable, seguro que por ahí entran y salen mercancías de todo tipo, ¿cierto? El hecho es que yo no tendría reparos en hacerme de una propiedad y quedarme a vivir por estas tierras un largo tiempo… Dime algo, Müller, ¿crees que daría buen resultado un negocio de *fast food*?

—*Fast food?*

—Comida rápida… El coronel Sanders empezó de la nada, ¿sabías eso?

—¿Coronel Sanders?

—Pollo frito, puré, ensalada de col, ¿ya?

El soldado Gleen sonrió, convencido de que Müller había logrado recordar lo que para cualquiera resultaba evidente.

—Empezó con nada y ahora tiene restaurantes en toda la Unión Americana. No te quepa la menor duda de que un día, aquí mismo, habrá unos cuantos, pero antes de que lleguen quiero intentar mi jugada. Soy de la idea de que el primero que descubre la mina es el que saca el oro con más facilidad... ¿Te parece que voy por buen camino? Visión, Müller, un hombre puede tropezarse con la mina por accidente, pero si es un idiota no sabrá qué hacer y la perderá tan rápido como la obtuvo. *A cat in gloves catches no mice,* ¿comprendes eso?

Müller negó con la cabeza.

—«Gato con guantes no caza ratones».

—Ya entiendo.

—¿Sabes qué cosa te hace tener visión, Müller? Conocer bien aquello en lo que quieres triunfar. Yo, como Sanders, estoy interesado en los pollos. ¿Tú sabes algo de pollos, Müller?

—Que se comen.

—Te gustan fritos, ¿no es cierto, Müller? —sonrió el soldado Gleen.

—Como sea, mientras no estén vivos.

—Con que te gusten basta, pero, si quieres vivir de ellos, tendrás que saber absolutamente todo hasta de sus costumbres. Por ejemplo, ¿sabías que no pueden volar aunque tienen alas?

—Nunca había pensado en eso.

—Escucha. —El soldado Thomas bajó la voz como si alguien pudiera escucharlos—. Al vivir en cautiverio, han perdido la habilidad de volar; lo intentan, pero no lo consiguen. Si vas detrás de ellos comienzan con su ¡ka, ka, ka! Y más ¡ka, ka, ka!, dando saltos y batiendo las alas con la misma torpeza que un tipo parapléjico intentando bailar swing. Simplemente no lo consiguen, no levantan el vuelo.

—Eso quiere decir que, si los dejaras libres, ¿volarían?

El soldado Gleen dejó correr casi medio minuto antes de hablar.

—Tal vez, después de muchas generaciones, sí, volarían de nuevo. Son muy avispados, muy limpios, les gusta socializar con los de su especie, todo el día se están acicalando. La gallina hace su nido lo más escondido que puede, da la vida por sus polluelos, es capaz de no comer en días de la pura preocupación. En fin, sabríamos más de pollos si no tuviéramos que despacharlos tan rápido; pueden vivir hasta quince años si los dejas libres. Saben organizarse de maravilla, en un santiamén se adaptan a las peores circunstancias, y esto que te voy a decir es muy delicado, no se lo diría a cualquiera, te lo digo a ti porque no se lo vas a contar a nadie ya que tú no… Ya que pareces muy discreto. Los

pollos pueden ser de cuidado: si estuvieran libres, descubrirían que son nuestros prisioneros y nos matarían a picotazos… Müller —añadió Gleen con seriedad—, tienes mi promesa de que tendrás trabajo en mi restaurante cuando todo esto se pacifique. Me has caído bien. Recuerda mi nombre, Gleen Thomas. Recuérdalo porque voy a ser el Rey del Pollo. Escribiré mi nombre en las estrellas. Amén.

15

Las cosas estaban fuera de control no solo para Efrén, sino también para mí, que no me sentía capaz de seguir contribuyendo a su desgracia. Él tenía razón, una cosa es perder el trabajo en tus treinta y otra en tus sesenta. Nunca me caractericé por ser un tipo de decisiones lógicas, ya se ve que parecían las de un loco. No podía devolver el reloj ni el bauma no sé qué ni los jabones, pero sí el libro. ¿Qué se me ocurrió? Dejarlo en el lugar de donde lo tomé, para que cuando Chaparro y Sangrador fueran, vieran que siempre estuvo ahí y que la acusación de Raúl Orihuela tenía fallas; si el libro estaba en su lugar, ¿por qué no estaría el reloj debajo de una cama, como lo sugerí? Llámenme idiota, yo le llamé cortina de humo. Y en mi cerebro tenía sentido.

A veces dejaban las llaves en la consejería por algunos días, pues no siempre el trabajo se cumplía en una sola diligencia, como pasó con aquella fábrica de telas que se incendió seis años atrás. Hizo falta toda una cuadrilla de trabajadores y quince días de faena para dejar limpio. El cuerpo humano, como todo en la naturaleza, se resume a carbono, relativamente fácil de romper si pasó por altas temperaturas, pero, si quedó término medio, como filete *mignon*, resulta una monserga, se pegotea por todas partes.

No fue difícil tomar la llave del casillero, Paquito, el conserje, nunca estaba en su lugar, se la pasaba en el baño por su gastritis. Me la eché en el bolsillo y fui a casa, donde me quedé hasta la medianoche. Todo ese tiempo me dediqué a contemplar el libro, no a leerlo, me limité a sonreír soltando lágrimas intermitentes. Se trataba de la despedida de dos buenos amigos, al final el Principito vuelve a su planeta, ¿no es cierto? Adiós, amigo mío, es verdad que te secuestré, pero creí que conmigo estarías mejor que en un lugar donde, supuse, solo eras un libro olvidado como los huesos de un ser querido en un mausoleo. También me quiero despedir de todos los demás personajes; del narrador, simpaticé con tus dudas; del autor, genial y directo; y de quien escribió lo de «pronto escaparé»… Puf, qué difícil estaba siendo…

Me abriste las puertas de tu casa, amigo Principito, de tus páginas, de tu

manera franca de ser, sin rebuscamientos literarios, sin dártelas de importante, aunque lo eres, mucho, tanto como su autor que, si bien gozó de cierto reconocimiento, no iba por ahí pavoneándose como algunos que con un poco de basura publicada se vuelven insufribles. Luego de conocerte no te puedo decir que me haya convertido en un mejor ser humano, pero lo intentaré. Cada vez que maldiga mi existencia, pensaré en tu forma de ver la vida, tan llena de amor sencillo y sensatez. Y ya que no escatimaste en compartir tus dudas y certezas, justo es que te abra mi corazón y te confiese que me siento solo y vacío, que arrastro la vida, que me armo de valor para no pegarme un tiro. Mentira, no me lo pegaría, no solo porque no tengo una pistola, sino porque la vida tiene sus cosas buenas, aunque no sean para mí. Si no hubiera existido la tele en blanco y negro, la habría inventado yo; esa es mi vida, amigo, una gama de grises con un blanco y un negro no tan rotundos. Gran parte del tiempo las cosas me parecen sin sentido, rutinarias. Veo a la gente enferma de ruido, viciosa de él; pareciera que les intranquilizara el silencio. No lo soportan. Este es solo un ejemplo de por qué me siento de otro planeta. Tal vez lo sea, como tú. Hiciste bien en largarte. Tuve un gato… (Espero no estarte aburriendo). Le habrías gustado y él a ti. Me parece que eres la clase de persona que puede comprender que un ser de otra especie se vuelva entrañable para uno. No diré más. ¿Nos vamos ya?

Entré al departamento como Pedro por su casa. Todo parecía tal y como lo dejamos. Fui al estudio. Saqué el libro del paño en el que lo envolví, lo miré por última vez. El barco de letras estaba a punto de zarpar. Le di un beso fraterno y lo coloqué en su sitio.

Giré para irme y escuché ruidos en la puerta. Como en los concursos de la tele, tenía dos opciones para esconderme: baño a la derecha, recámara a la izquierda.

—¿Tú dejaste la luz prendida? —dijo una voz, la de Raúl Orihuela.

Corrí silencioso a la recámara, me eché al suelo y me arrastré debajo de la cama con todo y el libro.

—Tenemos que cuidar esos detalles, Norma; se supone que no deben sospechar que vinimos…

—Quita tu tonito regañón, ¿sí? No fui yo la que dejó la luz prendida.

—Es que…

—Es que nada, ¿dónde buscamos? Estoy harta…

—Por todas partes.

—Por todas partes ya lo hicimos ayer. Para mí está claro que se lo llevaron los jodidos de la limpieza. Tú mismo me dijiste que tenían cara de rateros.

—Y de muertos de hambre también, pero no aceptaron dinero y eso me hace dudar.

—No aceptaron porque creyeron que les tendías una trampa para que

confesaran.

—Como sea, vamos a buscar más a fondo.

—¿A fondo dónde, Raúl? ¿Por qué no mejor piensas si tu padre lo metió en una caja de seguridad en el banco?

—El viejo me dijo que lo tenía en casa.

—El viejo era un mentiroso.

—Una persona deprimida nunca miente, Norma.

—¿Ahora eres psiquiatra? Tu padre siempre fue un cabrón embustero, la mitad de lo que tiene aquí también se lo robó…

—Embustero hasta que le detectaron cáncer. Ve al estudio y echa un vistazo; yo buscaré por aquí…

—Sí, «patrón»… —se quejó ella.

Vi pasar los tacones de la mujer.

—Oye, tu padre tenía condones en el cajón. Viejo sucio. Creí que con el cáncer de próstata ya no se le paraba…

—¡Ya cállate, con una chingada! ¡Solo te recuerdo que el pinche comprador no nos va a esperar toda la vida!

—¡Ya me tiene hasta los ovarios que me regañes por todo! ¿Quién fue el estúpido que encargó la limpieza cuando no habíamos revisado bien?

—¡Con un carajo! ¡Mi papá dejó por anticipado el pago de eso! ¡Y ahora céntrate! ¿O quieres que nos pongan a los niños en el patio de la escuela por no seguir pagando las colegiaturas?... ¿Y ahora lloras? ¿No puedes escoger otro momento?

—Ya nunca tenemos sexo... y tu padre todavía pensaba en comprar condones.

Lo oí darse de cabezazos contra la pared, yo habría hecho lo mismo.

—Aquí solo veo enciclopedias… —murmuró ella luego de un rato.

—Yo estoy revisando si los cajones del comedor tienen doble fondo…

Ruidos fueron y ruidos vinieron hasta que propusieron buscar en la recámara. Me hice ovillo, abrazando *El Principito*.

Sus voces se hicieron muy claras.

—Mira este edredón, qué mal gusto tenía tu padre...

—Deja de criticarlo y busca en los burós, yo me ocupo del clóset…

Otra tanda de ruidos.

—¿Oíste eso?

—¿Qué cosa?

—Un ruido.

—¿Qué ruido?

Tal vez mi corazón delator.

—Oye, ¿y debajo de la cama?

—Échale un ojo, yo no me puedo agachar.

La mujer se agachó y me miró sorprendida.

—¡Aquí hay un cabrón!

—¿Cómo?

Un zumbido como de abeja se dejó escuchar. Se desplomó el marido. Se dejó oír un segundo zumbido y la mujer, que seguía agachada, se sacudió y una gota de sangre le resbaló por la frente. Tercer zumbido y quedó quieta.

Entonces pude ver aquellos zapatos elegantes a dos tonos, verde y crema, desplazándose por la habitación.

Maldije la hora en que al cabrón de Exupéry se le ocurrió escribir el jodido *Principito*. Los zapatos pasaron entre los cuerpos. Se dirigieron al salón. Sonó un teléfono, la voz de un hombre respondió:

—Pandora Seguridad, buenas noches, le atiende Calixto Pontones. ¿Con quién tengo el gusto? No, señor García, ya no hay nadie que atienda, puede hablar mañana a partir de las diez… ¿Algo más en lo que le pueda servir? De acuerdo, si es tan amable, lo enlazo para que conteste una breve encuesta. Para nosotros, en Pandora Seguridad, su opinión es muy importante. Buenas noches.

Me dejó mudo, desconcertado. No tanto como para no estremecerme y dejar escapar un leve suspiro. Entonces los pies volvieron a la habitación y se detuvieron frente a mí. «Moriré, no puede ser otra forma, casi tengo cuarenta. La maldición de los Lima está por alcanzarme y todo por un libro, por un maldito libro que, además, ya había leído hace años... Llegó la hora de cerrar mi propio libro, el de mi jodida vida. Fin. ¡Dispara ya, Calixto Pontones!».

16

Müller llevó al prisionero ante el mayor Lutz, dos oficiales italianos, el capitán de navío Enzo Farinacci, el general de brigada aérea Carlo Colombo y un intérprete croata que facilitaba la comunicación en todas direcciones. El francés se veía bastante macilento, había pasado una de sus peores noches en San Sabba. El dolor lo mantuvo en vela; no era esa clase de malestar que provoca quejidos, sino uno que va minando a cuentagotas, que tritura los huesos y músculos y convierte el cuerpo en un lastre. Cuando Müller lo encontró semiinconsciente y bañado en sudor, tuvo que llamar al médico. Este le administró al francés tartrato de morfina y en un tris lo vieron espabilarse, como esos mosquitos que, ahogados en el vino, escapan de su superficie, se quedan como muertos unos segundos y de pronto echan a volar. Desde luego, no lucía rozagante: su mirada delataba un estrés crónico y pernicioso, y no cabía duda de que agradeció con un gesto cuando le permitieron sentarse.

—Es la tercera vez que cambia de nombre —reprochó el general Colombo.

—Les repito que ese es mi nombre real, Jacques Cazotte. Soldado segundo, fuerza aérea francesa.

—Su nombre ya es lo de menos. El avión que pilotaba era de reconocimiento. Explíquenos qué intentaba hacer.

—Sí, un Lightning P-38…

—Tampoco nos interesan las características, sino lo que hacía sobrevolando territorio ocupado.

—Ya lo ha dicho usted, general. Reconocimiento, que tampoco sirvió de nada, pues la cámara se hundió junto con el avión cuando me derribó su soldado alemán.

—Ningún soldado alemán lo derribó —intervino el mayor Lutz, con un tono menos áspero que el de Colombo.

—Yo sostengo que sí.

—Mi sono stancato di questa merda! —*vociferó el general Colombo.*

El croata no creyó necesario traducir eso.

—¡Escuche, Jacques Cazotte, o como se llame usted y la puta que lo parió! Traduzca todo, Petric. ¡Que este malparido no se pierda ni una palabra! ¡Yo mismo le voy a volar la puta cabeza! ¡Su madre va a llorar cuando le envíe sus sesos de mierda junto con un mensaje de alegría, franchute apestoso! ¡Ya le toleramos demasiado! ¿Qué hacía aparte de tomar fotos?

Pese a la situación, tensa a más no poder, a Müller no dejaba de parecerle cómico cómo el croata ponía cierta teatralidad para traducir la agresividad del general Colombo.

—Labor de reconocimiento —volvió a decir.

A Colombo se le dispararon las órbitas de los ojos. Su compatriota, el capitán Farinacci, tomó su lugar. Su tono era menos agresivo, pero se deslizaba como un suave veneno que, pasadas las horas, provocará la asfixia.

—Qué ingenioso, eso hay que reconocérselo… Algo sé de Francia. Jacques Cazotte, escritor del XIX*, ¿cierto…? Piensa que todos aquí somos idiotas y que puede jugar sus juegos secretos, burlarse por dentro. Pero ¿qué hay del afuera? ¿Así es como soporta el afuera? ¿Con sus juegos secretos? Déjeme recordarle que afuera está la realidad al desnudo. ¿Quiere morir como cualquier desertor?*

—¿Desertor? —cuestionó el francés.

—Sí, esa es mi teoría, que lo que hacía era desertar… Todos esos poetas, esas bellas ciudades, ese bello país, su Revolución, Vive la France!*... y usted deja atrás todo eso…*

—No lo comprendo, capitán.

—¿No recuerda ya lo que dijo entre balbuceos en la enfermería, cuando lo llevaron ahí? Habló de que el desembarco en Normandía fue la primera etapa, que venía la segunda… Nadie lo estaba presionando para decir eso. No era una confesión, estaba colaborando con nosotros porque quiere que todo esto se termine. En realidad, quiere hacerle un favor a la France*, aunque* la France *no lo comprenda… El mayor Lutz ha sido extremadamente considerado con usted, Cazotte… Sigamos llamándolo así, es divertido. Y tal vez fue por eso, porque el mayor consideró que usted, en la enfermería, intentaba ayudarnos… ¿Por qué no acaba de decirnos cuál es la segunda etapa, en dónde y en qué momento ocurrirá?*

Unos golpes con acento trágico sonaron en la puerta. Müller espero a que Lutz le diera la orden de abrir, pero el mayor tenía la mirada ausente. Aquello lo perturbó, en especial después del zarandeo que los italianos hicieron del francés, sin que el mayor tomara las riendas del caso.

El coronel Colombo fue quien ordenó a Müller abrir. Este miró imperativamente a su mayor, que por fin reaccionó y asintió. Entonces Müller tomó el pomo de la puerta con cierta rabia, astillándose el interior de una uña, pero se guardó el dolor para sí y abrió. Un soldado bajito, bañado por una pátina de hielo y con el uniforme alemán gris terroso oscurecido por la lluvia, asomó la

cara.

—¡Entre ya, Bunge! —ordenó Lutz, esta vez enérgico, como si la conducta errada del tal Bunge lo sacara de quicio.

Bunge fue y se plantó frente a Lutz brindándole el saludo correspondiente. No debía medir más de 1.60 m, lo cual acabó de dar al trasto con la autoridad que se suponía debía tener Lutz. Este le ordenó que relatara la captura del francés. Bunge hizo una pausa para detener el castañeo de sus dientes. La temperatura afuera había bajado los tres grados. Apretó con fuerza sus pequeños ojos de un color olivo y respondió:

—Un Lightning P-38 apareció en mi campo visual a las veintitrés… Volaba por debajo de los seis mil pies. Nadie hace eso si está cruzando zona enemiga. Lo primero que pensé fue que tal vez tenía problemas con el motor, pero de la nada se elevó con la trompa hacia el firmamento y diez segundos después se lanzó en picada. Parecía haber perdido la razón. Un buque italiano estaba en el radar. Los escuché tan sorprendidos como yo. El avión se precipito definitivamente al mar.

—¿Así que usted no lo derribó, Bunge?

—Ni un solo disparo.

—¿Qué intentaba, entonces, este piloto francés?

—Suicidarse, ¿qué más?

Las miradas le cayeron encima al falso Cazotte.

—Así que ¿cómo es que sigue vivo? —interrogó Lutz.

—Porque segundos antes salió propulsado con el paracaídas.

—¿Se quería o no suicidar?

—Creo que sí, pero me parece que se arrepintió…

Un golpe seco hizo reaccionar a todos. El francés había caído de la silla, desmayado.

El único momento no de paz, pero sí de sentirse menos enfermo, venía al perderse en una nebulosa de sueños y recuerdos de esos días en San Sabba, en los que un mismo acontecimiento —el interrogatorio al falso Cazotte, el momento en que este cayó desmayado— se repetía incesantemente. Entonces Müller, angustiado, jalaba aire y conseguía sacudir la cabeza, abrir los ojos y descubrirse en el galpón maloliente en Kripp; había perdido la cuenta de si habían pasado días o semanas. Recordaba que en algún momento entraron un oficial y un médico. «No se puede morir», «Cuando acabe su proceso que se lo lleve el demonio», le pareció escucharles. El médico le administró quinina y luego lo dejaron solo.

El tifus se había propagado en todo Kripp. La zona sur del campo de concentración ya no bastó para apilar a los muertos. Empezaron a llevarlos a una zanja a diez kilómetros de distancia y, como también esta terminó repleta,

alguien propuso dinamitarlos, pues tenían desabasto de combustible para prenderles fuego. Al final hicieron que otros prisioneros los cubrieran con tierra revuelta con cal.

A partir de la epidemia de tifus, se les vigilaba desde la torre con binoculares, en vez de andar entre ellos y correr el riesgo del contagio. A veces hacían disparos al aire, como para advertirles que ir más allá de las alambradas significaba una muerte segura. Sin embargo, se habían acostumbrado al zumbido de las balas repentinas; sus únicas preocupaciones eran las de siempre: agua, techo y comida. «¿Cómo estás, Balfred?», preguntaba uno a otro, deteniéndose por ahí, zumbidos de por medio, «Bien, Blaz, bien…», decía el otro, «hoy amaneció un poco menos nublado, ¿no te parece?».

El único modo de engañar al hambre era comer puñados de pasto, aunque luego se cayeran a retortijones y defecaran diarrea verde, que se convertía en chorros de agua ardorosa previa a la infección. Los estadounidenses tenían las bodegas repletas de raciones K —como Katia le había dicho a Müller—, pero no la orden de repartirlas.

El calor fue subiendo a grados infernales. Müller terminó defecando tal cantidad de veces que dejó de tener fuerza para pujar y, resignado, se hacía encima. El galpón donde lo habían recluido, como un aparente privilegio mientras se discutía el veredicto de su destino, se convirtió en un enorme retrete. Lo único que lo mantenía con vida era arrastrarse hasta la mesa, tomar el libro y hacer como el francés: evadirse en las palabras.

17

El coche no traía capota y el aire nos pegaba tibio y agradable. Lo mejor era que no estábamos soñando. Convencí a Efrén de ir a Veracruz ese fin de semana. Venía a mi lado; Amanda, en el asiento trasero con una hielera llena de cervezas que sudaban un frío muy gustoso. Llevaba una pañoleta con figuras de pájaros en la cabeza, lentes grandes de sol y una sonrisa sofisticada.

Cierto. No hacía ni diez horas que estuve a punto de sumar mi nombre al mal agüero de los Lima y los Perea. Pero supuse que, como al abuelo que se quedó rengo, el destino también me dio tregua. Calixto Pontones se volteó y salió de la habitación y después de la casa. Resultaba curioso saber su nombre. Y qué extraño, qué incomprensible lo de Pandora Seguridad. No acababa de entenderlo.

Minutos después me atreví a arrastrarme fuera de mi escondite. Miré a Raúl Orihuela y la mujer, definitivamente muertos. Aborté mi plan de dejar el libro en su sitio y corrí como alma que lleva el diablo hasta la calle. «Estás vivo, vivo», me decía una y otra vez. «¿Qué vas a hacer con eso ahora?». Como si solo seguir respirando no fuera una opción. Quizá fue entonces cuando comencé a engendrar la idea de las vacaciones, a pensar en el mar como origen y fin de la vida.

Crucé la puerta del departamento y la cerré con doble llave y la atranqué con el sofá, me metí en la cama tapado hasta la coronilla con las cobijas, abrazándome del *Principito* con el corazón latiendo a ritmo de locomotora.

¿De qué estaba hecho ese Rolex para que un sicario se despachara a dos personas con tanta frialdad? Quizás en el interior de su maquinaria (al estilo de las novelas de Ian Fleming) había un chip que los rusos buscaban. A Orihuela y la mujer los comprendí mejor, estaban en aprietos de dinero. El reloj podía, literalmente, darles tiempo. Cosa que no sucedió.

—Eres un tipo muy extraño —dijo Efrén, con una sonrisa de oreja a oreja; desde luego, aullaba de felicidad porque yo correría con todos los gastos—, pero me gustan tus rarezas, colega. —Estiró los brazos y se retorció, devorando

todo el aire que le cupo en los pulmones.

—¿Sabías que eres su mejor amigo, Aurelio? —soltó Amanda, dándonos una cerveza a cada uno.

—¡Claro! ¡Siempre lo he dicho a los cuatro vientos! ¡Mi gran amigo es Aurelio Lima! ¡Salud, colega!

—¿Por qué no trajiste a una mujer?

—¿Otra vez con eso, amor? Déjalo en paz.

—Solo es una pregunta. ¿No tienes novia, Aurelio?

—¿Tiene cara de tenerla?

—Pues debería. Incluso dos o tres. Tienes tu encanto, Aurelio.

—¿Qué clase de consejo le estás dando? ¿Cómo que dos o tres? Los infieles siempre reciben su castigo, las cosas no les salen bien. Lastiman gente, sentimientos.

—Yo soy una mujer moderna.

—¿Qué diablos estás diciendo? —saltó Efrén.

—Que entiendo la naturaleza del hombre. Lo de ser infieles lo llevan en los genes.

—¿Ah, sí? ¿Y qué lleva en los genes una mujer infiel?

—Bueno, nosotras…

Las cosas estaban por salirse de control.

—¡El mar! ¡Ahí está el mar! —Señalé a la distancia.

Y era cierto, ya podíamos ver una franja azul que nos emocionó. Hasta la fecha, no conozco quien no sienta lo mismo; esa emoción es lo más parecido a sentir como niños. A ser como el Principito, naturales y felices.

Nos instalamos en un hotel de cinco estrellas a tiro de piedra de la playa; quedamos en descansar un par de horas y hablarnos más tarde para ir a comer. Era mediodía y hasta ese momento ni Efrén ni yo habíamos recibido mensaje de Sandoval, supuse que no estaba enterado de las muertes. Quizá nadie, pues antes de irme cerré la puerta tal como la encontré.

Mi habitación tenía vista al mar desde un décimo quinto piso. «Mira dónde estamos, chico», le dije al Principito. Éramos dos viejos amigos reencontrándose después de creer que se habían separado para siempre. El narrador se ocupa de contar el viaje del Principito por distintos planetas donde conversa con seres monotemáticos, como el rey que solo sabe dar órdenes, o el vanidoso que solo espera alabanzas, o el bebedor que dice que «bebe para olvidar que siente vergüenza de beber», o el hombre de negocios que se la pasa contando millones de estrellas que no le pertenecen. Ninguno ve más allá de sus narices; viven obcecados en sus mundos diminutos y el Principito siempre termina largándose de ahí. Levanté la vista más allá del libro, dejándola flotar como una gaviota en el mar lejano, y determiné que el autor no había sacado esos personajes de otros mundos sino del planeta Tierra. Carajo, qué fácil me

resultaba ponerme de parte del Principito y ver que yo había padecido gente así, mezquina, vanidosa, ambiciosa sin sentido; sin embargo, lo difícil era aceptar que yo también había tenido esos defectos y dado una patada en el trasero a los Principitos que venían a cuestionarme.

Saqué unas cuantas botellitas de ron del frigorífico y regresé a leer en la silla del balcón. Descubrí que bien podía ver ese libro no como una trama a seguir sino como un compendio de proverbios. Como el Eclesiastés de la Biblia: «Una generación se va y la otra viene, y la tierra siempre permanece. El sol sale y se pone, y se dirige afanosamente hacia el lugar de donde saldrá otra vez […]: no hay nada nuevo bajo el sol».

Así pues, ya no tuve necesidad de leer ordenadamente, lo cual hizo que el aletargamiento que me provocaron las botellitas de ron se tornara más deleitoso. Escogía párrafos al azar para meditarlos. Hubiera puesto algo de música para aderezar ese momento en el que, por si fuera poco, el sol estallaba en una luz anaranjada y suave sobre el horizonte, debajo del cual un barco, que imaginé de proporciones considerables, se posaba como una pluma sobre el mar.

Sí, música hubiera sido lo correcto, pero por desgracia (esto lo entendería bien el Principito) el mundo me había saturado de ella hasta asquearme. No había día que no escuchara música y más música por doquier, la mayoría ruidosa, desechable, absurda. Lo mismo en la tele que en el microbús o en las calles, consumida sin empacho por gente a la que imaginaba como si les metieran una manguera por el culo y les vertieran agua de coladera que los hiciera bailar. Así que no más música en mi vida, ya ni siquiera podía soportar al genio Mozart. No era su culpa. Me habían roto el oído y provocado alergia auditiva.

Estaba por cerrar el libro y adormecerme, cuando encontré nuevos mensajes escondidos. Esta vez no eran palabras, sino letras encerradas en círculos. No podía descifrarlo. Me dio por pensar que tal vez alguien había marcado esas letras para enseñarle a su hijo a pronunciarlas.

Sonó el teléfono, sacándome de mis idioteces exquisitas. El mensaje del Gordo Sandoval se leía rotundo: «Mataron a Felipe Orihuela. ¡Márcame, Aurelio!».

Al carajo. Lo ignoré.

Al poco rato, Efrén me marcó.

—¿Te llegó, colega?

—Me llegó.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada.

—¿Nada, dices?

—Estamos de vacaciones, amigo.

—Cierto. Un fin de semana, carajo, ¿por qué el pinche cerdo nos lo tiene que arruinar? ¿Sabes lo que pasa con él, Aurelio? Que es de esa clase de gente desdichada que no soporta que otros seamos felices… ¿Sabes qué tiene el puto Gordo fuera del trabajo? Nada. He oído que las mujeres lo abandonan, seguro vive solo como un perro… Oye, gracias por decirme que no tenemos que hacerle caso. Me da curiosidad qué pasó con el tal Orihuela y la esposa. Un asalto, seguramente eso. Cosas que pasan. Sería curioso que nos toque limpiar los despojos, ¿no crees? Bueno, camarada, nos vemos en un rato… ¿Sabes lo que hace ahora Amanda? Canta en la ducha. ¡Me encanta darle estos momentos de alegría!

Comimos en La Parroquia. Efrén y Amanda eran una pareja divertida, se contradecían en todo, pero alguno cedía al final, casi siempre Efrén, que la miraba como un mortal que tuvo la suerte de casarse con una diosa del Olimpo. Ella era bastante dura y regañona con él, pero a cambio lo cuidaba como a su bebé. Siempre atenta a que no se manchara la ropa, que pidiera lo más sano y que los meseros lo atendieran a cuerpo de rey. Era de ese tipo mujeres colmadas de chispa, encanto y alegría, más hábiles que inteligentes. Curiosa como un gato, no dejaba de ver si yo miraba a las mujeres que pasaban por ahí, todo el tiempo hacía comentarios para que me atreviera a abordar a alguna turista. Como una de esas rutinas de comediantes, Efrén le decía que dejara de fastidiarme, pero ella seguía haciéndolo. Realmente a mí no solo no me importaba, sino que me hacía sentir apreciado. Lo que Amanda no sabía (y no tenía por qué hacerlo) era que la verdadera razón de evitar a las mujeres era que no quería cargar con la culpa de su mala suerte. Seguro que se atragantarían con un hueso de pollo o les caería un piano en la cabeza cuando fueran por la calle, por absurdo que pareciera.

La noche nos sorprendió en la charla de sobremesa; Efrén sacó su vena simpática y contó varios chistes picantes. Luego fuimos a beber mojitos a una palapa, desde donde el mar parecía un abismo negro e insondable. Me dieron ganas de quedarme a vivir ahí. Una nueva vida. ¿Por qué no? Un cambio completo. Un nuevo Aurelio Lima Perea.

—Es hora de bailar. —Amanda pegó un aplauso.

Eligió el sitio más ruidoso de salsa que pudo encontrar. Tanto Efrén como yo resultamos inútiles para eso y Amanda terminó bailando con un sujeto habilidoso. Efrén y yo nos sentamos en una mesa a mirarlos. Mi amigo no parecía celoso, solo quería contemplarla feliz y beber mojitos.

—Ya sé por qué estás haciendo todo esto, Aurelio. No creas que no me he dado cuenta… Quieres que mi mujer y yo revivamos la llama de la pasión. —Me guiñó un ojo—. Eres un buen amigo, nunca olvidaré este viaje…

—La vida es corta, Efrén…

—¿Por qué lo dices?

—Solo se me vino a la cabeza.

—Amanda tiene razón, deberías buscarte una mujer.

—¿Dónde?

—Anita de intendencia, o Tere y Lola de contabilidad. Son atractivas y las tres están libres como el viento. He notado que dos de ellas no te quitan los ojos de encima.

—¿Cuáles dos?

—Averígualo tú mismo, picarón… Y oye, yo sé poco de libros, pero algo tengo bien claro, lo que dijo Cervantes.

—¿Qué dijo?

—Que es muy malo leer.

Lo miré con sorpresa.

—¿No lo sabías? ¿No sabías que eso dijo?

Negué con la cabeza.

—¿Y te las das de gran lector? El Quijote se volvió loco de remate por leer, Aurelio. ¿No has visto cómo lo pintan siempre? Flaco y enfermo. Los libros, amigo, son gonorrea. —Se me quedó mirando con lástima repentina—. El problema es que tienes que cambiar tu forma de ser o te quedaras solo el resto de tu vida. ¿Te puedo hacer una sugerencia?

—Claro, Efrén.

—¿Por qué no vas al loquero?

—¿Al loquero?

—Sí, un psiquiatra que te acomode la chaveta. Que te saque de ti mismo. Que te haga mirar alrededor. La vida es bella, amigo.

—Gracias por el consejo, no lo había pensado.

—Bebe, bebe más. Tienes razón, la vida es corta. No eres un buen bebedor. Bebe. Ponte un poco borrachito, ¿quieres?

Chocó su vaso con el mío y bebimos hasta el fondo.

A eso de las dos, Efrén tenía sus buenos tragos encima e iba alegre por las calles, abrazando a Amanda por la cintura. Nos detuvimos a contemplar los barcos en el malecón. Efrén se puso nostálgico y contó que de niño se quedaba ahí todo el santo día para ver esas embarcaciones ir o venir por altamar, soñando con recorrer el mundo. Le emocionaba saber que provenían de países tan lejanos como Noruega, Japón, España o Francia.

—¿No lo entienden? —remató con ansiedad—. ¡Yo ni siquiera tenía zapatos, pero me importaba poco porque tenía sueños!

—Yo no fui niña pobre —intervino Amanda guiñándome un ojo—. ¿Y tú, Aurelio?

—Tampoco.

—Vaya con el par de riquillos —se defendió Efrén, sonriendo—. ¿Quieren ver algo? Aurelio, saca una moneda. —Comenzó a quitarse la camisa.

—¿Qué haces? —le preguntó Amanda.

—Aurelio, la moneda…

Se quitó los zapatos, los calcetines y los pantalones, y quedó en calzoncillos.

—Efrén, ¿qué tontería estás haciendo? Vístete ya. No te hagas el loco.

—Estoy esperando esa moneda, Aurelio…

—¿Para qué?

—¡Tú dámela!

Escarbé en los bolsillos y saqué una de diez pesos.

—Lánzala.

—¿Adónde?

—¿Cómo que adónde? ¡Al mar!

—¿A qué parte?

—Coño, Aurelio, no empieces con tus cosas. ¡Donde sea! ¡Toda el agua es igual!

Lancé la moneda. Efrén dio tres pasos hacia atrás, tomó impulso y se lanzó de cabeza al agua, esfumándose enseguida.

Amanda pegó un grito y me sujetó con fuerza de un brazo.

—¡Efrén!

Nos acercamos a mirar el mar oscuro que poco a poco se aquietaba. Pasaron dos, tres, cuatro, cinco, diez segundos. Efrén no aparecía. Recordé que estaba ebrio.

—¡Efrén! —volvió a gritar Amanda, ya un poco desesperada.

En ese momento, Efrén emergió agitando la cabeza mojada como un perro. Levantó en alto la moneda y gritó, eufórico.

—¡Me la gané! ¡Me la gané!

18

Le habían estado administrando pentotal sódico y epinefrina intercaladamente, el primero para aflojarle la lengua y la segunda para forzar su cuerpo a sacar la última gota de energía de donde fuera posible cada vez que se ablandaba en su camino a la inconsciencia. Müller había estado presente, junto al médico italiano y el sargento Johns, quienes informarían a sus respectivas cadenas de mando lo que el francés pudiera confesar. Las preguntas siempre eran las mismas y las hacía ese médico de voz envolvente. ¿Cuándo sería el nuevo desembarco? ¿En qué parte? ¿Dunkerque? ¿Calais? Tenía que ser en Calais. Era el punto más corto que unía al Reino Unido con Francia. No volvería a ser Normandía, claro está… Pero ¿cuándo? Sobre todo eso: ¿cuándo…? La voz del médico, al oído del falso Jacques Cazotte, se le infiltraba con un toque casi maternal, mientras le hundía la jeringa en la piel, como si gozara sensualmente al hacerlo. El rostro del francés, perlado de sudor, y el tremor en sus facciones adoloridas parecían encender esa voluptuosidad en el médico. Y entonces, decía: «Lo sé, lo estamos gozando, lo sé… El placer recorre las venas, el torrente sanguíneo…».

El prisionero solamente murmuraba vaguedades. Nada referente a ningún nuevo desembarco o ataque sorpresivo por tierra. Lo más que llegó a decir, y que al médico y a Johns alertó fue: «Todo está en el libro». No lo comprendieron hasta que Müller, más por inercia que por otra cosa, dirigió la vista hacia la mesa.

Entonces tomaron el libro y dejaron en paz al francés.

Como no había expertos en descifrar mensajes en San Sabba, decidieron traerlo de Múnich. Los italianos —secretamente desconfiados de sus aliados— trajeron al suyo desde Japón, que a esas alturas se encontraba pagando caro su ataque sorpresa, tres años atrás, a Pearl Harbor. Las fuerzas aliadas habían neutralizado sus bases estratégicas mediante ataques anfibios rotundos.

Cualquier idea era buena para contrarrestar derrotas, por eso, cuando las palabras «nuevo desembarco» llegaron a oídos del Taishō*, Kane Yokoi no dudó en enviarles a un experto en criptología a San Sabba. Müller pudo estar presente*

junto con el médico italiano, el sargento Johns, el mayor Lutz, el capitán Farinacci, el general Colombo y los dos expertos Michi Himura y Karl Petersen, este último de obesidad lo suficientemente mórbida como para que todos se fijaran en él como algo que interrumpe la conversación.

A Müller no dejó de parecerle desconcertante y hasta cómico que aquel libro flaco estuviera al centro de una mesita rodeada de expertos y militares. Con ademanes respetuosos, Yokoi y Petersen se cedían el primer turno para examinar el ejemplar. Entonces Yokoi se colocó unos guantes de látex y levantó con extremo cuidado el libro, como si pudiera tratarse de una granada a punto de estallar. Lo elevó en postura horizontal a la altura de sus ojos, que se volvieron casi invisibles al achicarse aún más. Revisó los cantos, les pasó un dedo meñique y se examinó la punta, quizá para ver si se le había impregnado alguna sustancia. Entonces lo puso en manos de Petersen, quien hizo lo propio y un poco más. Lo colocó en la mesa y abrió página por página sin fijarse propiamente en ninguna, hasta llegar al final y volver a cerrarlo.

—Veo que está en español —dijo—. ¿Algún intérprete?

Nadie lo había previsto. Müller dio un paso adelante y declaró que lo hablaba fluidamente.

—¿De qué trata? —le preguntaron.

Müller les dijo que no lo sabía. Entonces decidieron suspender la reunión unas horas para que aquel lo leyera de principio a fin y después se los contara con lujo de detalle, fijándose si alguna palabra, frase o párrafo le parecían sospechosos.

«Todo está en el libro», murmuraba en sus alucinaciones; sabía que lo eran porque el falso Cazotte estaba entre los demás, igualmente ansioso por descifrar el supuesto mensaje oculto. El colmo del absurdo fue cuando no era un libro el motivo del acucioso examen, sino el propio Müller tendido en una mesa ante todos ellos.

—Müller, Müller, abre los ojos, ¿quieres morir aquí?

—¡Todo está en el libro!

—¿Qué libro? ¡De pie, costal de huesos y mierda!

Sintió el tirón por ambos brazos y creyó que se los zafarían. Enfocó y distinguió al soldado Jack.

La tormenta entraba por todas partes, el techo e incluso las paredes.

—¡Date prisa! ¡No querrás morir ahogado! ¡Ponte el abrigo!

Müller se arrastró a la mesa, metió el libro en el abrigo e intentó ponérselo.

—¡Mierda contigo! —El soldado Jack tuvo que ayudarlo.

Salieron del galpón. Un relámpago esplendió el cielo con un arañazo de electricidad. Müller contempló aquel espectáculo apocalíptico. La lluvia

formaba zanjas, pues semanas atrás los prisioneros, en un intento por hacerse de un refugio, cavaron sin cesar; no obstante, los soldados les prohibieron meterse en ellas, como si pudieran escapar y salir hasta algún lugar de China. Ahora las zanjas les iban en contra, caían sin poder nadar o aferrarse a las orillas a causa de la debilidad y porque cuando las alcanzaban, estas se desgranaban. Los soldados luchaban por contener a la marabunta despavorida que huía hacia las alambradas, sin encontrar otro remedio que dispararles. «De eso se trata», pensó Müller al ver que el soldado Jack se llevaba una mano a la pistola.

—¡Müller! ¡Müller! ¿Dónde te metiste? —gritó Jack al no verlo más.

Müller se escabulló aprovechando el caos, entonces escuchó las súplicas de una mujer a la que el hijo se le había caído en una de las zanjas. No tuvo el coraje de ignorarla y se arrojó a buscar al niño. El agua terrosa lo cegó, tocó piedras al fondo, se enredó entre marañas de raíces. A ratos sacaba la cabeza para tomar aire; la mujer le suplicaba que buscara bien, Müller volvía a sumergirse y a tentalear en la oscuridad, hasta que alguien le dijo que parara, pues el niño había muerto hacía días y ella había perdido la razón.

Ayudado por algunas manos, se arrastró fuera de la zanja y se tumbó de espaldas en mitad de Kripp, abriendo la boca como un pez en agonía, contemplando los relámpagos encender nubes brumosas, como en un segundo diluvio universal. «¡Mira! ¡Ahí está la barca!», señalaba enloquecido una nube, «¡allá, allá, una pareja de osos! ¡Y de aquel lado dos elefantes! ¡Mira la pareja de perros, y de gaviotas, y perros! ¡Sálvalos a todos, Noé! ¡Sálvalos, Padre mío! ¡Llévalos al nuevo mundo y que esta vez el hombre sea el único borrado de la faz de la tierra!».

—¡Müller! ¡Brune Müller! ¡Ven acá!

El soldado Jack lo levantó nuevamente de un tirón, y esta vez cargó con él saltando charcos de agua, prisioneros y soldados. Tratando de liberarse, Müller le daba tibios golpes en la espalda que aquel no tomaba en cuenta. Dejaron atrás gritos, disparos, tormenta a campo abierto, pues en el apretujado bosque las copas de los árboles contenían la lluvia y su ruido. Una vez a salvo, el soldado Jack lo dejó caer de golpe, lo hizo ponerse en pie y lo empujó para que siguiera caminando por su cuenta. Serpentearon el cauce del Rin varios minutos, Müller haciendo lo imposible para no caer, porque cada vez que se le doblaban las piernas, el soldado Jack le pegaba un manotazo en la nuca.

Se detuvieron en una planicie donde un grupo de soldados y prisioneros parecía aguardar algo de cara al Rin.

—Escucha bien, *boche*, de aquí en adelante eres el cocinero.

—¿El cocinero?

Jack le dio un último golpe en la cabeza mirándole furibundo.

El motor de una lancha, que enseguida parpadeó su luz en la rivera, se dejó

escuchar cada vez más cerca. Uno de los soldados le respondió con la intermitencia de una lámpara de mano. Poco después, la mediana embarcación tocó la orilla del río y dejó caer la rampa. De ella bajó un oficial cuyas insignias Müller no pudo ver en la oscuridad. Se detuvo frente a un sargento, intercambiaron un saludo y el que había desembarcado dijo en voz alta:

—¡Arañas!

Los soldados apuraron a cinco prisioneros, gritándoles que subieran a la lancha, donde eran recibidos por otros soldados que los obligaban bruscamente a sentarse por ahí.

—¡Ratas!

Los soldados empujaron otra cantidad de prisioneros.

—¡Libertos!

Se repitió la operación, hasta que solo quedaba Müller.

—¿Y este quién es? —interrogó el oficial.

—El cocinero —dijo el soldado Jack.

—El cocinero —repitió Müller con la voz apagada.

El oficial asintió, el soldado Jack empujó a Müller hacia la barca y le murmuró al oído que era un hombre con suerte.

Poco después, la lancha se alejó tomando el cauce del Rin. Pronto no se escuchó otra cosa que el fluir de las aguas. Más tarde, Müller reconoció uno de los puentes de Bad Breisig. Y media hora más tarde alcanzaron Burg Rehineck, donde la lancha se detuvo de nuevo. Uno de los soldados fue directo a Müller, lo levantó y lo llevó frente al oficial.

—¿Y qué es lo que come ese hijo de perra, para que tenga un cocinero? —interrogó este.

El oficial y el soldado intercambiaron sonrisas; el segundo empujó a Müller por cubierta y lo hizo abandonar la embarcación.

—Ve hacia la colina —le ordenó y levantó la rampa.

Desconcertado, Müller permaneció ahí, mirando la lancha alejarse y al soldado haciéndole señas insistentes hacia la colina.

Ni siquiera supo por qué iba en esa dirección, solo que el enemigo le dio esa orden y él debía cumplirla diligentemente. Colocaba una bota en la hierba, que la helada había dejado lisa, y le hacía resbalar y caer cuesta abajo. Entonces había que comenzar de nuevo. Una y otra vez así, subir algunos metros, diez o quince, y caer golpeándose por aquí y por allá. Probaba a gatas, levantándose solo para correr a aferrarse del tronco de un árbol, pero cuando ya estaba a unos pasos de abrazarlo, de nuevo resbalaba y caía casi hasta el pie de la colina.

Se dio por vencido. Terminó riendo hasta la náusea. Llamó a sus padres como un niño perdido, para que vinieran y se lo llevaran a ese sitio donde ellos debían estar ahora, despojados de las trampas de la vida, tendidos bajo la

sombra de los abetos en un día colmado de luz.

Cuando no le quedaron más gritos, más llanto, se quedó apreciando la parsimonia con la que un insecto de patas muy finas trepaba por el angosto tallo de una plantita. Parpadeó y sus largas pestañas contuvieron las diminutas gotas de lluvia. Entonces se puso de pie nuevamente. Ancló las botas en los olorosos floripondios, paso a paso y siempre en ascenso, cayendo un par de veces más e intercalando el viaje entre arrastrarse y caminar.

Una vez en la cima, con el corazón aterido como el de un caballo que corrió hasta desbocarse, lanzó una mirada al lado opuesto. Sobre la planicie descubrió una avioneta y a un hombre al pie de ella, al que reconoció enseguida.

—¡Cónsul, Patrón! ¡Cónsul mexicano! —le gritó con todas sus fuerzas, y volvió a correr y a caer y a rodar cuesta abajo.

Al final se puso de pie, se sacudió la ropa con cierta dignidad y dio los pasos restantes.

—Plan B, compatriota —apuntó el cónsul sonriéndole.

Con una sonrisa temblorosa, Müller se le echó a los brazos y rompió a llorar.

19

Amanda apareció en el restaurante del hotel con un pareo que delineaba su figura exuberante. Seguro que en la mochila traería todo lo necesario para un buen día en la playa. Efrén no acusaba resaca, se le veía vivaracho con esa camisa con dibujos de cocos y palmeras. Nos sentamos a desayunar el bufet y Efrén comenzó de hablantín.

—Tenemos que ir a Salto de Eyipantla para que me tire unos clavados desde lo alto —presumió con ego de campeón.

—No empieces con tus cosas —reprochó Amanda.

—¿Le tienes miedo al tigre, muñeca? —Le arañó la cintura haciendo un ruido felino.

Amanda me miró como si me dijera que el hombre estaba desatado. Sonó su teléfono. Lo sacó del bolso y contestó.

—¡Hola, hola! ¿Llegaste ya? ¡Qué bien! ¡Estamos en el restaurante! ¡Te esperamos!

Bajó el teléfono, todavía con la sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quién es? —preguntó Efrén.

—Una sorpresa para ti…

Amanda miró hacia el arco, levantó una mano y un tipo le respondió el saludo. Se acercó muy campante, se parecía a Efrén, pero más bajo y algo corpulento. Usaba la camisa abierta hasta la barriga, anillos vistosos en cada dedo, un reloj grande, de esos a los que solo les falta marcar el fin del mundo, un collar grueso y un arete dorado en una oreja.

A Efrén se le descompuso completamente la cara, como si en vez de en Veracruz estuviésemos en Siberia.

—Qué bien te la pasas aquí, ¿no, huevón? ¿Y el trabajo qué? —se burló el fulano.

—Hola, Blas —respondió Efrén, más agrio que un limón.

—Siempre anda de malas. —Blas me guiñó un ojo.

—Aurelio y Efrén trabajan juntos —aclaró Amanda.

Una hora después estábamos en la playa, Efrén y yo en las sillas bajo una sombrilla, mirando a Blas y Amanda metidos en el mar. El tipo parecía un buen nadador, se iba lejos y regresaba braceando, se zambullía y le salía a la mujer de frente haciéndola pegar gritos de susto y carcajadas.

—Es hombre muerto.

—Mejor no pienses, amigo...

Volteó y me miró fijamente.

—¿Por qué carajos siempre que digo algo que me causa cierta ilusión y te pido tu respaldo abres la boca para desanimarme? Míralos, fíjate cómo retozan. El cínico la está manoseando por debajo del agua. Siempre haciéndose el galán, el audaz. Si la amara de verdad y ella a él, capaz que me hacía a un lado, pero ¿sabes lo único que quiere de ella?

—Sexo.

—Sí. Sexo. Solo sexo. Puro y vil sexo.

—¿Por qué no lo enfrentas?

—¿Enfrentarlo cómo? ¿A golpes?

—Pues sí, a golpes.

—¿Y después qué? ¿Cada uno acaba chimuelo? ¿Crees que eso resuelva las cosas? Se requiere una solución definitiva. Letal. Tengo que localizar a Alejo Cárdenas. Urge.

—Por favor, Efrén.

—Por favor nada, Aurelio. Voy a defender lo mío.

—Vas a vivir con el remordimiento de haber matado a tu hermano.

—No lo habré hecho yo. Lo habrá hecho Odín. Pienso pagarle y el hombre estará contento de hacer justicia.

—Serías el autor intelectual.

—No empieces con tus novelas.

—No es ninguna novela. Por esas cosas uno va a la cárcel. Y no como el conde de Montecristo. A una cárcel en serio.

—Bueno, ¿y qué? Seguro es más soportable vivir así que con cara de pendejo. O dime otra solución.

—Separarte de ella.

—Lo dices muy fácil, pero el día que estés viejo y termines con dolor de riñones, pegando gritos en la soledad de tu casa, te vas a arrepentir de no haber tenido una buena mujer a tu lado. Es posible que mueras lentamente, que a los tres días encuentren tu cadáver descompuesto, que te echen a la fosa común y alguien vaya a limpiar tu casa y a tirar tus cosas a la basura. Quizás incluso me toque hacerlo a mí. Yo te aprecio, Aurelio, de otro modo no te estaría diciendo esto. Lo hago para que despiertes. Un hombre nace para buscar a una mujer y retenerla con él hasta que la muerte los separe. No digo que la esclavice, pero tampoco se trata de permitir que cualquiera llegue y se la

arrebate. Lo de uno es lo de uno, en eso no hay medias tintas. Para propiedad común están las escaleras del metro…

—¿Tienes pruebas?

—¿Pruebas de qué?

—De que se acuestan.

Una carcajada nos hizo mirar hacia el mar. Blas cargaba en alto a Amanda, sujetándola por las piernas y nalgas; ella se balanceaba tratando de no caer y reía sin control.

Cuando bajó el sol, ya habíamos comido mariscos y bebido cocos con vodka como para reventar. Amanda dormía tendida a la sombra. Efrén, Blas y yo jugábamos una partida de naipes. La apuesta era simbólica, monedas de a peso (que valen maldita la cosa); casi todas las ganaba Blas, mostrando un odioso triunfalismo. Decía que un hombre que la tiene grande siempre gana, porque los que la tienen chica se dan por derrotados muy rápido. Es algo psicológico, decía. Su bromita no pasaba de procaz, pero resultaba detestable que se agarrara los huevos, diciendo su *¡tomen!* A ratos se justificaba diciendo que era bromista, pero inofensivo.

Comencé a pensar que quizá no era mala idea la de buscar al Odín para que mínimo le diera un escarmiento. Nadie puede ir por la vida haciéndose el chulo. Bueno, sí puede, pero no hay por qué soportarlo.

Pero lo que más tenía frito a Efrén (no me cupo duda) era que Blas largaba miradas lascivas a Amanda y no dejaba de decir:

—Deberíamos apostar algo que valga la pena…

En medio del juego, el tipo nos preguntó en qué había terminado lo del robo del Rolex. Si necesitábamos su ayuda podíamos contar con él. Encima eso. Efrén no podía soportarlo más. Evadió el tema y le dijo que, cuando lo consultó, solo había sido para saber.

—Pues te oías cagado de miedo…

—No digas mamadas.

—Bueno, eso me pareció. ¿Y cuánto cuesta ese reloj?

—Tres millones de pesos.

Efrén me miró molesto por abrir la boca. Blas, sorprendido.

—¿Tres millones? Debe ser un relojazo. —Sacudió una mano y nos mostró el suyo—. Este vale cincuenta mil pesos. Está chingón, ¿verdad?

No le dimos importancia.

—Si los vuelven a llamar, voy con ustedes. No pueden andar con el culo al aire en un caso así. ¿Por qué no me dijiste ese detalle, Efrén, que el reloj vale un huevo? ¿Qué no tienes hermano, pendejo? Pinche apocado que eres, me emputas… Si no te quisiera, te ahogaba por cagón. Es broma.

El suplicio siguió en la cena. Blas insistió en invitarnos a un «sitio de categoría». Efrén dijo que estaba de acuerdo, pero no quería que Blas pagara la

cuenta. Lo podía hacer yo en todo caso, que los había invitado.

—Ay, no seas aguafiestas —le reprochó Amanda—. Tu hermano te quiere invitar, déjalo.

Cenamos, pues, en un lugar lujoso, pero pasado de moda. Enseguida, Blas acaparó la conversación. Contó que a Efrén todo mundo se lo hacía tonto, desde niños.

—¿Te acuerdas del turista gringo? ¿El que te hizo juntar conchas todo el día y que te dijo que por cada una te iba a dar un peso? Estuviste horas. Él mirándote desde una sombrilla, tomando cervezas. Y cuando se las llevaste, te dijo que ya solo te faltaba sobarle los huevos…

Blas y Amanda se partieron de risa. Luego ella consoló a Efrén, abrazándolo como a un niño al que le toman el pelo porque es pequeñito.

Ya con anises y sambucas de por medio, Blas dejó de bromear. Largó su mirada aceitosa más allá de la ventana, peinó las calles mojadas por una lluvia corta y repentina, y dijo:

—Qué bonito mi Veracruz. Cómo extraño mi niñez y mi adolescencia en estas mismas calles. Era yo bien noviero —sonrió—, no dejaba títere con cabeza. Hasta una vez casi me ligo a un joto vestido de hembra en el carnaval.

Amanda se echó a reír.

—Pero no, yo no le doy por ahí… ¿Huelen? ¿Alcanzan a oler? ¿Saben cómo se llama el olor de la lluvia en las calles?

—Petricor —respondí.

Todos me miraron interrogantes, especialmente él.

—Hay una novela —aclaré.

—No eres el único que sabe cosas —remató Efrén, mirándolo triunfal.

—Sí, petricor —aceptó Blas, y a partir de ahí me miró con recelo.

Pero Efrén ya no se detuvo, le dijo a Blas que yo había leído un montón de libros y era un sabio, y si nadie lo sabía era porque no iba por la vida ufanándome de mi cultura e inteligencia, lo cual, por cierto, vale mucho más que el dinero… Blas recibió las estocadas sin inmutarse mientras seguía bebiendo sambucas y miraba las calles como un poeta en éxtasis, cosa que a Amanda parecía gustarle.

—Mis respetos, Aurelio —dijo él al fin.

Entonces fuimos Efrén y yo quienes lo miramos con recelo.

—Pero yo la verdad sí presumo lo que tengo. ¿Y saben por qué? Porque mi trabajo me ha costado. A muchos les puede parecer ostentoso. Esta cadena de oro: catorce mil pesos. El reloj ya lo dije, cincuenta mil. Tengo varios. Este es mi favorito. Y así podría ir poniéndole precio a mis cosas y sumar un buen billete. ¿De dónde tengo tanto? ¿De ser sabio? No. ¿De mi despacho de abogados? En parte. Lo que ganó ahí lo meto a bienes raíces, que luego revendo al doble. A este cabrón —señaló a Efrén— me he cansado de decirle

que se venga a trabajar conmigo para que salga de jodido, pero cada uno nace para lo que nace. Ese día que él recogía conchitas a lo pendejo, yo ya me había rayado vendiendo collares. Así de huevos. ¿Está mal decirlo?

La única que negó con la cabeza fue Amanda.

La mirada de Efrén me dijo que en cosa de segundos asestaría el primer puñetazo. Amanda también debió intuirlo, porque se apresuró a decir:

—Es temprano, ¡vamos a bailar!

El silencio corrió espeso, mientras Efrén miraba a Blas con un odio rechinante y este le devolvía el gesto con una mezcla de ecuánime soberbia. Amanda insistió.

—Estoy cansado...

—¿Y tú, Aurelio?

—Tampoco doy una.

—Hermano —dijo Blas con solemnidad—, ¿me dejas que yo lleve a bailar a tu señora?

—Claro que me deja. ¿Verdad, mi amor?

Más tarde, yo estaba tumbado en la cama de mi habitación, Efrén en la suya y Amanda seguramente bailando con Blas en el sitio de la noche anterior. Efrén no supo rehusarse. Pensé que lo haría, que le pondría a su hermano un hasta aquí, pero algo ignoto se lo impedía. Como un jaque mate en el que, para donde quieras mover al rey, estás jodido. Las razones podían ser variopintas: una era que Blas lo había pedido educadamente y Efrén corría el riesgo de que Amanda lo tomara por grosero si se quejaba; otra, que él esperaba que ella fuera quien dijera que no; una más, que le gustara ser la víctima, y la última, la que me pareció más factible, era que Efrén tuviera pánico de que, al poner todo al descubierto, Amanda aceptara tener lo suyo con Blas y se largara con él. Como sea, Efrén terminó resumido al papá Goriot de Balzac, al león del Mago de Oz, al hombre del subsuelo de Dostoyevski, a esos personajes que hagan lo que hagan están destinados a perder, porque los cabrones de sus autores los hicieron de esa madera… Pobre amigo. Pobre.

Abrí el cajón sin levantarme (todo me daba vueltas por las sambucas y los anises) para sacar *El Principito* y seguir filosofando sobre la condición humana. Apenas lo palpé, sentí pereza. Lo mejor sería poner la tele y ver anuncios de telemercado hasta que me venciera el sueño. Mucho de lo que vendían era sorprendente. Cuchillos que cortaban zapatos y hasta el acero. Feromonas para atraer mujeres. Aspiradoras como platos volantes que iban por todo el suelo de la casa. Y otras muchas cosas que, frecuentemente, Efrén y yo veíamos en las escenas del crimen muerto.

Llamaron a la puerta, no hice caso, pero insistieron y oí la voz de Efrén. Sí, era él con cara de suicida. Entró, pasó de largo y arrastró una silla al lado del balcón.

—¿Tienes botellitas en el frigo? Yo ya acabé con todas…

Saqué unas cuantas.

—Cuéntame una novela donde las cosas terminen bien, Aurelio.

—Hay algunas.

—Que no sea de autoayuda y optimismo, una donde a un hombre decente no le rompan la madre, y si se la rompen se desquite y se vaya con la cara en alto.

—No lo hagas, Efrén, no sigas por ahí…

—¿Qué? ¿Lamiéndome las heridas? Me dejo de llamar Efrén si Amanda no regresa cuando salga el sol, como si nada hubiera pasado. Quisiera estar allá… —Señaló las lucecitas de un barco a la distancia—. En uno de esos barcos que se largan a otro país, empezar una vida nueva y hasta con un nombre distinto...

—Somos quienes somos.

—Eso sí, pero la gente piensa que nos conoce, y no… Ya oíste a Blas, cree que sigo siendo el niño que recogía conchitas… Hace un rato hice unas llamadas…

—¿Llamadas?

—A gente que tú y yo conocemos, hasta que di con la información que necesito…

Parecía misterioso.

—Odín.

—Puf...

—Me dijeron que ya no está en Tabasco. ¿Sabes dónde vive ahora? Te vas a ir de espaldas. Boca del Río. A treinta minutos de aquí.

Me sorprendió.

—Lo quiere el diablo, Aurelio.

—Lo quieres tú.

—¡Entonces yo soy el puto diablo! Óyeme bien, tú y yo vamos a ir a Boca del Río mañana. No tengo su teléfono, pero sí la dirección de su casa.

—Mañana es lunes, hay que regresar y devolver el coche al alquiler...

—No te hagas tonto, me dijiste que te lo podían recibir aquí y que podíamos regresarnos en autobús o como sea... Aurelio, eres mi único amigo. Tienes que apoyarme. Llegó la hora de la verdad. Somos o no somos. Ya conociste a Blas. Ahora sabes que no exageré. Es un miserable.

—Pero… —me atreví a decirlo— Amanda se lo permite.

—Amanda está deslumbrada. Acepto mi culpa. No he sabido darle una vida mejor. Pero tengo la certeza de que me quiere.

—No lo dudo, Efrén, pero no sé, no sé qué va a pensar Alejo. Es como de locos ir a proponerle algo así…

—Tú sabes que es un cabrón muy bragado, que no tolera la injusticia. Nos lo dijo como mil veces. El Odín. Pinche güey inmortal, una vez lo vi romperles

la madre a tres cabrones juntos. Me va a entender, Aurelio. Además, ya te dije que le voy a pagar. Estoy pensando en ofrecerle dos mil pesos…

—¿Dos mil pesos? ¿No es muy poco?

—¿Cuánto estaría bien?

—No sé, no se trata de cualquier encargo. Mínimo treinta mil, quizá más.

—Okey, que sean treinta. Y si me echas la mano pones diez más… ¿Estás conmigo en esto, amigo?

—No, Efrén.

Los ojos se le llenaron de sorpresa y desilusión.

—Espera —dije—, necesito vomitar.

—¿Cómo?

Corrí al baño a echar la pota. Los tragos habían sido demasiados. Tiré un par de veces de la palanca del retrete. Hice buches de agua. Me miré al espejo y le dije a mi doble que había hecho lo correcto. No podía respaldar algo así. ¿En qué iba a convertirme? Yo no era perfecto, pero siempre me mantenía dentro de un límite a la hora de hacer chingaderas. A lo mucho robar un libro, pero hasta ahí…

Volví y me quedé seco al encontrar a Efrén sentado en la cama con *El Principito* entre las manos. El cajón del buró abierto. Yo lo había dejado así. Era mi culpa.

—Re-ve-ren-do hijo de puta —fraseó las palabras, levantando la vista hacia mí.

—¿Qué pasa, Efrén?

—«¿Qué pasa, Efrén?». ¿Me quieres ver la cara de pendejo como media humanidad? —Agitó *El Principito*—. ¡Esto pasa! ¿Qué carajos es esto, Aurelio?

—Un libro.

—¡No, cabrón! ¡Una jirafa! ¡Claro que un libro! ¡El que te robaste de la casa de la Anzures! ¡Dijeron que se llamaba *El Principito*!

—Efrén, hay millones de ejemplares del *Principito*. Es uno de los libros más vendidos del mundo y traducido a más de doscientos cincuenta idiomas…

Fue la gota que derramó el vaso. Me lanzó el libro a la cabeza. Lo esquivé, pero él se me vino encima encogiéndose como un jugador de futbol americano y me estrelló contra la puerta del baño, la cual cruzamos del otro lado cayendo en el suelo.

—¡Mal amigo, mal amigo! —aullaba sin control—. ¡Ya no mientas! ¡Es el mismo libro! ¡Dilo ya! ¡Dilo ya!

Parecía necesitar a toda costa mi confesión. Entonces lo acepté.

—¡Sí, el mismo! ¡Yo me lo llevé!

Sus ojos me escarbaron azorados como veinte segundos. Se puso de pie. Dio la vuelta, caminó despacio. Levantó el libro del suelo, lo miró como si no acabara de entender el hurto, luego lo puso encima del buró y volvió a sentarse

cerca del balcón y a mirar las luces de aquel barco en la lejanía, del cual provino un largo lamento.

—No quise perjudicarte —dije con sinceridad—. Lo robé sin pensarlo dos veces.

—Igual que yo el baumanómetro, los jabones y el reloj, Aurelio.

20

Müller les había narrado el libro tal y como se lo pidieron, minuciosamente. Entonces ellos se enfrascaron en una primera tanda de opiniones sobre la trama y los personajes, que los grafólogos Petersen y Himura interrumpieron. Había que separar el contenido literario de su forma lingüística, lo mismo que al libro como objeto en el que pudiera haber algún tipo de marcas. Se le preguntó su parecer a Müller. ¿Pequeños orificios en el papel hechos como con un alfiler? ¿Palabras o letras subrayadas? ¿Sentencias repetitivas? «Nada de eso», aseguró mientras lo miraban con una atención intimidante; temía omitir algo que quizá fuese de valor, como el que ciertos caracteres estuvieran tipográficamente saltones o que los personajes se comportaran de tal o cual forma. Los militares, a petición de los expertos, decidieron sumar un grafólogo cuya lengua nativa fuera el español, pues, si bien Müller hablaba el idioma, no tenía conocimientos en grafología. Mientras tanto, el pronóstico era reservado. Pero los militares querían al menos un posible veredicto para no perder el tiempo. ¿Había serias razones para sospechar que el libro contuviera un mensaje cifrado? En primera instancia, según los expertos, lo que ellos nombraron «texto plano» era llanamente legible, expresaba una historia lógica, verosímil en su narrativa, y no un conjunto de caracteres aparentemente aleatorios pero cifrados con una máquina como la Enigma. Esto no significaba que dicho texto plano no tuviera un código que romper y, de esa manera, recuperar el verdadero mensaje, más allá del literario. Petersen y Himura sugerían reescribir el texto con la Enigma para ver si se transformaba en otra cosa, aunque advertían que, para obtener este resultado, el texto cifrado —si lo había— tuvo que ser previamente escrito con una Enigma configurada de forma idéntica a la que se usara para recuperar el mensaje original.

Además, había algo importante: si descubrían cuándo y dónde sería el segundo desembarco, tampoco podían pegar gritos de alegría, pues eso implicaría que el enemigo había conseguido romper un código primigenio. El de la propia Enigma.

Los alemanes no dejaban de mostrarse incómodos de mencionar la Enigma ante sus aliados italianos y el grafólogo nipón. Al notarlo, Petersen matizó diciendo que, a su parecer, el mensaje podía descifrarse con un simple análisis de frecuencia y sustitución poligráfica, sin tener que recurrir a la Enigma. Por primera vez Himura no estuvo de acuerdo con su colega y espetó, irónico, que en ese caso llamaran a cualquier rompecódigos hábil en resolver crucigramas del periódico o usaran rayos X para ver si el libro era más bien un conjunto de tarjetas perforadas por la IBM.

Demasiado debate para el impaciente general Colombo.

—¿Se han dado cuenta de la pérdida de tiempo, caballeros? Ese desembarco puede ser mañana. Incluso más bien incursión terrestre. Esto mientras estamos aquí discutiendo un estúpido libro… ¡No hay que romper ningún código, hay que romper a un hombre! ¡El francés!

Los grafólogos no tenían mucho que opinar al respecto, no eran soldados ni expertos en tortura. Así pues, las miradas cayeron sobre el mayor Lutz, quien hasta ese momento había sido una especie de regulador que, si bien no impedía la ira de los italianos contra el prisionero, sí la atenuaba por alguna razón que estos no acababan de comprender.

—¿Y qué sugiere, general Colombo? ¿Que lo torturemos hasta que muera? Su propio médico aquí presente —Lutz señaló al galeno que había estado administrando pentotal sódico al falso Cazotte— nos ha dicho que el prisionero no está en las mejores condiciones físicas. Es muy posible que colapse antes de decir algo.

El galeno asintió muy a su pesar.

—Si nuestros países fueran enemigos y yo cayera prisionero —insinuó Colombo—, quisiera que fuera en sus manos, mayor Lutz. Es usted tan comprensivo…

Sus palabras helaron el ambiente. A Müller le pasó por la cabeza que nadie ahí estaba logrando romper el código de un mensaje secreto, pero sí la diplomacia del Eje Roma-Tokio-Berlín.

—Soldado Müller —Lutz usó su voz de mando y pronunció unas palabras que sacaron chispas en Colombo—, que el prisionero esté cómodo y bien alimentado. Evidentemente, lo necesitamos vivo.

Farinacci, en su estilo más pausado, tomó el libro con curiosidad y nombró el título en tres idiomas distintos: italiano, alemán y español.

—Il piccolo Principe, Der kleine Prinz, El Principito…

21

Müller abandonó el edificio, cruzándose con varios soldados, la mayoría italianos y algunos cuantos alemanes. Iba tan absorto en lo sucedido con los militares que, cuando alzó la vista, se encontró desorientado entre los edificios del complejo de San Sabba; esa era una de las razones que lo hacían detestar que todo ahí fuera de ladrillos rojos: su secreta falta de sentido topográfico.

Debía dirigirse al galerón destinado a los suyos y aprovechar sus horas de descanso. Preguntar no era una opción si no quería que lo tomaran por imbécil. Adoptó un poco la postura de vigilante y, al parecerle que cierto andador lo conduciría hacia el lugar correcto, fue en esa dirección. Pero este no era sino uno de muchos largos pasillos similares que interconectaban edificios con callejuelas estrechas. Para colmo era de noche. Las luces de vigilancia no ayudaban; por el contrario, separaban de tajo luz y oscuridad. La primera era demasiado cegadora, y la segunda, umbría e inquietante.

De pronto se encontró en un andador más, al interior de uno de los edificios en el que aparecían y desaparecían médicos y soldados en aquellas pocas puertas salpicadas a lo largo del pasillo. Lo miraban brevemente, él sentía que con desconcierto, pero enseguida volvían a lo suyo. Divisó una puerta de cristal al final del pasillo, anticipando que al salir encontraría otro golpe de frío y más desorientación entre los andadores. Pero no fue así, al menos no en cuanto al frío: el aire le llegó tibio junto con un suave rumor persistente, parecido al de un gato que ronronea. Definitivamente no había estado ahí antes. Entonces decidió que, cuando se encontrara con alguien, le pediría un cigarro y vería la manera de que, en la conversación y sin preguntarlo directamente, aquel le dijera hacia donde estaba el galerón que buscaba.

Avanzó sin encontrar a ese alguien y, por otro lado, el calor y el rumor se hicieron intensos. Llegó frente a una fachada que le pareció un hangar con su domo curvo. El largo portón rectangular solo estaba abierto en una parte de la hoja, quizá un metro. Asomó la cara buscando un alma viviente y se quedó

absorto al ver, a veinte metros, una puerta de hierro con un recuadro tipo ventana, a través de la cual se apreciaba una luz fulgurante. Ahí el calor y el rumor fueron definitivos. Un golpe de curiosidad lo hizo adentrarse. A fin de cuentas, él no era necesariamente un intruso. Avanzó hacia la luminosidad y se detuvo ante el calor sofocante y apestoso.

Una especie de ruidos de escaramuza lo hizo ocultarse en el ángulo oscuro que formaba aquel cubo de hierro con la pared. Desde su escondite siguió el trayecto de dos soldados, uno alemán y otro italiano; se arrojaban por todas partes, deteniéndose en uno y otro rincón en el que se magullaban con desesperación y se besaban y mordían la boca, el cuello, la piel. Müller evito respirar. Luego de un tropel de gemidos y de un repentino silencio, escuchó que a uno se le caía el casco y rompía a reír. Volvió a mirarlos. Se abotonaban las camisolas, se subían los pantalones de cara al horno.

—Hermoso, ¿no es verdad? —dijo uno.

—¡Que ardan! —exclamó el otro.

Y salieron de ahí.

Tiempo después, Müller comprendería que aquel era el primer horno que los italianos imitaban de Auschwitz.

Recargada la cabeza en la ventanilla de aquella avioneta Waco CG-4, Müller miraba el cúmulo de casitas salpicadas en las colinas y las humaredas de batallas postreras que ya no tenían sentido, libradas por algunos patriotas obstinados; observó también las franjas de las puntas de abetos sobrecogidos de frío, la serpiente del Rin, a veces amplia y a veces estrecha, el verdor refulgente y los trozos grises de bosque; todo aquel paisaje que, desde las alturas, no parecía peligroso. Kripp había quedado atrás, con sus zanjas y sus planicies infranqueables, con hombres, mujeres, viejos, niños que al paso de los días y de tanto mirarlos comenzaban a parecer personajes. Ah, mira, ahí va Fred, el gordo risueño que no se da por enterado; Ana, la que parece más enojada porque no puede lavarse los dientes que porque vio cómo los soldados le rompieron la cara a culatazos a un tipo vociferante; Marko, el niño pecoso que te miraba como si con sonreírte hiciera que terminaras dándole una ración K. Adiós, Kripp y todo eso, adiós a sus muertos y a sus vivos camino a morir, adiós a su peste, a sus soldados vigilantes, al calor, al frío, a llorar y a reír, adiós, adiós…

Müller comenzó a adormecerse; le habían dado solo media ración K porque su estómago no soportaría más. El sueño lo derrumbó, pero la fatiga era tal que se imponía al propio sueño y lo despertaba. Escuchó a Patrón conversar con alguien al fondo. Hablaban un alemán fluido, pero pudo distinguir sus voces y el acento natal de uno. Intercambiaban puntos de vista

sobre lo que vendría con la derrota.

—Que los estadounidenses se adueñarán del mundo —decía el alemán—, y darán a los franceses, ingleses y a sus aliados Austria, Polonia y Checoslovaquia, más nada.

—Espere, Dietrich, aún no se rinde Japón —aducía Patrón.

—Qué más da, cónsul… A Mussolini ya lo colgaron. Conociendo a Hitler, es seguro que esté igualmente muerto, e Hirohito, pues es un maricón.

—Palabras fuertes, Dietrich.

—Todos los emperadores lo han sido, ¿no lo sabía, cónsul? No hay por qué ofenderse.

—¿Napoleón lo era?

—Tal vez no, pero ese era un falso emperador. A Hirohito no se le puede mirar a los ojos si no quieres que te decapiten. A Nerón y a Constantino, e incluso al mismo Napoleón, claro que podías mirarlos, de hombre a hombre. Iban a la guerra en vez de estar en sus palacios pintándose las uñas. Hirohito está muy lejano de los mortales, cónsul, y, por supuesto, del significado de una guerra.

—¿Y Alemania, Dietrich? ¿Cuál es su pronóstico?

—Mi pobre patria será totalmente estadounidense.

—O la dividirán en dos.

—¿En dos?

—Estadounidenses y rusos.

—¡Faltaba más! —El alemán se echó a reír—. ¿Sabe usted algo, cónsul? Stalin es cobarde y sanguinario, pero no estúpido. No querrá repartir y, en ese caso, Alemania se volverá comunista.

—¡Müller, Müller! ¡Abre los ojos! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Esto se va a inundar!

—¿Cómo? —saltó Müller.

—Tranquilo, no me pegarás el tifus, ¿verdad? —Patrón le ofreció una pequeña botella de metal forrada de piel—. Despacio, no querrás llegar ebrio a Roma.

—¿Roma?

—*Le ragazze sono belle e l'amore è un'arte.*

—Mujeres… Hace tiempo que no pienso en ellas.

—¿Cómo así, Müller? Es lo único que vale la pena en este mundo cochino. Eso y tener bebitos. Yo podría pasar de todo lo demás, no tener fama ni fortuna; podría no tener incluso un dios, pero jamás me faltaría una mujer. —Sacó la billetera del bolsillo y le mostró a Müller la foto de una dama de labios gruesos y ojos rasgados—. Juanita, mi esposa… Tiene hermanas, por si estás interesado.

Volvió a guardarse la billetera.

—¿Y los hijos?

El cónsul torció la boca.

—No todo es posible en la vida…

—Cónsul, ¿me puede explicar por qué estoy libre?

—Tres rutas de escape: ratas, negociada con italianos; arañas, con españoles; y libertad, con norteamericanos. Cada país tiene sus razones para salvar nazis. Los italianos y españoles por una mezcla de golpe de pecho religioso y fascismo. Los norteamericanos son más prácticos, quieren exprimir cerebros.

—Eso suena a traición, a falta de ética, de moral…

—Una guerra no es un asunto de buenos y malos, Müller. La diplomacia sigue siendo una guerra, pero en lugar de balas se usan buenos discursos.

—¿Quién es el alemán que viene allá atrás?

—Médico.

Müller recordó algo y se lo dijo:

—¿Sabe por qué me hicieron decir que soy el cocinero?

—¡Claro! Porque le cocinas salchichas con salsa de curry al morfinómano de Göring…

—¿Cómo?

—¡A tu salud, Brune Jacinto Müller! —Patrón le dio un trago a la botella.

22

Amanda debió de desconcertarse cuando detuve el coche frente a aquella casa en Boca del Río y Efrén le dijo que no bajara, pues él y yo no tardaríamos al saludar a «nuestro viejo amigo» Alejo Cárdenas.

—Es que me gustaría conocerlo —protestó ella.

—Tú a todo el mundo quieres conocer —reprochó Efrén, dándole con la portezuela en las narices; no podía evitar tratarla mal desde que la muy cachonda regresó de bailar al salir el sol, como él lo había pronosticado.

Luego de que ambos pusiéramos las cartas sobre la mesa en cuanto al robo, acepté acompañarlo a que le contara a Alejo sobre sus intenciones de enviar al otro barrio a Blas. Mi única condición era que yo me comportaría como el Bartleby del cuento de Melville. A todo lo que le ordenaban él respondía: «Preferiría no hacerlo». Yo diría: «Preferiría no opinar». Efrén estuvo de acuerdo.

—¡Oigan! —Amanda golpeó la ventanilla del coche—. ¡Consíganme unas aspirinas! ¡Me duele todo el cuerpo!

Evité mirar a Efrén.

Tocamos el timbre, alguien acompañado de un perrito ladrador se acercó a abrirnos. Podíamos ver las siluetas en el vidrio traslúcido.

—Buenos días —saludó Efrén a la mujer de aspecto resignado y chancletas de hule que el perrito le olisqueaba.

—Buenos días —respondió ella con desconfianza.

—Somos amigos de Alejo. Nos dijeron que vive aquí.

Acusó asombro.

Poco después cruzamos el corredor hasta la sala, donde nos sentamos mientras la mujer se iba a decirle a Alejo que tenían visitas. Esta vez el perro no la siguió. Echó las patas traseras en el mosaico y no nos quitó la mirada de encima. Observamos aquella estancia modesta que rayaba en la pobreza. Había diplomas y fotos de Alejo por todas partes, muchas tomadas en el gimnasio; sus músculos no eran cosa de risa, parecían hechos a mano. En otras fotos se

saludaba con policías en uniforme y políticos muy conocidos. En alguna mostraba orgulloso un arma larga, sentado en el toldo de una camioneta de la policía. Los diplomas eran de cursos tomados en la corporación. Pero lo que más me llamó la atención fue ver en una pared el gran póster del dios Odín, fuerte, barbón y viejo. Al pie del póster se leía la explicación: «Odín, dios principal de todos los dioses nórdicos. La magnificencia de su poder lo hace ser reconocido como el dios de la sabiduría, de la guerra y de la muerte».

—¿Qué te parece, Aurelio?

—Prefiero no opinar.

—¡Amigos, qué gran sorpresa! —La voz de Alejo nos hizo mirar hacia el pasillo.

En efecto, era Odín… en silla de ruedas.

Resultó cierto lo que Efrén le dijo a Amanda: no más de veinte minutos después, ya estábamos de nuevo en el coche, recorriendo la carretera de regreso a Ciudad de México. Efrén insistió en conducir, iba con cara de odiar a la humanidad entera y a sus futuros descendientes; Amanda, dormida; y yo, con esos veinte minutos en casa de Alejo zumbándome la cabeza. No dio crédito a que lo visitáramos. Dijo que les había perdido el rastro a casi todos los viejos colegas (o ellos a él) y que quienes se decían sus amigos terminaron por abandonarlo desde su accidente. Nos pidió que nos quedáramos a comer; compraría pollos asados en el local de la esquina y pasaríamos una buena tarde juntos recordando viejas anécdotas. Efrén le dijo que, lamentablemente, teníamos prisa, pues debíamos entregar en la ciudad el coche de alquiler. «Es una pena», decía Alejo sin dejar de sonreírnos con la sinceridad del que no se entera de que del otro lado no existe tal cosa.

—Una bacteria —masculló Efrén, pisando a fondo el acelerador—. ¡No un disparo, no una pelea, no en acción, no en combate! ¡Una puta bacteria!

Todo comenzó porque le hormigueaban las piernas, eso dijo Alejo. Después, a menudo se le quedaban dormidas, hasta que un día no pudo ponerse de pie. Le tomó su tiempo y su voz quebrada contarnos cómo los médicos no atinaban al diagnóstico correcto. Efrén hacía muecas de impaciencia mirando la puerta y yo «prefería no opinar». Por fin encontraron que tenía ese bicharraco microdiminuto llamado *Campylobacter*.

«¡Pero vale la pena seguir vivo!», sentenció Alejo. «Hago mucho ejercicio, me mantengo en forma». Estiró los brazos haciendo notar sus bíceps y Efrén largó una mirada de lástima a sus piernas flacas y muertas. «Además, encontré el mejor de los refugios y mi mejor fortaleza». De un costado de la silla de ruedas sacó una Biblia. «Amigos, no es casual que estén aquí...».

—¡Una puta bacteria! —Efrén le dio otro acelerón al coche mientras iban quedando atrás, muy lejos. Boca del Río y esas vacaciones de fin de semana.

Horas después, Amanda se despidió de mí adormilada, dándome un beso

en la mejilla, y entró a su casa como un zombi. Efrén se quedó un poco más en el coche. Se tallaba la cara y, cuando quise decir algo, levantó una mano para que siguiera callado. Luego lanzó un largo bufido y espetó:

—¡Una putísima bacteria!

—Dijo que por culpa de la carne de pollo.

—¡Por culpa de mis cojones, Aurelio! ¿No te das cuenta de la tragedia?

—Sí, pobre Alejo, pobre Odín.

—¡Pobre yo! ¿No lo escuchaste? ¡Le pasó hace seis meses! ¡Lo de mi mujer lleva ocho! ¡Si lo hubiera buscado antes me habría ayudado con Blas!

23

—Cierren la puerta y tomen asiento, chicos —ordenó Sandoval, muy afable.

Desde ahí me puso a la defensiva. No era un sujeto que usara la palabra *chicos* en vez de *muchachos*. No era de su generación. Su generación consideraba marica decir *chicos* y no *muchachos*.

Una vez que nos sentamos, entrelazó los dedos de las manos y explicó:

—El asunto es este: como les dije en un mensaje que nunca respondieron, mataron a Raúl Orihuela y a su esposa…

—Estábamos de vacaciones.

—Cállate y escucha, Aurelio. ¿Saben dónde los mataron? En el departamento de la Anzures…

—¿De verdad? —interrogó Efrén, sinceramente sorprendido.

—No lo puedo creer —apostillé.

—La policía cree que fueron a ver si encontraban el Rolex —por primera vez escuché la voz cascada y petulante de Cabeza de Muñeca, sentado a mi diestra—, y para su mala suerte, alguien entró a robar…

—El señor Pachorro ya hizo sus pesquisas —dijo Sandoval, refiriéndose al genial Cabeza de Muñeca—, Orihuela solo tiene parientes lejanos, nadie que pueda venir a reclamar el reloj… Así que ustedes ya no van a perder el trabajo. ¿No les da gusto?

—¡Qué gran noticia! —exclamó Efrén como si le quitaran un peso de encima—, quiero decir, que podamos seguir trabajando, no las muertes…

—Cierto, Efrén… Y pues, muchachos, hablemos del reparto de utilidades…

—¿Qué utilidades?

—¿Cómo que utilidades, mi negro? Tres millones de pesos divididos entre los presentes nos da setecientos cincuenta mil por piocha… Claro, una vez que vendamos el reloj…

—De lo cual yo me encargo —intervino Cabeza de Muñeca.

—Nos necesitamos todos —siguió Sandoval—, recuerden que la máquina

tiene código de barras. Yo tampoco podría venderlo, soy bien pendejo para esas cosas. —Sonrió, falsamente débil—. Pachorro se encarga...

—Sin dejar rastro —remató Cabeza de Muñeca.

Efrén y yo nos leímos la mente. Aquello era una trampa en toda regla.

—¿Quién lo tiene? —el Gordo lanzó la ansiosa pregunta.

—Es una pena que Aurelio y yo no seamos rateros. Ahora nos convendría, pero hay que volver a decirlo, porque veo que no les quedó claro: no robamos nada. Ya lo dijeron, el reloj tiene código de barras. ¿Cómo podríamos venderlo sin la ayuda de ustedes? Por desgracia no tenemos nada que vender, solo nuestra fuerza laboral, como siempre.

—Muy cierto —acoté—. Nuestra fuerza laboral, como siempre.

—¡A ver, par de hijos de su recontraputa madre apestosa, mamavergas y paridora de engendros! —estalló Sandoval—. ¡Todavía pueden perder el trabajo y todavía puedo, a nombre de esta empresa que les da de tragar y de mi par de huevotes, denunciarlos por el robo del chingado reloj! ¡Y a la puta cárcel, ojetes limpiacacas, a seguir limpiando, pero no casas ni bodegas ni escuelas ni nada, sino pitos parados! ¿Qué les parece?

—Tranquilo, estoy seguro de que los muchachos no quieren eso —dijo Cabeza de Muñeca—. Más bien, lo que tratan de decir es que no les parece justo irnos a partes iguales. Y si enfriamos las cabezas, tienen razón, ya que ellos encontraron el Rolex. A ver, esperen… —Tomó una calculadora del escritorio e hizo cuentas—. De los setecientos cincuenta que me tocan, me conformo con cuatrocientos cincuenta…

—Yo lo mismo —dijo el Gordo a regañadientes—. ¿Están de acuerdo así, chicos?

—¿Nos podemos ir ya o hay que esperar a la policía? —preguntó Efrén.

El crujir de dientes.

24

Esa fría mañana, un Fiat 2800 negro los aguardaba con el motor andando. Del escape salía un suave humo blanquecino, al igual que de la boca de Patrón cuando se saludó con el conductor, un italiano de ojos cómicamente tristones y boina de lado, que mascaba un pedazo de regaliz y que no lucía abrigado ni parecía tener frío. Todo lo contrario a Patrón, con sus guantes de piel y su abrigo; lo mismo con Müller y Dietrich, aunque a estos se les notaba que les habían conseguido cualquier ropa.

El italiano los examinó unos segundos y les señaló el asiento trasero; Patrón ocupó el del copiloto. Tomaron el camino y poco después escucharon la avioneta que los había llevado hasta ese punto al norte de Roma. Dietrich sacó la cabeza por la ventanilla para verla alejarse.

—¡Allá va la bestia! —dijo echando una vigorosa risotada.

Müller no le prestó atención. Dietrich observó detenidamente a su compañero de viaje, que venía en el contraasiento.

—Nombre y rango.

—Brune Müller, soldado.

—¿Campo?

—Kripp.

—Con el culo al aire ahí, ¿cierto?

Müller asintió.

—Yo estaba en Heidesheim. No tan al aire, pero el tifus acabó con todos… Menos con mi culo. —Volvió a reír de la misma forma.

Müller cerró los ojos y echó la cabeza a un lado. No quería charlar, haber dormido en el avión no le había devuelto las fuerzas sino acentuado lo mucho que necesitaba descansar. Una patadita le hizo abrir los ojos de nuevo…

—¿Qué clase de postura es esa? Y que no se te olvide que es nuestra propia gente la que nos está liberando, por si no te has dado cuenta.

—¿Nuestra gente?

—Alemanes, italianos…

—Yo soy mexicano.

Dietrich lo miró como tratando de pescar la broma. Müller volvió a cerrar los ojos y de nuevo sintió la patada, esta vez un poco más fuerte.

—¡Váyase al infierno! —espetó, arrebujándose en el asiento.

Dietrich no insistió.

El vehículo se desplazó a lo largo del camino, donde de vez en cuando se cruzaba con algún paisano que llevaba algunas pocas ovejas a pastar, como si la guerra no hubiera sido asunto suyo. Serpentearon parte del río Tíber por la Tenuta de Santa Colomba hasta tomar la vía Salaria, donde los sorprendió una fina lluvia que comenzó a repiquetear casi musicalmente sobre el toldo del coche. Müller sacó una cajetilla de Gitanes que le había regalado Patrón. Le ofreció a Dietrich.

—Malditos cigarros franceses… Hitler te hubiera olido apestar a tabaco a mil metros, odiaba a los fumadores. Al demonio con él. Dame acá. —Agarró uno—. Escucha bien, soldado. —Bajó la voz—. Sobrevivimos a Heidesheim y a Kripp, pero no debemos bajar la guardia.

—¿Qué guardia? Esto se acabó.

—¿De verdad eso piensas? —Se acercó más—. No te confundas, aquí solo tienes un compatriota: yo. Más vale que sí porque las cosas siguen dando vueltas, impredecibles. Hitler puede estar derrotado, pero eso no significa que Alemania desapareció del mapa. Un poco de historia, Müller, ¿qué hizo el káiser cuando nos vencieron en la Gran Guerra? El buen Guillermo II tuvo que hacerse a un lado y el buen Ebert tomó su sitio. Eso apaciguó las aguas… Claro, claro, me dirás que lo de Versalles fue una infamia, algo tan oprobioso que en cierta medida nos trajo a este punto. Pero hablamos de ciclos, Müller. Sé de muy buena fuente que Dönitz tomará el control. Sabrá negociar con los estadounidenses. Le dejarán formar su nuevo gabinete. Incluso será necesario que lo haga. Ellos, por mucho que nos aborrezcan, no van a venir a gobernar por nosotros. Tienen sus propios problemas. Y he aquí la mejor noticia. Conozco a Dönitz.

—¿Dönitz?

—Almirante Karl Dönitz, el sucesor del Führer…

Lo inmutable de Müller desconcertó un segundo a Dietrich, pero luego retomó:

—Claro, no tienes por qué saberlo… El propio Hitler lo nombró su sucesor. Así que no todo está perdido, pero tienes que seguir la cadena de mando. Soy tu superior. Lo sabes bien. —Dietrich regresó a su sitio y alzó la voz sin dejar de sonreírle a Müller—. ¿Habrá algo de comer pronto, cónsul Patrón? Sus invitados tenemos hambre...

—En media hora llegaremos a nuestro destino, Dietrich. Mientras tanto, solo queda comerse las uñas.

—Buen punto —rio Dietrich—, créame que Müller y yo venimos haciendo eso desde que salimos de Alemania.

Se echaron a reír.

Una ráfaga de metralla silbó cerca del vehículo, obligando al conductor a dar un golpe de volante y a salir del camino. Varios hombres aparecieron de entre los árboles, armados con Breda M30.

—¡Diplomático! —gritó Patrón, mostrando en alto su pasaporte.

Algunos de los hombres, encabezados por uno de talla pequeña pero corpulento, se acercaron al vehículo y lo rodearon mirando al interior. El cabecilla cogió el pasaporte del cónsul y le echó un vistazo. Se lo devolvió enseguida.

—*Chi sono questi?* —le preguntó al conductor.

—*Cuoco e professore.*

—*Documentazione…*

Patrón se apresuró a mostrar unos papeles con sellos estampados y explicaciones de altas autoridades eclesiásticas de Italia. El cabecilla leyó esta vez detenidamente. Luego miró a Müller y a Dietrich. No dijo más y se fue con los documentos hasta los hombres que se habían quedado a la retaguardia.

—¿Quién es esa gente? —interrogó Dietrich—. ¿Partisanos? Que alguien me lo diga.

—Manténgase sereno, Dietrich —le pidió el cónsul.

—Para usted es fácil decirlo…

Aquel sujeto le mostraba los documentos a otro y ambos miraban hacia el coche; Patrón y los demás procuraban no devolver esas miradas. Los alrededores no eran sino verdes colinas donde nadie los echaría de menos si ese era el final del viaje. Müller pensó en eso y en que el hecho de sobrevivir a todo lo anterior no garantizaba no morir de una forma simple y absurda. Se fijó en las manos de Dietrich, definitivamente las consideró de médico: finas y estilizadas. No obstante, acababan de perder el pulso y escondía los dedos temblorosos.

—Aquí vienen —murmuró Patrón.

Esta vez el cabecilla regresó con otro de los hombres a paso lento y desesperante. Se detuvieron frente al coche y aquel examinó primero a Dietrich y después a Müller, en el que detuvo los ojos cargados de sorpresa. La misma que Müller sintió al reconocerlo enseguida.

«Lo sé, lo estamos gozando, lo sé… El placer recorre las venas, el torrente sanguíneo…».

El médico parecía decepcionado cuando llegó a la puerta y Müller le informó que, según las nuevas instrucciones del mayor Lutz, debía alimentar al

prisionero. No más pentotal sódico. «¿No más? ¿Quién lo dice?», preguntaba aquel doctor en su idioma, y Müller se esforzaba por responderle en el mismo. «Veré qué tan cierto es eso», espetó y terminó por largarse.

—Se le acabó la diversión al doc —dijo el falso Cazotte, acostado en el camastro y pegándole una mordida a una pierna de pollo.

Dejó de masticar ávidamente y de chuparse los dedos al sentirse observado por Müller.

—¿Te molestan mis modales?

—¿Por qué dejó que la víbora lo mordiera?

—¿Cómo?

—El Principito.

—No comprendo.

—El niño del libro.

—¡Ah! —exclamó el francés—. ¿Lo leíste ya?

—Solo un poco —mintió Müller—. ¿Por qué dejó que la víbora lo mordiera?

—Sí, bueno, no lo sé. En realidad, apenas entiendo lo que pasa en el libro…

—Esa es otra cosa que no entiendo. ¿Por qué se pasa las horas con él en las manos, como si pudiera leerlo bien, cuando es evidente que apenas habla español?

—Me gustan las palabras sin importar en qué idioma estén.

—¿De dónde lo sacó?

—¿El libro? Fue un regalo de mi mujer. Ella sí habla español. Es su lengua natal. Por eso quisiera que hagas algo por mí, Müller. Consigue que me lo devuelvan. Sé que es una petición fuera de lugar, pero ya te considero mi amigo. Sé que tú a mí no y estás en tu derecho. Yo tengo mis razones. La primera es que eres el único que me trae de comer.

—Son órdenes.

—Y las cumples diligentemente. Lo sé. El caso es que me traes alimentos en vez de una jeringa como ese doctor italiano. Por alguna razón te tocó hacer la tarea buena y eso es lo que vale. En cuanto a tu pregunta, ya recuerdo. Algo, sí… Mi mujer me llegó a leer partes del libro. Había olvidado lo de la víbora. Sale hacia el final del relato, ¿cierto?

—Ese el final. Muerde al Principito y este se muere sin más.

—¿Muere? No recuerdo esa parte. —El falso Cazotte se rascó la cabeza—. Creí que se iba a su planeta o algo así.

—Eso también. Pero muere en la Tierra. Deja el cuerpo. Lo que no entiendo es por qué dejó que la víbora lo mordiera, sabiendo que iba a matarlo.

—Quizá porque solo así podía regresar a su planeta.

—Es absurdo. Tanto como pegarse un tiro para dejar de sufrir en este mundo y llegar al paraíso.

—No lo había visto de esa forma, Müller.

—El Principito se suicida, esa es mi conclusión.

—No te la rebato, pues no tengo la trama completa en mi cabeza como para discutir ese punto. Deja que recuerde lo que me leyó mi mujer y quizá pueda argumentar. Mientras tanto, ¿crees que sea posible recuperarlo? ¿Qué importancia puede tener un libro en medio de una guerra?

Müller y el médico italiano siguieron mirándose. Lo que no quedaba claro era quién de ellos estaba en peores circunstancias en ese preciso instante: el primero que no era ningún cocinero y estaba huyendo, o el segundo, que parecía un infiltrado entre esos hombres, o bien, un traidor.

—*Chi è il tipo?* —preguntó el cabecilla.

—Él. —El médico italiano señaló a Dietrich.

—¿Yo? ¿Por qué me señala? ¿Yo qué?

—*Andiamo.*

—Cónsul, diga algo… Dígales que se trata de un error.

—Lo siento, Dietrich.

—¿Cómo dice? —Este se revolvió en el asiento—. ¡Müller, vaya con ellos, es una orden! ¡Yo debo seguir mi viaje!

El cabecilla intentó arrastrar a Dietrich fuera del vehículo. Este se zafó bruscamente y una pistola le apuntó al instante. La cara de Dietrich se contrajo en una mueca de incredulidad, que de golpe se convirtió en resignación. Entonces bajó del coche. Miró al cónsul y a Müller con altivez y se fue con los italianos. Enseguida Patrón apresuró al conductor para que se fueran de ahí.

—*Sbrigati!*

Poco después, en una curva del camino vieron a Dietrich elevándose y sacudiéndose de golpe en el aire, con una soga al cuello atada a un árbol, rodeado por aquellos italianos que lo contemplaban sin pasión alguna.

—Era difícil que no lo reconocieran —dijo Patrón.

Müller lo miró interrogante.

—Se trataba de un médico muy especial…

Media hora después, el Fiat 2800 atravesó las calles de Roma y terminó su viaje frente a una casa en la vía Tizania. El conductor se quedó detrás del volante mientras el cónsul y Müller se acercaban a la puerta; Patrón tomó el aldabón y golpeó tres veces cortas, seguidas de un silencio, y finalmente dio un cuarto golpe, también corto. Del otro lado les abrió un anciano de gesto solemne. Poco después, este dejó a Müller en una habitación con trapos, alcohol y una camisa limpia y arrugada, y se fue al salón donde lo esperaba el cónsul.

Müller se despojó de su ropa y procedió a darse una friega de alcohol. No sabía por dónde empezar, su cuerpo estaba atascado de miasmas, esmegma y

supuraciones, además de pulgas escondidas en los poros. Lo acongojó una pena por él mismo.

Del salón le llegó un suave olor a lentejas cocinándose en algún perol. Tenía hambre, pero decidió seguir ahí un poco más, para recuperar las fuerzas que le permitieran siquiera ir a la puerta. Volvió a pensar en el médico de San Sabba, preguntándose por qué solo señaló a Dietrich y no a ambos. Quizá, como dijo el cónsul, Dietrich era un médico muy especial, o tuvo miedo de que también Müller lo echara de cabeza con esos italianos. Este evento —como el de la polaca— formaba parte de las muchas ambigüedades de la guerra que nunca tendrían una explicación satisfactoria.

Müller llegó al salón. El viejo y el cónsul, que hablaban acaloradamente en italiano, callaron al verle.

—Paolo es un gran conocedor de la Historia —aclaró Patrón—. Siéntate, te ves mucho mejor.

El anciano fue a la cocina, llenó un buen plato de lentejas. Cuando Müller lo tuvo enfrente sintió una mezcla de alegría y jugos gástricos impeliéndole a no tener ningún tipo de modales con tal de que el plato quedara vacío. Pero luego de las tres primeras cucharadas comenzó a sentirse lleno y con ganas de vomitar. Patrón pudo notar la desesperación en sus ojos.

—Con calma, Müller, tomará su tiempo…

Müller asintió y se quedó mirando el plato.

—*Mia mamma mi ha colpito per aver lasciato le lenticchie. Uno scatto all'orecchio.*

Patrón se echó a reír.

—Dice que su madre le habría dado un buen jalón de orejas por no comer —sonrió Patrón—. *Anche mia mamma* —le respondió al anciano y volvieron a reír.

La tarde fue apagándose y las farolas iluminaron las calles visibles desde la ventana. El anciano no encendió ninguna lámpara en todo ese tiempo, él y Patrón siguieron hablando y sus voces y risas repentinas arrullaron a Müller, haciéndole dormitar a ratitos, esta vez más placenteramente que en el avión. Por primera vez, sus sueños y pensamientos no tuvieron nada que ver con la guerra sino con breves imágenes de su borrosa niñez, corriendo entre los cafetales, seguido por las miradas de aquellos hombres y mujeres de tez oscura y recias apariencias, que recolectaban las rojas semillas de café en canastas. El sol a plomo, el aire que llegaba como llegarían las olas del mar, en un vaivén que refrescaba solo por instantes, lo adormecieron hasta que la voz de Patrón le dijo que era hora de marcharse.

Müller le agradeció el plato de comida al anciano. Este le deseó buena suerte. Salieron de la casa. Patrón tomó del brazo a Müller y lo hizo andar por la orilla del Tíber, cruzaron el puente Cavour y fueron a sentarse de cara al río.

—Me pregunto en qué parte se ahogó Majencio…

—¿Quién es Majencio?

—¿Estos italianos fueron tus aliados y no sabes algo de su historia?

—Sé quién fue Nerón.

Patrón sonrió y dijo:

—Nerón estaba tan loco como tu Hitler.

—La historia la escriben los vencedores, cónsul.

—Pero los vencidos ponen todos los puntos y comas.

—¿Qué significa eso?

—Que la historia tiene sus propios signos de puntuación. Interrogantes, exclamaciones, paréntesis, muchos paréntesis…

Frente a ellos llegó el Fiat 2800. El cónsul se metió una mano en el bolsillo, sacó algo y se lo puso en la mano a Müller.

Era un rollo de billetes.

—No te enamores de una italiana, Müller, solo hay papeles falsos para una persona en el barco... Nos vemos en México. *A presto, amico!*

Se puso de pie y se alejó caminando por el puente, con las manos en los bolsillos del abrigo.

25

Nuestra cuadrilla de trabajadores repartidos en tres camiones se detuvo temprano frente a un antro de chulos y putas en una calle de Reynosa, Tamaulipas, llamado El Paraíso. Durante el viaje me arrinconé en una esquina del camión a releer *El Principito*, esta vez *in extrema res*, es decir, del final hacia el principio. Quería ver cómo hubiera ido la cosa si la historia empezaba con el Principito mordido por la serpiente. Efrén no dejaba de mirarme con ojos de pistola, supongo que le parecía cínico de mi parte, pero ya habíamos puesto sobre la mesa quién robó qué, ¿o no? Entendía que él no pudiera usar el Rolex frente a todo el mundo. Por cierto, que el Gordo trinó de rabia cuando nos mantuvimos firmes negando el robo y diciéndole a él y a Cabeza de Muñeca que no teníamos ninguna mercancía que compartir y vender juntos. Este fue más ecuánime, pero no menos amenazante. «Es una pena», dijo, «vamos a tener que conseguir ese reloj por otros medios…». El Gordo cobró su venganza al enviarnos a esa faena en Tamaulipas, zona caliente.

Bajamos el equipo de los camiones, cruzamos el portón tapizado de orificios de balas. Adentro no había cadáveres ni casquillos, se los habían llevado ya. Lo que sobraba era sangre, como si la hubieran regado con aspersores. Sillas, mesas, botellas rotas. Un gran espejo a punto de venirse abajo. La trastienda era un cúmulo de escombros, quizá la habían reventado con explosivos; ya vendría el equipo de demolición a encargarse de eso. Pero lo peor, volviendo al área principal, era aquella gran alfombra que, curiosamente, tenía tejido el mapa de la República mexicana y, en una esquina, el nombre publicitario de una cerveza.

La gente no acaba de entenderlo; una alfombra, aparte de estar tan colonizada de ácaros como de estrellas el universo, es imposible de limpiar a fondo. Mucho más en esas condiciones, pringada de sangre. Tocaba tirarla, no cabía duda, pero Medardo, el supervisor, tan escoria como Sandoval, dictó lo contrario.

Situado en medio de todos, advirtió:

—El que encuentre algo de valor y no lo reporte se lo carga la chingada. —Nos miró a Efrén y a mí—. Ah, y ustedes dos se encargan de la alfombra. Nada de tirarla, la dejan como recién comprada, cabrones. ¡A darle, cuadrilla! —Aplaudió.

Entre esa cuadrilla estaban Ortiz, que llevaba audífonos puestos y fingía tocar solos de guitarra eléctrica mientras recogía despojos a puños; doña Trini, que pasaba un trapito por aquí y por allá, como si no hubiera charcos de sangre por todas partes; el viejo Montiel, lento como una tortuga, recogía cosas pequeñas del suelo y las examinaba a conciencia con sus gruesos anteojos, sin importar si se trataba de un diente, un hueso o alguna otra cosa repugnante; parecía estar en busca de algún tesoro perdido. No tengo que contarme a mí y a Efrén, tan bichos raros como el resto. El más metódico sin duda era Efrén; dividía el lugar en cuadrantes antes de limpiarlo. Si no sonara ofensivo y me preguntaran cuál era su virtud, diría que nació para limpiar la mierda, igual que yo.

Apenas habíamos comenzado cuando por la ventana vimos detenerse un verde camión del ejército.

—Vienen a cuidarnos —dijo Medardo—, ustedes sigan en lo suyo.

Conforme llenábamos bolsas de cascajo, las sacábamos de la construcción y las apilábamos contra la pared. Eso llevó su tiempo. Por la tarde, el calor encendió un hedor a muerte que ponía de malas. Todos sabíamos que se trataba del olor a cuerpos en descomposición y que, a pesar de que se los hubieran llevado hace días, el olor no se iría del todo, quizá nunca. Sería como esos fantasmas que se aferran al lugar donde vivieron.

Hora del receso. Dos vecinas de por ahí llegaron con canastas de quesadillas de sesos, papa y picadillo, y refrescos. El gasto corrió por parte de la empresa.

—Ustedes no nos hacen el feo —habló un soldado, sentándose a comer con Efrén, Ortiz, doña Trini y yo.

—La burra no era arisca —repeló doña Trini—. Ustedes se pasan de cabrones con los civiles. Nos matan y luego nos llaman «daños colaterales». Es más, sácate a la chingada, pinche sardo, no queremos comer contigo.

—Yo sí quiero —dijo Efrén.

—Yo también —apostillé.

—Vámonos, Ortiz, no hay que comer con asesinos ni con rateros.

—Estoy a gusto aquí, doña Trini.

—Entonces tú también chingas a tu madre. —La mujer se fue indignada y nos echamos a reír.

—¿De dónde eres? —le preguntó Ortiz al soldado.

—Oaxaca.

—¿Te gusta el metal?

—¿Cristal?

—No, güey. —Ortiz le acercó los audífonos a las orejas.

El soldado escuchó un momento la música y asintió. Comenzaron a hablar de distintos géneros y de grupos. Efrén y yo no opinamos nada. Miré un rato a las vendedoras, me parecieron madre e hija. La hija tenía su simpatía. Efrén me dio un codazo y me guiñó un ojo.

—Quédate a vivir aquí, Aurelio.

No conseguí imaginar mi vida en un lugar como ese, entre árido y solitario.

Luego de comer nos entró el «mal del puerco». La canícula subió a tope, ninguno quería volver al Paraíso. Tuvimos que hacerlo y seguir con la faena.

Por la noche nos llevaron a una cancha de futbol a dormir. Ese era nuestro hospedaje. Efrén consiguió dos cigarros y me dijo que fuéramos a fumar cerca de una de las porterías.

—Tengo que contarte algo, Aurelio. — Chupó el cigarro y la punta se le puso color naranja—. Recibí una llamada…

Sonaba bastante misterioso.

—¿De quién?

—Sangrador.

—¿El agente?

—Él. —Volvió a fumar.

—¿Qué te dijo?

—Me preguntó si robamos el reloj…

—¿Y qué le dijiste?

—Ya sabes lo que le dije. Que no.

—Hiciste bien.

—No tienes que decírmelo. Ya sé que hice bien. El caso es que me dijo lo mismo que el Gordo de mierda y el tipo de la aseguradora. Nos ofrece colocar el reloj en el mercado negro si le damos una parte.

—¿A él y a Chaparro?

—Chaparro no sabe nada de esto, solo a Sangrador. Pide trescientos mil. Mucho menos que el Gordo y el otro culero.

—Suena a problemas, Efrén.

—Ya sé que suena a problemas, y créeme que lo que menos quiero son problemas. ¿Quién los quiere? ¿Tú?

Negué con la cabeza.

—Fue muy amable, al final me dijo que, si por casualidad, solo por casualidad, lo habíamos robado y queríamos deshacernos de él, se lo dijéramos. Ofreció una disculpa por haber sido rudo con nosotros. Dijo que solo cumplía con su trabajo. Y tiene razón… Me dejó pensando, Aurelio.

—¿En qué?

—En Alejo Cárdenas.

—¿Alejo?

—Sangrador no está lisiado, podría encargarse de Blas.

Torcí la boca.

—Antes de que me desanimes, escucha mi punto. Matamos dos pájaros de un tiro. Nos deshacemos del reloj y de Blas. Todo cuadra.

—Ya sabes mi opinión.

—Métete por el culo tu opinión, Aurelio. Yo estoy aquí limpiando sangre y mierda, lejos de casa. No tengo que decirte quién estará durmiendo en mi cama y con mi mujer. Así que, antes de juzgar a un hombre, ponte en sus zapatos. Pero no solo para mirar cómo te quedan, sino para caminar… He oído decir que leer hace a la gente mejor persona, más comprensiva con sus semejantes. Tú eres la prueba viviente de que eso no es cierto. Al contrario, leer te aleja del mundo, te vuelve egoísta. A ver si por un rato dejas esa adicción y no sacas ese puto libro que te robaste frente a todo mundo. Alguien puede ver que lo lees, y luego mencionar el título, y de casualidad oírlo el Gordo. Si te descubre, no me menciones a mí, puesto que yo no lo robé.

—Pero sí el reloj.

—Cuidado, Aurelio. Podría ser que le encargue dos trabajos a Sangrador...

Tiró el cigarro y se fue a dormir.

26

El viaje del Principito *comenzó con su salida de San Sabba rumbo a San Sebastián en España; Petersen se adueñó de él y de la misión de llevarlo en su valija, misma que en su mano celosa y con su tremenda humanidad parecía la mochilita de un niño de parvulario. Las pocas veces que Himura le pidió libro en el tren para «echarle un ojo», aquel se lo «prestó» a regañadientes y no le apartó de encima la mirada mientras el nipón lo manipulaba. Es muy posible que Petersen sintiera temor de que Himura fuera el primero en descubrir el código secreto del* Principito *y así se llevara el crédito; o bien, que de encontrar algo importante solo se lo informara a los suyos. Las traiciones estaban a la orden del día en la guerra; una buena parte de las tropas italianas peleaban al lado del enemigo desde el derrocamiento de Benito Mussolini, quien prácticamente dirigía a los suyos desde el exilio.*

Los militares italianos no asignaron a nadie que acompañara a los grafólogos, quedaba claro que el general Colombo tenía por pusilánime al mayor Lutz y pensaba que la acción correcta, en todo caso, debía ser torturar al falso Jacques Cazotte y hacerlo confesar. Müller, igual que sus compatriotas, se sentía desconcertado con la debilidad —si es que podía llamarse así— del mayor Lutz, bien conocido por su frialdad en circunstancias extremas. ¿Lo estaría ablandando el curso de la guerra?

Cuando el tren se detuvo en Padua, Petersen le comunicó a Himura que se cambiaría a un camarote para él solo, pues por el volumen de su naturaleza necesitaba mayor espacio; le costaba respirar de noche si no estaba a sus anchas. La realidad era que no había sido del todo sincero, ni siquiera con sus compatriotas en San Sabba. El idioma castellano no le era ajeno. Ciertamente no lo hablaba ni entendía fluidamente como Müller, pero podía comprenderlo en un porcentaje razonable. Si no lo dijo así en aquel momento fue por no asumir una responsabilidad que después se le echara en cara.

Himura no tuvo objeción ni sospechas.

A partir de ese momento, El Principito *se convirtió en el compañero de viaje*

de Petersen por las tierras de Bolonia, Parma, Milán y Turín. Petersen apenas tuvo tiempo de aburrirse con el paisaje monotemático más allá de la ventanilla o en las estaciones donde los pasajeros salían a estirar las piernas. Era en esos instantes cuando veía a un Himura cada vez más solemne e impenetrable, luego volvía ansioso a su camarote y se lanzaba sobre el libro, aplicando en él todas sus argucias y experiencia para «desenmascararlo» y llegar al final del viaje con un «ya no será necesario». Le pareció haber ganado una primera batalla al encontrar, a golpe de lupa, en los viajes por los planetas del Principito, ciertos micropuntos en cada punto final de párrafo.

«¡Te atrapé, hijo de perra!», gritó excitado en esa ocasión.

Su entusiasmo se vio interrumpido durante la cena, cuando bordeaban el territorio francés aún en manos de los franceses y se dejó oír el estruendo de una explosión que sacudió las mesas. Era posible que los enemigos hubieran puesto una bomba para descarrilar el tren. Petersen se puso de pie como pudo y caminó deprisa a lo largo de los pasillos, agitado, con la respiración entrecortada. No era su vida lo que le más preocupaba. Abrió el camarote y se apresuró a guardarse el libro entre la ropa y sus abundantes carnes.

Poco después, se informó a los pasajeros que se trataba de una vieja bomba enterrada que explotó tardíamente. Así que el viaje seguiría su curso sin mayores percances. Y así fue. Continuaron a través de campiñas infinitas hasta llegar a Andorra. Para ese entonces, un Petersen absorto en una y otra hipótesis terminó por desechar la de los micropuntos y volver a la que había expuesto en San Sabba: sustitución polígráfica. El mensaje, se dijo, está oculto en frases que aparentemente tienen un sentido literario. Una en especial le golpeaba la cabeza con fuerza: «Lo esencial es invisible a los ojos». ¿No era, acaso, una sentencia muy sugerente? ¿Pero qué, qué significaba?

Cuando él y Himura dejaron el tren en la estación de Andorra para encontrarse con el contacto que los llevaría a San Sebastián, donde por fin verían al grafólogo español, Petersen se notaba desmejorado. Incluso con algunos kilos de menos, que en su obesidad mórbida le habían producido carnes flácidas y demacradas. Himura lo vio tan mal que lo llevó donde un médico, quien, luego de un primer examen, recomendó un hospital, pues a su parecer Petersen estaba a punto de infartarse. Himura se ofreció a llevarlo y después él, por su cuenta, localizar al contacto y seguir el viaje solo a San Sebastián. Petersen no vio en esto buenas intenciones y le pidió al médico que le inyectase vitaminas; ya en San Sebastián descansaría lo necesario. Himura le insistió. Ese viaje tomaría al menos doce horas más de camino. «No se preocupe tanto por mi salud, colega, miles de vidas están en juego…», fue la respuesta definitiva del teutón.

La cita estaba pactada en una plazoleta de Andorra la Vieja a las tres de la tarde. Estuvieron ahí media hora antes, que a Petersen le pareció un tiempo infinito por el dolor que le abarcaba tórax, estómago y riñones, y que a partir de

ese momento comenzó a mitigar con los barbitúricos que le daba el médico. Himura, por su parte, ya no se mostraba tan condescendiente ni preocupado por su salud, sino molesto de que esto pudiera complicar la misión. Pasadas las tres, se detuvo un coche con las características que ellos sabían de antemano. El conductor dejó pasar unos segundos, bajó y avanzó hacia ellos, con un periódico debajo de un brazo, cosa que también esperaban. No obstante, cuando estaba a pocos metros de distancia, un muchacho cruzó a su lado y, sin más, le disparó a la cabeza. Pegó la carrera mientras el hombre se desplomaba y las palomas levantaban el vuelo.

Petersen y Himura no se quedaron a averiguar qué había sucedido. Dejaron atrás los gritos, el revuelo. Regresaron a la estación de trenes. No sin que Himura tuviera que detenerse a esperar al otro, que no podía más y hacía pausas para respirar, sujetarse de algún poste y limpiarse el sudor. Inevitablemente intercambiaron las primeras ofensas, pero por fortuna cada uno las decía en su idioma.

No era cosa de comerse la cabeza con explicaciones de lo sucedido en la plaza. La guerra es la guerra. Aquella ejecución podía tener muchas respuestas, quizá ninguna que tuviera que ver con ellos y El Principito.

Müller despertó en el dormitorio que le asignaron en el monasterio de San Girolamo. Largó la mirada al secreter: ahí estaba el libro, ajeno a Kripp, a toda desgracia, a todo peligro, tristeza y desesperanza. Lo miró con afecto. Habían pasado demasiadas cosas juntos, nadie podía negarlo. Se puso de pie dándose cuenta de que el descanso le había renovado las energías lo suficiente como para pensar que, si a partir de ahí se alimentaba bien, volvería a ser un hombre medianamente normal. Quizá nunca del todo, la guerra siempre estaría acompañándole, con sus estragos y cicatrices. Pero aún era temprano para ocuparse de esos demonios, ya vendrían con el tiempo.

Encontró un frasco con tinta y una pluma en uno de los cajones del secreter. Vertió un poco en el tintero, mojó la pluma, abrió el libro y escribió sin pensarlo: «¡Pronto escaparé!».

Dieron unos golpecitos a la puerta y un hombre asomó la cara, preguntó en italiano si podía pasar. Müller asintió. Aquel puso sobre la cama un traje completo y una camisa blanca, todo limpio y planchado, pero no nuevo.

—Buen día, señor —se esforzó en hablar en alemán—. Soy Quique, por favor, vístase. Lo espero afuera…

Poco después, Müller acompañó a Quique por un ancho pasillo, mirando los frescos religiosos en los muros: querubines, vírgenes, santos y un anciano robusto de barba larga y gesto severo que, consideró, sería la representación del Altísimo en su trono celestial. Salieron a un gran patio cuadrangular, lo

cruzaron y entraron a otro recinto que parecía entre biblioteca e imprenta, donde un hombrecillo de aspecto nervioso examinaba papeles valiéndose de un monóculo. Sus dedos estaban manchados de tinta. Sobre una mesa tenía frascos con tintas de distintos colores, una cortadora de papel y documentos de identidad. Al ver a Quique y Müller, habló atropelladamente con el primero; parecía quejarse de algo, aunque tal vez, pensó Müller, solo se trata de ese tono histriónico propio de su idioma.

—*Siediti! Siediti!* —le señaló a Müller una silla.

Este fue y la ocupó. El hombrecillo se desplazó detrás de una cámara montada en un trípode. Levantó una lámpara con una mano, le dijo a Müller en alemán que mirara al frente, le apuntó la cámara y el destellador fotográfico hizo su ruido característico al quemarse.

—*Fate una passeggiata!*

Quique llevó a Müller al jardín, comenzaba a atardecer y las aves graznaban escandalosas en las ramas de los árboles.

—Filippo tiene mal carácter, pero es bueno en lo suyo —explicó Quique—. Un genio. Igual falsifica documentos que billetes.

Müller le sonrió en respuesta, pues sabía que aquella explicación no tenía otro motivo que hacerlo sentir bien.

—Usted es un hombre de libros, ¿verdad?

—¿Cómo?

—He visto que tiene un libro.

A Müller le pasó por la cabeza decirle que se lo habían obsequiado, pero enseguida le pareció una explicación intrascendente, fuera de lugar, y no dijo nada.

—Antes de la guerra, trabajaba en la biblioteca —contó Quique—, pero ya no fue seguro ahí. Monseñor la frecuentaba, me ofreció venir aquí hasta que todo terminara. Extraño la biblioteca, ¿sabe? Pero no tanto como para soportar la zozobra. Una bala en un libro no es lo mismo que una en la piel. —Sonrió—. Antoine de Saint-Exupéry es el autor, ¿verdad? No conocía ese libro, pero sí otras de sus obras: *El aviador*, *Correo del sur*. Un buen escritor. Murió hace un par de años, ¿sabía eso?

Müller negó con la cabeza. Quique tomó su silencio por no querer conversar y entonces le dijo que volvieran donde Filippo. Lo encontraron dándole los últimos retoques a su trabajo, que al final puso en manos de Müller con un gesto de orgullo. Este miró su foto y datos generales: Hugo Hansen, cocinero suizo, pasaporte de la Cruz Roja Internacional.

—*Va tutto bene?*

—*Tutto bene* —respondió Müller.

Quique lo llevó de nuevo al dormitorio y le sugirió que descansara hasta la hora de la cena.

—Prefiero dormir que cenar —opinó Müller.

Quique lo miró un momento, sorprendido, y luego sonrió y aclaró:

—Oh, no, señor. A la cena a la que me refiero es a la que usted tiene que prepararle al caballero Hermann Göring.

27

Los siguientes días fueron tribales, cada cual terminó juntándose con los de su especie. Los hartos con los hartos, los flojos con los flojos, los insoportables con los insoportables, los optimistas con los optimistas. Efrén y yo, supongo, éramos ladrón con ladrón, excluidos por lo que Ortiz terminó por contarnos: el Gordo Sandoval se encargó de difundir la versión de que mi colega y yo podíamos perjudicar el impoluto prestigio de la compañía, al grado de bajar la demanda, y por lo tanto orillarla a hacer recorte de personal.

—A calzón quitado, culeros —espetó Medardo una tarde después de comer—. ¿Por qué le metieron uña a la casa? Solo les digo esto: si dejo de chambear por su culpa les parto la madre a los dos juntos.

—Uy, estoy temblando… Mamón —se burló Efrén cuando Medardo ya se iba.

Este giró y sin más le dio una bofetada.

Los soldados, la cuadrilla, las mujeres que trajeron la comida, todos nos sorprendimos. Efrén miró gravemente a Medardo, que sonrió al suponer que aquel se quedaría con el golpe recibido.

Pero entonces Efrén se despojó de la camisa.

—Déjalo así —le sugerí.

No hubo marcha atrás. Comenzaron a medirse con los puños en alto. Al principio todo fue un baile corto hasta que, al mismo tiempo, se conectaron unos cuantos puñetazos. Un cuajo de saliva con sangre salió volando como un reguilete de la boca de Medardo. Parecía estar llevándose la peor parte. Ese negro veracruzano sacaba su mejor técnica, esa que se gana al vivir la niñez entre pobreza y en las calles.

Al tropezar hacia atrás, Medardo vio la pata de una de las sillas que habíamos desechado de El Paraíso y se hizo con ella. Traía su buen clavo en la punta.

—¡A puño limpio! —protestó un soldado.

Pero Medardo se hizo el sordo y descargó la tabla contra las piernas de

Efrén y, cuando este se dobló, le conectó la cabeza contra la nariz, derrumbándolo al instante.

Atolondrado, Efrén quiso ponerse de pie. Me apresuré a arrastrarlo sujetándolo por debajo de los sobacos, lejos del campo de guerra.

—Estoy bien, colega —me dijo con la nariz estallada—. Apenas me tocó, el pinche ojete...

Fue hora de volver a El Paraíso, sin Efrén, por supuesto.

Una de las más tristes faenas consistió en partir a hachazos el piano; le habían rociado una ráfaga de balas, la mitad de las teclas estaban rotas. Entre tres nos encargamos de hacharlo. Mis colegas reían al descargar golpes; yo estuve a punto de soltar unas lágrimas cuando, de pronto, se oía uno que otro ruido musical inesperado. Igualmente, rompimos la larga barra cantinera. La resumimos a ciento veinticinco trozos de cincuenta centímetros cada uno.

Desmontamos el espejo de la pared con sumo cuidado, pero un pedazo de vidrio le hizo un tajo al viejo Montiel en una mano, que enseguida chorreó sangre (en la alfombra, para acabarla de chingar), pero ni por esas el viejo dejó de mirar a través de sus gruesas gafas la víbora roja que le corría por el antebrazo, como algo digno de observación científica.

Otro caído en combate. Le dieron la tarde libre.

Doña Trini, egoísta a más no poder, no dejaba de joder a Medardo diciéndole que no era justo que Montiel y Efrén descansaran bajo la sombrita mientras ella, de la tercera edad, seguía en la faena. Todas esas veces Medardo la mandó al carajo, pero ya lo tenía harto, tan harto como todos por trabajar en aquel sitio caliente donde poco circulaba el aire.

Comenzaba a poder oírse el eco de las voces en el espacio vacío del Paraíso.

Por la noche descendió bastante la temperatura y el aire calaba los huesos. A Efrén le dio fiebre en la cancha de futbol. Me volvió a narrar de cuando se tiraba clavados en el malecón para sacar las monedas de los turistas.

—¿Ya te lo había contado? —preguntaba en medio del delirio. Yo le decía que no—. Tú cuéntame algo, Aurelio, háblame de tu familia, ¿cómo eran? ¿Igual de raros que tú?

No consideré buena idea hablarle de eso.

—¿Traes el libro ahí? —me preguntó. Le mostré discretamente una punta debajo de mi ropa—. Léeme un poco. ¿De qué trata? —pidió para mi asombro —. El que yo no lea no quiere decir que no me guste que otros lo hagan. Ándale, Aurelio…

La tenue luz de la luna bañaba sus páginas. Y comencé:

—«Cuando yo tenía seis años, vi una vez una lámina magnífica en un libro sobre el Bosque Virgen que se llamaba Historias Vividas…».

—Espera, lee eso de nuevo. No lo entendí.

—Así comienza.

—Ya sé, pero no lo entendí. Oye… ¿por qué robaste un libro? ¿Por qué no buscaste dinero, algo de valor?

—No lo sé. Me gustó el libro. ¿Y tú? ¿Desde el principio supiste que robabas un Rolex?

Sonrió y su mirada brilló bajo aquel foco potente que apuntaba desde el otro extremo de la cancha.

—Cuando terminé con la tina fui a la sala, pasé junto al mueble que tenía un cajón medio abierto. El tipo lo tenía repleto de relojes. Puros relojes, Aurelio. A puños. No sé si caros o no. Me pareció que no porque muchos tenían correa de plástico. ¿Qué sé yo de relojes? Nada. Estaba molesto, porque me costó quitarle la mierda a la tina… ¿No te parece raro que eso me molestara?

—Muy raro, no es la primera vez que limpias mierda y sangre.

—Gracias por recordármelo. Me molestó porque… fíjate lo que es el engarzamiento de las cosas. Le encontré a Amanda una pluma con el logotipo de un hotel donde, obvio, yo nunca estuve con ella… ¿Qué crees que pensé?

—Que ahí estuvo con tu hermano.

—¿Lo ves? No es tan difícil ligar las cosas que joden tu existencia. Me pasó por la cabeza que ese hotel debió tener jacuzzi. A Amanda le encantan los jacuzzis, siempre que viajamos busca que la habitación tenga uno. Ya te imaginarás lo que me vino a la cabeza cuando estaba limpiando la sangre de la tina en la casa del muerto.

—La pluma del hotel.

—Sí, Aurelio, la pluma del hotel que tenía que ver con la tina y la tina que tenía que ver con el jacuzzi y con Blas y mi mujer. ¿A quién crees que odié en ese momento?

—A Blas.

—No, Aurelio. Al muerto, porque si no se hubiera cortado las venas en la tina yo no habría tenido el recuerdo de la pluma ni de los jacuzzis. Cuando terminé de limpiar vi sobre la repisa unos jabones envueltos en un papel muy sofisticado. Leí la etiqueta. «Hermès, París», decía con una letra estilizada. Ya sabes cómo son de mamones esos franceses. Me los guardé. Fue una especie de desquite, aunque también pensé que a Amanda le podían gustar. Ella es feliz cuando usa perfumes y a mí me gusta que huela bonito... Luego fui a la sala. Encontré el cajón con los relojes. Los revolví como si fueran baratijas. Cogí uno que me pareció bonito y, oh, sorpresa.

—Un Rolex.

—No soy el sabelotodo de los relojes, pero sé lo que es un Rolex. Una marca para gente rica. Me lo puse. Claro que me lo puse. No se me veía nada mal, como nos dijo el Gordo esa vez en la escuela. Nadie se ve mal con un

Rolex, Aurelio. Y no es eslogan, te lo digo porque es cierto. ¿Fue por eso que decidí robarlo? ¿Eso crees?

—No lo sé, Efrén.

—No, Aurelio. La mente es más complicada que eso. Me vinieron un par de cosas a la cabeza. Que un día, cuando estuviera jubilado, cuando lo de limpiar despojos quedara atrás, podría usar ese reloj como si siempre hubiera sido mío, como si fuera lo más común en mi persona. Pero también, y esto es lo más loco de todo, pensé que en una discusión con Blas le podía decir que si dejaba en paz a mi mujer le regalaba un Rolex. ¿Te imaginas la carota que habría puesto? «¿Tú tienes un Rolex?», habría sido lo primero que me preguntaría… Estoy seguro de que la cambiaría por ese reloj. Pero ya no soy capaz de decírselo porque el reloj causó revuelo. Nunca imaginé que valiera tanto, habiendo tantos relojes en ese cajón.

—¿Y el baumanómetro?

—Siempre quise ser doctor.

—¿Para qué sirve?

—Para tomar la presión.

—¿Lo usas?

—No.

28

Llegó el día de lavar la alfombra a conciencia. Por consigna de Medardo, que a su vez tenía consigna de Sandoval, nadie iba a ayudarme. Ni siquiera Efrén, que seguía hecho polvo.

—Tienes tres horas, nos vamos a las diez de la noche. Si no estás listo, te quedas. Y si los narcos vienen y te decapitan, no te preocupes, luego regresamos a limpiar.

Como era el último día, las mujeres trajeron comida especial. Molito con pollo y tortillas hechas a mano, de las azules que tanto me gustan. Pero nada para mí. No había tiempo que perder. Comencé por aspirar la alfombra hasta sacarle la última brizna de polvo. Llené el depósito del aspersor con líquido desengrasante, champú para tapicería de coches y un chorro de antibacterial. Esparcí la mezcla con el aspersor y fui a sentarme junto a la ventana a la espera de que mi magia hiciera su efecto. Eso era yo, Aurelio Lima Perea, el mago de la limpieza. A veces podía imaginarme saliendo con un producto en la tele, yo con la camisa abotonada hasta el cuello, señalando el frasco. Todo muy de los años cincuenta. ¡Para el ángel del hogar, la Solución Final!

Afuera habían puesto cumbias y bailaban con las vendedoras y otras mujeres que llegaron a despedir a la cuadrilla y los soldados. Efrén permanecía aparte, donde pegaba el solecito; parecía un perro viejo calentándose los huesos.

Quince minutos después, llené el depósito de la pulidora con la Solución Final. Manos a la obra. Dale que te dale. Corre que te pego. El disco abrasivo comenzó a arrancar la mierda que daba gusto. Pero solo se quitó parte de las manchas y otras se suavizaron. Ese mapa de la República mexicana se veía bastante tiñoso y desigual.

Volví a efectuar la misma operación, una, dos veces más, hasta que me dolieron los riñones, y observé el resultado. La alfombra parecía el pelaje de una vaca vieja.

Salí a conseguir un par de cigarros, me acerqué a Efrén y le ofrecí uno.

—¿Cómo vas, colega?

Negué con la cabeza.

—¿Qué has hecho?

Le describí los pasos.

—¿Cuántas veces va la Solución Final?

—Tres.

—Si sigues así, se van a caer los pedazos como los mechones de pelo a un canceroso al que le meten quimioterapia —advirtió.

Terminé de fumar y volví a El Paraíso.

Se me encogió el estómago al descubrir que la alfombra se veía prácticamente inservible. Algunas manchas habían adquirido una tonalidad requemada. Aun así, comencé a preparar la máquina con la Solución Final un poco más diluida. Efrén era experto, Efrén tenía razón.

—Espera, colega. —Era él.

Me surgió algo singular, que lijáramos las manchas. Debía ser una labor minuciosa, como cuando un japonés dibuja todo un paisaje en un granito de arroz.

Sacamos las limas de la caja de herramientas, nos dividimos la alfombra en cuadrantes. A él le tocaron los estados del norte, a mí los del sur. Y comenzamos. Raspa que te raspa. Lento que llevo prisa.

Afuera las mujeres recogían los trastos, y los soldados y la cuadrilla se alistaban para marcharse. Se había hecho de noche.

Pasamos de nuevo la máquina por la alfombra. Ida y vuelta, ida y vuelta.

—Caray, qué pena. —Medardo se asomó a la ventana—. Veo que todavía no terminan. Nosotros ya nos vamos, los dejamos para que se concentren, ¿eh?

Poco después, el ruido de los camiones se perdió a la distancia; en su lugar quedó el aullido del viento entrando por los resquicios del Paraíso. Seguimos media hora más. Nos venció el cansancio, terminamos sentados contra una pared, mirando aquel batiburrillo de herramientas, líquidos, sillas rotas y algunos carteles propios del lugar.

—Al carajo Sandoval —dije—. ¿A quién le importa? Vámonos antes de que nos pase algo.

Efrén dejó correr unos segundos y me preguntó:

—¿Has viajado en avión?

—Sí, un par de veces.

—Yo solo una vez. ¿Te cuento? ¿Tienes tiempo? —Sonrió—. A Manzanillo. Un matrimonio tenía asientos distintos. La esposa a la fuerza quería sentarse con el marido, que iba a mi lado. Jodía tanto que la azafata me preguntó si podía intercambiar lugares con él, pero no quise. ¿Por qué? Porque yo quería mi lugar junto a la ventana. La mujer siguió con sus quejas, prepotente, insoportable la muy zorra. Entonces vino un oficial y me dijo: «Caballero, lo

invitamos a primera clase». La fulana se salió con la suya, pero yo también, amigo. Primera clase... ¿Me imaginas a mí? El asiento casi se hacía cama, apretabas un botón y una azafata, linda como un angelito que vivía en las nubes, venía a decirte con su dulce voz: «¿Se le ofrece algo, caballero?». La verdad es que la llamé al menos tres veces solo para ver su carita y para oírla decirme así: «Caballero»… El menú, otra cosa. Champán cuantas veces quisieras. Los pasajeros debían ser gente muy importante. Comencé a sentirme fuera de lugar. Pura gente bonita, como les llaman. No es que ellos me vieran, de hecho nunca lo hicieron. Llegó la hora de cenar, amigo. Nos dieron las charolitas que ya sabes. Como rectángulos con papel aluminio. Carne, ensalada, postre. Aunque también podías escoger salmón. Fue la primera vez que comí ese pescado. En Veracruz, nunca. Tuve que viajar en primera clase para probarlo. Cuando terminé, separé y ordené la taza, los platitos, el aluminio y las servilletas, todo correctamente. Revisé mi asiento y recogí hasta la última moronita de pan. Volví a mirar a esa gente bonita. Nadie hizo lo que yo, dejaron lo suyo hecho un revoltijo, un despojo, entonces me quedó claro que ahí solo había un caballero: yo.

—Entiendo el mensaje —dije luego de un breve silencio.

Me puse de pie para seguir con la alfombra.

Entonces, escuchamos ruidos afuera. Varias camionetas blancas se detuvieron bruscamente, todas repletas de sujetos con armas largas. Dos de ellos entraron al Paraíso.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó uno.

—Limpiar —respondió Efrén.

Miraron de cabo a rabo el batidillo, las máquinas, los bidones con detergente. A Efrén y a mí.

—Solo falta la alfombra y nos vamos —aclaré.

El tipo se acercó a la alfombra y la miró detenidamente.

—La sangre no se quita tan fácil —apuntó Efrén.

El tipo se miró con el otro y se sonrieron levemente. Luego destapó un bidón, lo olió y lo volvió a tapar. Se quedó pensativo y dijo:

—¿Y por qué mejor no la tiñen?

Regresamos en avión, primera clase. No tengo que decir que a Efrén le pareció formidable que yo pagara los boletos. Con whisky en los portavasos, a cada rato nos echábamos a reír mirando en la pantalla del teléfono el video que le enviamos a Sandoval y a Medardo. Cierto que la alfombra no quedó color beige, sino de un suave tono palo de rosa. Y que el mapa de la República no se veía tan claro, pero podía decirse que sí mucho mejor que antes.

Nos partíamos de risa. Los pasajeros hacían caras de estar junto a un par de locos. Efrén salía en el video con una sonrisa de oreja a oreja, señalando la alfombra.

—¿Teñirla? —había interrogado en aquel momento.

—Tráete una botella con aquello —le dijo el tipo al otro.

—¿Aquello?

—Lo de la cajuela…

—¿Te refieres a…?

—Sí, me refiero a…

El tipo salió del Paraíso, y el que se quedó nos miró con curiosidad y comenzó a hacernos preguntas de por qué nos habían enviado ahí. Efrén le explicó que trabajábamos en una compañía que limpiaba ese tipo de cosas. Nos preguntó cuánto nos pagaban y cuando se lo dijimos nos miró con ese tipo de gesto de quien te dice que eres un pobre diablo pero que te respeta.

Quince minutos después, aquel otro regresó con una botella de plástico, llena de un líquido rojizo, renegrido. Se la dio al primero y este lo vertió en el depósito de la máquina. Añadió agua, champú, y la echó a andar.

—Préndele —le indicó a su colega.

Aquel enchufó la máquina a la corriente.

El tipo comenzó a pasarla cuidadosamente por toda la alfombra, un líquido rojizo y espumoso la dejó como impregnada de nubes rosas.

—¡Neto! ¡Ya vienen aquellos! —avisó otro, asomándose a la ventana.

El tipo le cedió la máquina a Efrén, nos deseó suerte y salieron corriendo. Las camionetas se pusieron en marcha, arrancaron y desaparecieron enseguida. Cinco minutos después, un camión del ejército pasó en esa misma dirección, a toda velocidad.

Efrén y yo nos miramos.

29

No tuve que meter la llave en el cerrojo, bastó con empujar la puerta. El departamento estaba patas arriba. No había ni un cajón en su sitio. Incluso el colchón yacía en el suelo, rajado y escarbado hasta las entrañas. Habían desempotrado las alacenas de la cocina. Un crujido me hizo saltar; me dirigí al baño, donde tal vez seguía el intruso. Empujé la puerta despacio a la vez que tragué saliva. Solo era el espejo terminando de desprenderse, ahora colgaba balaceándose de un solo tornillo.

Salté de nuevo al escuchar el timbre del teléfono. Fui a la sala y lo levanté.

—¿Vamos a estar así, dando vueltas como el gato y el ratón?

—¿Quién habla?

—Alguien que busca.

—¿Busca qué?

—Tú sabes qué.

—Puedo ir a la policía.

—Puedes, pero no creo que ellos vayan a tu funeral.

—¿Qué quiere?

—Eso ya lo sabes, Aurelio.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Mira a tu alrededor. Pudiste estar ahí, la hubieras pasado muy mal, te lo aseguro.

De eso no tenía la menor duda. Tenía que tratarse del tipo de los zapatos bicolor. De Calixto Pontones. ¿Sería conveniente decirle que yo también sabía su nombre?

—¿Cuánto dinero, Aurelio?

—¿Dinero?

—No hagas preguntas a mis preguntas, porque me puedo alterar. Todavía no estoy lejos de tu casa. ¿Quieres conocerme en persona…? Estoy consciente de que sabes que existe un precio.

—Tres millones…

—¿Quién te dijo eso?

—Alguien que quiere comprarlo.

Colgó. Me rasqué los brazos con fuerza, no sabía que la adrenalina picaba. «Sal corriendo», me dijo mi voz interna, esa que quizá tuvieron el bisabuelo y el abuelo y a la que no hicieron ni puto caso.

Volvió a sonar el teléfono. Pegué un salto. Contesté receloso.

—¿Cinco millones, Aurelio?

—¿Cómo?

—No esperes más.

—No espero nada, en realidad nosotros no…

—¿Conoces el Monumento a la Revolución?

—¿Por qué?

—A las ocho y media de la noche en la cúpula. No lleves cola o se van a arrepentir.

—¿Cola?

—Solo tu amigo, en todo caso.

—¿A Efrén?

—Ganar-ganar. De eso se trata.

El sonido intermitente dio por terminada la comunicación.

—¿Está bien?

Miré hacia la puerta abierta. Una mujer contemplaba el desastre desde ahí. No sé cómo llegamos a lo siguiente: yo en el sofá con la taza temblando en una mano y ella preocupada por mí.

—¿Quiere que llame a la policía?

—¿Quién es usted? —cuestioné, escarbando en su rostro. No debía tener más de treinta, con la cara salpicada de pecas, pelirroja como casi no las hay.

—Su vecina. Departamento nueve.

—Ahí vive una señora, creo que tiene una gata.

—Es mi tía. No la gata, la señora… Perdón, soy mala gastando bromas. ¿Quiere que lo ayude a levantar el desastre? Se va a sentir un poco mejor.

—Ya lo hago yo luego…

—No se sienta mal. Una vez me pasó lo mismo donde vivía, apenas me acabo de mudar con mi tía… Voy a probar suerte, quizá aquí sí me funcione el consultorio. En Puebla fue un desastre.

—¿Consultorio de qué?

—Médico. Doctora Romina Sifuentes, cuando guste. —Dibujó una sonrisa de vergüenza—. Usted en este problema y yo consiguiendo pacientes. Perdón. ¿Más té?

Miré la taza vacía y, antes de que le respondiera, me la tomó de la mano, fue a la cocina y me sirvió más té. Después levantó algunas cosas del suelo y las puso por ahí. Entornó una mirada dulce y compasiva, y se le mojaron los ojos.

—Perdón, es que recordé cuando me pasó lo mismo. —Sonrió como para restarle importancia. Se pasó el cabello a un lado de la cara con cierta coquetería. Me recordó al personaje de la rosa en *El Principito*. La vanidad ante todo. Tenía un rostro agraciado, la boca muy delineada. No sé cómo es que me fijaba en eso al mismo tiempo que se me encogía el estómago.

Miramos el colchón asomado al pasillo.

—Qué idiotas —rezongó ella—, creen que todavía hay tontos que guardan el dinero en los colchones.

—Yo ahí lo tenía —dije seriamente.

Se le deshizo el gesto.

—Yo tampoco soy bueno bromeando —aclaré.

Rompió a reír de buena gana. Su risa hacía parecer que aquel desastre no era como para cortarse las venas.

—¿Cómo se llama?

Se lo dije y nos dimos la mano.

—Bueno, Aurelio, si necesita algo, ya sabe: departamento nueve.

Fue a la puerta y salió, cerrándola con cuidado.

Calixto no se andaba con rodeos. Me vino a la cabeza la llamada que hizo en el departamento de Orihuela, recordé sus palabras y eché un vistazo en internet. Enseguida se desplegó el *banner* de una mujer tipo recepcionista, con una diadema en la cabeza, sonriendo al micrófono; detrás de ella, oficinas y gente de traje que daban aspecto empresarial.

«Pandora Seguridad, su mejor opción para abrir el futuro», decía el eslogan.

30

Si Himura no acababa de manifestar su furia era porque su temperamento asiático lo mantenía en el borde que divide a la ira de la serenidad, pero Karl Petersen se había convertido en una carga en ese viaje de Andorra a San Sebastián. Mucho llamó la atención cuando el inspector no vio como buena idea permitir que abordara el tren un hombre visiblemente enfermo. Luego de varios minutos de discusión en los que los pasajeros se mostraban impacientes y Himura nervioso, Petersen logró imponerse, pues, según él, a eso diablos iba a San Sebastián, a ver a su médico de cabecera. El orgullo y la aparente fuerza se le esfumaron en cuando se encerró en su camarote y se desplomó inconsciente. No volvió a saber de sí hasta que lo despertó un aire frío en la nuca y un feroz ataque de escalofríos. Arrastró el cuerpo hasta la valija, se hizo del libro y de su ración de barbitúricos. Una vez que se llevó a la boca un par, abrió El Principito *y le sonrió como quien se encuentra un conocido en medio del desierto, luego de caminar por horas viendo espejismos.*

Durante esa media hora en que Himura y él esperaron al contacto en la plazoleta de Andorra, tuvo una iluminación: debía intentar descifrar el posible mensaje secreto no a partir de códigos, sino de símbolos. ¿No era viable que los planetas visitados por el Principito fueran lugares concretos donde se efectuaría el segundo desembarco? ¿Y las actitudes de los personajes, circunstancias, incluso protagonistas de la guerra? Había oído que al general Patton lo llamaban «el Viejo Sangre y Agallas», y que solo estaba al servicio de su propio ego. ¿No podía corresponderse con el personaje del vanidoso, que pide al Principito que no deje de aplaudirle? ¿No significaría, en consecuencia, que Patton comandaría el desembarco? «¡Qué sombrero tan raro tienes!», le señala el Principito al vanidoso. «Es para saludar cuando me aclaman», responde este. Habría que reparar en el casco de Patton, seguro no era como el de otros generales… Esa vanidad sucedía en uno y otro bando. El propio Göring era un excéntrico que se había hecho confeccionar uniformes a su medida y de colores especiales, blancos algunos, y gustaba de usar un anillo en cada dedo, incrustar piedras preciosas en

sus botas y portar una daga de oro.

Petersen era un hombre con un alto umbral del dolor y los barbitúricos hacían su parte, pero el aturdimiento ya era otra cosa; la mirada se le barría sobre las palabras del libro y los pensamientos viajaban a tierra de nadie. Se daba puñetazos en la cabeza y se exigía a sí mismo disciplina, concentración. ¡Foco, Petersen, foco!

Las órdenes no sirvieron de mucho. De pronto se quedó viendo a la nada y se preguntó, triste y desolado como un huérfano al que incluso echan del hospicio, si no sería mejor abandonar la empresa y ocuparse de su salud, pues quizá estaba al borde la muerte. ¿Quién se lo reprocharía? Enseguida se dio una respuesta. En este mundo solo había dos personas de quienes no podría soportar un señalamiento por falta de carácter: él mismo y, sobre todo, el Führer. Lo más seguro es que este ni siquiera estuviera enterado de esa misión en particular, habiendo tantos flancos abiertos a esas alturas de la guerra, pero bastaba con que el propio Petersen supiera su responsabilidad.

«No voy a darme por vencido», fue su determinación.

Decidió hacer una pausa, estirar las piernas, respirar un aire menos enrarecido que el del camarote y salió de ahí. Apenas caminó un poco y se detuvo abruptamente al ver a Himura hablando con alguien. Ese alguien estaba dentro de un camarote y Himura de cara a él en el pasillo, así que Petersen no podía ver al primero.

Solo se quedó quieto, pues retornar por donde vino le significaba una maniobra complicada, que incluía girar su obesidad y emitir ruidos de sofocación. Las voces de Himura y del otro apenas se oían. Petersen no consiguió entenderlos; no obstante, de lo que no tuvo dudas fue de que el tono que usaban era misterioso, íntimo.

Veinte segundos después, Himura se fue sin notar a Petersen. Este no se movió hasta que aquel cruzó a otro vagón; entonces se desplazó y, al pasar junto al camarote, miró de reojo al sujeto con el que había hablado Himura; terminaba de cerrar la puerta, pero Petersen alcanzó a distinguir sus rasgos asiáticos. «¿Quién es? ¿Qué hace aquí? ¿De qué hablaban? ¿Por qué Himura no me lo ha mencionado?», Petersen comenzó a taladrarse la cabeza y en cada pregunta sin respuesta se agrandaba un abismo de temor e incertidumbre. «Cuidado, las traiciones están a la orden del día. Mucho cuidado…».

—Petersen —dijo Himura volteando un poco al sentirlo a sus espaldas; Himura fumaba de cara a una puerta por cuya ventila abierta circulaba el aire del exterior—. ¿Cómo sigue? Cuando lleguemos a San Sebastián, por favor, ya sin excusas debe ir al médico. Yo me ocuparé de lo nuestro, no habrá problema, confíe en mí, yo…

No terminó su frase. Petersen tomó con fuerza la manija de la puerta, abrió de un tirón y con la otra mano empujó al nipón fuera del tren. La sorpresa jugó

en contra de Himura, pues ni siquiera tuvo tiempo de aferrarse de algo. Salió disparado pegando un terrible alarido que se perdió en la oscuridad y la vegetación.

Petersen asomó un poco la cara; contempló aquel manchón que, en el rebote, regresó bajo las ruedas del tren. Entonces, al sentir el aire fresco en su cara, cerró los ojos y sonrió, notando cómo poco a poco recobraba lucidez.

—¡Llegó el señor cocinero! —Quique presentó a Müller en la cocina.

Los hombres ahí, todos con filipinas y gorros, dejaron un momento sus quehaceres y miraron a Müller. Quique no dijo más y se marchó. Uno de los hombres, alto y corpulento, con un gorro alto en la cabeza se acercó a Müller y le entregó una filipina.

—¿Por dónde empezamos, señor?

Müller lanzó una mirada intimidada a la amplia cocina llena de trastos, carnes y pescados crudos; entonces, aquel rompió a reír.

—Tranquilo. —Le dejó caer una mano en el hombro—. Soy el chef a cargo, llámame Paolo.

Los demás también rieron.

—Ponte a limpiar coles, cocinero...

El ruido de los cuchillos picando verduras, del aceite en el que se sofreían cebollas, ajos y trozos de cordero, contrastaban en la mente de Müller con los tubérculos que llegó a comer en Kripp. El trabajo en conjunto hizo que pronto aquellos hombres comenzaran a gastarse bromas en una mezcla de idiomas al estilo de la torre de Babel. Luego de un par de horas de trabajo ininterrumpido, Paolo colocó en la mesa vasitos en fila y fue vertiendo en ellos una botella de coñac sin hacer pausa. «Bebiendo y trabajando», advertía, «bebiendo y trabajando».

Los platillos franceses, alemanes e italianos, ahora tan hermanados (aligot, la soupe à l'oignons, la ratatouille, bockwurst, kartoffelbrei, sauerkraut), fueron apareciendo en la larga mesa con sus diferentes presentaciones, apartados de los que seguían en preparación. Casi todo estaba listo para salir de la cocina, pero todavía no llegaba nadie a dar esa orden, así que Paolo bajó motores, no quería que nada se enfriase o estuviera a destiempo. Esa baja de labor fue directamente proporcional a la ingesta de alcohol, aunque todavía se mantuvo dentro de los límites.

Por fin, un hombre asomó la cara a la cocina.

—¿Llegó? —preguntó Paolo.

Este negó con la cabeza.

—¿Y entonces?

—Lleven unas bebidas a la mesa y algunos entremeses.

Paolo le ordenó a Müller y a otros dos que cumplieran la encomienda.

Estos aparecieron poco después en el gran comedor con las charolas llenas de copas de licores y platitos con quesos, frutillas y prosciutto. Más de treinta personas ocupaban aquella mesa rectangular. Müller quedó impresionado no tanto por el número de gente como por sus vestimentas: sacerdotes de largas sotanas; uno de ellos, más viejo y adusto, vestido de púrpura a la cabecera. Y lo más sorprendente: altos oficiales de las ss, impecablemente uniformados, le hicieron sentir a Müller que el Tercer Reich seguía en todo su apogeo. La charola con copitas tembló en sus manos y estuvo a punto de volcarla sobre uno de esos oficiales, quien al darse cuenta le ayudó a balancearla.

—Con calma, muchacho…

De vuelta a la cocina, Paolo les pidió noticias.

—Sin novedad en el frente —señaló el que había ido con Müller.

—¿Aún no llega?

—No, pero todos se miran relajados.

—Pongan de nuevo la sopa a calentar, seguro no tardan en pedirla…

Y así fue. Diez minutos después, volvió a asomar la cara el hombre y a pedir que llevaran el primer platillo.

—¿Llegó ya? —interrogó Paolo.

—No.

—¿Y entonces?

—¿No escuchaste, Paolo? ¡La sopa! ¿Acaso es tu novio para que preguntes tanto por él?

Müller y los demás comenzaron a distribuir la soupe à l'oignons en los platos de la lujosa vajilla, mientras escuchaban risas y fragmentos de frases en las que se aventuraba el futuro, opiniones tan optimistas como que Alemania tenía mucho que ofrecer al mundo y que las recientes barbaries cometidas por los enemigos no eran más que la inercia del final de toda guerra. Otros cifraban sus esperanzas en que Japón propiciara un golpe inesperado. ¿Y el Führer? ¿Quién podía asegurar que estaba muerto? ¡Nadie! Al contrario, un submarino U-234, gigante de los mares y cargado de armas, planos y tesoros, se lo había llevado por las insondables profundidades del océano rumbo a Japón. Ahora mismo, junto con Hirohito y el general Yamashita, el férreo líder planeaba el contrataque en un lugar secreto de aquella isla. El error, decía alguno, mordisqueando el frágil esqueleto de una codorniz, fue cargar contra los soviéticos, y no porque Stalin (cuya primera reacción fue irse a esconder al metro) hubiera podido vencerlos, sino porque la geografía inhóspita de la Unión Soviética en el invierno era la mejor arma de esos malditos bolcheviques.

Los menos optimistas hablaban sobre las posibilidades de hacerse de una nueva vida en América. Los sacerdotes los alentaban, pues había mandatarios

latinoamericanos que simpatizaban con la Alemania nazi.

—Regímenes de mano dura, pero justa —dijo un oficial—. ¿No lo cree así, obispo Judal?

—En efecto —respondió el hombre a la cabecera de la mesa—. Trujillo y Somoza son excelentes caballeros, además de hombres de fe.

—Supongo que les gustan las bananas —espetó otro oficial—. Solo lo digo porque no sé qué podríamos regalarle a nuestros amigos tropicales…

Las risillas acompañaron el comentario.

—¿Usted qué opina, Pietri? —le preguntaron a un joven sacerdote—. Tengo entendido que ha estado en varios de esos países. ¿Cómo los ve? ¿Hay canibalismo?

—No, pero son perezosos, sin grandes ambiciones. Sus gobernantes los tienen que reprender constantemente, como a sus hijos, a veces con dureza, pero siempre con cariño para hacerlos progresar. Aunque el progreso no les llegará hasta dentro de muchas generaciones.

—¿Qué tal estuvo el desembarco? —preguntó Paolo a Müller y los demás cuando volvieron a la cocina con pilas de platos vacíos.

—No hay quien les cierre la boca, ni para hablar ni para tragar como cerdos, ¡malditos alemanes! —dijo uno.

—Cuidado con cómo te expresas de ellos —lo encaró uno de los cocineros, naturalmente alemán.

Se insultaron cada uno en su idioma.

—¡Epa! —intervino Paolo—. No se equivoquen de batalla, aquí todavía hay mucho que hacer.

—Nos hacen falta municiones —terció otro—. ¿Qué tal otra botella de coñac, chef Paolo?

—En cuanto baje la intensidad del combate allá afuera. Ahora, sigan en lo suyo.

La celeridad con la que se necesitaba seguir alimentando a esa treintena de hombres diluyó cualquier gresca. Müller fue varias veces a servir, llevándose platos que recogía cerca de las manos anilladas de los sacerdotes y de sus compatriotas. Cada vez los notaba más ebrios y descompuestos. Ya nadie parecía esperar al invitado de honor. El obispo Judal se notaba incómodo. En una de esas vueltas, Müller no lo vio más. También los curas comenzaron a desaparecer, hasta que solo quedaron los oficiales, envueltos en el humo de sus tabacos y de la música de Wagner que salía de un aparato radiofónico.

—¡Vamos a ganar! —Uno de ellos, ebrio rotundo, zarandeó a Müller, mirándole con extravío.

—¿Dónde carajos está Göring? —interrogó alguien—. ¿Qué clase de puntualidad es esta?

—No depende de él —dijo otro.

—¡Claro que depende de él! ¿De quién más?

—De que no lo hayan ahorcado.

El hombre se quedó lelo con la respuesta. Su mirada torpe se paseó por todos, alzó la copa y exclamó:

—*Heil Hitler!*

—*Heil!* —respondieron algunos y otros lo ignoraron.

Cinco horas más tarde, la cocina fue un batiburrillo de pilas de platos, ollas sucias y copas.

—¿Quién va a recoger lo que dejaron esos cerdos alemanes?

—¡La puta que te parió!

De nuevo aquellos dos volvieron a pelear. Esta vez Paolo dejó que se dieran algunos puñetazos, hasta que el italiano amenazó al alemán con una zanahoria y ambos se echaron a reír.

—¡Al diablo! —resolvió Paolo, botando su gorro de chef—. Por hoy la guerra terminó.

Él y el resto salieron de la cocina, hasta que Müller se quedó completamente solo. Llenó un vaso de coñac a tope, lo bebió de una y lo volvió a llenar y volvió a beber, tres o cuatro veces, hasta que reparó en que no era necesario y mejor bebió directo de la botella. Miró alrededor: los platos con revoltijos, las copas vacías, el suelo pegajoso en el que había caído comida. Un plato con costillas de cordero de Nueva Zelanda apenas mordisqueadas. Entonces recordó la noche en Kripp con su *¡epa, epa, epa!*, Helmut y su acordeón, y los soldados bailando con las alemanas esqueléticas y la sensación de que no había futuro, y lo único que se podía anhelar era la paz de los sepulcros de quienes estaban debajo de las tumbas en Kripp.

Recogió el plato de costillas semicomidas y comenzó a mordisquearlas con rabia atroz y ansiedad delirante. De pronto, desde lo más hondo del estómago se le disparó un chorro de vómito y de vacío.

31

Le conté a Efrén cómo el tipo se había cargado a Norma y Raúl Orihuela, también sobre su llamada misteriosa y los destrozos en mi departamento. Dijo que me esperaba en el café La Habana. Yo, como soy idiota, le hice caso sin hacerle demasiadas preguntas y ya estábamos ahí. Efrén miró la hora en el reloj. Sí, usaba el Rolex. Lo miré con sorpresa.

—Son las cinco, Aurelio, tenemos tres horas y media para ir a ver a ese sujeto.

—No debemos.

—¿Por qué no, si está dispuesto a pagar cinco millones por esta hermosura? —Lo agitó en su muñeca.

—Es una trampa. Ya te dije que mató a sangre fría a Orihuela y a la mujer.

—Quizá le estás echando un poco de tu imaginación de tantas novelas que lees. Lo de los zumbidos de balas y los zapatos bicolor suena a eso. A pura novela.

—No es imaginación, los mató.

—Porque no tenían el reloj.

—No se los preguntó, le metió un tiro a él y dos a ella.

—Nosotros tenemos la sartén por el mango. Vamos a tomar al toro por los cuernos…

Alzó la mano y pidió más café y un par de banderillas. No parecía alarmado, quizá porque no había vivido en carne propia lo peligroso.

—El destino quiere que salgamos de pobres, Aurelio.

—Nadie da cinco millones porque sí.

—El reloj los vale.

—¿Y qué te piensas? ¿Que el fulano es un coleccionista? Querrá venderlo.

—Claro, lo vende en veinte, pagó cinco, gana quince.

Rara vez algo me sacaba de quicio, Efrén lo estaba consiguiendo con sus fantasías.

—Si no quieres, no vayas, pero cuando me veas rico no me pidas tu parte.

—Si te pasa algo, tu hermano va a tener el camino libre con Amanda.

Se echó a reír entre dientes.

—Buen intento, amigo, buen intento…

Le pidió la carta a la mesera, dijo que se le había abierto el apetito. Ordenó consomé de pollo y filete a la tampiqueña. Yo apenas podía tragar mi propia saliva. Quizá Efrén tenía la esperanza de salir avante porque no provenía de una familia maldita.

Luego de comer, dijo que iría a echarse una siesta y que, si cambiaba de opinión, nos veíamos ahí para llegar juntos al Monumento.

Eché a andar pensando en mi parentela, intentando recordar a alguno que hubiera hecho caso del aviso de peligro que siempre da la vida. Mi mamá le dijo a papá «no salgas» cuando fue el temblor. Quizá su padre no se coló tan fácilmente para acercarse a Álvaro Obregón. Y si pienso en familiares maternos, la tía Juana se sabía diabética y siguió tomando tres litros de Coca-Cola al día, e incluso al primo Fabricio le dijeron que dejara de correr coches a ciento ochenta por hora, que ni era Fittipaldi, ni las carreteras, las de Indianápolis. En fin, probablemente todos recibieron avisos a los que no hicieron caso. ¿Lo haría yo?

—¿Aurelio?

Levanté los ojos. Era Romina, la del nueve.

—Qué sorpresa. —Sonrió.

De alguna manera, terminamos en el mismo café donde estuve con Efrén; fue de esas pocas veces en que decidí confiarle a alguien un asunto personal. Lo necesitaba con desesperación. No le conté nada a fondo, solo que un amigo y yo estábamos en problemas, que él quería correr al peligro, y yo, ser prudente. Y que no sabía qué decisión tomar. Me miró como en mi departamento, dulce y compasiva. Puso una mano sobre mi mano y dijo que siguiera siendo prudente.

—No todo el mundo está hecho para el arrojo —agregó.

Esa frase dio al trasto con su recomendación. A ningún hombre le gusta que una mujer lo vea apocado, aunque uno dé la imagen de ser más inofensivo que un koala abrazado de un árbol.

—No me gustaría que te pasara nada malo, Aurelio —dijo, traspasándome con su mirada de ojos color avellana, arrugando la frente y haciendo que las pecas se le movieran de su lugar—. Perdona si no sé darte un mejor consejo.

—La colonia Narvarte es un lugar intermedio, ni caro ni barato.

—¿Cómo?

—Para tu consultorio.

Ella me había confiado que andaba buscando dónde abrir el consultorio, por eso la encontré por ahí.

Me agradeció el consejo. Tenía que irse. Me dio un abrazo fuerte,

diciéndome que deseaba que todo marchara bien para mí y mi amigo. Sobre todo para mí. La miré salir del café y luego pasar del otro lado del ventanal sonriéndome y despidiéndose con la mano. Me quedé en ese sitio, mirando entrar y salir desconocidos; reparé en el reloj grande y redondo en la pared y vi correr el tiempo, acercarse la hora fatídica, y me preparé para levantar la mano, pedir la cuenta y largarme a casa.

¿Por qué no el menú de siempre? Lectura y sándwich de atún. *El Principito* todavía tenía mucho que contarme. ¿Y si algo malo le pasaba a Efrén? «Hola, Aurelio, ¿qué decisión tomaste ese día?». «No fui, mi amigo sí, y está muerto», sería mi respuesta.

Ocho y media en punto. Efrén cruzó la puerta. Al verme dibujó una sonrisa, vino y se sentó.

—Sabía que no ibas a fallarme.

—Vamos ya —dije nervioso, pero con tono de querer echarle agallas.

—¿Ir adónde?

No cabía duda de que jugaba con mis nervios, su sonrisa burlona lo decía.

—Ya sabes adónde.

—Debo ser muy buen actor, Aurelio. ¿De verdad te convencí de que voy a ir a entrevistarme con un psicópata? Nada de eso. Ya envié a la persona correcta en nuestro lugar…

—¿A quién?

—¿A quién crees? —Sonrió—. Ya sabes que Blas es muy ambicioso.

Me quedé de piedra.

Poco después caminábamos hacia el Monumento, Efrén quería estar cerca, pero no demasiado. Tenía respuestas a todas mis preguntas.

—¿Cómo va a reconocer Blas al tipo y el tipo a Blas?

—Posiblemente por los zapatos bicolor.

—¿Y si no los usa?

—Confía en el destino.

—El tipo dijo que solo podíamos ir tú y yo.

—Mientras vea el Rolex, ¿qué más da quien se lo dé?

Llegamos hasta la explanada, el cielo se veía al mismo tiempo oscuro y luminoso. El viento venía fuerte de todas direcciones. Había bastantes personas, pero el espacio era suficientemente amplio. Por allá, las muchachas pegaban gritos cuando los chorros de agua se disparaban del suelo y ellas y sus amigos atravesaban de un lado a otro intentando no mojarse, pero queriendo mojarse. Los vendedores de chucherías lanzaban al cielo pelotitas con luces que se elevaban varios metros. Una luz ultramarina pintaba el Monumento a la Revolución. El ruido brusco de una patineta hizo que nos apartáramos del camino de un chico. Entonces miré por primera vez nervioso a Efrén, quizá se acababa de dar cuenta de que no había sido buena idea estar ahí. El sujeto

podía vernos y, encima de todo, no llevábamos el reloj.

—Vámonos de aquí —sugerí.

—Ya deben estar arriba —dijo y levantamos las cabezas para mirar a lo alto del majestuoso Monumento.

—¡Carajo! —gritó alguien señalando la punta.

Una especie de bulto se precipitó al vacío; segundos después, escuchamos una explosión como de algo reventándose contra el suelo. El ruido fue seco, pero también sonó como si se hubiera reventado una sandía.

La gente se movió en remolinos hasta apiñarse a un costado del Monumento.

No tardaron en oírse las sirenas. Efrén y yo nos largamos de ahí.

32

Ante el avance de las tropas enemigas, se esparcieron rumores sobre una posible evacuación de San Sabba, lo cual a ojos de los italianos resultaba más que una contrariedad, pues el horno al estilo Auschwitz ya funcionaba a la perfección. Más de dos mil prisioneros eran sacrificados diariamente sin dejar rastro. Dichos rumores incrementaron tensiones entre el general Colombo y el mayor Lutz por el posicionamiento que cada uno tenía con respecto al francés; había que darse prisa en tomar una decisión, pero ese no era el único motivo de animadversión sino otros temas que los altos mandos disputaban, usando a Colombo y Lutz como sus alfiles. Los nazis habían llegado a San Sabba con sus ingenieros para ayudar en la construcción de «la estufa», como le llamaban los soldados, además de incrementar la defensa del golfo de Trieste.

La última noticia que habían tenido de Karl Petersen fue un cable desde San Sebastián, en el que este les informaba estar a media hora de entablar contacto con el grafólogo español y que, desafortunadamente, le había perdido la pista a su colega Michi Himura en Andorra. Lo último que supo de él —según Petersen — fueron rumores de un hecho escandaloso, el cual no venía al caso describir por mero decoro, pero tenía que ver precisamente con eso, desviaciones de la conducta en un callejón oscuro de la ciudad, un jovencito, Himura y gendarmes de por medio. A los italianos y alemanes les importaba un pepino Himura, pero dicho cable era de hacía varios días y no habían vuelto a saber nada de Petersen.

Müller seguía siendo el único guardia del falso Cazotte, lo cual no era común, pues se debía evitar que se produjeran vínculos con el prisionero, pero Müller comprendió que en realidad esa era la intención y que el francés terminara por apoyarse en su único «amigo» en San Sabba. Aquella tarde no fue la primera vez que le dijo que su vida dependía de confesar lo que supiera del nuevo desembarco. El francés lo miró con una compasión que a Müller le molestó, pues le pareció que debía ser al contrario.

—Vamos a suponer que no me ejecutan. ¿Qué harían conmigo? ¿Mandarme a casa con un bocadillo para el camino? Sé sincero, Müller. Creo que hasta ahora

ambos lo hemos sido, y debo decir que valoro mucho más tu sinceridad que la mía, pues al mismo tiempo que procuras decirme la verdad tienes que cuidarte de mantenerte leal a tus convicciones. Y estas, indefectiblemente, te obligan a ser mi enemigo. Es irónico que, pese a todo, mi posición resulte más cómoda.

—Siempre tan hablantín, Cazotte…

Müller ya lo llamaba de ese modo y ambos encontraban en el apodo una especie de tregua.

—Ya me conoces. Soy de boca floja. ¿Qué hay con mi pregunta?

—No se iría a casa, pero seguiría vivo.

—¿Como prisionero?

Müller asintió.

—¿Recuerdas aquella vez que me dijiste que para ti el Principito se suicidó? He tenido bastante tiempo para reflexionarlo. No me cabe en la cabeza. Veo a mi esposa leyéndome el libro y lo mucho que me gustó, no solo porque lo hacía con esa gracia tan de ella, toda pequeñita que es, bonita y al mismo tiempo voluntariosa, sino porque pensé que el Principito era un niño sabio y sensible. Lo del suicida suena espantoso. Pero pensé: «Quizá Müller tiene razón. Müller es un muchacho sensato»; no te molestes porque te llame muchacho. Te calculo veinticuatro años, yo tengo cuarenta y cuatro, así que mi edad me permite verte como a un hijo o a un hermano menor… Dicho esto, pienso que el problema de la humanidad, de esta misma guerra, es que nos obcecamos en destruir la razón de los otros, cuando la nuestra es idéntica en todo lo equivocado, como la invasión que ustedes los nazis llevaron a cabo en Polonia, mi país y otros más, igual que hemos hecho nosotros, los ingleses y los rusos en su momento con otras naciones… No me lavo las manos de lo que Francia ha hecho en África. En fin, no hablemos de política. Donde te equivocas es en los motivos del Principito. No recuerdo alguna parte que mi mujer me leyera donde se diga que el lugar de donde viene ese niño es un paraíso y la Tierra un infierno del cual quiere fugarse.

—¿Entonces por qué quiso irse?

—¿Te suena la palabra «libertad»?

—El Principito no era esclavo de nadie. Por el contrario, había ganado un amigo en el mundo, el piloto.

—Como yo lo he ganado contigo, pero no estoy en mi casa.

—No se confunda ni sea condescendiente conmigo, no somos amigos.

—Y porque lo dices, lo somos. Eres sincero y para mí eso es amistad.

—Entonces crea que intento salvarle la vida. «Todo está en el libro», esas fueron sus palabras cuando el médico escarbó en su cerebro.

—Extraño a Consuelo.

—¿Consuelo?

—Mi mujer.

Müller reprimió un gesto de enfado al sentir que aquel evadía el tema, pero

luego lo vio como una posible vía de sensibilización.

—Las guerras se terminan, Cazotte. Los países a la larga se reconcilian. Los prisioneros vuelven a sus casas...

—¿Te das cuenta, Müller? ¿Qué importancia tiene que una serpiente te muerda si por fin vuelves a casa? Envidio al Principito… A mí está por morderme la serpiente y no tengo a dónde ir.

El falso Cazotte se quedó con una mirada perdida y triste.

Poco recordaría Müller del viaje que supuso recorrer las entrañas del Atlántico, para emerger en Mar del Plata en aquel submarino con una tripulación de cincuenta y tres marineros y seis oficiales, todos los cuales tenían mayor jerarquía que él. No quiso saber quiénes eran. De hecho, dejaron de serlo en cuanto cruzaron aguas internacionales. Brune Müller no había salido con vida de Kripp; en cambio, había nacido un nuevo hombre: Hugo Hansen, de nacionalidad suiza, cocinero de oficio.

Aquel lobo gris de los mares intercambió un mensaje con la base naval Argentina, ofreciendo su rendición. Para la multitud de lugareños, e incluso para las propias autoridades, aquello no representó tanto una rara situación política como un espectáculo. La tripulación alemana, encabezada por su comandante, se formó en cubierta, uniformados como en sus mejores tiempos, a la espera del contacto con gente de una nación que les parecía distante en todos sentidos. Su descenso de la nave y recorrido por tierra firme tuvo más bien tintes de desfile. Sonreían y recibían sonrisas de parte de hombres, mujeres, niños y ancianos. Aquellas cruces gamadas en sus uniformes, que tenían por padre al diseñador Hugo Boss, no pasaron desapercibidas y causaron un tipo de ensoñación como de cuento de príncipes. Esos teutones eran reales. Habían estado en una guerra nunca vista. Perdiéndola al final, sí, pero dejando su impronta en la épica bélica universal.

Días después, luego de los interrogatorios a la tripulación, lo único que recibirían los estadounidenses de los argentinos sería el submarino como trofeo, pues se concluyó que aquellos uniformados no eran gente valiosa, mucho menos ese suizo de aspecto extraviado.

El recién nacido Hugo Hansen alquiló una habitación en un hotel a un costado de la rambla Bristol, que pagó con parte del dinero que le diera Patrón. Tenía claro que lo siguiente sería llegar a México y buscarlo para darle las gracias. Quizá también al presidente Ávila Camacho —si esto no resultaba una ingenuidad de su parte— y luego, como si no hubiera sucedido una guerra con todos sus millones de muertos y sus miserias, buscarse la vida. No pretendía embarcarse al día siguiente sino dormir al menos dos días enteros.

Un suave pero tenaz olor salino, tan ajeno a San Sabba, lo trajo de vuelta

del sueño a la realidad. Apenas había dormido cinco horas de las muchas que planeó. Un sentimiento de frustración se apoderó de él. No acababa de sentirse repuesto, quizá ya nunca lo estaría, como tampoco conseguía mitigar la sensación de hambre, pues desde San Sabba notó que se llenaba con poco.

Sentado en la cama, se hizo una pregunta fundamental: «¿Qué se hace con el tiempo? ¿Para qué sirve?». La zozobra, la incertidumbre, el estado constante de alerta le habían hecho perder el sentido del ocio. Le resultaba desesperante, enloquecedor. Fue junto a la ventana, miró la calle y más allá el puerto. Una parvada de gaviotas remontaba el aire con pesadez. La lentitud con la que se movía la gente le sorprendió. Incluso en las ciudades pequeñas de Europa todo el mundo se movía siempre deprisa, como motivados por la intuición de que, en cualquier instante, podía sobrevenir una desgracia. Salió a constatar esa lentitud. Quería imitarla y no lo conseguía. Consideró ser el único hombre dueño de un particular sentido de sobrevivencia. ¿Qué eran aquellas personas? ¿Reses? ¿Por qué seguían pastando? ¿Por qué se embelesaban en los aparadores y rompían a reír con cualquier tontería? ¿Por qué se detenían a saludarse y ponían la carriola con el niño a un lado sin vigilarla cada segundo? ¿Por qué no tomaban posición defensiva cuando alguien pasaba a su lado?

No toleró «seguir suelto», así lo definió. Se encaminó de vuelta al hotel, pero se detuvo de golpe al darse cuenta de que iba muy aprisa y alterado, como una bestia que fue demasiado lejos de la jaula e intuye que afuera corre peligro. Si no forzaba su voluntad a luchar, ese temor le acompañaría a todas partes. Entonces, a su pesar, caminó largo rato por una de las escolleras del muelle hasta la dársena donde los barcos tocaban puerto. Observó escenas de encuentros y despedidas hasta que se hizo de noche. El ruido de un acordeón lo atrajo hacia las callejuelas cercanas. Se detuvo frente a un caserón de maderas viejas pintadas de azul, cuyas mesas en el exterior estaban a tope de parroquianos, bebiendo mate algunos, y cerveza y aguardiente otros. Había una mezcla de risas, charlas y discusión que inspiraba vida cotidiana, justo lo que atrajo a Müller. Tuvo que esperar algunos minutos para que se desocupara una mesa, para su suerte no al centro de la acción. Le preguntó al muchacho que se acercó a atenderlo si aceptaban marcos franceses. «Todo billete es bueno acá», respondió aquel amistosamente. A Müller le costaba entender ese español argentino, pues el que más había escuchado en su niñez era el de una región específica del sureste de México y después el de españoles en Europa. Le parecía aquella un habla relajada y con un toque de orgullo. Mientras bebía una cerveza y comía un plato de cornalitos y rabas, observó al hombre del acordeón. Fue inevitable recordar a Helmut al escucharlo interpretar la polka del barril de cerveza. Ambos hombres eran tan parecidos y tan distintos. Helmut de rostro enjuto y mirada crispada, el porteño de ojos lánguidos y confiados, los dos deslizando con gran agilidad los dedos por el teclado y la

botonera de registros, estirando rítmicamente el fuelle. La alegre tonada golpeó a Müller y le hizo aflorar una leve sonrisa y unas lágrimas que se deslizaron silenciosa y espontáneamente por sus mejillas enflaquecidas.

Luego de una hora, se consideró suficientemente sedado de música, cerveza y tranquilidad, listo para regresar a dormir. Pagó la cuenta y pasó junto a una de las mesas, donde una rubia lo miró con tal fijeza que le pareció que tal vez todo el tiempo lo estuvo observando. Un llamado erótico, dormido durante la guerra, despertó haciéndole sentir deseos de retornar y abordarla, pero enseguida lo descartó y siguió su camino.

Pensó que cortaría camino si cruzaba por los contenedores del puerto, pero pronto se perdió entre estos; su falta de sentido topográfico era la misma en cualquier parte del mundo. Giró para regresar hacia el sitio donde aún se escuchaba la música y descubrió a la mujer, que parecía aguardarlo bajo la pared oscura de uno de los contenedores. Avanzó con las piernas flaqueándole y el pecho incendiado. Al llegar frente a ella no tuvo que decir nada, la mujer lo atrajo por la nuca, suave pero firmemente, y se apoderó de él hundiéndole la lengua mojada en la boca, casi al mismo tiempo que con la otra mano le tiró del cinturón y lo aflojó. Müller se dio prisa, tanta como cuando el instinto le decía en Kripp que debía devorar el tubérculo lo más pronto posible o el alimento no llegaría a tiempo a su sangre.

—La plata primero, cariño…

—¿Plata?

—La guita, el dinero…

Müller se detuvo de golpe y, una vez que superó la sorpresa, se escarbó en el bolsillo y le mostró cinco marcos. Ella los cogió al instante, pero una suerte de bondad espontánea le hizo devolverle dos. Luego se volteó contra el contenedor al tiempo que se bajaba mecánicamente la falda hasta los tobillos. La excitación de Müller también se convirtió en algo mecánico, sin otro propósito que el de extinguirla lo más pronto posible, pero al adentrarse en la nula humedad no consiguió mantenerse firme. Estuvo a punto de ofrecerle una disculpa. Ella dejó correr unos segundos más y al sentirlo flácido y quieto volteó y se subió la falda.

—Andate por la sombrita, mi amor. —Le dio un beso rápido en la mejilla y se marchó.

Tres días después, miraba desde la cubierta del *Patagonia*, a punto de zarpar, el lugar donde había visto los encuentros y despedidas. Se retiró con la particular nostalgia del viajero por accidente, de los vendedores de pescado y de los leones marinos echados al sol, de ese acento particular de los porteños, de su lento andar y los gestos y ademanes que tenían en común al decir tal o cual cosa, del persistente olor a sal. Del recuerdo del acordeón.

Había comprado un boleto de tercera clase; le tocó compartir camarote

con tres comerciantes libaneses que hablaban todo el tiempo de sus grandes planes en México. Procuró pasarse las horas en el salón de fumadores, donde comenzó una segunda y más atenta lectura del *Principito*. Ciertas frases le hacían recordar las del falso Cazotte, como cuando le dijo que «el problema de la humanidad, de esta misma guerra, es que nos obcecamos en destruir la razón de los otros, cuando la nuestra es idéntica en todo lo equivocado…».

En uno de esos días de lectura, levantó los ojos del libro al oír una voz que reconoció al instante. Aun así, lo miró desconcertado.

—¿No me recuerdas, Müller?

Este miró discretamente en ambas direcciones, lo que hizo sonreír al hombre.

—Ya veo, eres de los que consiguieron una nueva identidad. Yo sigo con la mía, quedó claro que no había motivos para acusarme de nada. Un hombre de ciencia es un hombre de ciencia, ¿cierto, Müller? No importa en qué bando estuviera. Eso pienso yo y eso pensaron ellos. Lo que no entiendo es por qué tienes una nueva identidad… ¿Temes que te cobren algo? Espera… —Sonrió y se sentó frente a él—. No sé por qué presiento que estás a punto de decirme: «Perdón, caballero, ¿nos conocemos?».

—Lo recuerdo bien, Petersen.

—¡Así se habla, Müller! —exclamó, riendo y poniéndose rojo como un tomate—, ¡que no se pierda la lealtad! —Reparó en el libro que aquel tenía entre las manos y un suave velo de recelo le opacó la mirada—. Así que al final te lo quedaste tú… El viaje durará algunos días. ¿Me lo prestas cuando lo termines?

—Lo siento. Es un recuerdo… ¿A México, también? —Müller prefirió cambiar de tema.

—Solo por unos días. En realidad, ¿puedo confiarte algo? Claro que puedo… Acompaño a alguien. Soy, llamémosle así, su guía… Viaja en primera. Es una persona muy relevante. Quieren conocerlo… O tal vez sería mejor decir que quieren darle el beneficio de una vida cómoda… No sé si me comprendas…

—Entiendo.

—No, no entiendes, pero eres discreto y no haces preguntas. Admirable, Müller, admirable… Por cierto, ¿con quién tengo el gusto ahora?

—Hugo Hansen.

—Un placer, señor Hansen.

A partir de ese día Müller dejó de ir al salón de fumadores para evitar a Petersen y cuando lo veía en cubierta cambiaba de dirección tratando de que no se diera cuenta, aunque no estaba del todo seguro de pasar desapercibido. Una tarde lo vio acompañado de otro sujeto, de estatura notablemente alta, flaco, como de era de esperarse en esas proporciones, de pequeños espejuelos y

gesto de intensidad intelectual. Alemán de pies a cabeza.

—¿Es mi imaginación o has estado evitándome todo el viaje, Hugo Hansen?

Müller se quedó de piedra al ver a Petersen en la puerta de su camarote. Entonces supuso que, mientras él lo evitaba, aquel lo vigilaba, pues sabía dónde encontrarlo.

—Quiero presentarte al caballero del que te hablé. Comeremos en primera clase, todo está arreglado…

Claudio von Bremmer resultó más silencioso que una tumba, una que además nadie visita. Cuando Petersen lo presentó con Müller, no dijo una palabra: se limitó a asentir con la cabeza. Ni siquiera lo miró. Respondía con monosílabos cuando Petersen le invitaba a tomar la palabra. Era claro que el gigante no estaba interesado en Müller. De no haber estado Petersen de por medio, y jocoso de humor, aquel encuentro habría sido un total desastre.

—Escuchen el menú: consomé fermier, salmón a la mayonesa, anchoas noruegas, sardinas ahumadas, dumplings de vegetales, espuma de manzana y tarta de maracuyá… ¿Qué nos dan a nosotros en tercera, Hansen? Espero que lo que no hizo la guerra tampoco lo haga la comida en nuestro nuevo destino.

—Esperemos que no —replicó Müller.

—¿Más café? —preguntó un camarero.

—Aguado, muy aguado, que parezca té. —Por primera vez, Müller le escuchó decir algo a Von Bremmer.

El mesero le llenó la taza, aquel hizo una mueca repulsiva.

—Aguado, muy aguado, que parezca té —repitió.

—¿Ya escuchaste? Ve y que lo hagan como el caballero lo pide. —Petersen mandó de paseo a aquel hombre—. Estos latinos, todo lo que les dices les entra por un oído y les sale por otro.

—Iré a dormir —espetó Von Bremmer y se puso de pie.

—Lo acompaño a su camarote.

Von Bremmer le hizo una seña molesta a Petersen, para que se quedara ahí. Al parecer lo tenía harto.

Petersen se aferró del brazo de Müller y, prácticamente, le obligó a dar un paseo por cubierta.

—Su defecto es que es muy pedante, pero en realidad no es nada personal ni contra nadie. Suele pasar en hombres de ciencia, ¿no lo crees, Müller?

—Usted también es un hombre de ciencia.

—Eres un amor por decirlo —sonrió Petersen—. Pero debo ser modesto, mi ciencia es superstición junto a la de Von Petersen.

—¿Qué es lo de él?

—Física nuclear.

Müller se quedó en las mismas.

—Vale oro molido. Eso es lo que importa… Escucha, Hansen —dijo al final del paseo, frente al camarote de Müller—. Debemos hacer como esos libaneses. Se ayudan entre ellos cuando no están en su país. Así nosotros. Grábate este domicilio y búscame, ¿quieres? Brasil 8, departamento 407, centro de la Ciudad de México.

Siguió encontrándoselo en los almuerzos. Aquel hablaba de todo, menos de la guerra: su infancia en Berlín, lo mucho que disfrutó la universidad. Cosas que a Müller le causaron envidia, pues pensó que estaba frente a un hombre muy capaz de quitarse del alma los horrores vividos y renacer de sus cenizas como el ave fénix.

El último día le llamó la atención no verlo en el comedor, pero no le dio mayor importancia; al contrario, sintió alivio. Almorzó despacio y cuando escuchó por los parlantes que estaban a veinte minutos de las costas de Veracruz y se les solicitaba a los pasajeros prepararse para el desembarco, tomó el café con más calma. Leyó un periódico mexicano, ese sería su nuevo contexto y había que irse familiarizando con él. Luego se dirigió a su camarote, encontrándose pasajeros que iban en sentido contrario, maletas en mano, apuradamente, entre ellos a los libaneses que no dejaban de parlotear.

Fue y sacó debajo del camastro la maleta —se la habían regalado en San Girolamo—. Le sorprendió encontrarla abierta. No se trataba del dinero, siempre lo llevaba consigo. La revolvió con cierta desesperación.

El Principito había desaparecido.

33

Felipe Sacristán miró el calendario en la pared de la oficina. Era el viernes 3 de agosto y el año 1945 estaba impreso bajo la figura coqueta de una mujer vestida de campesina, con una oz en una mano y un sombrero con un listón rojo que enmarcaba su cara de sonrisa atrayente. «El Porvenir, almacén de medias, calcetines y ropa interior», decía la publicidad.

Galindo rompió la magia al entrar con una mochila de piel bajo el brazo; colgó el sombrero en el perchero, cruzó del otro lado del escritorio, se desabotonó el *blazer* y le deslizó la mochila a Sacristán. Este reparó un segundo en su mirada imperativa, abrió la mochila y, al palpar algo, lo sacó.

—*El Principito* —leyó la portada—. ¿Es bueno?

Volvió a meter la mano y descubrió un expediente con las fotos de dos tipos con caras de extranjeros. Sus nombres lo confirmaban. Claudio von Bremmer y Karl Petersen.

—¿Nazis?

—Alemanes.

—¿No es lo mismo, inspector?

—Lee bien, primero. Entraron legalmente al país. Uno de ellos sigue aquí, el otro se marchó hace tres semanas. Necesitamos encontrar al que se apellida Petersen.

—Jefe, creí que me había llamado por el caso de los fumaderos de opio. Deje que de los nazis se encargue Gobernación.

—No hay forma de quitarte lo soberbio, ¿no es verdad, Sacristán?

—No se fije en las formas. Solo le digo que si se va a meter con los nazis tendría que poner en la lista a la amante del secretario de Gobernación. Usted decide.

—Escucha bien. Primer punto: tú sabes un carajo de política, así que ahórrate tus opiniones. Segundo punto: te llamé para darte trabajo pese a lo que hiciste, así que espero agradecimiento y disciplina. Y tercero: cállate y escucha.

—Está bien, pero le recuerdo que lo que hice fue en defensa propia.

—Los testigos dijeron algo muy distinto.

—Los testigos son unos malagradecidos.

—Los testigos no esperaban que te pusieras a tirar balazos en el tranvía.

—No me quedó más remedio.

—La víctima no estaba armada.

—No era víctima, jefe, era caco y si un cuchillo de veinticinco centímetros no es un arma entonces yo soy Sara García con bigote.

—El punto es que tuve que salir en tu defensa, ¿sabes por qué?

—Porque trabajo bien, porque no traiciono a mis compañeros y porque soy guapo, y eso siempre es bueno a la hora de que la Secreta aparece en el periódico.

Galindo dio por terminada la conversación y señaló la puerta, entonces Sacristán lo reconsideró:

—Siga, jefe, lo escucho. El asunto parece interesante…

—Tenemos sesenta mil alemanes en México, el gobierno es tan hospitalario con ellos como con cualquier extranjero…

—Menos con los chinos, jefe, los tratamos con la punta del pie.

—¿De verdad no te puedes callar un segundo, Felipe? Con el final de la guerra comienza la cacería de nazis, el país vecino quiere que le colaboremos en informar qué clase de alemanes están entrando a México.

—¿Por qué siempre nos toca hacerles el trabajo sucio?

—¡Carajo, escucha ya! Este hombre —Galindo señaló la foto de Von Bremmer— se entregó a los estadounidenses. Es un científico importante, pero se acabó la luna de miel hace unos días. Desapareció.

—¿Puedo opinar?

—Si vas a usar el cerebro, adelante.

—Se lo llevaron los rusos.

—Esa es más o menos la hipótesis, pero no que se lo llevaron, sino que están por hacerlo… Hace unos días interceptamos algunos cables, Von Bremmer desde Estados Unidos y de este lado Karl Petersen. Lo que se pudo descifrar es que Von Bremmer está por venir y que su enlace es Petersen; lo va a llevar a la frontera sur, donde es posible que lo entregue a los agentes rusos.

—Ya voy entendiendo…

—A Petersen casi lo pescamos en su último domicilio; no estaba él, pero sí sus pertenencias, entre ellas ese libro.

Sacristán volvió a hojear *El Principito*.

—Revisa la página diecinueve…

Así lo hizo.

—¿Qué lees?

—«El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso: "¡Ah! ¡Ah! ¡He

aquí la visita de un admirador!”» —teatralizó Sacristán.

—No eso, por Dios, las letras subrayadas. ¿Lo notas?

Sacristán asintió.

—Es posible que indiquen el día y lugar de llegada de Von Bremmer. En uno de los cables, Petersen menciona el libro. Lo llama «la agenda», dice que anotó todo en «la agenda».

—¿Y ese dato no pudieron descifrarlo?

Galindo negó con la cabeza.

—Entiendo… Hay que encontrar a Petersen.

—¿Lo ves? No era tan difícil.

Una secretaria entró y Galindo puso la mochila encima del expediente. Es un sabueso desconfiado, pensó Sacristán; todos los calvos con pelo a la orilla de la cabeza se lo parecían. Mientras aquellos hablaban, él siguió considerando que hubiera sido mejor que lo llamaran por lo de los fumaderos; no era un trabajo de vuelos internacionales, pero al final siempre salían bien las cosas. Lo de los nazis le sonaba a que, después de tres semanas de trabajo, Galindo lo llamaría para decirle que los gringos se encargarían del caso. Cosa que a Sacristán le importaría poco, de no ser porque desde lo ocurrido en el tranvía perdió la base y a partir de entonces lo que ganara sería a destajo, así que su quincena dependería de resultados.

34

Estábamos en la fiscalía, a la espera de que le dieran a Efrén las pertenencias de Blas, básicamente la ropa y los zapatos que llevaba esa noche. Según él, su hermano siempre quiso que sus cenizas fueran esparcidas en el mar, por lo que después de la cremación alquilamos una lancha con todo y lanchero y partimos mar adentro; una vez ahí, se apagó el motor y Efrén, con la urna en las manos, dijo unas palabras:

—Hermanito, vuelves a tu Veracruz querido… Siempre fuiste muy bromista, así que seguro no lo vas a tomar a mal: me saludas a los tiburones. Te lo digo con cariño fraterno, ya lo sabes…

La más inconsolable resultó Amanda. Efrén le daba abracitos mirándome por encima de sus hombros, mientras la mujer se partía en llanto. Lo peor para ella había sido tener que reconocer el cadáver en el SEMEFO. Efrén se lo había suplicado diciéndole que no tenía el valor de vivir solo esa dura experiencia; a mí me quedó claro que más bien quería hacerla mirar a su amante hecho un despojo. Lo normal si caes a sesenta metros de altura.

Aquella noche, la policía detuvo a un sujeto no lejos del Monumento; un testigo lo reconoció como el hombre al que vio discutir con el occiso en el mirador. Según los noticieros, el hombre portaba una Magnum .357 con silenciador. Desde luego, no se mencionaba que usara zapatos a dos tonos, pero lo del silenciador (recordando cómo habían zumbado las balas en casa de Orihuela) me decía que se trataba de él, de Calixto Pontones.

—¿Sabes qué pienso? —me dijo Efrén mientras aguardábamos en la antesala de la fiscalía—. Que se lo chingaron estos ojetes…

—¿Cómo?

—El Rolex. Pescaron al fulano, le dieron sombra y se quedaron con nuestro reloj. Tal vez el tipo hasta llevaba el dinero y también se lo chingaron. Me parece muy sospechoso que casi no salió nada en los medios, que tardaran tanto en entregarnos el cuerpo de Blas, que nos tengan aquí luego de diez días para darnos sus pertenencias. Algo esconden estos. ¿Qué? Que son unos

transas…

Preferí no opinar. En el sepelio le pregunté si su plan desde el principio había sido enviar a su hermano al matadero. Indignado, me dijo que «por supuesto que no»; la idea era que Blas regresara con los cinco millones, darle una parte y que se alejara de Amanda. No le creí y se molestó. Yo mismo le había dicho cómo el tipo mató a Orihuela y la mujer, y él me había escuchado con demasiada atención.

Un sujeto nos hizo pasar al área de entregas. Sobre la mesa estaba una bolsa de plástico con las pertenencias de Blas. El sujeto le pidió a Efrén que revisara cosa por cosa y, si todo estaba en orden, le firmara de recibido. Efrén procedió a abrir la bolsa. Miró por encima la ropa, los zapatos. Incluso había calzones y calcetines. Igualmente revisó la cartera, que no traía dinero, solo credenciales. Entonces me miró, sonriendo burlonamente, como aseverando su hipótesis de que la policía era ladrona. De pronto, al sacar otra cosa saltó otro objeto: el Rolex.

Efrén estampó su firma de recibido con la mano temblorosa. Salimos de ahí. Fuimos hasta la puerta de un Oxxo, donde tiró las cosas en un bote de basura, menos el reloj, claro está. Lo miramos absolutamente incrédulos. Tenía rota la carátula. Mi colega se lo acercó a la oreja de inmediato.

—Bendito Dios, no le pasó nada —respiró aliviado.

Nos dimos todas las explicaciones posibles, pero ninguna convincente. Quizá el tipo no llevaba el dinero, le exigió a Blas el Rolex, forcejearon y Blas salió volando por la barandilla. O tal vez al sicario le pareció una trampa que Blas lo abordara y le pegó el empujón al vacío. Cualquier hipótesis podía encajar, incluso una que tuviera que ver con extraterrestres. Lo único cierto era que Efrén se había equivocado en algo y que aún existían policías honestos.

—Seguro no se fijaron bien —insistió. Miró de nuevo el reloj y su rostro dibujó tristeza por la carátula estrellada—. ¿Habrá algún lugar de confianza donde los reparen, Aurelio?

Ese mismo día nos tocó faena en el elevador de un edificio de oficinas en Polanco. Había bastante sangre, pero, por fortuna, las paredes de acero y el piso de mosaico facilitaban las cosas. Lo más laborioso resultó que parte del líquido hemático se había filtrado a la maquinaria y tuvimos que meternos al hueco para limpiar engranes y poleas. El tema de conversación fue, desde luego, el Rolex; la nueva hipótesis era que se trataba de un objeto maldito. Efrén me contó que tenía un pariente brujo en Veracruz, que comandaba algo así como un pelotón de almas del bajo astral, que le servían para joder a los vivos y ayudarlo a hacer trabajos de magia negra. Esto lo llevó a decir que ciertos objetos estaban cargados de muy mala leche. El reloj, por ejemplo, había estado en casa de un suicida y en medio de tres asesinatos. Raúl Orihuela, Norma y Blas.

—Entonces más vale quitárnoslo de encima —opiné mientras pasaba un cepillo de dientes entre los engranes y lo mojaba en un potecito con la Solución Final.

—Hay que llevarlo con mi pariente para que «le pase un huevo» y podamos venderlo pronto. No creo que sea justo no ganar nada luego de tanta desgracia.

Regresé a casa completamente exhausto, quitándome de la cabeza el Rolex. Por ese día había sido suficiente, tanto como lo del elevador. A pesar de todo resultó una larga faena, puesto que cuando lo echamos a andar no funcionaba y tuvimos que revisarlo de nuevo, hasta que el encargado del edificio aceptó que podía tratarse de una falla mecánica y nos dejó irnos al carajo.

—Hola, Aurelio.

Era Romina al pie de la escalera. Vestía de negro.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Negó con la cabeza y los ojos se le pusieron como el cielo cuando los truenos anuncian una tormenta. Poco después se deshacía en llanto frente a mí, en el departamento de su tía, contándome que había muerto de un infarto.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —pregunté sorprendido—. ¿Por qué no me avisaste?

Solo negó con la cabeza, conteniendo el llanto. Me avergoncé. La realidad era que yo no era un vecino muy enterado de la vida de los demás, tampoco de cuándo morían.

Era la primera vez que entraba al departamento de un vecino; era idéntico al mío, pero con su aroma y sus cosas propias. De algún modo olía a que ahí había vivido una persona de cierta edad. Limpiar casas hace que a uno se le desarrolle el olfato.

Una gata gorda de color negro con blanco se acercó sigilosamente, me olió los zapatos y sin más pegó un salto y se me echó en las piernas. Romina intentó bajarla. Le dije que estaba bien.

—¿Cómo se llama? —Le rasqué el cuello a la gata.

—Bola... ¿Alguna vez hablaste con mi tía, Aurelio?

—Claro —mentí—, nos cruzábamos en la escalera y nos saludábamos... Me parecía una buena persona. Siempre muy… muy ella.

—Era mi único familiar. Me quedé sola.

—Todo va a estar bien —solté esa frase absurda.

—¿Puedo enseñarte algunos recuerdos?

Asentí. Me llevó a la habitación de la muerta. No tuvo que decirme que lo era para que yo lo supiera. El tipo de cobijas y de adornos me lo hicieron saber. Cortinas con flores, grecas y más grecas. Cofrecitos dorados con tapas de espejo, cosas así. Romina abrió un cajón y sacó un álbum y un cofre de madera.

—Siéntate…

No vi otro sitió que la orilla de la cama; Romina se sentó a mi lado y puso las cosas sobre sus piernas. El cofre contenía joyas de persona mayor. Romina se colocó un anillo y me preguntó si me daba cuenta de que no le quedaba en lo absoluto. Tenía razón. Era algo de una vieja en la mano de una joven. Ni siquiera era de su medida: puso la mano hacia abajo, el anillo se le salió solo y cayó en el cofre.

No pudimos evitar romper a carcajadas. Se lo volvió a poner. Hizo lo mismo y a partirnos de risa hasta que nos lloraron los ojos.

Abrió el álbum. «Sí», pensé al ver las primeras fotos, «es ella, la vecina del nueve a la que nunca saludé». Casi había olvidado su rostro por completo. De las fotos viejas a las nuevas había un gran cambio. En los años setenta, la mujer usaba el pelo muy alto, las pestañas largas y ropa de esa moda, estampada y de colores chillones; en las fotos más recientes llevaba el pelo cortito y totalmente blanco. El gesto también le cambió por completo: antes lucía vital y alegre; a lo último, resignado y hostil.

—Aquí trabajaba. —Me señaló a la tía dándole rehabilitación a personas parapléjicas en un hospital.

Un lagrimón cayó en una de las fotos; no me atreví a mirar a su dueña, seguí con los ojos fijos en la foto. Sus dedos limpiaron la lágrima.

—Todo va a estar bien —repetí mi frase absurda y me puse de pie para irme.

—No me dejes sola —suplicó, mirándome con ojos de imán y sujetándome por la hebilla del cinturón.

35

A sus veintisiete años, la vida de Felipe Sacristán se hundía como esos submarinos torpedeados en la guerra, sin que pudiera encontrar la forma de salir a flote, pero no se quejaba, pues le parecía que la humanidad siempre termina como un puñado de hormigas aplastadas a pisotones. Reafirmó su idea ese 7 de agosto en el que, mientras le lustraban los zapatos, abrió el periódico y leyó el encabezado: «Hiroshima ha dejado de existir». El día anterior una bomba con sus sesenta y cuatro kilos de uranio la había borrado de la faz de la tierra. Miles de habitantes, mujeres, hombres, ancianos, niños, incluso recién sacados de los vientres de sus madres, quedaron reducidos a cenizas y esperpentos retorcidos. Costaba asimilar la idea de que el autor de ese crimen de lesa humanidad, Harry S. Truman, se diera por satisfecho argumentando: «La usamos para acotar la guerra, para salvar las vidas de miles y miles de jóvenes estadounidenses».

Llegó a casa con el periódico bajo un brazo y encontró a Dondó pegándole al costal. Cada mañana se ponía esos pantalones flojos color caqui atados con una cuerda a la cintura. Su torso se resistía a la pérdida de tono muscular, pero el tiempo había hecho estragos y las carnes se le sacudían como gelatinas. Una cicatriz a la altura de un riñón lo distinguía, lo mismo que una ceja rota a causa de viejas peleas. Le daban un aire rudo, pero lo traicionaban sus ojos tiernos y tristes.

—¿Cómo vas con los nazis?

—Tampoco es cosa de burlarse. Y ya deja eso, viejo, te va a dar un infarto…

—¿Viejo, dices?

Dondó le hizo una finta, se enfrascaron en una pelea entre risas hasta que aquel arrinconó a su hermano contra la pared y, cuando lo vio vencido, lo dejó en paz. Ya tenía el agua caliente y se metió a ducharse. Sacristán fue a la mesa y volvió a mirar las fotos de Petersen y Von Bremmer, le resultaban completamente ajenos. Tanto como Europa o la guerra, cuyas razones tenían

que ver con imponer la ley del más fuerte. A su juicio, todos estaban igual de deschavetados, lo mismo Hitler que Stalin, Churchill o Roosevelt. Él solo quería ganar una batalla, la de todos los días. La guerra la tenía perdida a menos que diera un golpe de suerte que le trajera un mejor futuro. A él y a su hermano que sobrevivía con un solo riñón. Un golpe tal que le permitiera —ya soñando— formar una familia y darle una vida sin carencias ni sobresaltos.

Galindo lo había implicado en lo de los nazis el viernes. Era martes y no había vuelto a hablarle, en cambio sí el casero para cobrar la renta.

—¿Y eso? —preguntó Dondó al salir del baño y ver a Felipe con el libro en las manos.

—Supuestamente aquí se marca en clave el día y el lugar donde podría llegar el nazi del que te hablé. Pero sé un carajo de mensajes ocultos…

—¿No tienen un experto en la Secreta?

—A la Secreta le gusta más el método del chingadazo. Mira esto. —Le mostró las letras subrayadas—. ¿Le encuentras sentido? Y no trates de unirlas, ya lo hice y no forman palabras.

Dondó tomó el libro y lo leyó un par de minutos.

—¿Sí o no?

—Oye esto, Felipe, se trata de un niño muy raro.

—¿Cómo?

—Se topa con un tipo en el desierto y le sale con el chisme de que viene de otro planeta…

—¿Y eso a quién diablos le importa, viejo?

—No lo sé, suena interesante… ¿Lo tienes que regresar pronto?

Sacristán lo miró con burla.

—Quita esa risita, si no leo tanto es porque me falla la vista, pero igual y hasta descifro el chingado mensaje y se los cobras caro...

—Claro, viejo, claro.

Poco después caminaron por República de Chile. Se detuvieron en el Gimnasio Marcial, se dieron una palmada; Dondó entró y Sacristán siguió caminando hasta Cinco de Mayo y entró al café La Blanca.

—Hola, cariño —saludó a Nati, sentándose a la barra—. Adivina qué quiero hoy.

—Bistec con papas y café.

—Esa es mi chica, siempre adivina lo que quiero.

—Siempre comes lo mismo.

Sacristán miró a los hombres a sus lados —un libanés que hojeaba un periódico con la noticia de la bomba atómica y otro que revisaba sus notas de cobranzas— y les dio los buenos días. Se desabotonó el *blazer* y puso su sombrero a un lado. Nati regresó con la orden.

—Pensé que ya no volverías por aquí...

—Tuve que ausentarme por un tiempo. ¿Vamos al cine, cariño? Dan una buena función.

—¿Cuál?

Sacristán miró de reojo el periódico del libanés.

—*Me he de comer esa tuna*.

—¿De qué tratará?

—¿Cómo saberlo si no vamos? Aunque el título lo dice todo.

—Pues ten cuidado, porque las tunas tienen espinas...

—¿Vamos o no?

—¿Puedo invitar a mi novio?

—¿Sigues con ese perdedor? Tú lo que necesitas es poner tus lindos ojos en alguien que vaya en serio contigo, un hombre con ideales.

—¿Un comunista? No, gracias.

—No, cariño. Un anarquista como tu servidor.

—Me suena a lo mismo.

—¿Qué tal si luego de ver la película te invito a bailar al Bombay y te explico la diferencia?

—¿Vas a platicar mientras bailamos?

—Bueno, no, pero…

La chica solo le sonrió por respuesta y fue a atender las mesas. Sacristán volvió a mirar el titular del periódico.

—Una canallada, ¿verdad? —le dijo al libanés.

—¿Cómo?

—La bomba.

Miró la noticia y se encogió de hombros. A unos metros, un mesero le hizo una seña a Sacristán de que tenía llamada telefónica. Este fue a la caseta y tomó la bocina.

—¿Sí?

—Sacristán, hay acción —le dijo Galindo.

36

El portero del edificio levantó la vista del crucigrama del periódico y miró por encima de sus gafas al hombre que tenía enfrente: un tipo alto, delgado, bien parecido, de ojos azules y cabello castaño que parecía suave y fino.

—Busco al señor Petersen del departamento 407.

—¿De parte?

—Hugo Hansen.

El portero frunció levemente las cejas y revisó de nuevo al tal Hansen.

—¿Tiene alguna identificación?

Enseguida recibió aquel pasaporte que decía: «Hugo Hansen, suizo, cocinero». No había dudas. Debía entregarle el mensaje.

—El señor Petersen dejó algo para usted. —Se desplazó por el mostrador y tomó algo de un mueble empotrado en la pared con los números de departamentos en los cajoncitos. Volvió frente a Hansen y le dio un sobre. Este lo recibió un tanto confundido.

—¿El señor Petersen no está?

—El señor Petersen ya no vive aquí, pero dejó eso para usted. Es todo.

Desconcertado, Müller salió del edificio mientras el portero levantaba la bocina y discaba un número. Afuera, abrió el sobre y leyó el breve mensaje: «¿Buscabas el libro, idiota? Espero hayas desembarcado bien en Veracruz…».

Pese a su sorpresa y contrariedad, Müller esbozó una leve sonrisa.

—Gordo hijo de puta —masculló.

37

Un sujeto que tenía el aspecto de estar recuperándose de una penosa enfermedad aguardaba en el vestíbulo del búnker en San Sabba. Ese sujeto era Karl Petersen. Le estaban haciendo esperar ya casi una hora, pero no la resintió, pues ocupó ese tiempo en rememorar su viaje de principio a fin. Había llegado tan enfermo al caserío en la playa de Ondarreta, San Sebastián, que Manuel Echeverri, su colega grafólogo, le pidió a Primitivo, el portero de la finca, que fuera de inmediato por el médico. Enseguida llevó a Petersen a la habitación de huéspedes y lo obligó a recostarse. Petersen insistía en ponerse a trabajar enseguida, para descifrar el código de El Principito*, pero Echeverri tuvo sentido común: lo apremiante era salvarle la vida a ese desdichado que sudaba a mares y, salivando, hablaba incoherencias sobre «un niño de otro planeta que estaba por invadir Alemania».*

Al médico le tomó diez minutos diagnosticar una peritonitis aguda. No había más tiempo que perder. Una ambulancia llegó a la puerta del caserío y se llevó al enfermo ya inconsciente. La intervención quirúrgica duro cuatro horas y cuando Petersen abrió los ojos, doce horas después, se enteró de que le habían extirpado un trozo de intestino y debía guardar reposo absoluto varios días, además de llevar una dieta rigurosa. Dos días más tarde, siguió su convalecencia en casa de Echeverri, quien se portó sumamente hospitalario. Hizo entrar a la habitación a Manuela, su mujer; a Isabela y Arantza, sus hijas adolescentes, y a Emilio, el hijo de nueve años, para presentarles al amigo alemán que estaba de visita. Petersen respondió educado y amistoso, sobre todo con los chicos, diciéndoles que también él los esperaba en Alemania para corresponder la visita.

Primitivo y Vitoria, la doncella, se sumaron a las atenciones, diciéndole al huésped que no dudara en llamarlos cuantas veces hiciera falta. Petersen agradecía todo con su curioso castellano añadiendo un «ya, ya, ya» que equivalía a un «sí, sí, sí», sonriente y entusiasta. Pero esa primera noche estuvo a punto de reventar en cólera al no ver el libro sobre el buró. Cuando Echeverri entró tuvo que correr a sostener al alemán, pues lo encontró a punto de derrumbarse en la

puerta. Lo llevó de nuevo a la cama mientras este le exigía el libro. Echeverri intentó tranquilizarlo, diciéndole que él ya estaba trabajando en descifrarlo.

—¿¡Pero cómo!? —protestó Petersen—. ¡Eso es muy ofensivo para mí! ¡El libro es mío! ¡He venido hasta su casa para trabajar juntos, no para que me haga a un lado!

Echeverri lo miró, primero ofendido y luego tolerante; aquel hombre no estaba en su sano juicio, la enfermedad lo tenía mal de los nervios.

—No lo tome así, Petersen; solo estoy adelantando un poco mientras usted se recupera. Lo único que he hecho es ponerles reactivo a las páginas para ver si fueron trabajadas con tinta simpática…

—¿Que ha hecho qué? —exclamó Petersen—. ¿Reactivo? ¿Qué reactivo? ¡Puede maltratar el papel! ¡Corroerlo! ¡Destruirlo por completo!

Ambos sabían muy bien que eso no tenía sentido.

—¡Quiero ver mi libro ahora mismo!

—No se preocupe, lo verá. Pero cálmese ya. Le está haciendo daño.

—No sabe cuánto, Echeverri, no sabe cuánto. Y déjese de condescendencias. No estoy aquí para que me presente hasta al perro de la familia. He venido a trabajar, no a hacer amigos. Ustedes los españoles están muy pero muy poco enterados de lo que sucede con la guerra. No se han jugado el pellejo realmente con nosotros, su Francisco Franco le dio largas al Führer cuando se vieron en Hendaya. Las cosas como son. No pretendo ofenderlo, pero tampoco me tome por idiota.

Echeverri optó por la sabia decisión de no entrar en esa batalla, considerando, además, que Petersen estaba en total desventaja. Le pidió que descansara lo más posible y al día siguiente hablarían más calmados.

—Hablar, no —refutó aquel cuando vio a su colega ir hacia la puerta—. El Principito. *Tráigalo. Quiero ver que está intacto.*

No pudo pegar el ojo en toda la noche. Tuvo que mantenerse en una misma posición, insoportable y dolorosa, pues no podía mover su masa corporal, además de que, al menor esfuerzo, sentía la rajada abrirse. Esas horas las dedicó a un único pensamiento: el libro. A la posibilidad de que cuando consiguiera descifrarlo fuera demasiado tarde, pero también de que Echeverri lo hiciera por su cuenta y se adelantara a revelar la información, llevándose el reconocimiento. Incluso, ¿por qué no?, una Cruz de Hierro al extranjero más alemán que cualquiera. Pero también se reprochó a sí mismo la forma estúpida y grosera en que le había reclamado, no solo por la falta de modales, sino de estrategia.

Cuando Echeverri se presentó al día siguiente, Petersen le ofreció una larga disculpa. Nada de lo que le había dicho era en serio. Si le contara todas las vicisitudes que pasó durante el viaje, sobre todo en Andorra, lo comprendería.

—Claro que lo comprendo, colega —dijo Echeverri sin resentimiento alguno —. Usted lo que tiene que hacer es reponerse. No tocaré más el libro hasta que lo

trabajemos juntos. ¿Está de acuerdo con eso?

—Es usted la comprensión andando, amigo Echeverri, pero tampoco puedo estar inactivo tanto tiempo. Urge trabajar. Debo irme pronto y presentar mis conclusiones. Es decir, nuestras. Podemos trabajar aquí. Es un sitio amplio y cómodo.

—Le propongo que sea en tres días.

—¿Tres días? Creo que no me entiende. ¿Cómo puedo explicárselo? Prácticamente toda la guerra fue hecha para una lucha final, la del desembarco de las fuerzas enemigas.

—Ese ya sucedió. Los americanos rompieron en Muro Atlántico.

—Le digo que ustedes están poco enterados de las cosas… Yo hablo de un nuevo desembarco.

—Somos humanos, Petersen. Usted estuvo a nada de morir. De verdad le propongo que comencemos a partir de mañana. Necesita estar fresco, fuerte, inspirado… Hoy no piense en nada que no sea su salud. Aliméntese bien y descanse. Mi casa y mi servidumbre están a su entera disposición. Voy a requerirlo muy entero para que nos concentremos en el libro, ¿de acuerdo?

Petersen lo miró con recelo, pero asintió.

—El libro está bien, ¿cierto?

—Sí.

—Prométame que es verdad, que no adelantará trabajo.

—Ya le he dicho que no. De hecho, lo está leyendo Emilio.

—¿Emilio?

—Mi hijo.

La mirada de Petersen se ensombreció de nuevo.

—Es un niño muy cuidadoso y gran lector —repuso Echeverri al notar su gesto descompuesto.

Cuando volvió a quedarse solo, fue enfureciéndose a fuego lento. Cada palabra dicha por Echeverri le pareció indignante. «Voy a requerirlo muy entero». ¿Que él me va a requerir a mí? ¿Acaso soy su lacayo? ¡Hijo de la gran puta! ¡Español de mierda! ¿Y cómo se le ocurre al hijo de perra darle el libro al mocoso? «Es un niño muy cuidadoso y gran lector». ¡A mí qué diablos me importa lo que sea ese engendro semilla de deformidades…! Quedaba claro que Echeverri no era más que un ignorante, ajeno a la gravedad de los hechos, al devenir de la historia.

¡Miserable, miserable, mil veces miserable!

—Policía Federal —dijo Felipe Sacristán en voz baja, mostrándole a Müller su identificación, mientras su compañero lo sujetaba de un brazo y le señalaba la puerta abierta de un coche de la Secreta, al pie de la calle.

Müller intentó guardarse la nota de Petersen, pero Sacristán se la quitó y se la guardó él.

El portero salió del edificio y los vio partir.

38

Las cosas no podían salir bien si nuestra primera vez fue en la cama de su tía muerta. Lo supe cuando la oí cantar en la cocina mientras preparaba el desayuno. Pero antes de ir a decirle algo, me quedé otro rato en la cama, prolongando la fantasía, con las manos detrás de la nuca y la mirada puesta en la fea lámpara del techo. Hacía tiempo que me daba por descontado en las lides del amor, ni siquiera era algo que me importara. De hecho, cuando Romina se lanzó sobre mí estuve seguro de que iba a decirle un «lo lamento», pero ante mi propio asombro el tigre lanzó su rugido vital y despertó. Aquel olor a tía vieja se fue entre sudores y gemidos. La oscuridad hizo su parte volviendo casi invisible la decoración de flores y la gran cruz de madera de la pared. A ratos nos quedábamos adormilados, pero la cercanía de su cuerpo me despertaba y la tocaba por el puro placer de la caricia, por el goce de sentirla desnuda. No menos placentero fue escuchar su voz en la oscuridad, separarla del cuerpo que la habitaba y escucharla risueña, contando cualquier íntima trivialidad, como que siempre tenía los pies fríos o que, si me fijaba bien, el pequeño tatuaje que tenía en un pie era un pez, aunque parecía una llave.

—No esperes gran cosa —me advirtió al verme en el marco, mientras llevaba los platos con huevos revueltos a la mesa—, no cocino nada complicado.

—Esto no va a funcionar…

Se quedó de piedra tres segundos y espetó:

—Relájate, Aurelio, no te estoy pidiendo matrimonio. Desayuna y nos despedimos bien, ¿sí?

Desayunamos en silencio, sonriéndonos incómodamente cuando se encontraban nuestras miradas. No más de tres minutos. Entonces dejó caer el tenedor bruscamente.

—¿Qué carajos pasa conmigo? —Se tapó la cara con las dos manos—. ¡Siempre lo arruino! No, no digas nada. Cuando quite las manos, no quiero que sigas aquí. Y perdóname. Es mi culpa, yo tomé la iniciativa. Casi te

obligué…

Anticipé el futuro. A partir de ese momento nos evitaríamos mutuamente, a veces nos encontraríamos sin remedio en las escaleras o en la puerta del edificio. El saludo sería rápido, fugaz, casi ofensivo por la prisa. No habría más charlas sobre nuestras cosas personales. En el mejor de los casos, terminaríamos por ni siquiera decir un *hola*.

A las pocas horas me arrepentí. Había echado a la basura la oportunidad de tener algo más que limpiar despojos, que la filia absurda por los libros. Malditos libros. Miserables. Llenos de palabras que en realidad solo son eso; uno es el que les da sentido. Enfurecí aún más al verme en el sofá con *El Principito* en las manos, dispuesto a leerlo por quinta vez. «¡Hijo de puta!», le grité. Lo guardé en una caja de zapatos viejos y lo refundí detrás del hueco de la estufa. «¡A ver si te quemas ahí, cabrón!», aullé.

Por fortuna, la realidad me sacó de mi casa. Efrén me citó otra vez en La Habana para hablarme del Rolex; no es que quisiera saber más de esa mierda, pero era mejor que seguir pensando en mi jodida vida amorosa.

Cuando entré al café, me sorprendió verlo con uno de los policías, Ramiro Sangrador.

—Siéntate, amigo, el agente y yo estamos teniendo una charla muy interesante. Me estaba leyendo notas de periódicos. ¿Las leería otra vez para que mi colega se entere?

—Claro… —Chaparro leyó en su celular—. «Tres integrantes de la banda conocida como Los Rolex fueron detenidos la noche del miércoles luego de asaltar a una persona para robarle un reloj en las calles de la colonia Polanco…».

—¿Oíste, colega?

—Sigo: «El pasado mes de noviembre, se dieron a conocer los videos del momento en que fue asaltada la joyería La Pequeña Suiza, en el centro comercial Santa Fe. Se calcula que los delincuentes se embolsaron cerca de veinticinco relojes de lujo de la marca Rolex».

—¿Qué te parece, Aurelio? Al parecer tenemos una mercancía muy codiciada. Y lo que son las cosas: no veo a nadie con uno cuando viajo en el metro… —Se echó a reír.

No me gustaba la forma en que iba dejando de ser el Efrén desconfiado para irse convirtiendo en ese cínico que me miraba con expresión triunfal; no tanto por el defecto en sí, sino porque no parecía darse cuenta de que jugaba con fuego…

—Le estaba mostrando al agente esta belleza… —Sacó su teléfono y le acercó a Sangrador la foto del Rolex—. ¿A poco no es una chulada, agente? Ya estuve averiguando sus características en internet: acero y oro amarillo de dieciocho quilates, carátula color champán, espiral azul paramagnética… que

quién sabe qué chingados significa, pero suena bonito. Ya le conté al agente que nuestra última oferta fue de ocho melocotones. —Me hizo un guiñó.

—Y yo ya le dije que se está cagando fuera de la bacinica, Efrén. Ese modelo valía tres cuando estaba nuevo, dos usado y unos ochocientos mil por la carátula rota.

—En eso no se fije, se le cambia y hasta queda mejor. Por algo todo el mundo anda bien perro queriéndolo comprar… Ya le dije que tenemos varias ofertas, todos se lo andan peleando.

—Mándenme la foto, pero no les prometo nada.

—Nada se pierde con indagar. Yo se la mando. A su mismo número, ¿verdad?

Sangrador asintió, se puso de pie, chocó manos con Efrén, luego conmigo y se fue al carajo.

—Quita esa jeta de monja cagona, Aurelio.

—Le vas a enviar la prueba del delito.

—No le voy a mandar nada, nomás le di el avión. Además, lo que quiere es sacar raja, no meternos al bote.

—Esto no me está gustando, Efrén.

—Ya sé que no, siempre te acobardas a la hora de las decisiones que pueden cambiarte la vida. Te faltan huevos, amigo. Perdón que te lo diga.

Pensé en los del desayuno y en Romina. Efrén me estaba leyendo la mente… ¿Y si iba a tocar a su puerta y simplemente me le iba encima, como ella hizo?

39

Manuel Echeverri se fue de espaldas al ver a Petersen de pie en el marco de la puerta. Parecía un árbol a punto de caer. Sin duda lo sostenía la fuerza del orgullo, pues el tono ceroso de su piel y el temblor de su cuerpo revelaban que aún no estaba ni remotamente sano.

—Qué lugar más interesante —dijo lanzando la mirada al techo alto con sus vigas, al escritorio de madera robusta, a los sillones de piel color tabaco y a una vitrina con fotografías de la no muy lejana guerra civil, un rifle y otros recuerdos bélicos. Lo mismo que al gran anaquel repleto de libros y a ese suelo de ladrillo con su tapete del pelaje de algún animal, quizá cazado por Echeverri, como la cabeza del jabalí que adornaba uno de los muros blancos.

—Por favor, siéntese —pidió el anfitrión, más en tono de preocupación que de cortesía.

Petersen se desplazó con la lentitud de un paquidermo y, luego de algunas maniobras, se dejó caer en el mullido sofá, lanzando un largo suspiro de alivio.

—Y bien, colega… —sonrió macilento—. ¿Dónde está mi Principito*?*

Poco después de que Echeverri le pidiera a Primitivo, el conserje, hacer venir a su hijo, este apareció con el libro. Petersen no veía la hora de arrebatárselo. Antes tuvo que decirle lo buen mozo que era, además de que, sin duda, sería tan inteligente como su querido padre. Emilio, por respuesta, le sonreía cándidamente, mirando al enorme alemán con absoluta admiración. Ya su padre le había contado lo heroicos que estaban siendo los nazis al pelear contra varios países, además de describirle sus tanques Panzer y los intrépidos aviones de la Luftwaffe, que en la mente del niño se convirtieron en armas épicas.

—¿Qué te pareció? ¿Entretenido? —preguntó Petersen, estirando las manos para tomar el libro de una buena vez.

—Sí, señor.

—Tío Karl, llámame así.

—Dale las gracias, Emilio —ordenó Echeverri.

—Gracias. Me gustó mucho. El Principito le enseña muchas cosas al piloto.

—¿En serio? ¿No te pareció un…? ¿Cómo le llaman ustedes? ¿Un quejica?

—Al contrario, el piloto es el que se queja. El Principito le dice muchas cosas sabias, hasta que lo hace entender.

—¿Entender qué, mi niño?

—Cosas de la vida.

—¡Cosas de la vida! —repitió Petersen echándose a reír—. ¡Chico listo! Tanto como ese condenado Principito.

A partir de ese momento, Petersen y Echeverri dedicaron todas sus energías a la búsqueda del mensaje escondido entre las páginas, no sin que Petersen se viera obligado a parar constantemente a causa del dolor y la fatiga. En una de esas ocasiones se disoció de su cuerpo y decidió tratarlo con rigor y desprecio, seguro de que este terminaría por obedecer a la voluntad. El resultado fue la visita del médico y otro día entero de reposo bajo los cuidados de Vitoria y las solícitas hijas de Echeverri que, al que igual que Emilio, ya también lo llamaban tío Karl. Pero el médico trajo algo nuevo a la dieta de Petersen, una sustancia que le abrió un mundo antes desconocido, de paz y real indiferencia ante el dolor: la morfina. Esta se convirtió para Petersen en su gran amor, y llegó a imaginarla como un espíritu misterioso y sensual de tiempos de los druidas, que se manifestaba brevemente en cada dosis. Demasiado brevemente, eso sí. Por eso él iba rindiéndose a sus pies y recurriendo a ella cada más más seguido.

Sin embargo, envidiaba la fortaleza natural de su colega, que tenía el temple recio de los vascos y no necesitaba otra cosa que el buen comer y unas cuantas horas de reposo. A diferencia de Petersen, aquel presumía haber peleado por su patria no solo con sus conocimientos, sino combatiendo como corresponde a un hombre de verdad, con las armas. En una ocasión lo llevó frente a la vitrina del estudio para mostrarle las fotos donde vestía, gallardamente, el uniforme del ejército franquista, mismo que usó durante la infernal ofensiva de Vizcaya. Nadie le había venido a contar sobre esa batalla mientras él se refugiaba en los libros. No, señor. Él había cerrado esos libros, cogido el fusil, que ahora descansaba en esa vitrina como un testigo mudo de múltiples hazañas, y partido a combatir, para salvar a la patria del comunismo. Ahí estaban las cicatrices de las esquirlas de plomo en sus brazos, por si había duda. Hoy por hoy, si «los rojos» no habían impuesto su flagelo, se debía a hombres como él. ¡Que viva España!

Para colmo, ese Echeverri no resultó un criptógrafo más, sino una eminencia capaz de llevar la criptología a otro nivel; la nutría de un profundo conocimiento de la historia y literatura universales. Petersen, celoso de su tiempo y de descifrar El Principito, *podía dejar eso por un rato y embeberse en las disertaciones de su colega, que hilaba con gran ingenio la invención del cifrado de mensajes, por parte de Julio César, usado por él mismo —según hipótesis del propio Echeverri— en la batalla de Zela, que devino en la célebre frase del emperador,* «Veni, vidi,

vici», *hasta dar un salto histórico y explicar, paso a paso, la guerra de códigos entre Napoleón y su contraparte inglesa, donde estos últimos lo vencieron al decodificar cada uno de sus cifrados, incluyendo aquel que Napoleón pensó que sería inexpugnable:* le Grand Chiffre de Paris.

Por si todo eso no bastara, Echeverri recitaba de memoria versos del Medievo, deteniéndose a descifrar las palabras en las que los amantes escondían los mensajes de su amor prohibido. Petersen había, pues, caído en buenas manos, porque su colega —al que ahora respetaba— le dijo que compartía su hipótesis: si El Principito *escondía un código, este no se encontraba en una mera sustitución de letras sino en su trasfondo literario.*

Pero ¿cuál era ese trasfondo? El tiempo corría en contra, junto con la mala salud de Petersen, que un día, drogado de morfina, descubrió que no había entendido una sola palabra de su interlocutor cuando este le explicó cómo había dividido en párrafos la historia del Principito *y conectado con otras historias del autor.*

—¿Cómo dice? —interrogó con pena de sí mismo.

—El autor, Petersen, el autor… Si bien la inmanencia del texto habla por sí misma, soy partidario de no separarla del autor y sus demás obras. No olvidemos que estamos hablando no solo de un escritor, sino de un piloto de guerra...

—Perdóneme, no lo sigo…

—Antoine de Saint-Exupéry. Piloto francés. Murió hace dos años en algún tipo de misión...

—No lo había pensado, y tampoco sé quién fue ese Antoine…

Echeverri lo miró con franca sorpresa. Se dirigió al estante de libros.

—Por aquí debo tener una foto… Sí… Mire… Este es.

Los ojos de Petersen penetraron como clavos ardiendo la fotografía de Antoine de Saint-Exupéry, que miraba a la cámara del fotógrafo. También podía verse un avión en segundo plano. Ese rostro, esa mirada un tanto somnolienta se le fueron haciendo borrosos, hasta que de pronto cayó de bruces contra la fotografía.

—¡Petersen! —fue lo último que escuchó.

A partir de ahí las cosas se tornaron como un sueño. De nuevo estaba postrado en cama. Entre Manuela, sus hijas y la doncella lo sujetaban fuertemente a la cama, mientras Primitivo le ponía una inyección diciéndole que era para que el señor pudiera descansar. De algún sitio, Petersen sacó fuerza para mover el brazo. Solo un poco de aquella sustancia entró a su sangre antes de que la jeringa cayera al suelo y se rompiera, pero eso bastó para ponerlo fuera de combate. Con los ojos vidriosos y la mirada lerda vio a las mujeres y al mozo desapareciendo en la puerta como espectros que se diluyen en el aire. Luego, como en una película, se representó imágenes de un segundo desembarco, con miles de soldados y armas alcanzando territorio alemán. Sus compatriotas caían

sin remedio en medio de las explosiones, de las grandes y numerosas armas de sus enemigos. No había nada que hacer. Todo estaba perdido. ¿Culpa de quién? De un solo hombre, del que no llegó a tiempo para decirles a sus superiores… qué superiores ni qué nada, al mismísimo Adolf Hitler, en qué punto de la frontera entrarían los enemigos. ¡Ese hombre despreciable se llamaba Karl Petersen!

No todo está perdido, se dijo, convencido de que las imágenes no eran hechos consumados, sino un anticipo futurista, una advertencia de su amante, la dama morfina. Nada de eso tenía por qué suceder si él se aprestaba a su misión. Había que reconocerle a su colega Echeverri la habilidad para deleitarlo con sus sofismas y elocuencia, cuyo propósito no era sino boicotear la misión. Las ratas saltaban del barco cuando estaba a punto de hundirse. Los amigos se tornaban enemigos con tal de salvar su pellejo. Pocos eran los que se mantenían firmes, leales.

Consiguió ponerse de pie. Fue hasta la puerta sorprendido de que no le costara trabajo moverse. No cabía duda que su temple, esa fuerza aria escondida, solo podía surgir de una genética única, años luz alejada de la revulsiva mezcla de otras razas que, a su juicio, merecían vivir, ¿por qué no?, pero en su propio hábitat, como los monos entre los suyos. Su opinión distaba de hombres como Goebbels, Göring o Himmler; él no quería borrar de la faz del mundo a ninguna raza en especial. Creía loca y secretamente, si así se quería ver, que las razas evolucionaban a su propio ritmo, quizá llevándoles millones de años, pues todas eran producto de otras razas originadas en los confines de otros planetas. ¿Acaso había que acabar con la oruga porque aún no era mariposa? ¡Dejen que de su repugnante aspecto un día se conviertan en algo bello! Lo único que se debía hacer era mantener al gusano en donde se moviera cómodamente. Muchas veces en un trozo de defecación, donde hacía agujeros y cuevas para vivir. Él sabía por qué lo hacía, no había por qué juzgarlo. «Solo no pisemos la mierda ni nos llevemos el olor a casa». Sí, la casa, el hogar que era la patria del Hombre en su máxima expresión. El Hombre, con letras mayúsculas. El Alemán.

Avanzó despacio en la oscuridad. Ya todos dormían y los grillos cantaban excitados por el sereno de la noche. Comprendió de dónde venía la fortaleza de esos vascos. El aire se colaba por los ventanales, limpio, enérgico, nutricio. Fue hasta el despacho, nunca olvidaría ese despacho, las horas deleitosas escuchando al sabio Echeverri. Giró la llave en el cerrojo de la vitrina. Siempre estaba ahí colgada. Tomó la carabina Tigre, la cargó con doce cartuchos calibre 11 de la caja de municiones que estaba a un lado; no habría ido a la guerra como ese presuntuoso, pero sabía usar un rifle. Lo sopesó en sus manos. Dos kilos con novecientos gramos, murmuró.

—Petersen, ¿qué hace de pie?

Petersen giró y descubrió a Echeverri en pijama al lado de la puerta.

—Volarle las entrañas, querido colega —respondió amistoso y tiró del gatillo.

El estómago de Echeverri reventó junto con un largo alarido. Petersen caminó hasta él y lo contempló en el suelo, jadeando ahogadamente, mirándole con ojos desencajados.

—Gracias por su hospitalidad… —Le recargó la boca del rifle en la frente y tiró de nuevo, esparciendo lo que en apariencia eran sesos, pero que contenían sabiduría, como el gusano a la mariposa.

Al salir al pasillo vio a Manuela, que venía hacia el despacho alertada por la detonación. Se paralizó un instante, dio un giro de ciento ochenta grados y corrió por donde vino. Petersen le disparó en la espalda. Pasó a su lado y pensó que esa dama era a quien menos había tratado de la familia Echeverri. Le parecía una mujer discreta, devota de la Virgen, como ahora que musitaba un lánguido «Madre de Dios, perdona mis pecados», para quedarse con el Jesús a media boca.

Le resultó difícil saber cuál de las dos hijas era la más bella, si Arantza a sus catorce o Isabela a sus dieciséis. Ambas copias de su madre, blancas de piel, nariz robusta y ojos claros. Dormían tan plácidamente que pensó en sí mismo, cuando también era muchacho y el sueño no era un cúmulo de malestares. Cuando papá llegaba y se lo montaba en los hombros y corría con él por toda la casa, mientras mamá hacía la cena. Qué bellos tiempos. Le disparó a Arantza en el pecho, en un segundo Isabela se irguió gritando. Petersen giró y le voló la cabeza contra la pared.

Ese caserío tenía demasiadas habitaciones, así que le costó encontrar la de Emilio, pero no tuvo duda de que debía ser esa, con los aviones de guerra colgados de hilos en el techo y aquel mueble con soldaditos de plomo. La cama estaba vacía.

—El tío Karl está aquí. Ven a saludarlo. Cuéntame más de nuestro amigo el Principito…

Fue despacio hacia la cama al notar que el bies se había agitado un poco.

—Chico listo…

Inclinó con pesadez una rodilla, movió la cobija de un tirón y miró bajó la cama. Un gato le devolvió un cerrar de ojos apacible.

Poco después, volvió al despacho, se sentó exhausto con el fusil a un lado. Había una jarra con agua, se sirvió un vaso y lo disfrutó como si viniera del desierto. Miró el libro sobre el escritorio.

—¿Nos vamos ya, amigo?

Caminó a lo largo de la playa con el libro metido en el cinturón y el rifle sobre un hombro, sintiendo el vaivén de las aguas frías que tocaban sus pies y se recogían enseguida. La luna ocupaba un espacio nítido en el cielo. A lo lejos descubrió tres siluetas ir apresuradamente. Le pareció que se trataba del chico listo, el conserje y la doncella. Se detuvo, llevó el fusil a posición de tirador. «¡Espera!», le dijo una voz, «¿no lo ves, Karl? ¡Son ellos! ¡El Principito y el piloto y la rosa! ¡Déjalos marcharse!». Una larga sonrisa se le estiró en la cara.

—Alguien tiene que ser la serpiente —murmuró. Tiró del gatillo.

El ruido rasgó el aire y las siluetas corrieron más deprisa. Petersen afino la puntería y tiró de nuevo. La doncella se desplomó. Primitivo regresó unos pasos con la intención de recogerla, pero al parecer ya no tenía sentido y siguió corriendo junto con Emilio.

Petersen tiró de nuevo, Primitivo dobló rodillas en la arena y cayó. El niño se quedó junto a él unos momentos, pero quizá por insistencia de este volvió a correr. Petersen apuntó, disparó y erró. Volvió a afinar, disparó y Emilio cayó fulminado. Un manotazo de agua lo arrastró al mar.

Petersen lanzó el rifle a un lado y siguió caminando. A su lado descubrió que llevaba de la mano al Principito. Caminaban de regreso a casa.

—Ya puede pasar —le dijo Müller a Petersen, asomándose al vestíbulo.

Este se puso de pie, entró y vio ahí al grupo habitual: el mayor Lutz, el capitán Farinacci y el general Colombo. Müller permaneció junto a la puerta.

—Caballeros, lamento la tardanza, tuve un viaje muy accidentado…

Abrió la valija, sacó el libro y lo puso sobre el escritorio.

—¿Encontró algo? —preguntó Lutz, impaciente por los modos pausados de Petersen.

—Claro, claro que encontré algo. A eso voy. Créanme que si alguien ha tenido que padecer la espera soy yo…

Los hombres compartieron miradas.

—¿Qué consiguió descifrar? —interrogó Farinacci.

Petersen sacó de entre las páginas del libro la foto sustraída de casa de Echeverri.

—Que el hombre que tenemos prisionero es este, Antoine de Saint-Exupéry.

40

Felipe Sacristán y su compañero Lorenzo Arias habían dejado a Hugo Hansen en una sala de la policía en la calle de Revillagigedo, mientras el inspector Galindo se ocupaba de llamar a la Secretaría de Gobernación, con el pasaporte de Hansen en la mano, para recabar información. En realidad debía cuidarse, no fuera que se metiera con la persona equivocada, uno de tantos alemanes que la amiga íntima del secretario, Hilda Krüger, pudiera estar interesada en ayudar, de compatriota a compatriota. «Dice que el señor Hansen es suizo, ¿no es así?», fue lo que le dijeron del otro lado de la línea a Galindo, dándole pie a que hiciera lo que le pareciera bien con el individuo.

Entonces, Sacristán y Arias pudieron entrar en acción.

—¿Dónde está Karl Petersen, hijo de tu chingada madre?

—Tranquilo, Arias. Seguro que el señor Hansen es un caballero y quiere cooperar con nosotros, ¿no es así, Hansen…? Disculpe a mi colega, no es muy paciente. ¿Quiere café? —Sacristán se desplazó a la puerta, la abrió y gritó del otro lado a alguien que les hiciera llegar una jarra de café, mientras Arias miraba violentamente a Müller y este, a su vez, pensaba que el par de sujetos jugaban a los policías bueno y malo.

Sacristán se aflojó la corbata, sacó la nota que le había quitado a Müller en la puerta del edificio y leyó en voz alta:

—«¿Buscabas el libro, idiota? Espero hayas desembarcado bien en Veracruz…». ¿Qué nos dice de esto, amigo Hansen?

Müller tuvo tiempo de calcular su respuesta, pues una mujer entró con la jarra de café y tazas; dejó todo en un mueble, recibió un gracias y se marchó.

—Conocí a Petersen en el barco donde llegamos juntos de Mar del Plata.

—Y se hicieron buenos amigos…

—Solo compañeros de viaje.

—Claro, un grupo de extranjeros que dejan atrás su tierra y terminan congeniando. ¿Quién más venía con ustedes?

—No lo sé, había muchos pasajeros.

—Así que también eres nazi —apuntó Arias.

—Nunca dije tal cosa.

—Aceptaste que ambos dejaron atrás su tierra.

—Pero no que fuera la misma.

—Cuidado en cómo me respondes, cabrón.

—¿Cómo quiere que lo haga?

—Con respeto, mamoncito. Aquí no estás en tu tierra. Soy el agente Arias para ti.

—Ya, tranquilo, colega...

—Míralo bien. Este cabrón es tan alemán como Petersen, su puto pasaporte es falso… Pero aquí te chingas, nazi de mierda, te vamos a romper tu madre hasta que nos digas tu verdadero nombre y dónde está tu amigo. Tú dices si te voy poniendo unos cables en tus huevos mojados para que sientas cómo titila el foco.

—¿Es eso legal?

Arias rompió a reír ante la pregunta. Sacristán le sirvió café a Müller y, por encima de la taza, escarbó en su rostro. Le pareció imperturbable: ni un tic nervioso, nada que revelara sentirse intimidado con las amenazas de Arias.

—Claudio von Bremmer —dijo buscando una reacción—. ¿Le suena el nombre?

—No.

—Bien, Hansen, lo que no me checa es que buscara a Petersen solo para que le devolviera un libro.

—El libro era un pretexto, intento formar un nuevo círculo social.

—¿Por qué dejó Suiza?

—Un cambio de vida, salir de la rutina.

—¿Dónde aprendió a hablar español?

—En la escuela.

—Lo habla bastante bien.

—Gracias.

—¿Y qué le pareció el libro?

—¿El libro?

—Sí, *El Principito*.

Müller demostró sorpresa al comprender que Sacristán estaba bien enterado del libro. Pero Arias no encontró sentido en el abordaje de Sacristán y lo miró inquisitivamente. Este no se dio por aludido.

—Es la historia de un niño que viene de otro planeta y luego de convivir con un piloto francés y enseñarle algunas ideas hermosas de la vida vuelve a su mundo…

—¿De verdad? ¡Vaya, qué buen resumen!

Sacristán echó la mano al bolsillo, sacó una cajetilla de Faritos, la sacudió y

le ofreció a Müller, lo cual acabó de impacientar a Arias. Müller aceptó el cigarro; le parecía curioso y pequeño. Sacristán le dio lumbre y Müller lo agradeció con un gesto.

—Un niño que viene de otro planeta, vaya cosa, ya la sola idea de que exista vida en otro mundo suena descabellada. ¿Tú qué piensas, Arias? ¿No te parece asombroso?

Este lo miró con una rabia que ya no solo iba dirigida hacia el extranjero, sino también hacia su colega, y guardó silencio.

—Agentes —llamó alguien, dando un par de golpes a la puerta—. Galindo quiere verlos. Ahora.

Arias y Sacristán se miraron, salieron de ahí dejando solo al interrogado. Por el pasillo, Arias detuvo a Sacristán.

—¿Qué carajos fue eso?

—Poniéndolo a la defensiva no sacas nada, Arias.

—¿Y tú mamándole los huevos, sí? ¿Qué pendejada es esa de hablar de libros y darle su cigarrito al cabrón? ¿Te volviste puto o qué, colega?

—Ya te lo dije, con tus amenazas no vas a sacarle nada.

—¿No? Déjamelo una hora y hasta habla chino mandarín.

—Ya sé cómo lo harías, pero te equivocas. La encomienda no es que confiese una mentira como si fuera verdad, sino que nos lleve a Von Bremmer. ¿No te lo explicó Galindo?

—No me pendejees, Sacristán. Aquí el que trabaja por fuera eres tú.

—Se te sale por los ojos lo mucho que te dio gusto esa noticia, ¿fuiste a celebrarlo al Gallo de Oro con los demás intrigosos? ¿Te volvieron a sacar arrastrando del pedo que agarraste?

Arias sujetó a Sacristán por la corbata.

—¿Vienen ya? —La cara de Galindo se asomó al fondo del pasillo.

Dejaron la bronca y entraron a la oficina. Galindo ya estaba detrás del escritorio.

—Déjenlo ir.

—¿Qué cosa? —protestó Arias.

—¿Amigo de la señorita Krüger? —interrogó Sacristán.

—Sí, parece que alguien le tiene aprecio. Suéltenlo y acompáñenlo a un café, se despiden de él muy hospitalarios, «mi casa es tu casa» y todo eso, y le dicen que, si llega a saber algo de Petersen o Von Bremmer, se comunique con nosotros.

Poco después, salieron con Müller a la calle. Sacristán insistió en que le invitarían el almuerzo para borrar el mal rato que le hicieron pasar. Arias simplemente dio vuelta y se marchó en otra dirección.

Müller y Sacristán ocuparon una mesa en La Blanca.

—Su colega no se anda con rodeos.

—Cada cual tiene su modo de ser. ¿Cómo son los suizos, Hansen? Usted es el primero que conozco. Es como si vinieran de otro planeta, igual que el Principito ese…

Müller sonrió a la vez que la sonrisa cambiaba de dirección y se topaba con la mesera, que se acercó a tomar la orden. Sacristán pudo notar la forma curiosa en que la joven miraba al extranjero, quizá porque también a ella le parecía como de otro planeta.

—Cariño, no gastes tu libreta, tráenos dos menús especiales a mi amigo y a mí.

—¿Tu amigo? Hasta que te conozco uno. —Nati le hizo un guiñó a Müller y se marchó.

—Nati es mi chica —dijo Sacristán con esa frase ambigua que intentaba marcar territorio.

—Muy bonita.

—Gracias por opinar… Aquí le damos la bienvenida a todos, Hansen, siempre y cuando se porten bien —advirtió Sacristán al ver que el extranjero seguía con los ojos a Nati, que se desplazaba a lo largo de la barra.

—Comprendido el mensaje.

—Cambiemos de tema. Sin amenazas de por medio, sin interrogatorios, «al puro chile», como decimos en México. Usted conoce a Von Bremmer tanto como a Petersen. Lo sé porque también sé que ellos llegaron juntos en el barco, así que usted no pudo conocer a uno sin conocer al otro.

Müller lo miró unos segundos.

—Me atrapó, agente.

—¿Qué me dice entonces?

—¿Qué me dice usted del libro? ¿Cómo es que sabe de eso?

—Las preguntas las hago yo.

—¿No me dijo que no se trataba de un interrogatorio?

—El libro lo encontramos en el departamento de Petersen.

—Ese libro es mío. Tienen que dármelo.

—¿Tiene la nota de compra?

—Agente, por favor, solo es un libro, no una pieza de arte.

—Eso mismo digo yo.

—Para mí tiene un valor sentimental, sería muy largo explicarle la historia.

—Me gustan las historias, lo escucho. ¿Se lo regaló su novia?

—Un amigo.

—¿Petersen?

—No, agente, no revuelva. Petersen no es mi amigo. El libro es… Era… De verdad, la historia no viene al caso. Pero aunque le suene extraño, es mi única pertenencia. Por eso fui a buscarlo. ¿Le digo algo más? Petersen me lo robó. Con lo cual le estoy diciendo que si buscan al tipo para joderlo yo estoy de su

parte. ¿Qué me dice ahora? ¿Me devuelven ya mi libro?

—De momento no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque lo está leyendo mi hermano.

—¿Cómo?

Sacristán se echó a reír de buena gana.

—Es una broma, por ahora forma parte de la investigación, pero tendré en cuenta su petición. Ya cedí, ahora usted. Dígame algo que me sirva.

Müller observó a Sacristán. Le pareció un tipo sincero, quizá demasiado transparente, de esos que morían pronto en la guerra.

—Petersen me dijo que llevaría a Von Bremmer con los estadounidenses porque se trata de un científico valioso. Eso es todo, Sacristán.

Este hizo una mueca de derrota. De cualquier forma, le pareció que Hansen no significaría un problema.

Un grito alegre los hizo mirar hacia la barra. Alguien acababa de darle un susto a Nati abrazándola por la cintura. Ella giró y luego de un beso fugaz le dijo al novio que se comportara; este le sonrió y fue a ocupar una mesa, desde donde miró a Sacristán y Müller. Se trataba del agente Arias.

Sacristán se sintió observado por Müller y explicó:

—No diga nada, Hansen, no sé cómo funcionen las cosas en Suiza, pero aquí son de otra forma. Nati es mi chica, pero ella todavía no lo sabe.

41

Tuve la certeza de que lo único que le impedía a Sandoval pararse de la silla y alcanzar a Efrén para sacudirlo por el cuello era su voluminosa barriga y lo paticorto. Pero lo fulminó con la mirada cuando este le recitó tres cosas: una, si él y Cabeza de Muñeca querían el Rolex, valía ocho millones de pesos; dos, le daba cinco días para conseguir al comprador, pues ya teníamos otra oferta; y tres, si volvía a amenazarnos con echarnos del trabajo, se las vería putas con la demanda, pues la liquidación iba a costarle dinero a la empresa y quizá también lo echarían a él por no saber negociar, sobre todo cuando apareciera en algún periódico el reportaje de las características de nuestro trabajo y algunos escandalosos y tristes relatos donde tuvimos que limpiar despojos en casas de gente rica, famosa e importante.

—¿O tú recuerdas que firmáramos alguna cláusula de confidencialidad, colega? —me preguntó.

—No, no lo recuerdo.

—No hace falta que se pongan así, muchachos, estamos entre amigos. —Sandoval revolvió su culo ancho en el asiento—. Yo feliz de conseguirles ocho, diez o cien millones, pero pongan los pies en la tierra; la última vez que hablamos valía tres, además de que juraban por sus muertos que no se lo habían robado.

—Pues sí, cabrón, lo robamos, ¿cómo ves? Así de huevos, igual que el libro y las demás chingaderas. ¿Qué te parece, gordo culero? ¿Algún problema con eso?

No me atreví a mirar la reacción de Sandoval. Después de un breve silencio, lo escuché reír filosamente.

—¿Qué te pasa, Efrén? Ya no eres el mismo.

—¿Cuál? ¿Al que le veías la cara de pendejo?

—Nunca te he visto de ese modo; al contrario, te respeto.

—Tú no respetas ni a tu puerca madre. Ya es hora de que te diga tus verdades. Eres una basura de ser humano, cada vez que veo tu barriga pienso

que la tienes llena de la mierda que tragas, de tus caldos de gallina, de los tacos de cisticercos que pides por docena en los puestos afuera del metro. Y déjame decirte otra cosa: no tienes estilo. Un día llegaste aquí con un traje caro, se te veía como si se lo hubieran puesto a una foca. Si un día vas al circo y aplaudes, seguro que te confunden y te meten al estanque.

—Ya te estás pasando, Efrén. Sigo siendo tu jefe. Por la amistad voy a olvidar tus ofensas. ¿Traen el reloj o nomás andan de hocicones?

—¿Y tú qué dijiste? Estos güeyes me dan el reloj y me los chingo. No, culero, primero consigue al comprador y entonces hablamos.

—¿De a cuánto me va a tocar?

—El diez por ciento.

—Eso me ofende más que todo lo que dijiste antes. Quiero el treinta.

—El quince.

—No te pases, además hay que darle lo suyo a Rufino, él es quien puede conseguir al comprador.

—¿Entonces tú qué pitos tocas?

—Yo conseguí a Rufino.

Efrén se echó a reír y buscó mi complicidad. Yo estaba demasiado frío como para abrir la boca.

—De acuerdo, gordo, cuéntale a Rufino cómo están las cosas y vemos qué procede. Pero deprisa, ya te dije que hay más compradores interesados.

Efrén se puso de pie y se abotonó el saco como hacen los hombres de negocios. Era un saco barato, pero él se movía como si trajera un Armani.

—¿Algo más? —preguntó Sandoval con sorna.

—Sí, algo más. No vuelvas a enviarnos a zona caliente como la vez de Tamaulipas. ¿Queda claro?

Sandoval le respondió con un saludo sardónico. Cuando salimos de ahí, estuve seguro de que reventó en furia y comenzó a planear su venganza. Se lo dije a Efrén mientras íbamos por la calle.

—¿Y qué va a hacer? Joderse.

—¿Por qué estás cambiando tanto?

Se detuvo, indignado.

—¿Por qué? ¿Quieres que te lo diga? ¡Por ese puto reloj perdí a mi único hermano! ¡Se los voy a cobrar muy caro! ¡Es en memoria de Blas!

Hablaba en serio, quizá incluso con el tiempo me diría que lo echaba de menos.

—La verdad no sé qué me está pasando —reconoció—, creo que alguien muy cabrón está surgiendo del Efrén de antes, como en esa novela que me contaste una vez, ¿te acuerdas?

—*El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

—Esa misma.

—Al final Hyde se suicida.

—Chingas a tu madre, Aurelio.

¿Cómo puede cambiar tanto alguien de un día para otro? Me lo pregunté mientras volvía a casa. En definitiva, Efrén me hacía pensar en un hombre de las cavernas que enfrenta una bestia, seguro de que morirá, y cuando logra vencerla le arranca un tajo de carne, la muerde todavía cruda y la alza, victorioso, gruñendo con la boca ensangrentada. ¿A qué bestia había matado y derrotado Efrén? ¿A su hermano? Quizá más bien a todo eso que representaba Blas, quien siempre lo minimizó y que, para rematar, sedujo a su mujer. «Cierra ya la boca», me dije, «¿qué eres tú? ¿Psicólogo?».

Efrén me apreciaba a su manera, pero al mismo tiempo me veía por debajo del hombro. Yo me había acostumbrado a sus descalificaciones, porque en realidad ni siquiera me ofendían. Tal vez yo también debía sacar mi propio míster Hyde, fuerte, cínico, brutal, pues de eso dependía seguir vivos. Seguro que lo tenía dormido en lo más recóndito de mi ser. Me vinieron a la cabeza un par de veces en que puse a dos o tres personas en su sitio. Carajo, ¿por qué no aproveché y le dije a Sandoval que yo también lo despreciaba? ¿Y por qué no le reproché luego a Efrén que me implicara sin preguntarme mi opinión? Hijos de puta los dos.

Tocaron a la puerta. Era Romina. Tenía las manos detrás de la espalda.

—No quiero molestarte, Aurelio, pero encontré algo y no sé qué hacer. Quizá tú sí.

Sacó sus manos detrás de la espalda y me mostró un gato gris de minúsculo tamaño. Una ternura.

42

El que Petersen soltara la bomba de la verdadera identidad del prisionero no resolvió las diferencias entre Lutz y los italianos. Por el contrario, terminaron en un último enfrentamiento en el que, prácticamente y de forma humillante, los italianos echaron a su contraparte de San Sabba, argumentando que necesitaban las instalaciones para sus tropas. Así que los alemanes ya podían irse al infierno y verse las caras con los enemigos a causa de su ineptitud en ese posible nuevo desembarco.

Colombo y Farinacci observaron cómo Lutz hacía subir al prisionero a uno de los camiones en vez de ejecutarlo ahí mismo. «Quizá lo enamoran los escritores», se dijeron y se echaron a reír en su cara.

Esas quince horas de viaje en las que el convoy dejó atrás la Risiera di San Sabba, cruzando Austria y después Checoslovaquia rumbo a Dresde, fueron largas pero apacibles. Los verdes y apretados bosques y poblados a la distancia, como un costado de Salzburgo, hacían parecer que atravesaban un mundo calmo y silencioso. Era ese silencio sobrecogedor, como el que precede la tormenta. Así lo sintió y pensó Müller, que viajaba en el mismo camión que Exupéry, al que con secreta simpatía siguió pensando como el falso Jacques Cazotte, parlanchín y chapucero. Además de una veintena de soldados, ahí también iba Petersen, que a ratos miraba curioso a Exupéry. A su mente llegaban las peripecias vividas, incluyendo, por supuesto, las muchas horas que le dedicó a descifrar El Principito *en medio de su casi mortal peritonitis, así como haber tenido que hacer a un lado ciertas piedras del camino: Himura, Echeverri y su prole vasca. «He ahí», se decía observando al escritor, «al causante de mis furias y desvelos». Ese rostro, ahora inexpresivo, alguna vez tuvo que conmoverse con las ideas que inventaba su cabeza y que esas manos convertían en palabras. Un niño, un piloto, un planeta al que volver…*

—Lo esencial es invisible a los ojos —dijo Petersen en voz alta, intentando pronunciarlo en el mejor francés que pudo.

El escritor le devolvió una mirada sin rastro de rencor, pero tampoco de

simpatía.

Hora y media antes de llegar a su destino, de un lado el río Elba y del otro Krippen, se detuvieron a refrescarse para llegar compuestos a Dresde. Müller se acercó a Lutz, que se había ido a sentar contra un árbol. Le ofreció cigarros y aquel negó con la cabeza; en realidad, Müller buscaba un pretexto para hablar de Exupéry.

—Dresde será mucho mejor que San Sabba —aventuró Müller.

—Por supuesto, Müller, es mi ciudad natal.

—¿De verdad, mayor?

—¿Has estado ahí?

—Una vez, la recuerdo de las más bellas de la patria.

—Lo es, Müller. La protege Dios. Los aliados no se han atrevido a bombardearla. Sería un sacrilegio, creo que hasta ellos lo saben…

Müller ya no tuvo que encontrar una forma de mencionar a Exupéry; fue Lutz quien lo hizo cuando vieron al escritor comiendo su ración con los soldados, hablando con ellos desenfadadamente, como tratando de construir un puente de palabras que no era hecho de francés ni alemán, pero que parecía funcionar y entretenerlos.

—Lo leíamos en el colegio —dijo Lutz—. Era nuestro héroe. Especialmente el mío. Hasta me pasó por la cabeza hacerme escritor… Conocía todos sus libros, menos ese; El Principito.

El velo de la supuesta debilidad de Lutz cayó sorpresivamente para Müller. Comprendió que el mayor siempre había sabido quién era el prisionero. Y que todo ese tiempo hizo mil malabares para salvarle la vida.

Lo primero que hizo el mayor Lutz en cuanto llegaron a la base en Dresde fue notificar a sus superiores en Berlín sobre la identidad del prisionero. Cuarenta y ocho horas después, recibió la orden de mantenerlo vivo mientras se decidía su destino final. Entre los soldados comenzó a correr el rumor de que intentarían canjearlo por uno de dos hombres que estaban en manos del enemigo desde hacía tiempo, Rudolf Hess o Leo Raubal.

Sin duda, Hess había sido clave en el ascenso del nacionalsocialismo, pero ya en su plenitud y a la luz de militares más astutos e inescrupulosos, como Göring, Goebbels o Bormann, quedaron expuestas las limitaciones de aquel, al grado de que Hitler terminó por detestarlo como a la peste misma. Incluso el fervor que Hess le profesaba le parecía pusilánime, falto de virilidad. Dolido y excluido, el alguna vez eficiente secretario caviló la manera de recuperar el respeto de su líder supremo. Sentíase capaz de producir un viraje a la situación en la que Alemania comenzaba a tener demasiados enemigos; preveía la Gran Guerra y su dramático final a punto de repetirse. Pensaba que el buen Führer no estaba consciente de ello y que su séquito de aduladores no lo prevenía.

Pocas peripecias de la guerra se comparan con el estrambótico plan trazado

por Hess. Revisó sesudamente la posición de los astros y encontró que el 10 de mayo de ese 1942 el sol transitaría por el signo de Tauro en casa ocho, esto es, en un signo de fuerza en la casa de la regeneración. ¿No era claro el vaticinio? Hess, mediante su valor, renacería de sus propias cenizas como el ave fénix. ¿Y qué decir de Marte transitando por casa cuatro? Su propio planeta, el de Aries, el de los guerreros en la casa que corresponde al hogar de donde provenimos, así que tal aspecto indicaba que volvería a su patria como todo un vencedor. Y para que no cupiera duda, balanceó el péndulo sobre la palma de su mano. Todas sus preguntas le fueron respondidas afirmativamente, lo sabía por el trazo que el plomo dibujó en el aire. ¡La misión sería un éxito rotundo!

Luego de despedirse de su esposa y de su pequeño hijo, a las cinco de la tarde del día previsto, Hess despegó en su bimotor BF rumbo a Escocia, con la idea de buscar a su viejo camarada —así lo pensaba él—, el duque de Hamilton, para que le presentara a Winston Churchill y con él negociar la paz entre dos buenos amigos: Alemania y el Reino Unido. Convencería a Churchill de que debían aliarse para vencer al verdadero y demoniaco rival: la Unión Soviética.

Horas después, su arrojo y determinación no quedaron en duda. Tras quedarse sin combustible y sin brújula que se lo confirmara fehacientemente, abandonó el bimotor y se lanzó en paracaídas a la nada, con un solo destino en mente: Escocia. La caída entre los árboles que lo golpearon con sus duras ramas y después liberarse del paracaídas enmarañado fueron su primer recibimiento. Estaba magullado pero entero. No había nada que pudiese amedrentarlo. Se puso en pie y caminó en dirección al rumor del río. No tuvo que ir muy lejos. Un campesino apareció por ahí, mirándolo como a un hombre del espacio.

—¿Dónde estoy? —preguntó Hess en gaélico.

—Escocia —respondió el hombre.

Hess bendijo y confirmó su suerte.

El campesino lo invitó a beber una taza de té y después fue a buscar a la guardia. Ni entrevista con Churchill ni alianza entre países. Un frío calabozo fue su destino inmediato. Los astros lo habían abandonado.

En su querida patria, Goebbels, el ministro de Propaganda, experto en convertir mentiras en verdades, calmó la furia del Führer cuando este leyó la carta de despedida de su secretario, en la que le prometía regresar con buenas noticias y le reiteraba su amor incondicional. Goebbels hizo difundir la noticia de que Rudolf Hess había tomado su avión y partido sin rumbo, porque, desgraciadamente, se había vuelto loco de atar.

¿Para qué, entonces, querría Hitler traer de vuelta a su secretario? Los oficiales conjeturaban que a esas alturas de la guerra el Führer necesitaba darse el gusto de matar a patada limpia a ese bueno para nada. Un desahogo en medio de tantas presiones le vendría bien.

Leo Rudolf Raubal podía ser considerado la antípoda de Hess en los

sentimientos de Hitler. Se trataba de su más entrañable sobrino. Parecido a él físicamente, quizá un poco más extrovertido y simpático, pero con igual carácter y arrogancia. Además, era el hermano de Geli, aquella jovencita adorable a la que Hitler convirtió en su amante cuando ella tenía diecisiete, y él, treinta y seis años. Resulta incierto si fue la tormentosa relación o los retorcimientos del tío Adolf (o los de ella: promiscua, salvaje e impredecible) lo que la llevó a pegarse un tiro en casa del tío. Aun así, Leo siguió considerando a su tío el faro de Alemania y alguien ajeno a ese percance.

La similitud con Hess (aparte de llevar el mismo nombre) consistía en que también fue capturado y hecho prisionero, en su caso por los rusos en la batalla de Stalingrado. Dos años antes, Heinrich, también sobrino del Führer, ya había caído en manos de los rusos; en aquella ocasión le ofreció a Stalin intercambiarlo por un prisionero que sin duda todo padre querría rescatar: Yákov, su hijo. Sin embargo, con lo que no contó Hitler fue con la respuesta de Stalin: «No hay trato, guerra es guerra». Yákov siempre le pareció un imbécil. Los soviéticos mataron a Heinrich a golpes y los nazis le pegaron un tiro a Yákov.

¿Cómo conseguir ahora que los ingleses intercambiaran a Hess o los rusos a Leo por un escritor que no era ni ruso ni inglés? Una locura, justo lo normal en la Europa de esos años.

En medio de toda la situación, Müller no supo si sentir pena, rabia o indiferencia hacia el falso Cazotte, que, como en San Sabba, llegó a su nueva prisión e hizo de su entorno un sitio muy personal; allá como aquí colocaba en la silla el saco y la camisa, y ponía la silla contraria apuntando al camastro, y a un lado del camastro, sus botas milimétricamente juntas, ninguna más atrás o adelante que la otra, listas para aterrizar los pies y caer encima de ellas. Lo único que lamentablemente faltaba encima de la mesa era el libro. Fue lo primero que le reprochó a Müller cuando lo vio entrar.

—Te pedí, te lo supliqué, Müller. ¡Mi libro! Esto, definitivamente, no se le hace a un amigo.

—Debería estar más preocupado por su vida. Ya casi la pierde. A la mierda el libro, Exupéry.

—Cazotte es mi apellido.

—¿Me toma por idiota? ¿Por qué sigue con eso?

—No lo niego, ese fui yo, el que dijiste antes. Pero para ti soy Cazotte, tu amigo Jacques Cazotte.

Müller lo miró un par de segundos, luego agarró una silla y la estrelló contra una pared.

—¡Deje de decir que es mi amigo! ¿Qué sangre corre por sus venas cuando no es capaz de darse cuenta de que le puedo meter un tiro entre los ojos sin ningún remordimiento, y me sigue llamando su amigo? ¡Si lo hace para darme compasión, pierde su tiempo! ¿Qué tiempo? ¡No le queda ninguno! ¡En cualquier

momento, al rato, por la noche, mañana, vendré aquí no para traerle un plato de comida sino para llevarlo donde su sucia sangre francesa no manche nada! ¡Ahí, sin más, le pegaré el tiro!

Los ojos de Exupéry miraron detenidamente a su interlocutor, pero su semblante se mantuvo inexpresivo. Müller esperaba el contrataque, un mínimo rasgo de resentimiento.

—Pero, antes de pegarme el tiro, ¿me darás mi libro? Si lo haces, no quedará deuda entre nosotros.

Esta vez fue Müller quien lo miró con atención. No encontraba qué decir a eso. La furia de sentir que el prisionero se burlaba de él se mezclaba con la sensación de que no era así, de que estaba siendo sincero.

Poco a poco, su rabia desapareció por completo.

—¿Cómo fue que escribió el libro en español?

—No, Müller —sonrió Exupéry—, ¡qué ideas! Ya bastante trabajo es dominar la propia lengua. Cada cual tiene sus riquezas insospechadas. Incluso aquellas que llamamos dialectos.

—¿Entonces quién escribió ese libro?

—Yo.

Müller acusó desesperación.

—Tranquilo, Müller, si te enojas por todo no llegarás a viejo. Mírate, ya se te dibujan líneas verticales arriba de la nariz. Si me prestaras más atención no preguntarías cosas que de alguna manera ya te dije. Mi esposa Consuelo es salvadoreña, ella lo escribió. Es decir, hizo esa traducción para mí, como un regalo de reconciliación. Por eso te dije que ese libro tiene su valor sentimental. Déjame contarte un poco más... Siéntate, no te quedes de pie. ¿Qué prisa llevas? Consuelo Suncín —suspiró Exupéry—. No sé si hice bien en conocerla. Ya sé que esa frase no tiene sentido, pero tengo la intuición de que hay ciertas personas a quienes estamos predestinados a conocer y que un minuto antes de hacerlo algo en nuestro interior nos pregunta: ¿estás seguro? Todavía puedes pasar de largo… Pues bien, Müller, yo no pasé de largo. Sucedió en una fiesta. Estaba con un grupo de gente, diciendo que las mujeres flacas no tenían encanto. No sabía que ella me estaba escuchando, y vino directo a encararme. Me conquistó cómo lo hizo, lo que no supe fue que nuestra relación sería así, una cadena de enfrentamientos. La invité a ella y a otros a dar un paseo en avioneta. Una vez en el aire, le dije que si no nos besábamos dejaría que nos fuéramos a pique. Supongo que le mentí. No lo sé, Müller, quizá lo hubiera hecho para morir de ese modo. ¿Realmente es tan malo morir de una u otra manera? Mientras no sea larga la agonía, creo que eso es lo de menos. Debí ser muy convincente, porque obtuve ese beso. No te hago más larga la historia. Como piloto he viajado mucho y a muchos sitios; con Consuelo iba a dos lugares repetidas veces, al cielo y al infierno. Por diversas razones terminamos viviendo un tiempo en Nueva York;

ahí escribí el libro y ella, junto a mí, fue haciendo la traducción al español. Esa fue una de las veces en que decidimos no viajar a los infiernos… Espero no haberte aburrido contándote mi vida. ¿Qué hay de ti?

43

Además de circular una ficha policial en delegaciones, estaciones de autobuses, trenes y hospitales, incluido en el Manicomio General de La Castañeda, el inspector Galindo hizo publicar un anuncio en *El Universal,* cuyo texto decía:

> Se ruega al señor Karl Petersen, o a quien lo conozca, indicar su paradero para que le sean devueltas las pertenencias que dejó en su domicilio de República de Brasil 8, Centro, las cuales se encuentran en la oficina de la policía en Victoria 82, esquina Revillagigedo.

El anzuelo parecía improbable, por eso sorprendió al inspector recibir en su oficina a ese hombre apoyado en un bastón con empuñadura de plata, vestido de chaleco gris y elegante sombrero de fieltro color tabaco. Luego de ofrecer su tarjeta de presentación que decía «Franz Fenzel, librero», dijo venir no a dar informes de Petersen, sino a reclamar el libro que aquel le había vendido.

Sacristán estaba presente y, junto con Galindo, escuchó las explicaciones de Fenzel, sospechosamente alemán.

—Caballeros, entiendo que les parezca sorpresivo y hasta desconcertante que me presente aquí, pero tengo una librería en Donceles 17. Mi compatriota Karl fue a verme; muchos alemanes lo hacen, eso no es extraño, les ayudo en lo que puedo. Llevo viviendo en este bello país al cual ya considero mi segunda patria más de treinta y cuatro años, ahora tengo setenta y dos. No sé nada de guerras ni de política. Solo trato de ayudarles, ¿me comprenden? Nada ilegal. Nunca a fugitivos. De ninguna índole. ¿De qué forma ayudo? Les consigo empleo, hospedaje. Eso es todo. Pero volviendo a Petersen: hablando de muchas cosas, me dijo que tenía un ejemplar de *El Principito* del escritor Saint-Exupéry, no sé si lo conozcan. No es ni muy famoso ni un desconocido, digamos un escritor mediano, si se quiere ver así. El hecho es que me llamó la atención que Petersen me dijera que el libro está escrito en castellano, pues

hasta donde sé aún no se traduce. Le ofrecí comprárselo, siempre hay alguien que llega buscando cosas raras a mi librería, ¿me hago entender? Le di un anticipo. Más que nada por ayudarlo, no porque el libro lo valga en realidad. Vamos, que tampoco se trata de un incunable… Luego no supe más de él. Aquí viene lo más difícil de explicar, caballeros. No tengo una nota de compra que me respalde. Solo mi palabra de honor, la cual es toda mi valía. Si me investigan encontrarán que soy un hombre respetable, puedo darles nombres y domicilios de personas que hablarán bien de mí, alemanes y mexicanos. Por eso vengo a pedirles el libro, si hace falta puedo pagar el precio que ustedes fijen por él.

—Entiendo, señor Fenzel —dijo Galindo luego de aquella larga explicación y de mirarse con Sacristán—. ¿Cuándo conoció a Petersen?

—Hace dos semanas, el día exacto no lo preciso… ¡Ah, sí! Viernes, que es cuando mi empleado descansa. Claro, ese día Alejo no estaba en la librería. Tuvo que ser viernes.

—¿Le dijo Petersen qué planes tenía? ¿Por qué llegó a México?

—Bueno, sin rodeos. Karl estuvo en la guerra a favor de Hitler, pero ninguna autoridad encontró que hubiera sido un hombre peligroso. Peleó por su país porque así corresponde a cualquier ciudadano, esté de acuerdo o no con cierta ideología. Me mostró su pasaporte con sellos oficiales de la Cruz Roja Internacional. Es un hombre libre hasta donde entiendo.

—¿Le dijo de sus planes? —remarcó Sacristán.

—Le entendí que sabe de contabilidad, le ofrecí buscarle algo. Debió volver dos días después, con el libro, por supuesto, pero ya no se presentó más. Me extraña, ¿saben? Mi gente no suele ser embustera. Quizá tuvo un percance, un accidente. Eso pienso.

—¿Le dijo si tenía algún contacto en México?

—Nada, solo que vivía en Brasil 8.

—¿Fue a buscarlo ahí?

—No tuve tiempo, pero esta mañana que vi el anuncio en el periódico me sorprendió, por eso estoy aquí.

—¿Conoce a alguien de nombre Claudio von Bremmer? —volvió Galindo.

—Von Bremmer —caviló Fenzel apoyando una mano sobre sus labios delgados—. Sí, claro que lo conozco… Pero no es Claudio, es Fritz von Bremmer, veterinario. ¿Quieren que les dé la dirección de su casa? Atiende a mis perros, dos mastines de buena raza.

—No hace falta, señor Fenzel. En cuanto al libro, no se preocupe. El agente Sacristán pasará a dejárselo a la librería. No es relevante para nosotros, pero sí lo es localizar a Petersen, así que, si llega a recordar algo que nos sirva, háganoslo saber, ¿quiere?

—Nada me dará más gusto que ayudarles —sonrió Fenzel—. ¿Saben algo?

Mi padre fue policía. Allá en Alemania, por supuesto. Pero un policía es un policía en cualquier parte del mundo. ¿Cierto?

En algo estuvieron de acuerdo Galindo y Sacristán cuando el tipo salió por la puerta apoyado en su bastón: no era trigo limpio. Les pareció que su elocuente verborrea tuvo una falla cuando dijo que no había tenido tiempo de ir a ver a Petersen a su casa, pero ahora se mostraba muy interesado en venir aquí por el libro. Dedujeron que ese libro seguía siendo de utilidad para alguien, quizá lo marcado en él. Tal vez los datos en clave de la llegada de Claudio von Bremmer no eran algo que Petersen supiera de memoria.

—¿Le vamos a dar el libro así como si nada, inspector?

—Le vamos a dar largas. A ver si es tan ecuánime como parece…

—Dijo que tenía un empleado.

—Tráiganlo aquí y persuádanlo para que nos ayude a espiar a Fenzel.

—¿Tráiganlo? ¿Persuádanlo?

—Tú y el agente Arias.

—Pare su tren, jefe. No quiero trabajar con Arias. No me gustan sus métodos.

—¿Y quién te dijo que tienen que gustarte?

—Inspector, Arias lo que hará es meterle agua mineral con gas en la nariz o la cabeza en un excusado al tal empleado, para convencerlo de que nos ayude.

—¿Y tú qué harás? ¿Pedírselo por favor? A mí me importa poco si al canario le dan vaina o alpiste mientras cante bonito.

Más tarde, Sacristán fue a casa y encontró a Dondó tumbado en el sillón, con *El Principito* en las manos; se mojaba un dedo y pasaba las páginas. A Sacristán le sacó una sonrisa porque se suponía que leer debía ser una actividad placentera y Dondó hacía caras de estar pasándola mal.

—Oye esto, el mocoso le dice a todo un piloto aviador: «Necesito un cordero. ¡Píntame un cordero!».

—¿Para qué lo quiere?

—Yo qué sé, caprichos de niño malcriado. Lo que me disgusta es cómo pide las cosas. ¿Te imaginas que nosotros le hubiéramos hablado así a nuestro padre?

—No tendríamos dientes.

—Eso. No entiendo cómo es que el tipo no le pega una buena zurra; de hecho, si sigo leyendo es para ver en qué momento ocurre. Lo voy a disfrutar enormemente. No sabes cuánto.

—Solo no pierdas el libro, todavía es parte de la investigación.

—¿Por qué?

Sacristán le hizo una síntesis de las cosas. A Dondó parecía sorprenderle que el asunto de los nazis siguiera siendo de interés. Contaba con que Galindo

ya le hubiera encargado a su hermano un caso razonable. Pero no se atrevió a decírselo, después de todo cada cual hacía su lucha por meter dinero a casa y salir a flote. ¿No era igualmente absurdo lo de los nazis que intentar sobrevivir limpiando la mierda del gimnasio donde alguna vez entrenó, pensando que se comería al mundo como todo un pugilista de altos vuelos?

Poco después, Sacristán salió a la calle donde lo esperaba Arias recargado en un coche, mientras un chico terminaba de lustrarle los zapatos.

—¿Cómo está Dondó? ¿Listo para ganar el campeonato?

Sacristán tomó un bote con agua jabonosa y la echó encima del pie que Arias tenía sobre del cajón de bolear. Este se apropió de un trapo para limpiarse y el limpiabotas se hizo a un lado.

—¡Qué haces!

—Con mi hermano no te metas, cabrón.

—Solo era una broma... ¿Nos vamos ya o nos damos un beso de reconciliación?

Caminaron veinte calles hasta la librería de Donceles, y al pasar junto a un tipo rengo que trapeaba el piso se miraron pensando que ese debía ser Alejo, el empleado. Detrás del mostrador, Fenzel los recibió con una gran sonrisa.

—Agente Sacristán, ¡qué pronto! No cabe duda de que la policía mexicana es de las más eficaces del mundo.

—Mi compañero, el agente Arias —presentó Sacristán.

Luego de corresponder con una sonrisa, Fenzel busco con una mirada cuál de los dos traía el libro.

—Lo sentimos mucho —explicó Sacristán—, pero el libro se lo daremos hasta encontrar a Petersen.

—¿Cómo? —La cara de Fenzel se contrajo, decepcionada—. Pero el inspector dijo que…

—El inspector también obedece órdenes. Pero no se preocupe, señor Fenzel; el libro está en buenas manos y será suyo cuando terminen las investigaciones.

Desde el fondo de la librería llegó un hombre con un plumero en las manos. Levantó el rostro y se llevó una sorpresa al ver a los agentes, igual que ellos al verlo a él, pues ese hombre era Hugo Hansen.

Müller recordó la tarde en que salió de La Blanca y se despidió de Sacristán con un apretón de manos en la esquina de Cinco de Mayo, diciéndole que si llegaba a saber algo de Petersen se lo diría, a cambio de que él le devolviera el libro.

Llegó al cuarto donde se hospedaba en la calle de Luis Moya y se tiró en la cama. Abrió los ojos de noche, cuando tocaron la puerta. Fue a abrir y le sorprendió aquella visita, elegantemente vestido, como era de suponerse.

—Así que vives en este cuchitril, Müller.

—Cónsul Patrón, pase.

—No, Müller, no quiero llevarme pulgas a mi casa. Vamos por un café.

—El de La Blanca es bueno.

A Nati no le pasó desapercibido ver nuevamente al extranjero, esta vez acompañado de aquel hombre de mediana edad, que a todas luces parecía alguien importante, como los políticos que de pronto se paraban por ahí. Se acercó a tomarles la orden y saludó a Müller con cierta familiaridad. Patrón lo notó y lo hizo saber en cuando la chica se fue.

—¿Ya le dijiste que te pegaron ladillas en Mar del Plata?

Müller enrojeció.

—Calma, mi médico te las quitó, ¿cierto? Adelante con la muchacha, me gustan las de cabello rizado, aunque es un poco flaca para mi gusto. Le hubieras hecho caso a Lupita, es la más bonita de las siete hermanas de mi mujer.

—Gracias de nuevo por su hospitalidad, cónsul —dijo Müller, recordando con sincero agradecimiento el día que por fin se presentó en la casa de Patrón en Cuernavaca. Él y Juanita lo atendieron y hospedaron como a un miembro más de la familia. Una familia pequeña para ser mexicanos, solo ellos dos, pues «Dios no les había dado la alegría de los hijos». De cualquier forma, la casa se llenaba de gente los fines de semana, tanto de la familia de Patrón como de Juanita: más de cincuenta personas. Ponían mesas en el amplio jardín y las paredes que lo delimitaban estaban colmadas de buganvilias. Müller era el único extranjero entre esa gente de piel oscura y dentaduras que a él le parecían las más blancas y perfectas que había visto en su vida. Reían y hablaban de intrascendencias sin parar, y para él eso era único. Toda idea política, todo acontecer en Europa les tenía sin cuidado; pocas fueron las veces que los oyó mencionar la guerra y enseguida pasar a otra cosa. «¿Ya entró Rosita a la escuela?». «¿A cómo anda el jitomate?». «Qué calorón hace y no acaban de llegar las aguas». «Mira qué bonito tu vestido, hasta pareces actriz gabacha. ¿Dónde lo mercaste?». Müller saboreaba las charlas embriagándose despacio, dulcemente con el tequila y el mezcal. Interpretó como cuestión cultural que no le preguntaran nada de su vida ni su país, aunque supuso que el cónsul les habría dicho algo, porque sabían que era alemán y no suizo. También era cierto que el cónsul, su esposa y otros familiares confabulaban para acercarlo a Lupita, la hermana más joven. A Müller le parecía una chica inobjetablemente angelical, pero esas pláticas intrascendentes encarnadas en ella lo hacían sentir fuera de contexto; se veía a sí mismo como un demonio queriendo enamorar a un ángel, estaba convencido de que Lupita no lo iba a redimir, sino que él la haría a ella bajar a los infiernos. Él, por otra parte, no le era indiferente a Lupita. Murió de vergüenza una tarde que les tendieron una trampa y los dejaron en el salón, donde él interpretó en la pianola algo de

Schubert y ella comenzó a bostezar.

—Carajo —maldijo Patrón, dándole un sorbo al café—. No se te quita lo acartonado, Müller. Ya me diste las gracias cuando nos despedimos en mi casa… —Miró su reloj—. Me tengo que ir, solo vine hasta acá para hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Por qué te levantó la Secreta?

—¿La policía?

—Sí.

—Están buscando a un nazi, piensan que lo conozco.

—¿Y sí?

Müller asintió.

—¿Qué les dijiste?

—Preferí evadir el tema. Supongo que gracias a usted me dejaron ir.

—Sí, Müller, gracias a mí. Pero no puedo cuidarte todo el tiempo. La Secreta no es la Gestapo ni los estadounidenses, pero casi. No te metas en broncas. ¿Ya fuiste a buscar a la persona que te dije para que te consiga empleo?

—Hoy hice la cita.

—No dejes pasar más tiempo. —Patrón sacó la cartera, tomó unos billetes.

—No, no. —Müller le detuvo la mano—. Todavía tengo lo último que me dio. Por favor, cónsul, ya fue suficiente. Y me disculpo. No les mencioné su nombre.

—No me hablaron ellos —dijo Patrón regresando la cartera a su bolsillo—, fueron los de Gobernación. Ándate con cuidado. Se trata de rehacer tu vida, no de seguir echándola a perder. Alemania quedó atrás. Me voy ya.

—Saludos a Juanita.

—De tu parte.

—Y a Lupita.

—A ella mejor no le digo nada.

Patrón le palmeó un hombro, fue hacia Nati, le dijo algo señalando a Müller, le puso unos billetes en la mano y luego salió de La Blanca. Müller se quedó bebiendo despacio el café hasta terminarlo, pensando que sin duda le debía la vida a ese hombre, pero que en realidad no tenían demasiado en común.

—¿Más café?

Levantó la cara, Nati lo miraba.

—No, gracias. ¿Le dijo algo el caballero?

—¿Su amigo?

—Sí, mi amigo.

—Me dio una buena propina y me dijo que si me es posible le diga a usted

que no fume tanto porque se le van a estropear los dientes. Luego me preguntó si me parece que tiene una bonita sonrisa. Le dije que normal, pero que sus ojos sí me parecen muy lindos.

Müller recibió el cumplido con la timidez de un hombre que parecía nunca haber estado en una guerra. Le dio las gracias y se marchó, arrepintiéndose de no haberle devuelto el cumplido. Atributos a ella le sobraban.

Al día siguiente fue recibido en cierta casa de vistosa fachada, en la calle Orizaba. Un mozo de filipina blanca lo llevó por un jardín en el que había un par de buenos coches estacionados, y de ahí al amplio salón cuyos muebles y candiles parecían sacados de una película norteamericana.

—¿Gusta tomar algo el caballero?

—Agua está bien, gracias.

Müller miró alrededor. Parecía el lugar perfecto para una familia feliz y numerosa, pero al mismo tiempo el decorado y el hecho de que todo estaba en su sitio le hicieron pensar que los niños se sentirían temerosos de romper algo. Desde ahí podía ver el jardín de pasto y plantas bien cuidadas, así que tampoco le pareció un lugar para los niños.

—¿Ya le ofrecieron algo? —Una voz grave pero femenina se dejó escuchar.

Müller observó a la mujer, que bajaba por la escalera semicircular, apoyando una de sus manos blancas en la balaustrada. Usaba un vestido ceñido y elegante, de una tela algo brillosa color perla. En ese momento el mozo se acercó con una charola y le dio a Müller el vaso de agua.

—¿Algo para la señorita?

—No, Rodolfo, gracias.

El mozo hizo su mismo ademán afirmativo y acartonado y se marchó. La mujer fue a sentarse frente a Müller en el individual. Él evitó observarla más de la cuenta, pues era demasiado llamativa y no quería darle la impresión de ser un bobo. Aunque en un segundo fotografió, inevitablemente, ese cabello platinado, los ojos claros y tiernos, y las mejillas que se hundían un poco al sonreírle.

—Hermosa su casa.

—No vivo aquí.

Müller no quiso indagar y entrometerse.

—¿Puedo? —La mujer señaló la carpeta que Müller tenía en las manos.

Él se estiró para dársela, percibiendo aquel perfume envolvente. La mujer agarró la carpeta y le echó un vistazo.

—Hugo Hansen, ¿y el verdadero?

—Brune Müller.

—¿De dónde eres, Brune?

—Nací en México, pero mis padres eran de Hannover, señorita Krüger.

—Llámame Hilda… Muy bien, Brune, ¿qué tipo de cocinero eres?

Conozco varios sitios donde pueden contratarte.

—En realidad estudiaba Leyes cuando comenzó la guerra.

—Leyes, bien. Veré si te colocó en un despacho.

—No estoy buscando un trabajo especial, cualquiera me parece bien mientras no sea cocinar, porque haría el ridículo. Si me ponen a freír algo así, incendiaría la cocina.

Hilda Krüger lo miró con el amor y la ternura que solo puede inspirar la más desprotegida y hermosa de las mascotas.

Y ahora Müller estaba en esa librería, gracias a las maniobras de su benefactora.

—En fin, señor Fenzel —dijo Sacristán—, solo quisimos tener la cortesía de venir a decirle que le daremos el libro en su momento.

—Les agradezco mucho, aunque sinceramente me siento contrariado. Ayer mismo vino un cliente que siempre se interesa por las últimas novedades. Pero en fin, sabré esperar.

—Si llega a saber algo de Petersen, no deje de informarnos, eso podría acelerar las cosas.

—Claro, acelerarlas —agregó Fenzel con un dejó de molestia, pero enseguida sonrió.

Sacristán y Arias salieron de la librería.

—Tú te encargas de presionar a Hansen y yo al puto rengo —sentenció Arias.

—De acuerdo, pero no me lo digas como si me lo estuvieras ordenando.

—Carajo contigo, Sacristán. Todo te molesta. Pareces señorita.

44

Calculó que Hansen saldría a las siete de la librería, y faltaban varias horas para eso. Mientras tanto, solo le quedaba matar el tiempo, por lo que decidió ir a buscar a Dondó al trabajo para comer en alguna fonda. Al cruzar la Alameda levantó la vista y sintió que era su día de suerte; se caló el sombrero, guardó las manos en los bolsillos, apresuró el paso y se acercó a la chica.

—No camines tan rápido, esos tacones no parecen seguros, te puedes tropezar. Hay que fijarse.

—¿Eso haces tú cuando los usas? —sonrió Nati, alentando el paso.

—¿De qué me viste cara? ¿Nos sentamos un ratito o vamos por el helado? —Sacristán señaló al hombre del carrito, que hacía sonar las campanitas.

—No empieces con tus cosas, Felipe.

—Por favor, Nati, tengo que decirte algo importante…

La chica lo reconsideró, fue a sentarse y puso el monedero sobre sus piernas.

—Bueno, pero que sea rápido.

—Claro… Mira… —Sacristán lanzó una mirada al jardín, tratando de ordenar sus ideas. Luego miró el cielo intensamente azul con unas pocas nubes exuberantemente blancas. No había demasiado tránsito, los coches circulaban espaciados por la avenida Juárez. Le pareció un día promisorio, así que lo soltó de golpe.

—Cásate conmigo.

—¿Cómo?

—Escucha el plan: la boda sería en la catedral, compro un terrenito para fincar una casa lejos del bullicio, allá por el pueblo de Coyoacán, donde los niños puedan crecer muy sanos y fuertes.

—¿Hasta niños? ¿Cuántos quieres?

—Cinco.

Nati lo miró con un asombro risueño.

—Eres capaz de estar hablando en serio.

—Y si no, ¿cómo?

—En realidad tú no me conoces, Felipe.

—¿Y para qué crees que es el matrimonio? ¿O crees que con el puro noviazgo vamos a saber cómo somos?

—Felipe, ya tengo novio.

—Lorenzo —masculló Sacristán.

—Sí, Lorenzo, aunque lo digas así.

—Como sea, es algo pasajero.

—¿Tres años te parecen algo pasajero?

—Me parecen obsesivos. ¿Qué le viste? —Sacristán trinó de celos—. El fulano tiene más defectos que un piano fabricado por un simio.

—¿Como cuáles? ¿Que es policía igual que tú? ¿Que un día le puede pasar algo? Eso ya lo sé. Siendo sincera, preferiría un doctor.

—Si me pongo a estudiar quizá llegue a enfermero.

—Deja de idealizarme. No soy una mujer sofisticada, Felipe, no vengo de una familia rica. Como cualquier mujer, he soñado con un príncipe azul que viene de lejos para que vivamos felices por siempre jamás. Pero a la vez tengo los pies bien puestos en la tierra.

—Yo no seré un príncipe azul ni vengo de lejos, nací en la Peralvillo. Pero tengo algo a mi favor: soy un hombre sincero. Todo lo que te acabo de proponer es verdad. Nati… —Le tomó las manos—. La vida es corta, ya ves lo de las bombas.

—¿Qué bombas?

—Hiroshima y Nagasaki.

—Eso pasó muy lejos.

—Nada nos garantiza que los gringos no enloquezcan y nos tiren una a nosotros.

—Tú lo has dicho, mejor no tengamos hijos.

—¿Pero la boda sí?

—Felipe, tú también debes poner los pies en la tierra. Un terreno, una casa, niños. ¿Con qué dinero? Ni siquiera tienes trabajo permanente.

—¿Cómo sabes eso? Ya… Lorenzo te contó…

—Se le salió decirlo.

—El muy…

—Mira, voy a serte sincera, es mejor que lo sepas: una mujer intuye hasta dónde puede llegar un hombre en la vida.

—¿Y eso qué significa?

—Que te falta malicia, Felipe.

—¿Y es bueno tenerla?

—Es bueno para que la vida no te aplaste. No hace falta una bomba para eso.

—No acabo de entender qué me quieres decir.

—No me hagas lastimarte.

—Ataca, soy de cuero duro.

—A Lorenzo lo sostiene la ambición; a ti, los ideales. Ya me dijiste que eres anarquista, ¿no? Eso me suena a que no aceptas la realidad. Tú mismo pregúntate adónde puede llevar la ambición y a dónde los ideales.

—Lo primero a la amargura, y lo segundo, a cambiar el mundo.

—Claro… Gracias por la propuesta. —Le besó la mejilla, se levantó y se alejó.

—Oye, ¿y si dibujamos la casa en una servilleta?

La chica giró y le regaló una última sonrisa.

De la Alameda fue hasta el gimnasio. Los muchachos le pegaban al costal, saltaban la cuerda, hacían boxeo de sombra; uno de ellos marcaba golpes en Indalecio, el *sparring*. Sacristán los contempló un instante. Indalecio ya rondaba los setenta, pero parecía uno de esos árboles viejos y duros que se secan, pero no caen. Lo malo era su vista: casi ciego como un topo.

Sacristán cruzó el área general, tocó la puerta del despacho y se asomó. Ahí estaba Dondó, frente a Marcial, que le dejaba caer en el escritorio la paga de la semana.

—Entra, le estoy proponiendo a tu hermano subirlo de puesto y no quiere progresar.

—¿Cuál es la oferta? —Sacristán se sentó al lado de Dondó—. ¿Socio del gimnasio?

Marcial escupió una carcajada.

—¿De cuánto disponen para eso?

—Tú hablas de socio capitalista, Marcial, pero también puedes tener uno que te dé ideas. Este hombre sabe mucho del negocio.

Dondó se achicó con el comentario de su hermano, mientras Marcial lo contemplaba socarronamente. Sacristán miró los carteles detrás del escritorio. Ahí estaban los mejores pugilistas del momento, nacionales y extranjeros.

—Veo que ya no tienes a Schmeling.

—Puto alemán. Perdieron la guerra, así que al carajo con él… ¿Quieres oír lo que le estoy ofreciendo a tu hermano?

—Deja eso ya. —Por fin Dondó abrió la boca—. Si tuviera mis dos riñones te diría que sí. Debo cuidar el que me queda.

—Indalecio se va pronto, necesito un buen *sparring* y, como dice Felipe, tú sabes mucho del negocio. Te pagaré el doble. Eso o faltar un día extra, ¿qué te parece?

—Olvídalo —dijo Sacristán.

—¿Porque le falta un riñón? Mis muchachos lo tratarían con cuidado.

—No, gracias. —Dondó recogió la paga.

—Si prefieres seguir limpiando la mierda, quién soy yo para impedírtelo. —Marcial se encogió de hombros.

Salieron de ahí y fueron sin hablar hasta una fonda en la plaza de Santo Domingo. La furia se le iba acentuando a Dondó en el semblante.

—No hagas caso, viejo. Es muy fácil hablar cuando estás detrás de un escritorio; ni siquiera le costó trabajo levantar el negocio, su papá se lo dejó andando.

—El hijo de perra tiene razón, ya me acostumbré a limpiar la mierda. Y no me gusta, Felipe. ¿Sabes cuánto le paga a Indalecio? El doble no se oye nada mal.

—A Indalecio no le falta un riñón.

—Pero casi no ve y sigue recibiendo golpes sin quejarse. ¿Sabes por qué? Por lo que me está faltando a mí: dignidad.

—La dignidad no sirve de nada si no hay inteligencia. ¿Quieres que te recuerde cómo murió papá? ¿Ahora te toca a ti que te lleve al Hospital General para ver cuándo hay una cama disponible? Eso para morir, no para que te arreglen el riñón.

—Carajo, Felipe, mírate y mírame. Ni esposas ni familia ni un buen trabajo. ¿Qué somos? ¿Cucarachas?

—Somos hombres esperando nuestro golpe de suerte… Mira allá —Sacristán señaló la fila de gente formada para tomar el trolebús—. Todos se forman, ¿no? Y al final todos suben.

—Me gustaría tener tu optimismo.

—Yo lo tengo por los dos. Créeme, viejo, ese golpe de suerte viene en camino. Lo puedo oler, es el dulce olor del triunfo…

Volvieron a casa. Sacristán dejó pasar un par de horas más, pensativo, intentado convencerse a sí mismo de que lo que le había dicho a su hermano era verdad. ¿Por qué perder la fe? Poner los pies en la tierra, decía Nati, pero ella no era feliz, seguro no con un tipo como Lorenzo Arias. ¿Qué de malo había en creer que la suerte venía en camino? ¿O cómo era que, de pronto, un tipo se volvía rico en los concursos de la radio o con la lotería? Era cierto, al final del día la humanidad siempre era aplastada de un pisotón. Pero mientras eso pasaba, uno no debía esperar ese pisotón, sino vivir lo mejor posible.

Sacristán fue hasta la librería y miró desde la banqueta de enfrente a Fenzel cerrando la puerta principal, lo cual significaba que Hansen se había ido ya. Fenzel caminó despacio y, cuando dobló en la esquina, un coche estacionado encendió los faros y se puso en marcha. A Sacristán le quedó claro que Galindo le había puesto «pájaros en el alambre» al librero.

Decidió ir a la delegación por si había alguna novedad. No encontró de buenas a Galindo; hablaba con su esposa, que siempre que venía a verlo era para reclamarle cosas domésticas. Galindo solo le indicó con los ojos a

Sacristán que fuera a la sala de junto. Entonces él pasó de largo, escuchando los reclamos susurrantes de la señora Galindo. Se detuvo frente a la sala de interrogatorios. Oyó voces del otro lado, abrió la puerta y entró. Ahí estaban Arias y Alejo, el empleado de Fenzel. Este ya tenía un par de cardenales en la cara, recién hechos. Su mirada destilaba temor. Arias fumaba tranquilamente; los nudillos de su mano estaban rojos, se le veía alegre en mangas de camisa y con la corbata floja.

—Qué bueno que llegas, colega, tienes que escuchar lo que me acaba de contar este güey. Te vas a cagar de risa. Cuéntale, Alejo. Palabra por palabra, igual que a mí. Dile como te quedaste cojo.

Alejo miró a Sacristán entre suplicante y desconfiado, pero no dijo una palabra.

—¡Que le cuentes, cabrón! —Arias le pegó un zape fuerte a Alejo, haciéndolo parpadear.

—No hace falta —dijo Sacristán.

—Es que en serio lo tienes que oír. Es mejor que una radionovela… Así como lo ves, este bueno para nada estuvo con Álvaro Obregón el día que lo mataron. Dile lo que pasó después, Alejo. No, espera, antes dile para qué te acercaste.

—Para venderle lotería.

—Cuéntale de tu diploma.

—Una vez vendí el premio gordo.

—¿Oíste, Felipe? ¿Te imaginas eso? Este don nadie traía el premio gordo. ¡Él lo vendió! ¡Él! Sigue, Alejo…

—Pues eso, que me dieron un diploma.

—¿«Pues eso»? ¡Cuidado cómo me hablas, cagón! —Arias le cruzó la cara de una bofetada—. ¿Quién te dio el diploma?

—¡El director de la Lotería Nacional! —aulló Alejo, limpiándose la sangre de la boca.

—Ahora vuelve a lo de Obregón.

Alejo se revolvió en la silla, respirando hondo, sofocado.

—Cuando me le estaba acercando a Obregón, un hombre le pegó de tiros. Una bala me alcanzó la pierna.

—Dile como me lo dijiste a mí. La última frase, lo de…

—¡Me dejó rengo de por vida y encima nadie me compró nada!

Arias rompió a reír mirando a Sacristán, sacudiendo a Alejo por los hombros, que también terminó por reír con la boca babeando sangre, mirando igualmente a Sacristán. Este bajó la vista y descubrió aquella mancha de sangre y orines que se colaba entre las piernas de Alejo, goteando en el mosaico.

Horas después, el propio Arias acompañó a Alejo hasta la calle, ayudándolo a caminar paso a pasito. Le abrió la puerta de un taxi y lo vio

marcharse. Luego regresó a la oficina donde ya estaban Sacristán y Galindo.

—No es una mala persona ese Alejo, va a cooperar.

—Qué poca madre tienes —le reprochó Sacristán.

—¿Por qué? ¿Porque le rompí los huevos? No te creas que el tipo empezó blandito, se aferró a que por ningún motivo iba a espiar a «su señor Fenzel», lo idolatra.

—¿Y a ti qué te importa? —espetó Sacristán.

—Nada, pero tú qué tal. ¿Cómo vas con Hansen? ¿Lo convenciste por las buenas de que sea tan amable de espiar a Fenzel?

—Todavía no.

La mirada de Arias se dirigió al inspector, que dibujó una mueca de disgusto.

—Mañana hablaré con él, ¿de acuerdo? —Se defendió Sacristán—. Además, no es lo mismo que con Alejo.

—¿Porque es alemán? ¿Eso te intimida?

—Porque alguien importante lo protege —esta vez el propio inspector dio la respuesta—. Hay que irse con cuidado con Hansen.

—Y eso hago —dijo Sacristán.

Arias se puso de pie.

—Bueno, si por hoy terminó el trabajo, voy a casa, ¿de acuerdo, jefe?

—No, espera. Esperen los dos. Hay algo que tengo que decirles.

Arias se volvió a acomodar en la silla, pero ya no se quitó el sombrero.

—El gobierno estadounidense está realmente interesado en esto. Ofrece un bono por Von Bremmer.

—¿Bono de cuánto? —interrogaron casi simultáneos Arias y Sacristán.

—Cuatro mil pesos. Por sus caras, veo que están de acuerdo en que es una buena recompensa. Ahora escuchen, esto que les dije no sale de aquí. Trabajen duro y se reparten el dinero.

—Cuente con ello, inspector —aseguró Arias. Volvió a ponerse de pie, le palmeó un hombro a Sacristán, que seguía sentado, y se fue.

Sacristán iba a hacer lo propio, pero el inspector le pidió que aguardara.

—No quiero que digas nada, Sacristán, ni una palabra. Solo escucha. Arias me da resultados. Tú, problemas. Si no te sientes capaz de lidiar con esto, si no te gusta ensuciarte las manos, dímelo y a ver qué cosa te consigo. Pero no te ofendas si es algo como de archivista.

—¿Eso es todo?

El inspector le devolvió silencio.

Sacristán salió de la jefatura, Arias lo esperaba en la calle.

—Si quieres decirme que vamos a ser un gran equipo, no gastes saliva.

—No, no iba a decirte eso; iba a pedirte que hagamos un trato.

—¿Cuál? —preguntó Sacristán.

—Que cada uno trabaje por su lado. El inspector no tiene por qué saberlo. El que encuentre al nazi se queda con el bono.

Sacristán escarbó en la mirada de Arias, buscando el truco.

—No lo pienses tanto, ni tú ni yo queremos repartirnos ese dinero.

—Trato hecho. —Sacristán le tendió una mano.

Arias la miró burlón, dio la media vuelta y se la dejó en el aire. A media calle, gritó:

—Aléjate de mi chica, idiota. No es mujer para ti…

45

Pura cosa buena llegó a mi vida. El trabajo sin sobresaltos (desde que Efrén amenazó a Sandoval), la felicidad con Romina y hasta un par de mascotas: Bola la gata y el gatito gris; a Romina se le ocurrió ponerle Tizón, me dijo que un gato no se puede llamar solo Gato. Lo único que amenazaba mi felicidad absoluta era mi cumpleaños número cuarenta. Se acercaba la fecha fatídica con su sino de tragedia irremediable.

Aunque cada uno siguió viviendo en su departamento, pasábamos la mayor parte del tiempo en el mío, días y noches enteras, sobre todo noches. A sus treinta y dos, hábil estratega en las lides del placer, Romina había tocado con tal ímpetu mi vida que no volví a abrir un maldito libro. Sí, malditos. Malditos todos. De ese modo comencé a verlos. Sorbedores del seso, fundidores de los ojos, confundidores del pensamiento, aislantes de la convivencia humana. Me pesaban los años perdidos. ¿Qué comparación puede haber entre unos suaves pezones que se erizan al tacto, con la burda sensación de cambiar de una página a otra? ¿Qué delirio existe en abrir un libro, cuando unas piernas de mujer se separan con seductora invitación? La letra es seca, la intimidad es húmeda. Es uno quien tiene que leer los signos lingüísticos y darles sentido; en cambio los labios, la dulce lengua, los ojos que miras y te miran, esa historia se cuenta por sí misma. Vaya que estaba enamorado.

Romina decidió convertirme en un hombre nuevo. No aceptó un no por respuesta para ayudarme a reparar los estropicios y poner todo en su lugar; desde que el fulano entró a buscar el libro, las cosas seguían tiradas y rotas.

Siempre llegaba con pizza, comida china o algo por el estilo. Despejábamos cualquier rincón entre bromas y charlas intrascendentes y comíamos alegremente. Era la primera persona que quería saber todo sobre mi vida. Llegó el momento en que tuve que contarle de mi familia maldita y mi trabajo de mierda. Para mi sorpresa, le pareció que mis ideas sobre la fatalidad eran puras especulaciones. Esas muertes tenían una explicación estadística y no mágica. Me dijo que un día que saliera a la calle a contar todos los coches de

un mismo color o marca, y que cuando viera que se trataba de un número grande, le dijera si en eso había algún tipo de magia fatal.

Otro ejemplo: ¿qué tipo de sangre tenían mis familiares? ¿A? ¿B? ¿O? Lo más seguro era que no todos los muertos fueran del mismo tipo. Y claro, tres generaciones habían fallecido a los cuarenta, pero los demás a edades distintas, así que lo mejor era que no tomara eso de excusa para no ser feliz.

En cuanto al asunto de limpiar despojos, lo encontró loable y hasta altruista. No conté con que ella como médica veía el cuerpo humano con una óptica distinta a la del hombre común; me dijo que no descartaba hacer una especialidad en medicina forense. ¿No estábamos hechos el uno para el otro?

Nos poníamos manos a la obra, sobre todo ella. Le pasaba un paño húmedo a cada cosa, como si quisiera darle cariño luego del maltrato sufrido. Me convenció de cambiar los muebles de lugar. Incluso de levantar la loseta y poner uno de esos suelos imitación madera. Quería saber la historia de cada objeto, como de cierta vieja máquina de escribir. Le confesé que alguna vez me pasó por la cabeza la estúpida idea de ser escritor, hasta que descubrí que mi talento era nulo, lo cual no me frustró, sino todo lo contrario; se lo dije esta forma: era más divertido jugar con el juguete que inventarlo. Estuvo de acuerdo.

Pese a todo, nuestras formas de ser eran diametralmente opuestas. Ella era explosiva, risueña, y yo, callado y reflexivo. A veces me sacudía por los hombros, como si le desesperara mi silencio, y yo observé en ella un par de rasgos que me parecieron crueles. Como una noche en que se echó a reír destempladamente mientras mirábamos en la tele una situación de cámara escondida, en la que un tipo le echa algo pegajoso en la mano estirada a un ciego. O cuando estábamos comiendo en un centro comercial y una persona cayó y perdió el conocimiento. Como pasa en esos casos, la gente preguntó si alguien era médico. Romina no se inmutó, lamía un helado mientras me miraba a los ojos. Más tarde, cuando le pregunté por qué no se aprestó para ayudar a la persona, me respondió que a veces hasta los médicos son dueños de su tiempo libre.

Otra cosa que empañaba mi felicidad absoluta era no hacerla coincidir con la de Efrén y Amanda, quienes no pasaban por su mejor momento. Desde la muerte de Blas, Amanda se fue apagando despacio. No paró de llorar en días, con el irreprochable pretexto de que echaba de menos a su cuñado querido. Curiosamente, comenzó a interesarse por los libros (malditos, malditos todos). Me pedía que le hiciera llegar algunos. Efrén la hacía de filtro, revisaba mis sugerencias y descartaba toda novela que pudiera ser depresiva, como *Los miserables* o *La dama de las camelias.*

En una ocasión salimos a convivir en parejas. Romina, prevenida de la depresión de Amanda, trató de inyectar chispa a la conversación. Fue inútil.

Efrén no dejaba de vigilar cada movimiento de Amanda y de hacer cualquier cosa que pudiera reconfortarla. Ese esfuerzo suyo iba mezclado con rabia, pues sabía la razón de su tristeza.

Para colmo, las expectativas de vender el Rolex en millones de pesos se convirtieron en polvo. Cabeza de Muñeca y el Gordo tenían un contacto que ofrecía quinientos mil pesos, y el agente, otro que daba cuatrocientos. Efrén pensó que se trataba de estrategias para bajar el precio, pero cuando ya ni siquiera le insistían, comprendió que el único dispuesto a pagar caro, por una razón incierta, había sido el tipo que mató a Blas y que ahora estaba en prisión.

Entonces se le ocurrió algo para, según él, romper con la mala racha: visitar a su pariente brujo en Veracruz, que seguro le daría un brebaje que sacaría a Blas del corazón de Amanda y un sortilegio para limpiar el reloj de sus malas vibras.

Cuando le conté a Romina que iría con Efrén a Veracruz (sin decirle las razones), me confesó que se daba cuenta de que Efrén me manipulaba y me daba órdenes todo el tiempo. Por primera vez discutimos. Y eso me gustó. Pelea de enamorados.

—Está bien —cedió ella—, ve, pero déjame la llave de tu casa para seguir limpiando y darle de comer a los gatos. Ah, y no se te ocurra engañarme con otra.

Eso también me gustó. Celos de novia.

46

Sacristán descubrió una serie de rastros inquietantes. La ropa con la que Dondó iba al gimnasio desperdigada; un frasco con calmantes también dispersos; el sombrero aplastado; un par de vómitos. Fue a encontrarlo en el baño abrazado al retrete, lívido y en calzones. Lo radiografió con una mirada, luego se lanzó a agarrarlo por el cuello y lo arrastró bajó la regadera. Aquel intentó defenderse lanzando manotazos tibios; Sacristán abrió la llave y el agua fría lo hizo gruñir y revolverse, pero terminó por resbalar y quedarse sentado contra la pared, mojándose mientras el vientre se le inflaba y desinflaba rápidamente. Diez minutos después estaba en el sofá, tapado con una cobija. Sacristán se quedó junto a la ventana, mirando cómo aparecían gotas de lluvia en el patio de la vecindad hasta formar un lago.

—Se supone que un hermano mayor es eso, el que es mayor y hace menos pendejadas. No aplica en tu caso, Domingo… Mañana vas y le dices a Marcial que cambiaste de opinión, que te quedas como estabas.

—Indalecio ya se fue, no va a regresar.

—Ese es problema de Marcial.

—Fue mi culpa, se me hizo fácil no fajarme.

—Me importan madres tus excusas, viejo.

—¿Y crees que a mí me importan tus regaños? Soy un hombre, idiota, tengo treinta y ocho. ¿Por qué no vas tú a vaciar las cubetas de escupitajos, y limpias las cagadas de esa gente, y llevas su ropa sudorosa al lavadero? ¡Hazlo y luego me dices lo que tengo que hacer! Yo mientras me pongo a cazar nazis como tú… Nazis, pendejo iluso, ¡nazis en México! Y vienes a hacerte el muy maduro.

—Hay un bono si encuentro a Petersen y a Von Bremmer. Es buen dinero. Estuve viendo terrenos. No aquí que están de lumbre; por Coyoacán. A siete pesos el metro. Si compro uno no muy grande puedo levantar una casa, con un local para poner un negocio. Contratamos un chalán y entre los tres levantamos la casa.

—¿Local de qué?

—No sé. Una armería, por ejemplo. Yo sé de eso y la clientela ya la tengo. Los mismos compañeros de la Secreta. Pero también podría ser una cafetería pequeña.

—Ya me imagino a quién quieres contratar para que la maneje. Lo tienes todo muy pensado.

—Pues sí, ¿no?

—Pues no.

—Yo digo que sí.

—Y yo que no.

Escupieron unas risillas que se convirtieron en carcajadas. Les costó parar.

—Ese muchacho pega duro. Marcial le está buscando nombre. Puños Locos o el Niño Tormenta, ¿a ti cuál te gusta?

—Puños Locos, lo de Niño Tormenta se oye marica.

—Pienso igual… Pega duro y sale pronto. Así hacía yo, igual, exactamente igual. Un, dos, tres y cuando te das cuenta ya no estoy ahí. No solo es fuerza, es velocidad. A lo mejor la fuerza no me ha disminuido tanto, pero la velocidad, carajo. Intenté hacérselo a él y casi me voy de nalgas tropezándome con mis propios pies. El cabrón se rio. Me dieron ganas de decirle que me copió esa técnica. Tampoco es que me la copiara; es que se la vio a alguien que a la vez me la vio a mí, y yo también se la vi a alguien, no recuerdo ni a quién. Cuando eres joven, crees que tú inventaste todo, hasta fumar. Pero no basta con copiar algo, es que ya lo traigas. Yo lo traía, Felipe. Lo traía y se perdió, y ahora él tiene eso.

—Y también lo va a perder un día.

—Sí, Felipe, de eso no hay duda. Pero lo malo es perderlo cuando nadie se dio cuenta de que lo tenías.

La lluvia cambió de dirección y las gotas cayeron como pequeños dardos contra la ventana. Sacristán fue a poner un cazo con agua para el café. Había un par de cocoles. Les hundió un dedo, no estaban del todo duros. Le pareció que Dondó se había quedado dormido, pues lo oía roncar. Cuando regresó y puso sobre la mesa las cosas, aquel abrió los ojos, atolondrado.

—Oye, viejo, lo que te dije del bono va en serio. Ni siquiera tengo que repartirlo porque Arias va a trabajar por su lado y yo por el mío.

—Ten cuidado con ese hijo de puta.

—Lo tengo, ya lo mandé a chingar a su madre.

—Ese cabrón es peligroso, por su culpa te trincaron por lo del tranvía.

—No, viejo, eso fue mi culpa. Aunque no me arrepiento, el tipo traía un cuchillo y estaba por usarlo. Eso nadie me lo cree, pero es la verdad.

—Yo te creo, y de Arias ten cuidado, el cabrón es sádico, ya ves lo del perro.

—¿Qué perro?

—Una vez lo vi tundiendo a patadas a un perro. Hijo de puta. Iba a detenerlo, pero no hizo falta, al cabrón se le cansó el pie y se fue… ¿De cuánto es el bono?

—Cuatro mil.

—¡Oye, ese sí es un dinero!

—Claro que sí, voy a necesitar que me ayudes. Tú eres muy listo atando cabos. Te iré contando todo lo que averigüe.

—¿Te acuerdas cuando siempre descubría que le sacabas dinero del mandil a mi mamá?

—Cómo no me voy a acordar, con cada chanclazo que me daba yo quería patearte el culo… Bueno, viejo, esto requiere tiempo completo. Le voy a decir a Marcial que te enfermaste, que necesitas una semana de recuperación.

—Estás pendejo.

—No, no, escucha…

—No me va a pagar sin hacer nada.

—Ya sé que no, pero podemos aguantar.

—No podemos.

—Sí podemos, mira…

—Deja de soñar, Felipe.

—Mira, viejo. Ya tengo por dónde empezar, ¿te acuerdas de que te conté sobre un tal Hugo Hansen?

—Te digo que dejes de soñar.

—El tipo está trabajando en la librería de Fenzel. Hansen va a ser mi caballo de Troya, Hansen…

—¡Puta madre, deja ya de soñar, carajo! ¡Hansen mis huevos! ¡Nazis mis huevos! ¡Bono también mis huevos! ¡Voy a seguir de *sparring*! ¡Una puta faja lo resuelve todo!

Sacristán lo miró unos momentos y hundió la cabeza en el brazo del sofá.

—¿Estás llorando?

—¡No quiero que te maten a golpes, carajo! ¡Solo te queda un riñón…!

—Pinche escuincle. Sí, estás llorando. —Dondó le sacudió el pelo—. Te pareces al puto Principito. Cómo chingas la madre con cosas que no tienen sentido.

47

Cuando entreabrió la cortina y descubrió aquel cochazo deteniéndose bajo el edificio, pensó que de nuevo se trataba del cónsul. Fue a la puerta, esperó unos segundos y abrió. Müller se quedó de una pieza. Hilda Krüger parecía un póster de tamaño natural sacada de una de sus películas. Vestía una blusa de satín color crema, con pedrería en los hombros, una falda carmesí ceñida a la cintura y un sombrero con un velo corto de red. Apretaba el par de guantes de piel en una de sus blancas manos. Resultaba entre irrisorio y sacrílego ver a ese ángel en aquel cuarto de paredes salitrosas, un camastro arrinconado, una mesa con mantel de plástico, un par de sillas con el mimbre roto y una puerta que cualquiera podía interpretar que conducía al baño, pues de ahí provenía un leve olor a cañería. El foco ni siquiera tenía lámpara. Lo sostenía un cable tieso.

Por alguna razón, la mujer no demostró incomodidad mientras entraba sin esperar permiso y dejaba su bolso y los guantes en la mesa. Para él, desde luego, el sitio era bastante acogedor comparado con Kripp.

—Me hubieras pedido el favor completo, Brune. Conozco gente que alquila sitios mejores que este…

—Perdone que no le ofrezca nada. El agua sale sucia del grifo.

—¿Sentarme puedo?

—Por favor.

La mujer sacó una silla.

—Esa no —dijo Müller al recordar que no estaba firme. Se apresuró a sacarle otra y le puso un trapo encima.

—Eres divertido, Brune.

—Perdóneme si no hago preguntas educadas. ¿Qué hace aquí?

—¿Cómo te va con Fenzer? —La mujer sacó su cigarrera de plata y le dio el encendedor a Müller.

—Hago mi trabajo y él es amable conmigo —respondió al ofrecerle lumbre, mirando aquellos labios, de un rojo oscuro e intenso, apretar

suavemente el filtro del cigarro.

—¿Qué te puso a hacer?

—Limpieza.

—¿No es muy grande ahí?

—Somos dos empleados. En serio no sé qué hace aquí —dijo incómodo.

—Tranquilo. Seguro tienes algo de beber que no sea agua.

Müller fue a la cocina, abrió la única alacena que había, sacó la botella de brandy, dos vasos y regresó a la mesa. Ella bebió y se sirvió de nuevo por sí misma, despojándose de cualquier refinamiento.

—Dime algo, Brune, ¿qué tal te las ingenias como semental?

—¿Cómo dice?

—Me escuchaste bien. ¿Eres bueno en la cama? No quiero hacerme ideas preconcebidas, pero no tienes el tipo. Eres bien parecido, sí, pero más delgado de la cuenta y te falta algo como de tosquedad en el rostro. Pero bueno, eres alemán y joven, lo que hay a la mano, pues…

La sonrisa de Müller se extendió encima del círculo del vaso, mientras remataba el trago.

—¿Qué significa esa sonrisa?

—¿No le parece gracioso que usted venga a pedirme acostarse conmigo?

—No es para mí, idiota. ¿Cómo se te ocurre? ¿Sabes la clase de hombres con la que me relaciono?

—Algo he oído, sí. Goebbels allá, aquí políticos importantes. No se preocupe, su fama no es de una zorra cualquiera.

Los ojos claros de la mujer se tornaron más fríos. Deslizó el vaso sobre la mesa con un ademán exigente. Müller le volvió a servir.

—¿Para quién quiere el semental?

—Tengo una amiga recién llegada de Múnich. Le mataron al marido. Está muy deprimida.

—¿Cómo es su amiga?

—Tiene sesenta.

—¿Sesenta qué?

—Años.

Müller escupió una risotada.

—¿Sabes algo, Brune? El poco encanto que tienes se te va cuando te ríes. Se te dibuja la cara de un fulano carne de cañón. Seguro que si te hubieran matado en la guerra nadie te echaría de menos. El Führer se equivocó en algo, no todo ario es perfecto, tú no lo eres ni remotamente. Pancho, mi chofer, es más guapo y más hombre que tú. Dicho esto, te espero en la casa de Orizaba, para presentarte a Hilda. Se llama como yo —aclaró esbozando, fugazmente, con cara de sentirse boba por la absurda coincidencia.

—¿La petición ahora es orden?

—Mira qué bien, captaste el punto. No eres tan tonto como pareces.

Abrió el bolso, sacó unos billetes y los dejó caer en la mesa.

—Cómprate ropa, no vayas hecho un mamarracho. Te espero a las cinco de la tarde. Sé amable con ella, finge que te interesa. No es rica, pero vive en una mejor zona que esta. Si le agradas, te llevará a vivir a su casa.

Hilda se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—No hay trato.

Detuvo sus pasos. Brune recogió los billetes, fue y se los puso en una mano.

—Estás cruzando una línea muy delicada, Brune.

—¿Me echarán de la librería? He visto que hay varias por aquí. Y también tengo lengua para pedir trabajo en cualquier sitio. Lo mejor es que he aprendido a no ser exigente.

La mujer apretó el gestó y le arrojó los billetes en la cara. Müller la tomó por la cintura, la llevó contra la puerta y le hundió una mano en el pubis y los dientes en la nuca.

—Allá. —La mujer señaló el camastro cuando él quiso besarla.

La levantó en brazos como una pluma, fue y la dejó caer en el camastro, que no soportó el peso y reventó contra el suelo. Hilda se quejó del dolor y rompió a reír. Él la miró tendida, las piernas dobladas, con las bragas blancas marcándole el pubis. Se despojó de los pantalones, a tropezones, que hicieron reír más a la mujer. No dejó de mirarla con una asfixia creciente. Entonces le cayó encima introduciéndose sin preámbulos, agitándose compulsiva, desesperadamente, buscando en aquellos ojos risueños un atisbo de rendición, pero era él quien se rendía y solo hacia el final la notó temblar, enrojecerse y enlazarlo con las piernas fuertemente.

Aún no amanecía, pero el aire frío y fresco le hizo pensar que era de madrugada. Lo comprobó al ver luminiscencia en la ventana. Descubrió a Hilda sentada a la mesa, terminando de vestirse.

—Vuelve aquí —dijo él palpando la cama.

—No te ilusiones, Brune. No eres tan buen semental…

—¿Entonces ya no conoceré a tu amiga?

Hilda se puso de pie, aún sin zapatillas; se acercó a él y le cayó encima, llenándolo de besos.

—No, no la vas a conocer. Ya me diste compasión. Mejor le presentaré a Pancho.

—¿El que es más guapo que yo?

—En realidad no lo es, pero sí muy cariñoso y muy atento.

—Se nota que lo conoces bien.

—No seas tonto, no me acuesto con todos.

La mujer se arrebujó a su lado, le agarró un brazo e hizo que la rodeara con

él.

—Pero no hay ninguno que sea capaz de rechazarte.

—Sí lo hay… Lo hubo. Y lo odio y lo admiro por eso.

—Debió ser un idiota.

—Lo mismo pienso yo. Él no quiso seguir.

—¿Casado?

—Haces muchas preguntas, soldado. —Volvió a ponerse de pie—. Quizá regrese, quizá no. —Fue de nuevo a la mesa, terminó de ponerse los zapatos, tomó su bolso y sus guantes y se marchó.

Müller abrazó la almohada y le hundió la nariz. Olía a ella, a Hilda Krüger.

48

—¿Alguna vez te has enamorado? —preguntó Exupéry, mientras luchaba por hacer flexiones en el suelo.

A Müller le pareció divertido que el falso Cazotte, notoriamente fuera de forma, luchara por levantar su masa humana solo una tercera vez más; los brazos le temblaban como gelatinas, pero dejó de sonreír al pensar que ese ejercicio pudiera significar un último aire de vitalidad para un cuerpo ajeno a un final abrupto.

—Sé lo que piensas —dijo aquel, rindiéndose —. Que el amor es tonto.

—Más tonto que el dueño de una mula vieja, que de por sí ya es tonta.

—¿Lo ves, Müller? No es tan difícil tener buen humor. Me congratula saber que algo bueno te dejó nuestra amistad. Porque tienes que reconocer que yo te enseñé a tener chispa.

—Se lo reconozco —aceptó aquel, cansado de objetar que nunca podrían ser amigos.

Exupéry fue a la mesa y, dilapidando el poco ejercicio que había hecho, se puso a comer las chocolatinas de una caja que Müller le trajo a escondidas.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Ya le dije que lo de su libro no es cosa mía. Nunca se le devuelve nada a nadie, a ningún prisionero, quiero decir. Lo mejor será que lo olvide.

—¿Nunca?

—Solo en situaciones extremas…

—Entiendo, pero iba a pedirte otra cosa, más bien dos. Una hoja de afeitar. No entiendo cómo alguien puede dejarse pelos en la cara. Eso sí que ameritaría una guerra: los que tienen barba contra los que no. —Lo miró con atención—. Veo que tú y yo estaríamos en el mismo bando. De los que nos gusta afeitarnos. La segunda petición es el periódico.

—Las dos cosas son imposibles.

—¿Por qué?

Müller consideró obvia la respuesta y se limitó a observarlo en silencio. Con

la hoja de afeitar podía atacarlo o suicidarse, y con el periódico enterarse de los últimos acontecimientos. No es que esto importara, pero las medidas no tenían por qué ser racionales.

—Sé lo que piensas. Eres demasiado predecible. El problema con gente como nosotros es que tenemos una mirada transparente y nos delatamos enseguida. Las rosas descubren inmediatamente lo que sentimos.

—¿Las rosas?

—Las mujeres. Una hoja de afeitar es un arma, y no quieres que lea el periódico y me entere de quién va ganando la guerra. Pero en el primer caso tú mismo me puedes rasurar y en el segundo no te estoy pidiendo un periódico en francés. Tráemelo en alemán, en chino si quieres.

—¿Entonces para qué lo quiere?

—Para saber que afuera pasan cosas. Incluso me conformo con la sección de anuncios. Es una tortura estar aquí viendo cómo pasan los días de la misma forma.

—Veré qué puedo hacer. —Se acercó y tomó chocolatina de la caja. Exupéry le aplaudió divertido—. Pero la hoja de afeitar ni lo piense…

—Ya te dije que tú mismo puedes… —Exupéry se quedó callado de golpe. Miró fijamente a Müller—. Yo sí te rasuraría a ti, aunque seamos enemigos, por el simple hecho de que estás a punto de morir… —Fue al camastro y se acostó mirando al techo.

Müller abrió la boca queriendo formular alguna frase, pero no acertó, así que cambió de tema.

—Ya que menciona las rosas, hay algo que me fastidió bastante de su libro: cuando la rosa maltrata al Principito, él piensa que tuvo la culpa. Es evidente que las rosas tienen espinas. ¿Qué esperaba de ellas? El muy estúpido se da cuenta de que son vanidosas y encima siente que él no supo comprenderla. ¿Sabe algo? Eso es lo que pasa con ciertas razas, que se culpan a sí mismas de todo. Es… repugnante.

—¿Y el harakiri?

—¿El qué?

—Lo que hacen los japoneses cuando sienten que perdieron el honor y se hunden una espada en su propio vientre. ¿No hay valor en eso?

—Bueno… Ellos…

—Ellos son tus aliados. ¿O es que te aliaste con una raza inferior? ¿Es que los nazis nunca se suicidan?

—Ese no era el tema, el tema es…

—El tema es que las rosas tienen espinas y uno, que es idiota, las toma para olerlas y acaba con los dedos sangrados.

—No sé lo que eso signifique, de lo que yo hablo es…

—Que te parece repugnante amar a la rosa, aunque tenga espinas. Pero ¿no

es eso lo que hacemos todos los hombres? Qué cursilería acabo de decir… Ahora que lo pienso, debí poner un cactus mexicano, algo más salvaje, como Consuelo. Tal vez las mujeres son así, cactus a los que de vez en cuando les sale una florecita. Además, pueden estar sin agua muchos días. Su resistencia es formidable. ¿Has estado en el desierto, Müller? Una vez me accidenté y estuve ahí muchos días. Casi morimos André y yo. Nos salvamos de milagro. O no de milagro, nos salvó un camello. Otro que sabe administrar el agua. Oye ¿y si esa debiera ser la comparación? ¿La mujer y el camello? Podría resultar ofensiva pero no si se plantea bien, si se ensalzan los atributos de ambas especies. Con los hombres hay poco que comparar. O somos asnos o somos toros salvajes.

Müller dejó pasar aquellas palabras, dándose cuenta de que no iban hacia ninguna parte que no fuera matar el tiempo. Desde la llegada a Dresde de eso se trataba la vida, de las noticias del avance del enemigo, de un estado de alerta permanente y, al mismo tiempo, de vivir como si en realidad no sucediera nada. Incluso el aburrimiento seguía estando presente.

—Dígame algo, ¿qué hace un escritor en una guerra? No acabo de entenderlo, a menos que lo hayan alistado contra su voluntad. ¿No debería estar en algún lugar escribiendo sus novelas? ¿No le parece que cometió un grave error y que si lo paga caro será su culpa?

Exupéry dejó correr unos segundos antes de responder.

—No solo los escritores, ningún hombre debería estar en una guerra. Todas son absurdas a final de cuentas, y no estoy diciendo con esto que con buena voluntad se puedan evitar. Hay situaciones que son inadmisibles, como el esclavismo, como el sometimiento de un país. Por desgracia, nunca sucede que el esclavista o el invasor se diga a sí mismo: «Creo que estoy haciendo algo malo, será mejor que pida perdón y me retire». Solo queda tomar las armas y echarlo, pelear a muerte, dejar sembrada la tierra de sangre. Ya después los que queden vivos se darán la mano. Mierda, Müller, qué preguntas haces, era mejor el tema de las rosas, las mujeres, los camellos, el hombre, los burros y los toros. ¿Te gustan los toros, Müller? A Hemingway le gustan. ¿Sabes quién es él? Un escritor y un hombre de acción. Yo soy un escritor y un piloto. Quizá más lo segundo. La vida para mí no está en los libros, ni siquiera en la tierra. Está en el aire. ¿A qué te suena lo que te digo?

—A un escritor.

Se echaron a reír.

—Ahora sí me desarmaste… Dime algo, ¿faltará mucho?

—¿Mucho para qué?

—Ya sabes. Mi situación.

—No lo sé.

—Entiendo, entiendo —Exupéry se apresuró a recoger sus palabras, como quien anticipa la incomodidad que causan en su interlocutor—. Todo será como

tenga que ser. Tráeme el periódico si puedes, ¿de acuerdo?

Müller fue a la puerta, pero no acababa de marcharse.

—¿Adónde iba cuando lo atraparon? Sé que no me lo dirá, pero…

—A recoger información sobre los movimientos de las tropas alemanas en el valle del Ródano…

Müller lo miró boquiabierto.

—Te quedaste de piedra.

—¿Por qué no lo dijo desde un principio? Se hubiera evitado…

—¿Evitado qué? ¿Venir a Dresde? Además, se los dije, quizá no con esas palabras, pero sí que estaba haciendo una labor de reconocimiento. Pero a ellos lo que les importaba era lo que dije en el delirio. Vaya, ya da lo mismo…

De pronto, Müller se sintió invadido por un sentimiento que él mismo acababa de reprochar: culpa. Intentó quitárselo pronto de encima.

—París fue liberado.

—¿Cuándo? —interrogó Exupéry con un tono conmovido y sombrío.

—A los pocos días de que usted cayó prisionero.

—¿Tres meses ya?

—Siete.

—¿Siete? ¿Qué pasó con el tiempo, Müller? ¿Adónde se fue? ¿Adónde?

49

A Efrén se le ocurrió citar al Gordo, a Cabeza de Muñeca y al agente Sangrador con sus respectivos compradores del reloj en el café La Blanca, sin prevenirlos de que sería al mismo tiempo. Me dijo que eso era de lo más común, ¿o no pasa igual cuando quieres alquilar una casa? No eres el único que llega, te la pueden ganar si no te pones listo. Estrategia de venta, así se llama. Además, añadió, estábamos protegidos y me enseñó discretamente la bolsita roja con un listón del mismo color que le había dado su tío Neto en Veracruz. Yo tenía la mía, por supuesto.

Mientras aquellos llegaban, me distraje recordando el viaje. Efrén me explicó que su tío profesaba una fe poco conocida, la del Niño Cangrejo, que se inspiraba en un chiquillo que daba buena suerte a los pescadores cuando lo llevaban con ellos al amanecer en sus barcas. Siempre regresaban con muy buena pesca. Las dos únicas condiciones de los padres del niño eran que el primero que llegara a buscarlo podía llevarlo en la barca y que les trajeran algo de la pesca. Ciertos pescadores, perezosos de levantarse temprano para buscar al niño, lo secuestraron y lo ahogaron. Los padres pidieron a una deidad africana que les indicara mediante alguna señal quiénes habían sido los culpables. Un día que los pescadores llegaron de la faena y vaciaron las redes en la playa, se descubrió que solo dos habían pescado puros cangrejos. Así que los mataron a machetazos, arrojaron sus trozos al mar y comenzaron a llamar a su benefactor el Niño Cangrejo y a pedirle milagros.

—¿Habías oído de ese culto? —me preguntó Efrén.

—En la vida.

—Para que veas que no hace falta leer novelas, Aurelio. Casi nadie lo conoce. De hecho, mantén la boca cerrada. Y sobre todo sé respetuoso. Mi tío es un hombre de pocas palabras.

—¿Le puedo dar el pésame?

—¿Pésame de qué?

—De la muerte de Blas.

Efrén se detuvo de golpe. Íbamos por una calle cuesta arriba a pleno sol. Se quitó el sudor de la frente de un manotazo.

—¿Ya vamos a empezar con pendejadas, Aurelio? ¿Qué chingados tienes tú que mencionar a Blas?

—También era su sobrino.

—Mi tío Neto era esposo de mi tía Nena, una hermana de mi mamá. O sea que el cabrón no es mi tío de sangre, así que olvídate del puto Blas. ¿O lo echas de menos igual que mi mujer? ¿También a ti te andaba cogiendo?

—No, pero…

—¡Entonces no me chingues! Carajo, ¿te recuerdo a qué venimos? —Sacó del bolsillo el Rolex, cuya carátula rota se había llenado de vapor—. ¡A esto! ¡Y si alguien tiene que mencionar a Blas, ese seré yo! ¡Tú solamente haz lo que él te diga! ¿Algo más?

Le dije que no y seguimos caminando. Me miraba de reojo, se le notaba culpable por la forma en que me había hablado.

—Oye, no te lo había dicho, pero qué bonita novia te conseguiste. Pecosita, delgadita, pelirroja, chispa cuando se ríe. Carajo, y yo que pensé que para eso eras bien pendejo.

—En realidad ella me habló a mí.

—No lo dudo. ¿Y qué tal?

—¿Que tal qué?

—¿Vas en serio con ella?

—Sí, creo que sí.

—¿Crees?

—Es que también depende de ella.

—¿Qué tienen en común?

—Los gatos y otras cosas.

—Ay, Aurelio, tienes mucho que aprender…

Me puso una mano en un hombro y seguimos caminando, cada vez más fatigados.

—¿Sabes qué? Cuando Amanda se cure, vamos a salir otra vez los cuatro juntos. Con lo del reloj podemos darles un viaje chingón a nuestras chicas. ¿A dónde te gustaría ir?

—Aquí, como la vez pasada. No digo de cuando tiramos las cenizas de tu hermano al mar, sino de cuando…

—Ya, ya, ya sé de qué hablas. —Señaló una casucha que colgaba de la punta del cerro—. Es ahí.

En cuanto entramos a la casa del tío, este, sin hacer caso del «buenos días», nos pidió que nos desnudáramos por completo. Miré a Efrén y él me devolvió una mirada imperativa.

—Les tengo que agarrar los huevos —dijo Tío Neto cuando nos vio

desnudos.

—¿Cómo? —pregunté.

—Cállate… —ordenó Efrén—. Sí, tío, como usted diga…

—Déjalo, Efrén, si tu amigo no quiere, a mí me da lo mismo. Pero ustedes son amigos. Si solo limpio a uno, al rato el otro va a estar igual.

Me quedé callado, y el que calla otorga.

Tío Neto cerró los ojos, comenzó a mover índices y pulgares entre nuestros testículos, y a fruncir el entrecejo como si analizara un tremendo acertijo. No me gustó la manera suave en que lo hacía, ni sus cejas depiladas, ni que no se daba prisa. Miré hacia otra parte, las paredes llenas de estampas de santos, cráneos de animal, ajos colgados y una foto en blanco y negro, que en la penumbra supuse sería la del Niño Cangrejo.

—Sí, traen varias circunvoluciones, aquí… Vienen muy cargados…

No comprendí a qué se refería, pero por fin terminó el suplicio. Luego del examen testicular, nos hizo sentar a ras del suelo y pidió con su voz pausada que le explicáramos el problema. Efrén le dijo que de Amanda le hablaba después, lo primero era el reloj, quizás estaba maldito. Tío Neto quiso verlo. Efrén lo sacó de su bolsillo y se lo dio. Aquel no lo tocó, señaló con uno de sus dedos prietos, pero de uña muy rosada, que lo pusiera en el suelo. Entonces le acercó la palma de la mano hasta cierta distancia y, luego de un minuto como de larga introspección, declaró:

—No tiene nada.

—Ah, chingá —murmuró Efrén, asombrado—. ¿Nada?

—Nada. La mierda la cargan ustedes. Sobre todo tú —me señaló—, pero ya viene de tiempo.

Pensé en mis ancestros y se me cerró la garganta. Efrén me miró con suspicacia.

—Es algo que está metido en tu casa. No es el reloj, es otra cosa. ¿Qué metiste en tu casa?

—Una mujer —espetó Efrén.

—No vivo con ella.

—¿Puede ser eso? —insistió Efrén—. Porque si es así, se va a chingar a su madre.

Tío Neto cerró los ojos y volvió a fruncir el entrecejo.

—No… No es ella. Ella tiene sus cosas… pero no… No es ella… ¿En qué trabajan?

La pregunta me pareció cargada de sentido. Los despojos cayeron a puños en mi mente, de uno y otro lugar, de años de faena. Creyendo en eso de las energías, sonaba lógico que nos lleváramos a casa el sufrimiento, la violencia y el miedo ajenos. ¿Por qué yo más que Efrén? Tal vez por ser más joven o más sensible o más estúpido. A saber. Lo verdaderamente injusto era que él diera

por hecho que se trataba de Romina.

—Ya me acordé de otra cosa —apuntó Efrén—. Aurelio metió un gato a su casa.

Y dale con joder.

—No —dijo Tío Neto—, ese, al contrario, es un guardián. ¿En qué trabajan?

Efrén se lo explicó y aquel confirmó su hipótesis con un gesto sabiondo.

Tío o no tío, adorador del Niño Cangrejo o de la madre que lo parió, le tuvimos que pagar mil quinientos pesos cada uno. Pero antes nos limpió con manojos de hierbas, con mucho esmero, a latigazos repentinos, balbuceando rezos dramáticos y sufridos. Fue entonces cuando lo escuché mencionar al Niño Cangrejo, pero también a Cristo, Elegguá y a la Virgen de Guadalupe.

Nos dio los amuletos, Efrén me pidió que lo esperara afuera. Comprendí que le quería hablar al tío en privado. Su petición fue un alivio, dejé atrás ese ambiente soporífero y fui a sentarme del otro lado de la casa en un escalón de piedra, a la sombra de una cornisa. El viento pegaba fresco. Los lugareños prietos de sol pasaban por ahí a paso muy lento. Una chiquilla se mojaba el pelo bajo un grifo de agua. Pensé que no sería un mal lugar para vivir con Romina. No ahí exactamente, pero sí en Veracruz. ¿Habría pelirrojas en Veracruz? Quizás ella sería la única. El calor me estaba atontando.

Efrén llegó junto a mí y me dijo que nos fuéramos ya. Tenía los ojos rojos, llorosos; preferí ser discreto y no le hice preguntas. Fue él quien, a medio bajar el cerro, terminó por hablar.

—Blas sigue chingando, visita a mi mujer.

—¿No está muerto?

—Cállate y escucha. En espíritu. Como fantasma, para que me entiendas. La perturba, no la deja en paz, quiere que se mate para tenerla con él en su mundo de sombras. Pero mi tío lo va a poner en su lugar.

—¿Qué lugar?

—¿Cómo qué lugar? Al puto mundo de los espíritus.

—No sé mucho de eso.

—¿Y yo sí? ¡Nadie! Pero son cosas que se suponen.

—¿Qué hará tu tío?

—Invocar a Blas. A los muertos también se les puede atormentar. Le va a decir que si sigue chingando le va a mandar a otros para que le pongan una madriza.

—Una madriza espiritual —apostillé.

—Sí, algo así.

—Qué bien que tu tío te ayude.

—Me va a costar cinco mil pesos, pero si por mandarlo al otro mundo iba a pagar treinta mil, ya salió barato.

De vuelta en la ciudad, aún seguía pensando en lo de la paliza espiritual. Me costó imaginar a tres o cuatro espíritus pegándole una chinga de Dios Padre a otro, bañándolo en… ¿sangre?

Al abrir la puerta del departamento, me quedé de una pieza. Estaba completamente transformado. Los muebles cambiados de lugar, lámparas nuevas, un jarrón con flores en la mesa. Parecía el hogar de un hombre que tiene amor.

Subí a tocar la puerta de Romina para darle las gracias. No la encontré. Los gatos me maullaban del otro lado, así que los tenía juntos. En ese momento me pareció aún más injusto que Efrén pensara que ella era «la mierda que yo traía encima».

Por la noche fue ella quien bajó. Nos acurrucamos en el sofá. Le pasé el brazo por los hombros y le pedí que viviéramos juntos. Dijo que estaba a punto de pedírmelo ella a mí, pero que antes de tomar esa gran decisión, cada uno tenía que hacer una lista contándole al otro al menos los tres secretos más íntimos de su vida.

Estuve de acuerdo.

Pero aquella lista esperaría su turno. Yo seguía pensando en mis tres secretos, incluso ahí en el café, mientras Blas y yo esperábamos a los compradores del Rolex.

—Ahí vienen —dijo él.

Por la puerta del café entraron Cabeza de Muñeca y el Gordo Sandoval. Vinieron directo a nosotros; aún no se sentaban cuando apareció Sangrador.

—Ya no debe tardar Quique —aseguró luego de saludar, desconcertado por la presencia del Gordo y Cabeza de Muñeca.

—¿Quién? —preguntó Efrén.

—Mi comprador.

—¿Quique? Así se llama el que nosotros conseguimos —espetó Sandoval.

Y Quique, un muchacho bajito y fortachón, de cabeza rapada y tatuada, llegó a la puerta.

50

Cuando Sacristán llegó a la puerta de la oficina de Galindo, se detuvo al escuchar un llanto de mujer del otro lado. Pensó que quizá se trataba de su esposa y de una de sus peleas habituales, así que dio dos pasos atrás y fue a sentarse en el sofá del recibidor. A los pocos minutos vio salir a una mujer que lo miró brevemente, cabizbaja y sufrida. Siguió de largo. Sacristán se dirigió de nuevo a la oficina y esta vez chocó con Arias, quien también iba de salida, y lo miró con franco desprecio.

Galindo le señaló una silla.

—Con las chingaderas que tiene uno que lidiar —se quejó.

—¿Qué pasó, inspector? ¿Quién era esa mujer?

—La esposa de Alejo Lima.

—¿Quién?

—El empleado de Fenzer.

—Ah, ya.

—Su esposo falleció anoche.

—¿Cómo?

—Dice ella que llevaba días mal.

—¿Estaba enfermo de algo? Espere, ¿no me diga que fue por…?

—Tuve que suspender a Arias frente a ella, aunque no le reconocí del todo que tuviera razón.

Sacristán no pudo evitar un gesto de alegría, pero no logró entender que la sola acusación de la mujer le bastara a Galindo, hasta que este aclaró:

—Todavía no le cuenta a Fenzer la paliza que Arias le dio a Alejo. Si lo hace, el tipo podría sospechar la razón de esa paliza y no conviene al caso. Le pedí discreción y a cambio ella pidió dos cosas: castigo al culpable y una indemnización.

—Muy justo.

—El chistecito costó quinientos pesos.

—El chistecito de Arias. Se lo dije, se lo advertí, inspector. Arias es una

bestia. Ahí tiene el resultado de sus métodos. ¿Sigue pensando que no importa si al canario le dan vaina o alpiste mientras cante bonito?

—Déjate de regaños. ¿Qué has hecho tú? Al menos Arias hizo su intento.

—Estoy en eso.

—No estás en nada. Eres un dandi holgazán. Te la vives en los cafés. Necesito resultados ya. Arias está fuera, pero tú vas por el mismo camino.

—¿Arias está fuera? Pensé que la suspensión era provisional.

—Hasta que se resuelva lo de los alemanes, ya después que la mujer de Alejo diga lo que se le pegue la gana. Quita esa cara de alegría, métete en la cabeza que estoy por despedirte. Los gringos presionan como no tienes idea. Mi puesto está en juego y si me voy yo, se van todos.

—No pensé que fuera tan grave. ¿Quién lo presiona exactamente?

—No voy a decírtelo y no me lo preguntes como si fuéramos iguales. Hay jerarquías.

—Mi curiosidad tiene que ver con cosas concretas. ¿Qué vamos a ganar nosotros si ayudamos a los gringos?

—Ya te hablé del bono.

—Supongo que hay otro para usted.

—Ese no es asunto tuyo.

—Desde luego que no, pero qué le garantiza que los gringos cumplan su palabra.

—Ya veo por dónde vas, lo único que te interesa es ese bono. —Galindo lo escrutó con una mirada y luego tamborileó los dedos de una mano, como pensando hasta dónde seguir hablando—. Ellos no están muy seguros de que no estemos ayudando a Von Bremmer a llegar con los rusos.

—No somos ningunos traidores.

—La desconfianza tiene sus razones. Supongo que no sabes nada del telegrama Zimmermann.

Sacristán negó con la cabeza y echó la espalda en la silla, dando por hecho que la explicación sería larga.

—Hacia el final de la Primera Guerra, los alemanes enviaron a Venustiano Carranza un telegrama proponiéndole que se pusieran de su parte contra los Estados Unidos. A cambio, nos ayudarían a recuperar parte del territorio mexicano que Santa Anna le vendió a los gringos. El telegrama fue interceptado y descifrado por los criptógrafos ingleses y el plan se fue al carajo.

—¿Eso significa que Carranza iba a aceptar la propuesta?

—La rechazó, pero los norteamericanos se quedaron con sus dudas.

—Interesante, inspector, pero ¿qué tiene todo eso que ver con el presente?

—¿Quién crees que estuvo abasteciendo Alemania de petróleo durante esta guerra?

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros. Así que debemos manejar con pinzas nuestras relaciones diplomáticas. Sobre todo con los vencedores. Tú y yo no somos más que un pequeño eslabón de cosas más grandes. Ahora dime a qué carajos viniste.

—A darle los buenos días.

—Lárgate de aquí.

—Yo también lo estimo —dijo Sacristán camino hacia la puerta.

—No vuelvas si no es con un avance o en serio estás fuera. Ya te tuve demasiados miramientos.

Salió del edificio silbando alegremente. Las cosas no avanzaban, pero al menos Arias ya no sería un estorbo. De pronto lo vio fumando en la esquina. Estaba de espaldas, así que no se percató de su presencia. Tiró el cigarro, lo aplastó furioso y al cruzar la calle tuvo que frenarse, pues un automovilista le pegó un claxonazo y lo llamó idiota. Arias le gritó una mentada de madre y se largó. Sacristán esbozó una sonrisa festiva.

Necesitaba compartir aquel prometedor giro de las cosas. Pensó ir a buscar a Dondó al gimnasio, pero si lo encontraba de *sparring* reventaría contra él y, sobre todo, contra Marcial. Sacar a su hermano de ese trabajo requería demostrarle que no necesitaba romperse su único riñón para sobrevivir. Así que mejor fue a La Blanca a ver a Nati, convencido de que un hombre no se debe rendir con el primer rechazo. No acabó de entrar cuando, desde la ventana, la vio con Arias. No podía escucharlos, pero a juzgar por sus ademanes era claro que tenían problemas.

Doble felicidad.

51

Su vida se había vuelto predecible. Por las mañanas un café en La Blanca, beberlo despacio viendo el acontecer del mundo desde la comodidad e indiferencia de las páginas del periódico; la guerra iba dejando de ser noticia, la sección policiaca con sus crímenes de barrio tenía más relevancia —«Tres puñaladas le dio el individuo de marras, saliendo de la pulquería Los Valientes No Lloran»—, igual que la tira cómica de *Lorenzo y Pepita* o los encabezados atronadores de los logros del presidente Ávila Camacho y el presidenciable Miguel Alemán, cuya foto a veces Müller miraba pensando en lo mucho que ese elegante y prominente caballero tendría mimada a Hilda Krüger.

A ratos levantar los ojos y encontrarse con los de Nati, siempre coqueta y distante al mismo tiempo. Escuchar el vapor a presión de la máquina cafetera ya como un ruido familiar y amistoso. Caminar de Cinco de Mayo a Donceles y llegar a la librería Clásicos Fenzer; la muerte de Alejo le duplicó el quehacer, y cuando Fenzer le decía que aguantara hasta que consiguiera un empleado de confianza, como lo fuera el buen Alejo, a Müller le daba lo mismo. Cumplía sus rutinas sin quejarse, barrer y trapear el largo establecimiento que tendría sus cincuenta metros de fondo. Limpiar las ventanas con agua, vinagre y periódicos, mirar del otro lado al viejo Justino sumarse al paso de los transeúntes, intentando venderles un cacho de lotería sin abandonar sus intentos hasta llegar a la esquina, desde donde retornaba a su sitio a la caza del siguiente transeúnte. Pasarle un trapo al mostrador y luego lo más entretenido: ordenar los libros por temas en la estantería, aunque Fenzer cambiaba frecuentemente de opinión y a veces le pedía que lo hiciera por las editoriales o por el tamaño de los ejemplares. Fenzer era un tipo tan silencioso como el propio Müller, cosa que este agradecía; no necesitaban dirigirse la palabra en horas y el hecho de ser los dos alemanes no marcaba ninguna diferencia. Fenzer apenas le había preguntado una vez de qué región eran sus padres, y cierto día que escucharon en la radio hablar de la guerra, este masculló un «no fue un final justo», mirando de soslayo a Müller, como quien busca un gesto de

complicidad.

Si bien con Müller no hablaba, sí lo hacía con los clientes, muchos habituales compradores a los que Fenzer les vendía todo tipo de libros, ensalzando las virtudes del escritor, del historiador, filósofo o científico, haciendo hincapié en que, para comprender tal o cual tema, la lectura de ese libro era indispensable. «Amigo mío», decía sujetando el libro en cuestión, «esto que ve aquí es mejor que cualquier joya, porque mientras aquella brilla en el hermoso cuello de una dama, esta brilla en el interior del cerebro, mire usted…», y entonces hacía correr las páginas, «¿no siente ya la brisa del conocimiento llamarle?».

No es que Fenzer tuviera gran cultura (tampoco era un ignorante), pero lo que sí tenía era el don de la palabra. Y sobre todo, notó Müller, lo que mucha gente en realidad disfrutaba, más que hacerse de libros, era conversar con un auténtico alemán, no por malinchismo (desprecio a lo propio y sobrevaloración de lo extranjero), sino por real curiosidad y simpatía.

A las siete de la tarde, Fenzer pronunciaba las mismas palabras: «Puedes irte ya, Hugo. Yo me encargaré de cerrar, *bis bald, freund*».

Müller buscaba un cafetín dónde cenar, nunca más allá del centro; el resto de la ciudad le era desconocida y ajena. Iba a sentarse un rato al Zócalo, solo para mirar a la gente y dejar que los pensamientos pasaran por su cabeza sin aferrarse a ninguno. Después volvía a la habitación, a fumar y escuchar (sin prestar demasiada atención) la XEW en la oscuridad, soltando los recuerdos como perros que se sacan a pasear por la noche y se les deja olfatear por aquí y por allá hasta que se cansan y regresan a su rincón, vaciados de energía. Al final se quedaba dormido y al día siguiente no recordaba en qué momento había perdido la conciencia.

Pero desde que Hilda venía a verle (cuando a ella se le daba la gana), no había más rutinas, ni siquiera la amorosa, pues ingenio a ella no le faltaba. A veces, sin previo aviso, le acometía una *fellatio* para luego, sin decir una sola palabra, darse la media vuelta e irse. Contra la pared, en la tina del baño, en el suelo o en la cama, no podía faltar que le murmurara sórdidas fantasías, como que lamentaba que hubiese regresado entero de la guerra, pues si le faltara una pierna o tuviera el cuerpo quemado, el placer sería inaudito. Müller no la podía imaginar fuera de los límites de esas cuatro paredes; le parecía un ángel que descendía a los infiernos, pero más allá de ese aspecto angelical, del dulce rostro, de sus tiernos y desvalidos ojos azules, había un demonio que jugaba a estar a merced de los caprichos del hombre de la guerra, aunque en realidad no era más que un pobre infeliz lleno de fantasmas y sin futuro.

—Ya no voy a regresar —le advirtió esa noche, mientras terminaba de ponerse las medias.

Müller fumaba junto a la ventana y no le prestó atención.

—¿Te da lo mismo?

—Francamente, sí.

Ella fue, le tiró el cigarro y le plantó una bofetada.

—Pensé que ya no querías más sexo —replicó él tranquilamente.

—Idiota. —Hilda se echó a reír y le acarició la mejilla, donde antes le había pegado, haciendo un pucherito maternal.

Entonces él bajó la guardia y le deseó buena suerte.

—No seas condescendiente conmigo. ¿Por qué mejor no me pides que no me vaya?

—Porque eso no tendría sentido.

—Qué poca persistencia la tuya.

—¿Eso para qué sirve?

—Para lograr lo que uno quiere.

—¿Y eso para qué sirve?

—Basta ya —espetó, torturada. Luego lo miró con un gesto que parecía sincero—. Esto se terminó, querido, me refiero a México. Larguémonos juntos.

—¿Adónde?

—Buenos Aires, Sacramento o Berna —respondió decidida—. Sí, muy diferentes ciudades, pero tengo mis razones. En cualquiera viviríamos tranquilamente. Del dinero no te preocupes. Tengo el necesario.

—¿Quieres decir que yo sería tu mantenido?

—Claro que sí, vivirías a mis costillas. Serías mi fulano, mi macho, mi chulo o como mejor te parezca llamarte. Incluso te permitiría algunas aventuras siempre y cuando les diera el visto bueno. También al revés, claro está.

—Entonces serías mi zorra.

—¿Lo ves? Ya estamos de acuerdo.

Fue la única ocasión en que se sonrieron desarmados, pero ninguno pudo sostener la sonrisa y enseguida se miraron con tristeza. Ella le dio un beso y se marchó.

Más tarde, él no podía conciliar el sueño. Intentaba fabricarse un buen argumento para haber aceptado aquella propuesta, uno creíble, donde hubieran podido llevar una vida normal, pero la imagen siempre terminaba en abandono y heridas propias supurando el pus en el otro.

Salió de ahí y echó a andar. Cruzó la plancha vacía del Zócalo y regresó por Bolívar hasta la Plaza de la Ranita, donde paró para fumarse un Pall Mall. Lanzó la mirada a las manecillas del reloj Otomano; faltaba poco para las tres de la madrugada. Se pegó junto a uno de los arcos para orinar. Una sombra se dibujó en el suelo.

—Pueden detenerlo por hacer eso en la vía pública, Hansen.

—¿Usted lo haría? —preguntó Müller dejando correr el chorro de orina

contra la pared—. ¿No sería bajar de categoría para alguien de la Secreta?

—Termine de mear, Hansen, lo espero junto al reloj.

Müller sacudió las últimas gotas y se subió la bragueta. Luego fue donde Sacristán, que fumaba recargado en el reloj.

—Supongo que me ha estado siguiendo.

—Sí, Hansen, es mi deber prevenirle que se está metiendo con la mujer equivocada. No digo que no me haya impresionado, me quito el sombrero. La Krüger, usted sí que le pega a las grandes ligas.

—¿Por qué no tocó la puerta? Le hubiéramos invitado un café.

—Gracias, aunque no creo que a la señora Krüger le hubiera gustado conocerme. Pero no se preocupe, no correré la voz por los pasillos de Gobernación de sus encuentros con la dama, siempre y cuando usted también haga algo por mí…

—Qué bajo ha caído, Sacristán. Lo tenía en mejor concepto, eso se llama extorsión.

—¿Me va a decir que usted hizo cosas lindas en la guerra?

Echaron a andar despacio, cruzándose con el sereno que les dio las buenas noches.

—Hablando a lo macho, no tengo ni puta idea de por dónde empezar, solo sé que Fenzer conoce a Petersen y Von Bremmer, y también usted. En Fenzer no confío, así que por eso recurro a mi buen amigo Hansen.

—Más bien, no tiene algo con qué extorsionar a Fenzer. Lamento no poder ayudarlo, así que vaya a soltar rumores a los pasillos de Gobernación, ya me las arreglaré.

—No lo diga tan a la ligera. Un político celoso es tan peligroso como una mujer despechada.

Müller se encogió de hombros.

—No le estoy pidiendo que me diga dónde está Petersen o cuándo y dónde llegará el otro sujeto, pero sí que espíe a Fenzer, porque me parece que él sí podría saberlo.

—¿Espiar? —sonrió Müller—. No sé cómo espiar a nadie, agente.

—Es muy sencillo. Obsérvelo y revise sus cosas sin que él se dé cuenta. Listo, acaba de tomar un curso de espionaje por correspondencia.

—Lo mandaría al diablo porque, la verdad, su amenaza no me preocupa y lo de espiar me parece indigno. Pero me interesa recuperar el libro, así que lo intentaré.

—Caray, he sabido de gente que ama los libros, pero esto es el colmo.

—Cada quien con sus obsesiones; la suya es una mujer, y la mía, un libro.

Hansen le ofreció la mano, las estrecharon. Sacristán se caló el sombrero y se alejó.

52

Mientras intentaba escribir mis tres secretos más íntimos, me venía a la mente la absurda entrevista en el café con Efrén, el Gordo Sandoval, Cabeza de Muñeca, el agente Sangrador y Quique, el tipo que se suponía iba a comprarnos el Rolex. De hecho me costaba concentrarme en eso de los secretos (habíamos quedado en echarnos el papel por debajo de la puerta) porque no me acordaba de ninguno verdaderamente íntimo y sorprendente; sobre todo eso, sorprendente. No quería quedar como un ñoño ante Romina. Con la convivencia fui comprendiendo que ella era mujer de mundo, hablaba de viajes, culturas, restaurantes de comida fusión y ese tipo de cosas que yo en mi puta vida había pensado. A veces, al escucharla, me sentía achicado y ella se daba cuenta, porque de pronto decía: cuando viajemos, cuando comamos en este o aquel sitio, va a ser mucho mejor porque será contigo.

El hecho es que, en el café, el primero en tomar la palabra fue Cabeza de Muñeca:

—Se trata de que cada uno se lleve lo suyo, sin malos rollos ni tonterías… ¿Cuánto es lo que más nos ofreces, Quiquín?, para que todos quedemos contentos…

Este lo miró de reojo con cara de medir su respuesta. Y antes de que abriera la boca, Efrén espetó:

—El dueño del reloj soy yo, así que las respuestas me las das a mí… «Quiquín».

—Tranquilo —dijo Cabeza de Muñeca.

—Tranquilo, mis huevos prietos…

—¿Por qué la agresión? Todos queremos que esto salga bien.

—Calle hocico… ¿Ves esas fotos, Quique? —Efrén señaló la pared—. Tú estás muy chavo, pero mira lo que dice ahí: en este café, Fidel y el Che planearon la Revolución cubana. Y después de tantos años su revolución valió madres, pero este café sigue teniendo su encanto, mientras no te lo den quemado. La comida es mala, eso sí. ¿Qué trato de decirte con esto? Que yo

nací en Veracruz. ¿Y de dónde salió el puto barco con Castro, el Che y sus revolucionarios? De Tuxpan. Al norte de donde yo soy, pero Veracruz es Veracruz. Así que tú no estás tratando con ningún pendejo.

Comencé a pensar que Efrén había llegado ebrio y no me había dado cuenta. Cabeza de Muñeca, el Gordo Sandoval y Sangrador lo miraron impacientes, y Quique, desconcertado.

—Esta revolución es conmigo, compañero. ¿Cuánto me das por mi Rolex, así al puro chile?

—Diez mil pesos —respondió Quique.

Volviendo a lo de los tres íntimos secretos, me di cuenta de que hay de dos tipos: aquellos de los que uno se avergüenza y aquellos que te exhiben como un hijo de puta. Por eso se llaman secretos y por eso resulta difícil contarlos. Pensaba, por ejemplo, en haberme robado el libro, no podía pretextar que el único responsable era Efrén por lo del reloj. Ese secreto era del segundo tipo porque había muerto gente, así que no me atreví a escribirlo en mi lista. Uno vergonzoso sería que un día en la biblioteca le arranqué las páginas a un libro de Química que me habían dejado leer en la secundaria para no tener que hacer el trámite de pedirlo prestado. Pensándolo bien, también fui un hijo de puta…

—¿Qué mierdas? —interrogó Efrén—. ¿Diez mil pesos? ¿Es un chiste?

En las caras de asombro y contrariedad todos estuvimos de acuerdo. A Efrén se le acabó la estrategia de dirigirse directamente a Quique y miró con reclamo a los demás.

—No es a huevo —dijo Quique con la intención de ponerse de pie y largarse.

—No, no, no —lo sentó el Gordo—. A ver, tranquilos todos. Yo hablé contigo, Quique, y estabas dispuesto a dar los cuatrocientos…

—Lo mismo digo yo —intervino Sangrador.

—No me entendieron. El reloj es «de Roberto».

—Es de Efrén —corregí.

—Robado, pues —aclaró Quique—. No puedo venderlo como si tuviera mi tienda en el Palacio de Hierro. Lo tengo que dar muy por debajo de su precio.

—Sí, pero no mames —protestó Sangrador—, una cosa es Juan Domínguez y otra no me chingues… De menos lo vendes en trescientos y nos quieres dar diez mil para repartirnos entre cuatro.

—Cinco —dijo Efrén—, Aurelio también cuenta.

—Les doy veinte... Dicen que tiene la carátula rota, ¿no?

—Vámonos, Aurelio. —Efrén se puso de pie.

—Siéntate —le ordenó el Gordo—. A ver, pinche Quique, no te pases de culero, danos los cien.

—No puedo.

—Ni yo quiero —se rebeló Efrén—. Ustedes ya se pusieron de acuerdo. Nos quieren dar cualquier mierda y repartirse la ganancia chingona. ¿Pues saben qué? Tomen su relojote. —Les hizo una seña con un dedo tieso.

Salimos del café. Ahí Efrén comenzó a rascarse la cara, furioso e impotente.

—¡Di algo, carajo!

—Tu tío dijo que lo del reloj iba a salir bien.

—¿Ahora le vas a echar la culpa a mi tío?

—Eso dijo.

—Mi tío nos hizo una limpia.

—Tu tío nos acarició los huevos y le dimos mil quinientos pesos cada uno.

—Mi tío…

—¿Adónde van, cabrones? —El Gordo y Cabeza de Muñeca nos alcanzaron—. Regresen adentro y pórtense como adultos, par de mamones.

—Chingas a tu madre —atacó Efrén.

—Chingas a la tuya y venga el reloj.

El Gordo se le fue encima y comenzó a esculcarle los bolsillos. Cabeza de Muñeca me estampó de cara contra la ventana del café e hizo lo mismo. Del otro lado, Sangrador y Quique nos miraban.

—¿A poco crees que lo traigo conmigo? —se burló Efrén, lo que hizo enfurecer más al Gordo, y empezaron a intercambiar empujones y cachetadas.

Un pitazo metálico anunció a la patrulla. En el acto, el Gordo y Cabeza de Muñeca dejaron de agredirnos, pero los policías ya se acercaban.

—¿Algún problema, señores?

—Estos, que nos querían robar. —Efrén señaló al Gordo y Cabeza de Muñeca.

Luego de meditarlo por un buen rato, doblé el papel, lo metí en un sobre blanco, salí del departamento, subí al siguiente piso, me detuve y deslicé el sobre por debajo de la puerta. Bajé sin hacer ruido, entré a casa y me recosté en el sofá; no tardé en oír algo que se deslizaba por mi puerta. Era un sobre similar. No lo abrí de inmediato, lo puse en la mesa y comencé a sentir esa misma agradable y leve ansiedad de cuando estaba a punto de abrir un libro nuevo. Es como una alegría que estalla en el pecho, y si es algo de lo que ya tenemos idea, un tema o autor que nos gusta, la alegría estalla en la garganta, aunque siempre existe el temor a la decepción. Uno sigue avanzando en la lectura, pero cada vez es más difícil pasar a la siguiente página; los dedos, los ojos se resisten. Viene la frustración. El libro entra en coma y muere.

—¿Pasa algo, oficiales? —dijo Sangrador a la vez que, discretamente, les mostraba su credencial de policía de investigación—. Yo me ocupo, ¿okey?

Estos no tuvieron ninguna objeción. Le respondieron con un saludo corto, fueron a la patrulla y se largaron.

—De aquí no nos vamos sin vender el reloj —advirtió Sangrador.

—Yo creo que sí. —Efrén señaló la ventana.

La mesa estaba vacía, Quique se había largado.

Abrí el sobre, saqué el papel y lo desdoblé poco a poco. A golpe de vista me gustó la letra de Romina: su caligrafía era elegante, había usado pluma azul, mi color favorito tratándose de plumas baratas. «Secreto uno», decía, «no puedo tener hijos. Secreto dos, a veces fumo marihuana. Secreto tres, una vez tuve sexo con otra mujer».

Saber los secretos ajenos obliga a hacer ajustes en lo que uno pensaba de alguien. Yo no quería hacer esos ajustes, Romina seguía siendo Romina, Romina era…

Tocaron la puerta. Fui, abrí. Era ella.

—¿Por qué eres una mierda conmigo, Aurelio? —interrogó dolida, mostrándome la hoja en blanco que deslicé bajo su puerta.

Caminamos desde el café hasta su casa, varias colonias, durante una hora, en silencio. Se le veía frustrado. Cabeza de Muñeca fue el primero en aceptar que no obtendría ninguna ganancia, pues nos miró con desprecio, dio la media vuelta y se marchó sin despedirse de nadie. El Gordo no se fue sin antes amenazarnos, diciendo que a partir de ahí diéramos por hecho que hasta el día de nuestras respectivas jubilaciones nos haría cagar sangre en el trabajo. Sangrador solo nos mostró su credencial de policía, se la guardó en el bolsillo y también se marchó.

—¿Qué crees que quiso decirnos con eso? —me preguntó Efrén.

—Que es policía y nos puede joder la existencia.

—Pienso lo mismo. Carajo, ¿te das cuenta, Aurelio? De cinco millones bajamos a diez mil pesos. ¿Cómo pudo ser? ¡Cómo!

Insistió en que siguiéramos hablando un poco más en su casa.

—¿Amanda? —Levantó la voz cuando cruzamos la puerta, ya con un tono de inquietud, de acusar su ausencia.

Lo escuché abrir y cerrar puertas, y seguir llamándola cada vez más desesperado. Regresó y me encontró mirando aquel sobre en la mesa. Me devolvió una mirada de incertidumbre. Lo abrió, sacó el papel y leyó.

—¡No, Diosito, no! —exclamó, arrugando el sobre contra su cara y rompiendo a llorar.

53

Hilda no paraba de llorar y Müller no la veía con tristeza sino con asombro. Esa Hilda frágil no era la de costumbre: unas veces altanera, otras tierna; cuando se fingía la desvalida, se le notaba lo mala actriz. Esto él nunca quiso decírselo, considerando que la mujer había hecho películas en Hollywood y México y en las entrevistas dejaba ver esa presunción. Pero verla llorar así, perdiendo el maquillaje, desdibujando el rostro (que de todos modos era sublime), a Müller le causaba cierta tranquilidad: la de no tener que estar a la defensiva esperando su ataque y su repentina altanería.

—Ya sé que te dije que no iba a volver nunca, pero necesito confesarme contigo. Te mentí, te utilicé. La primera vez que crucé esa puerta quería seducirte para pedirte un favor, pero nunca te vi lo suficientemente idiotizado por mí. Si regreso ahora no es para exigirte nada, sino para suplicarte que me ayudes.

—Leí en un periódico que Cantinflas es tu amigo, se te está pegando su forma de hablar. Te entendí una mierda.

—Por favor, Brune, no te burles.

—Ve al grano. —Müller se había quedado sin cigarros. Sabía que ella siempre tenía, así que le abrió el bolso, sacó su cigarrera de plata, le ofreció uno y se quedó con otro—. ¿Cuál es la confesión?

—Tuve un amante.

—Yo diría que varios.

—Sígueme humillando, lo merezco.

—¿Por qué no vas al grano como te gusta?

—No vine a tener sexo.

—No hablo de eso. ¿Qué favor quieres?

—Fenzer tiene ciertas pruebas, las guarda en la librería. Lo sé porque es tan cínico y se siente tan seguro que delante de mí las metió en un cajón y le echó llave, justo detrás del mostrador. Si salen a la luz me perjudicarían mucho y también a esa persona. Él no lo merece, quizá menos que yo…

—Haz que tus matones le quemen la librería y se acabó el problema.

—¿Quemar libros?

—No sé por qué te extraña, los nazis somos expertos en eso.

—¿Qué matones? ¿Los mismos que mi novio contrata para que le digan que no tengo nada que esconder?

—Hasta ahora no han sido buenos vigilándote.

—Me cuido cuando vengo aquí, de otro modo ya estarías muerto; no lo dudes ni te ufanes de ser tan listo.

—¿Qué clase de pruebas tiene Fenzer?

—Cartas y un par de fotos.

—¿Qué te pide a cambio de no echarte de cabeza? ¿Sexo?

—Qué poco observador eres. A Fenzer no le interesan las mujeres. Le doy una fortuna cada mes, no solo por lo que sabe de mí. ¿O crees que por nada ayuda a gente como tú?

—¿Como yo?

Hilda hizo una mueca despectiva y volvió a ser la de siempre; de hecho, atacó con todo su arsenal.

—No eres el primer tipo que conozco que regresó de allá. Sin importar en qué bando pelearon, siempre tienen todos la misma mirada. En realidad no miran: intentan, pero no lo consiguen. Nada les emociona; una madre con un bebé, una mañana con sol, la lluvia, cualquier cosa la contemplan de la misma manera. Es una mirada vacía. Lo único que los dota con un poco de vida es que dan la impresión de que sufren por sentirse así.

—¿Y diciéndome todo eso pretendes que te ayude? —Sonrió Müller, discretamente tocado por sus palabras.

—Olvídalo, fue un momento de fragilidad.

Müller recordaría ese momento de fragilidad en su rutina diaria (La Blanca, Clásicos Fenzer, Zócalo, XEW); le parecía que quizá la mujer había sido sincera, el cajón estaba justo detrás del mostrador y casi siempre la llave colgada del cerrojo, pero podría ser una caja de Pandora y él podría encontrar algo que no le gustara, o terminar sintiéndose utilizado. Comparaba mentalmente a Hilda con Katia, la polaca; cada una a su modo encontró una forma de sobrevivir en condiciones diferentes, pero valiéndose de una misma arma: su belleza. ¿Cómo se hubieran comportado una en el lugar de la otra? A Müller le pareció que habrían hecho lo mismo.

Una mañana, mientras limpiaba el ventanal de la librería, vio llegar a un alemán de la edad de Fenzer, de aspecto recio y vital. Fue hacia el mostrador y se saludó efusivamente con aquel y comenzaron a hablar rápidamente en un acento *kölsch* que a Müller le costó trabajo seguir, pues el suyo era el *hochdeutsch* o estándar.

—¡Hugo, ven a que te presente a nuestro compatriota Alder!

Fue y se estrechó la mano con el alemán, que lo observó con ojos penetrantes y curiosos. A partir de ese día, Alder se hizo visita habitual de la librería, sobre todo por las tardes en que los dos personajes se sentaban a jugar ajedrez en una mesita a la entrada, bebían copitas de moscatel con galletas y pasaban las horas en sesudo silencio, con las miradas fijas en el tablero y las piezas. De pronto uno desplazaba una pieza y el otro acusaba el movimiento con una sonrisa igualmente sesuda. Müller se ocupaba de atender a los clientes y encontraba satisfacción en lograr una venta, pues no se trataba de una venta cualquiera, sino de la de un libro que conseguía encontrar en aquel galerón repleto de ellos. Según Fenzer, debían ser más de siete mil. Cierta ocasión entró un sujeto que no parecía estar buscando nada en específico y Müller se propuso venderle. El hombre le confesó que, en realidad, no le gustaban los libros, sino que afuera hacía calor y ese lugar le pareció fresco. Müller le sonrió, sorprendido por su franqueza.

—Por lo menos permítame que le regale esto —dijo obsequiándole un separador con la publicidad de la librería.

Todavía con la sonrisa en la boca y mirando salir al hombre de la librería, se sintió golpeado por el recuerdo de aquella tarde del viento Bora en Trieste. «¿Puedo ayudarle en algo?», le preguntó el modesto librero cuando lo vio mirar los estantes. «Gracias por el refugio», fue todo lo que respondió Müller y le dio algunas *reichsmark* que traía en los bolsillos. «Oh, no hace falta», dijo el hombre mirando las monedas en su mano. Y al notar que Müller, orgulloso, impecablemente uniformado, no parecía dispuesto a discutir el regalo, tomó un separador de libros y se lo obsequió con una tímida sonrisa.

El verse ahora en el lugar de aquel librero de Trieste le provocó sentimientos encontrados; se repudió al recordarse vanidoso sin límites, altivo y lleno de ideas absurdas sobre la superioridad alemana, pero también le parecía estar viviendo la aleccionadora oportunidad de sentirse en los zapatos del otro. ¿Podía eso llevarle a cierta clase de redención?

Por la tarde, Fenzer llamó por teléfono a cierto restaurante y ordenó comida para los tres. Esta vez Müller pudo convivir con Alder, que, al parecer, conocía de muchos años a Fenzer. A diferencia de este, Alder repudiaba las acciones de Hitler, no por sus propósitos, sino por la forma en que los llevó a cabo y por su desprecio a las generaciones anteriores, a las que culpaba de haber puesto de rodillas a la nación. «¡Qué fácil lo decía ese desquiciado de mierda! ¿Y qué ha hecho él ahora, eh? Con sus actos la patria ya no solo va a estar de rodillas sino lamiendo las botas de los invasores!». Fenzer le llevaba la contraria ensalzando el liderazgo del Führer, si bien aceptaba que no tenía los tornillos de la cabeza bien apretados. El debate era en buena lid, incluso divertido, mezclaban ese tema con anécdotas que nunca explicaban del todo pero que, a Müller no le cabía duda, tuvieron su buena dosis de picardía. Junto

con las anécdotas y la comida corrió el whisky. Los viejos parecían resentirlo menos que Müller, quizá porque la guerra de Alder había sucedido hacía más tiempo y era un hombre más entero, y Fenzer llevaba años viviendo en total calma.

Al caer la noche, cerraron la librería y se la siguieron en la trastienda, acondicionada con un sofá y una mesa, a la cual se sentaron a jugar cubilete. Müller había intentado despedirse un par de veces, pero no se lo permitieron. Empujaban la botella en su vaso y con su «una más» lo mantenían secuestrado. Le pedían que contara algo él, pues ellos ya habían hablado mucho. Müller hacía intentos, pero su charla les parecía insulsa, podía notarlo en sus caras de poca sorpresa. Hubo un momento en que parecieron darse por vencidos y Fenzer comenzó a entonar una vieja canción:

¿Cuál es la patria de un alemán?
¿Es Prusia? ¿Es Suabia?
¿Es en el Rin donde florece la vid?
¿Está sobre el horizonte donde atraen las gaviotas?
¡Oh no, no, no!
¡Nuestra patria debe ser más grande!

—Yo conocí a Antoine de Saint-Exupéry —interrumpió Müller, entonces.

Cuando Exupéry vio su libro sobre la mesa, esbozó una conmovedora sonrisa infantil y luego miró a Müller como esperando una confirmación de que esa feliz sorpresa era cierta. El Principito *por fin retornaba a sus manos. Müller le devolvió una sonrisa contenida.*

—¿Lo ves? Por mucho que lo niegues, somos amigos. ¿O quién hace algo así, si no hay de por medio un sentimiento de amistad?

La interrogante se fue convirtiendo en un gesto de sombría revelación en el semblante del propio Exupéry. El regalo no era del todo una buena noticia.

Müller no pudo seguir mirándolo a los ojos. Por su cabeza pasó la reciente conversación con el mayor Lutz, que tampoco tenía muy claro lo que había pasado. Se especulaba que se le había hecho llegar una misiva al general Charles de Gaulle, quien desde el desembarco en Normandía tenía en sus manos el control de Francia, para proponerle el intercambio del escritor por un prisionero alemán relevante. Misma misiva que a Stalin, ofreciéndole intercambiar a Exupéry por Leo Raubal o por algún general ruso. La respuesta de De Gaulle fue que Saint-Exupéry era un traidor colaboracionista de los nazis, por lo que le

importaba un bledo su suerte; y la de Stalin que, si ya antes no había salvado a su propio hijo, no veía la razón de hacerlo a cambio de un novelista, mucho menos uno que no era ruso. Quizá si se hubiese tratado de un Máximo Gorki, ¿por qué no?

—¿Cuándo?

—No lo sé…

Exupéry asintió un par de veces, dio unos pasos hacia una pared, levantó la cabeza y lanzó un suspiro profundamente cansado. Luego se pasó la mano por la cara y dejó oír el ruido de sus uñas al rascársela.

—¿Me estás diciendo que van a matarme, pero que no sabes cuándo? ¿Es eso justo? Dime, Müller, ¿lo es? No tienes respuesta. Hay cosas que nunca la tienen…

Giró y volvió frente a él, taladrándolo con la mirada, y entonces estalló:

—¡Soy un prisionero de guerra y exijo el respeto que eso merece! ¿Qué clase de ética militar es la de ustedes? ¡Si van a matarme, no puede ser de cualquier forma! ¡Lo justo es un pelotón de fusilamiento! Y otra cosa… ¡mis pertenecias! —Señaló el libro con la mano temblorosa—. ¡Mis pertenecias se deben enviar a mi viuda, Consuelo Suncín! ¡Y… y… y nada de enterrarme en una fosa común! ¡Ah, no, señor! ¡No estoy pidiendo un mausoleo, pero sí una tumba donde algún día mis amigos puedan acercarse! ¡No tiene por qué ser en Alemania, claro está, es más, no quiero que sea aquí! ¡Pero bien podrían enterrarme en algún territorio ocupado! ¿Me escuchas? ¿Me estás escuchando, nazi de mierda? —Las pequeñísimas gotas de saliva se disparaban contra la cara inmutable de Müller —. ¿Me escuchas, maldita sea?

De golpe guardó silencio y comenzó a respirar tortuosamente, los ojos se le bañaron en llanto y dejó caer la cabeza en aquel hombro.

—¡Müller, tengo miedo!

Fenzer y Alder se quedaron mudos con lo dicho por Müller, a pesar de que no les contó cada una de las charlas y el desenlace de Exupéry. Fenzer, sobre todo, se mostró impresionado, mirando a Müller como si acabara de descubrir que era un extraterrestre.

—¿Me quieres decir que el libro, ese mismo que la policía tiene en sus manos, estuvo en las de Exupéry? ¿Y que si está en castellano es porque lo escribió su mujer?

Müller asintió, sirviéndose un whisky más, pero, cuando quiso agarrar el vaso, su mano palpó a su doble fantasmal. Estaba completamente ebrio.

—Un día podría valer una fortuna —apuntó Alder.

—No quiero vomitar aquí —dijo Müller poniéndose de pie, sujetándose del borde de la mesa para no caer—. Voy a casa…

Lo miraron ir hacia la puerta, él les devolvió la mirada y notó que los había

dejado bien pasmados.

Salió al oscuro pasillo.

—¡Estúpido Petersen! ¡Ambicioso y vicioso de porquería! —exclamó Fenzer.

Entonces Müller se detuvo al oír ese nombre y se sujetó de la pared para no caer. Focalizó toda su atención en lo que aquellos dijeran; si salían y lo veían ahí, la suprema borrachera sería su mejor pretexto, pero también jugaba en su contra porque las voces le llegaban como en una sordina.

Al día siguiente, antes de seguir caminando, hizo una pausa en la esquina de Bolívar y Cinco de Mayo para respirar hondo; entonces bajó a los sótanos de Salón Bach, con la sensación de que aún le seguían dando vueltas las cosas. Entre las mesas con sus ruidos de fichas y voces jugando al dominó, ubicó a Sacristán.

—Tráele una piedra al señor, Aniceto, parece que pescó una buena papalina anoche.

—¿Piedra? —interrogó Müller, sentándose frente a Sacristán.

—Tequila, anís, fernet y agua mineral. No ponga esa cara de asco, Hansen, le va a quitar la cruda o al menos se la va a suavizar.

—Mejor voy al grano y luego regreso a dormir. Fenzer y su amigo Alder mencionaron a Petersen; por lo que entendí, sigue por aquí a la espera de que llegue Von Bremmer.

—¿Petersen sigue en México?

—Sí.

—¿Dijeron dónde está?

El mesero llegó con la bebida. Sacristán esperó a que Müller le diera un par de traguitos.

—Dígame qué dijeron dónde y cuándo va a llegar Von Bremmer.

La imagen de sí mismo dando una arcada en el pasillo de la librería golpeó la cabeza de Müller; en ese momento Fenzer y Alder salieron de la trastienda. Por fortuna se concentraron en eso, en que Müller estaba borracho; les causó gracia, lo cargaron entre los dos, lo llevaron a la calle y tuvieron la amabilidad de pedir un taxi que lo llevara a casa.

—Carajo, Müller, debí decirle en su curso de espía que no se trabaja borracho.

—Escuché que Petersen es un vicioso, frecuenta fumaderos. De eso se quejaba Fenzer, de que puede echar a perder todo si no se queda escondido en su madriguera.

—Fumaderos —murmuró Sacristán—. Bien, eso me sirve… Beba, Hansen, en serio se va a sentir mejor. Perdone que se lo diga, pero se ve hecho una mierda.

Un trío apareció de repente tocando un bolero. El requinto inició la

canción. Sacristán esbozo una sonrisa al ver que Müller se llevaba las manos a la cabeza.

—Aguante, Hansen, en honor a Guti Cárdenas, siempre vienen a tocarla. Era un cantautor, lo mató un español aquí mismo, ahí donde está usted sentado. Te tocó la silla de la muerte.

—A usted, señor —bromeó uno de los cantantes—, fue de aquel lado…

Sacristán golpeó la mesa diciendo:

—Toco madera.

Sacristán no perdió el tiempo y fue al Barrio Chino. Hacía tiempo que lo evitaba; como muchos, él también había llegado a coquetear con el opio. En cuanto vio los letreros de los fumaderos disfrazados de restaurantes (Jade Ming, Buda Palace, Shanghai Azteca), recordó los días de infierno. Cualquier desgracia, grande como una guerra, pequeña como no ser nadie en la vida, se olvidaba por un rato en esos lugares.

—¡Sacristán! —exclamó el chino Gao al verlo cruzar la puerta del Pekín Shanghái—. Sabía que tarde o temprano ibas a regresar, como el hijo pródigo.

—No hables de lo que no sabes, tú no crees en Dios.

—Yo creo en lo que me digas… ¿Te preparo tu té especial? ¿Habitación con ventana a la calle, como te gusta? ¿Linda compañía también? Hay chicas nuevas…

—Solo té de jazmín, Gao. Pero té, verdadero té.

El chino hizo una mueca llorona y empequeñeció los ojos, si es que eso era posible.

—¿La estás consumiendo en otro lugar?

—Si fuera así ya lo sabrías, todos ustedes se conocen.

—Una cosa es conocerse y otra intimar.

—¿Proverbio chino?

—Sentido común.

—¿Conoces a un tal Karl Petersen?

—¿Tu novio?

—No te queda decir chistes, chino. ¿Viene por aquí?

—Suena a apellido alemán y los alemanes prefieren otra clase de diversiones. Son gente seria.

—No sirves para mentiroso. Cuéntame lo que sepas de él.

—Nunca conté nada de ti, ¿por qué iba a hacerlo de él o de alguien más? La privacidad de mis clientes es la prioridad de Pekín Shanghái.

Sacristán sacó la cartera y puso dos billetes sobre la mesa.

—Agradezco la oferta, pero mis clientes pagan más cuando vienen.

Sacristán dejó caer otro par.

—A veces viene. Es gordo, muy gordo y alto. A las chicas les gusta. Dicen que es como trepar una montaña. —Gao hizo una seña mirando hacia la barra,

donde había algunas de ellas vestidas con *qipao*. Les pidió una jarra de té, mezclando palabras en español y chino, rápidas y atropelladas, que a Sacristán le parecieron regaños. Quizá lo eran porque las chicas se dispersaron rápidamente.

—¿Cuál te gusta, Sacristán? Por tu feliz regreso te la oferto; prefiero que desquiten el sueldo que verlas limpiar de mala gana. Míralas, mira con qué ganas trapean aquellas dos. —Les largó más regaños en chino—. Lo suyo es el placer, no cabe duda...

—Volvamos a Petersen. —Sacristán sacó la cajetilla de Pall Mall y la sacudió para que el chino tomara un cigarro. Este se negó y aquel se llevó uno a la boca.

—Petersen siempre pide privado. Si no lo hay, va a otro sitio, y si tampoco lo encuentra, lo verás por la calle dando vueltas muy intranquilo. No le gusta estar en el área general.

—¿Qué chicas estuvieron con él?

—Mei es su favorita.

—Conozco a Mei. ¿Dónde está?

—Ocupada.

Sacristán se levantó en el momento en que una chica traía la jarra de té y las dos tazas.

—¿Adónde vas? —le preguntó Gao.

—Ahora tomamos el té, aunque no seamos ingleses…

—¡No puedes subir, Sacristán! ¡Mei ocupada! ¡Reglas de la casa!

Sacristán subió la escalera, torció a la derecha y fue asomando la cara en los cuartos, donde comenzó a encontrar sujetos de una y otra condición, tumbados en camastros, algunos solos y otros acompañados de chicas, pero todos con pilas de opio.

Se asomó al último cuarto. Mei, de rodillas, engullía el pene de un hombre que, a su vez, fumaba opio. El agente Arias. Al ver a Sacristán le sonrío letárgico, señaló a la chica y murmuró:

—Así, Nati…

Dio tres pasos rápidos, sujetó a Arias por el cabello y lo arrojó contra la pared; le conectó un puñetazo en el estómago y cuando aquel se dobló lo pescó con ambas manos de los cabellos y le pegó varios rodillazos en la cara, hasta que le manchó el pantalón de sangre. Después lo arrastró fuera del cuarto, seguido por Mei, que gritaba y protestaba. Barrió el pasillo con el cuerpo de Arias. Las chicas comenzaron a asomarse y a insultar.

Sacristán terminó por darle un puntapié que lo hizo caer al primer descanso de la escalera. Luego él bajó, le dio una última patada a Arias y se cruzó con Gao.

—Otro día tomamos el té.

Gao abrió la boca, miró a Arias completamente tundido y corrió a gritarle a Sacristán al pie de la calle:

—¡No vuelvas por aquí! ¡Ya no eres bienvenido, agente Sacristán!

54

La mirada de Romina era de absoluta indignación, sostenía el papel en blanco esperando mi respuesta. No me fue fácil explicarme, no tanto como cuando pensé que la idea de dejarle la hoja en blanco debajo de su puerta era hasta ingeniosa; ahora yo mismo no le veía sentido a semejante idiotez. Pensándolo bien, parecía un golpe muy bajo el que ella me confesara sus secretos y yo no le contara los míos. Era como haberla puesto, intencionalmente, en desventaja.

—¿Te imaginas cómo me estoy sintiendo, Aurelio? Te conté que soy estéril, que me acosté con una mujer y que fumo hierba, ¡carajo!

—No te preocupes, nada de eso me asusta.

—¡No se trata de ti! ¡Se trata de mí, de que bajé la guardia contigo, chingao!

—Una vez… —balbuceé—, mutilé un libro en una biblioteca pública.

—¡No me vengas con mamadas! —estalló—. ¡Dime algo importante!

—Nunca me he acostado con un hombre, ni he fumado marihuana y… creo que no soy estéril…

Un par de lagrimones como de lava ardiente le corrieron por las mejillas. Parecía a punto de agarrarme a cachetadas.

—Muy bien. —Respiró muy hondo—. Te voy a ayudar, Aurelio. ¿Qué fue eso que un día me contaste, lo de que tú y Efrén iban a arriesgarse en no sé qué cosa? Cuéntamelo con lujo de detalles. No omitas nada, quizá ese secreto te valga por tres.

Hasta ese punto de la conversación, seguíamos en el marco de la puerta; le hice una seña para que entrara, cerré, fui al cajón, saqué el Rolex y lo puse en sus manos.

—¿Y esto qué es?

—Mi secreto.

Me vino a la mente ese momento una hora atrás en casa de Efrén, cuando leyó la nota de Amanda. Le decía que no podía seguir a su lado, que había sido amante de Blas y lo echaba de menos. Le pedía perdón por la infidelidad y por

romperle el corazón. «No me busques más», remataba.

Efrén gruñó apretando el papel en un puño, igual que sus dientes por los que corría saliva revuelta con lágrimas vivas. Todo, según él, era su maldita culpa, la había orillado al adulterio por ser un pobre diablo limpiador de despojos. Más bien, los despojos le habían robado a su mujer. Ninguna persona en su sano juicio puede amar a alguien que se dedica a tal cosa. Ella merecía mucho más que a un perdedor limpiamierdas, ni siquiera la pobrecilla vio más alto al fijarse en Blas. «Se acabó mi vida, amigo», dijo cuando ya no tuvo más llanto. «Me voy a matar».

Miré discretamente alrededor y se molestó, supuse que se dio cuenta que traté de imaginar cómo quedaría su casa cuando se quitara la vida. Le ofrecí una disculpa, pero es que uno ya tiene esa deformación profesional.

Fue a sentarse con la cabeza echada hacia atrás en el respaldo del sofá. Entonces lo miré de una forma distinta a la de todos esos años de conocernos: su semblante era el de un niño que descubre en carne propia las tristezas de la vida. Me hizo pensar que así se vería el Principito cuando se sentía triste y frustrado.

Me contó que Amanda tenía familia en Sinaloa, así que por lo menos sabía dónde comenzar a buscarla. No me atreví a recordarle el remate de la carta. Uno no puede romper las esperanzas de nadie cuando ya están rotas y lo ves intentando pegarlas.

Fue entonces que se puso de pie, sacó el reloj de un cajón y me lo dio. El tono de su voz fue muy solemne al decir: «Véndelo, regálalo, rómpelo, lo que tú quieras, amigo. Cuando regrese con Amanda, quiero que me digas que se acabó la maldición».

Tampoco me atreví a decirle que si se marchaba le daría el pretexto perfecto al Gordo Sandoval para despedirlo y que eso daría al traste con su jubilación, la que tanto había defendido. Tenía todo el derecho de intentar recuperar lo que siempre le importó más que nada: su mujer.

No sé por qué, pero lo imaginé dentro de un ataúd, con las manos cruzadas sobre el pecho, el semblante muy grave. Quizá solo era la imagen de la despedida. Nos dimos un abrazo, dijo que yo, más que su amigo, había sido su único hermano. Su último consejo fue que abriera los ojos y no fuera tan incauto con la gente, porque la gente es cabrona.

Romina se quedó con los ojos fijos en el reloj mientras terminaba de contarle ese último acontecimiento: la despedida. Al parecer conseguí hacerle bajar la guardia; ya no parecía furiosa, sino consternada.

—¿Y qué más, Aurelio?

—¿Qué más?

—Te faltan dos secretos. Ese no es suficiente.

—Necesitaría pensarlo.

Desencantada, me regresó el reloj y fue hacia la puerta.

—¿No te parece curioso? A ti y a tu amigo los abandonaron sus mujeres el mismo día.

—Espera, tienes llave de aquí.

—Ahora te la echo por debajo de la puerta. Ya sabes que yo sí cumplo mis promesas.

—No lo digo por eso, sino porque puedes regresar cuando quieras.

—Y tú subir, tocar y sincerarte.

Era la primera vez que me abandonaba una mujer, quizá porque era la primera vez que había tenido una. El dolor se parecía a cuando se te muere la madre. A Romina no le hubiera gustado la comparación, pero no se me ocurría otra mejor. Por primera vez tuve una imagen más clara del sentir de Efrén, solo que yo no quería terminar como él: sin dignidad, justificando hasta lo más insoportable de la otra persona. Nada en Romina lo era, pero su insistencia en darle tanta importancia a los secretos del otro no tenía sentido.

Cada minuto sin ella era más infernal, entraba al edificio lanzando miradas ansiosas a la escalera, con la tentación de subir, llamar a su puerta y contarle cualquier cosa. Como no tenía imaginación de escritor, ni siquiera me daba por plagiar algo que hubiera leído y contárselo a Romina como si fuera mi propia vivencia. ¿Y si le inventaba haber matado? ¿Por qué no? No había a quien no le hubiera pasado algo así por la cabeza alguna vez. Medardo podía ser una buena víctima. El problema con eso era que tendría que memorizar para siempre cada detalle.

«Resiste», me decía. Entonces me preguntaba: «¿No será esta la muerte que tanto temía? ¿Una muerte distinta a la que tuvieron mi padre y mi abuelo a mi edad?». Después de todo, la vida cambia de patrones, de normas. Cada época y persona tienen sus propios modos de estar muerto. Lo mío, lo mío, era morir de anomia.

Me refugié en el trabajo. El Gordo Sandoval me ponía las faenas más ruines, en las que los despojos aún tenían formas humanas perturbadoras. Un par de viajes a zonas calientes. A Efrén lo dio por despedido y me asignó compañeros con los que tenía todavía menos en común, como la mañosa de doña Trini, que no movía ni un dedo para ayudarme, o el viejo Montiel con su fascinación por buscar tesoros entre los charcos de sangre.

Regresaba al departamento arrastrando los pies, notando por primera vez lo solo que siempre había vivido, mirándome con la palma de una mano en una mejilla y el codo apoyado en el brazo del sofá. Largaba los ojos a la cocina, ahí detrás de la estufa, donde refundí al *Principito*. Me llegó a pasar por la cabeza sacarlo, pedirle perdón; eso o volver a las andanzas en las librerías de viejo en Donceles. Entonces sí que me causaba temor hacerme de un libro o de muchos y terminar deschavetado como don Quijote, al borde de la muerte

como el alcohólico al que le han advertido que una más y se le revienta el hígado. Leer siquiera una página podía ser el punto sin retorno. Y, ¿para qué más que la verdad?, me sentía mejor sin leer. ¿Por qué no mejor tomarlo de esa forma y pensar que Romina tuvo su porqué y para qué en mi vida? Me dio la libertad y se marchó. Eso era todo.

Esa noche, justo la de mi cumpleaños cuarenta, que semanas atrás pensé que lo pasaría con Romina, terminé celebrándolo con una lata de atún para mí y otra para Tizón, y descubriendo de forma inquietante que mis uñas tenían metida sangre seca, que seguro me había traído de la faena.

Sonó el teléfono, lo levanté y escuché la voz del destino:

—Cuanto tiempo, Aurelio.

—Usted…

—Sí, yo. ¿Pensaste que te habías librado de mí? Esta vez nada de juegos, anota. Es tu última oportunidad de ganar cinco millones y no una bala en la cabeza.

55

Entró al Pekín Shanghái y encontró a Gao tendido bocabajo en una mesa. Dos chicas le pasaban unos rodillos de madera por sus pálidas y flacas carnes.

—Gao.

—Baja la voz, Sacristán, tengo migrañas. ¿Y qué haces aquí? Hace tres días te dije que tienes la entrada prohibida. ¿Qué es eso de golpear a mis clientes?

Sacristán abrió la cartera, sacó unos billetes y los agitó frente a la cara de Gao; este hizo un ademán para que las chicas se largaran, luego se giró sobre la mesa con la toalla encima.

—¿Qué es eso? —interrogó mirando displicente los billetes.

—¿Cómo qué? Dinero.

—¿Para qué? No cubre el susto que le diste a mi chica. Mei no ha vuelto por aquí. ¿Sabes que tiene un niño? Si ella no trabaja, no hay comida.

—¿Sabes algo de Petersen?

Gao lo examinó unos segundos.

—¿Cuánto estás dispuesto a ofrecer si te doy su dirección?

—¿La de Petersen?

—Sí, la de Petersen.

Esta vez quien examinó a Gao fue Sacristán, aquello parecía muy fácil.

—¿Por qué hasta ahora?

—El tipo no es de los que se drogan tranquilos, le pega a las chicas.

—Estupendo, yo te lo quito de encima y todos salimos ganando.

—No tan rápido, Sacristán. El hombre se porta mal, pero deja buen dinero al negocio.

Sacristán sacó otros tres billetes.

—Es un cliente muy generoso…

—Carajo, maldito chino.

Se la jugó y sacó todos los billetes del último pago, solo se quedó con algo para comer ese día. El viernes le darían la paga a Dondó. Gao tomó los billetes y los contó como si eso fuera parte del placer y de la ganancia.

—Ayuntamiento 54. Segundo piso.

—¿Al lado de la radiodifusora?

—¿Te asombra?

—Mucho. —Sacristán fue hacia la puerta y se detuvo—. Cuidado y sea una trampa, porque te cierro el fumadero.

—Me lastima que pienses eso de mí. Ve con cuidado y ya sabes, yo no te dije nada.

Al salir chocó con Mei, que venía entrando. Sacristán miró a Gao con cara de llamarle mentiroso. Este le guiñó uno de sus ojos diminutos.

Le sorprendía que Petersen se ocultara en sus narices, incluso no lejos de la jefatura. Se detuvo en la esquina del café San José, desde ahí miró la vivienda de dos pisos con su portón grande. No era lo suficientemente de noche, pero ya había oscurecido. El asunto era no asustar a ningún vecino y alertar a Petersen. Si este se tiraba por la ventana para escapar, difícilmente se mataría a esa altura, pero corría el riesgo de romperse una pierna antes de salir corriendo. «¿Salir corriendo?», pensó Sacristán recordando la foto de Petersen, parecía demasiado obeso como para intentar ese tipo de escape. También había escuchado que algunos nazis a los que atrapaban preferían suicidarse partiendo una cápsula de cianuro entre los dientes. ¿Petersen sería capaz de algo así?

Era momento de averiguarlo. Cruzó la calle, empujó el portón y, antes de entrar, echó un vistazo al amplio patio rectangular. Había varias viviendas ahí y Gao no le había dicho cuál era la de Petersen, solo que estaba en la planta alta. Se caló el sombrero y se dio las buenas noches con un vecino antes de caminar hacia la escalera. Una vez en el segundo piso descubrió cuatro puertas, dos en cada extremo. Demasiados días, semanas de espera, y ahora esto. Se dio vuelta para marcharse, cargado de frustración; no quedaba más remedio que regresar donde Gao y preguntarle más señas. Entonces escuchó música detrás de una de las puertas. Sonaba a canción europea, alemana quizá. ¿Por qué no? Se quedó quieto, sujetando el barandal de la escalera. La disyuntiva exigía una pronta respuesta, guiarse por la intuición o la prudencia. ¿Y si entraba a saco y no era la vivienda de Petersen? ¿Y si se iba para volver después y Petersen se había largado?

«Al demonio», se dijo. Fue hasta la puerta de donde salía la música, contó hasta tres y la empujó de una patada haciéndola abrirse y rebotar, al tiempo que sacaba la pistola apuntando al interior. Un tipo del tamaño de una ballena, con tirantes y camiseta, se quedó con la navaja de rasurar en el aire y la cara llena de jabón, dibujando una mueca de sorpresa.

—Baje esa navaja despacio, Petersen.

—¿Petersen? ¿Qué Petersen?

Sacristán afinó la puntería. Entonces aquel bajó despacio la navaja y la

puso en la orilla del lavabo, agarró una toalla, la mostró inofensiva y se la pasó por el rostro. Sacristán miró la puerta abierta a sus espaldas y la cerró con un pie. Decidió no quitar la aguja del tocadiscos por si había que hacer un poco de ruido.

—¿Quién es usted?

—Agente.

—¿Cómo sé que eso es verdad?

—No se preocupe, no le va a caber duda en unos momentos. Salga por delante, le voy a pedir a uno de sus vecinos que llame una patrulla para llevármelo detenido.

—¿Acusado de qué?

—Ya lo sabrá. Tenemos muchas preguntas que hacerle en la delegación.

—¿Tenemos quiénes? ¿Por qué no me las hace ahora mismo? Si me deja alcanzar mis documentos verá que estoy en regla en el país…

—No se mueva —le ordenó Sacristán al verlo intentar.

—Está bien, está bien, pero no siga apuntándome, soy un hombre pacífico. Al menos dígame qué quiere de mí.

—Saber de Claudio von Bremmer.

Petersen volvió a pasarse la toalla por la cara.

—¿Puedo sentarme?

—No veo para qué.

—Para eso, para hablarle de Von Bremmer. Si ese es el asunto, creo que podemos llegar a un arreglo.

—Ya hablará de eso en la delegación.

—Puede que allá me quede mudo de repente.

Sacristán le hizo una seña con la pistola. Petersen tomó la toalla y fue a desplomarse en un sofá al lado del tocadiscos, donde terminó de quitarse el jabón de la cara.

—Espero que no le moleste la música. Es de mi país, uno se trae lo que puede de casa.

—Me importa una mierda su casa, su país y usted mismo. Vaya al grano.

—¿Qué quiere saber de Claudio?

—¿Dónde está?

—Yo que sé, no es un niño para que lo cuide.

Sacristán pensó que en ese momento no era tan malo aplicar un poco la técnica de Arias y llevar a Petersen ya reblandecido a Revillagigedo, así que fue y le descargó la cacha de la pistola en la mano que tenía sobre el brazo del sofá. Petersen pegó el grito esperado, que se confundió con la música. Se sujetó la mano temblorosa y comenzó a proferir varias palabras en alemán que Sacristán tomó por insultos, así que el siguiente culatazo se lo dio en una rodilla.

—¡Pare! ¡Pare ya! ¡Odio la violencia! ¿Qué es usted? ¿Una bestia?

—¿Cuándo y adónde llega Von Bremmer? —interrogó Sacristán, alzando la pistola para dar el siguiente golpe, esta vez en la cabeza.

Petersen se cubrió con las manos.

—¡No me pegue más! ¡Escúcheme! ¡Me importa una mierda Claudio! ¡Lo único que hice fue llevarlo con los estadounidenses! ¡Fue un favor!

—Los favores son gratis, y a usted le pagaron. Ahora se lo quiere vender a los rusos.

—Veo que lo sabe todo, eso facilita las cosas. Por favor, déjeme poner de pie y mostrarle algo, se lo suplico. No se va a arrepentir.

Sacristán dio unos pasos atrás y asintió. Petersen se levantó con dificultad. Se desplazó hasta una vitrina y con las manos adoloridas abrió una de las puertas.

—Cuidado con lo que hace, Petersen, este gatillo se asusta con cualquier cosa y empieza a ladrar…

—Ya le dije que soy un hombre de paz; lo mío son los negocios, no las balas.

Petersen metió la mano al mueble, sacó despacio una mochila y la arrojó a los pies de Sacristán.

—Usted no dirá que me encontró ni yo que le di eso…

Sacristán miró aquella mochila color marrón, la levantó sin dejar de apuntar y vigilar a Petersen. Pesaba. La dejó caer sobre la mesa, tiró del cierre y aquellos rollos de billetes anudados con ligas le golpearon los ojos.

—Veinte mil dólares, agente, no sé si alguna vez los ha visto juntos. Eso me pagaron por Claudio. Tratándose de una mente brillante pudieron ser más generosos, pero no lo son. Claudio dejó de estar a gusto con ellos. Soy bueno para las relaciones públicas. Conseguí un trato justo con los soviéticos. Me ofrecieron cincuenta mil… Qué más da, no hay que ser ambiciosos…

—¿Dónde está Von Bremmer?

—Tranquilo, a eso voy. El plan era que llegara a mi casa, pero interceptaron los mensajes, no sé si ustedes o los estadounidenses. Así que la espera se está prolongando.

—¿Por cuánto tiempo?

—Quince días, un mes, yo qué sé… Siempre hay prioridades, la mía era entregar a Claudio. Ahora mi libertad me parece más importante. ¿Cuál es su orden de prioridades, agente?

Sacristán pudo sentir que la pregunta no venía de aquel nazi, sino del mismísimo diablo. Uno que le recordó las imágenes simultáneas de todos sus fracasos y sueños. Al alcance de su mano estaba la solución. Dondó no seguiría jodiéndose el único riñón que tenía por la paga de mierda que le daba Marcial; el plan del terreno se volvería realidad; eso, más ahorros. Nati le había

dicho que una mujer siempre intuye hasta dónde puede llegar un hombre en la vida. Él le diría hasta dónde…

—No lo piense tanto, agente. Ahí adentro hay un pasaporte con el que me puedo largar de aquí, y si es generoso le pido mil dólares para el camino. No sería un gasto significativo para usted; al contrario, así estará más tranquilo sabiendo que estoy muy lejos. Nadie tiene por qué saberlo…

El bono de los gringos, el maldito bono de cuatro mil pesos, y quién sabe cuánto tiempo tardaría en llegar… Si llegaba…

—Buena decisión —dijo Petersen al ver que Sacristán hurgaba dentro de la mochila—. El pasaporte está abajo del todo…

En una fracción de segundo, por mero azar o golpe de suerte, la mirada de Sacristán fue a la orilla del lavabo.

La navaja ya no estaba ahí.

56

No sé me ocurrió otra que hablar con la única persona que me parecía capacitada para enfrentar ese tipo de situaciones: Sangrador. No le sorprendió. Dijo que más bien ya se habían tardado en dejar libre al tipo por falta de pruebas, porque el expediente estaba mal formulado o porque el sujeto tuvo una buena defensa. No quise entrar en detalles diciéndole que sabía su nombre, pues entonces habría tenido que contarle que estuve en casa de Orihuela cuando aquel cometió los dos crímenes. Supuse que haber callado me hacía su cómplice.

Ahora íbamos camino al encuentro definitivo. No gratis, Sangrador me pidió la mitad de los cinco millones; lo que no sospechaba es que yo estaba dispuesto a darle todo con tal de deshacerme del reloj maldito. Él tenía la hipótesis de que se trataba de un coleccionista excéntrico.

Miré el interior del coche, los viejos y espaciosos asientos de piel, el tablero con sus indicadores redondos y la palanca de velocidades al volante.

—Valiant 74 —dijo Sangrador—. ¿Te gustan los coches? Este es seis cilindros, acabo de vender un Mónaco de ocho. No sabes, lloré como si me arrancaran un bebé de los brazos.

«Sangre fría», me dije, «se necesita tenerla para hablar de cualquier tema mientras vas a lo inesperado, quizá directo al matadero. ¿Quién putas puede pensar en coches si tal vez ya no vuelvas a subirte a ninguno?».

—Es un tipo peligroso. No nos fiemos, seguro que lleva pistola…

—¿Sabes qué llevo yo…? Esto. —Se apretó la entrepierna—. La Negra y sus dos cuates. —Y se echó a reír—. Tranquilo, estás pálido… ¿Dónde dejaste al negro?

—Se fue.

—¿Adónde?

—No lo sé. Solo se fue.

—Uy, qué serio. Solo te pregunté para que te distrajeras. Si se fue o se vino, me importa madres… Cómo jodieron con esto del reloj. Nos trajeron vuelta y

vuelta. No mames. Tu amigo está loco. Pinche negro culero, no me cae bien. Tú tampoco, la verdad. —Volvió a reír—. Oye, ¿y vienes armado?

—¿Armado?

—Sí, que si traes plomo. Si no, ¿con qué te vas a defender?

No cabía duda de que se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Ay, putito. —Suspiró y de una sacó su pistola, poniéndola ante mis ojos —. Con esta la hacemos, cabrón. Sus pinches canicazos de plomo al hijo de su pinche madre si se pasa de verga.

Volvió a guardarla.

—Tú ponte *buzo*, porque te va a tocar contar el billete. ¿Sabes contar o también para eso eres pendejo?

—Si no quiere pagarnos, de todos modos hay que darle el reloj.

Mi respuesta le sorprendió.

—Si quieres, nos paramos en una farmacia.

—¿Para qué?

—Para que te compres pañales. Bájale ya, doña Angustias, vienes con papá. El cabrón será muy sicario, pero yo soy judicial de la vieja escuela. Además, confía en tu buena suerte.

—¿Mi buena suerte?

—Muy buena, de putazo ya se fueron tres del negocio: el negro, el Gordo y Rufino. Y el comprador que vale la pena ya regresó.

—Eso sí.

—Claro que eso sí. ¿Le advertiste que tiene la carátula rota?

—¿Cómo?

—El reloj, la pinche carátula.

—No.

—Ahí sí la cagaste, el tipo puede empezar a hacerla de pedo con eso. Debiste decírselo.

—No se me ocurrió.

—Estoy sospechando que eres más pendejo de lo que pareces y eso sí me preocupa, porque los pendejos traen mala suerte… Dime otra vez la dirección, ya se desconectó el GPS…

Se la dije, tomó el segundo piso del Periférico, saqué la cabeza por la ventanilla dejando que el aire de la noche me golpeara y me ensordeciera. Miré los edificios de Plateros a la distancia. «Debiste hacer lo mismo que Efrén y largarte», me reproché. «Nunca es tarde, dile que te quieres bajar, díselo ya. Dile que se quede con el reloj y el dinero y que la suerte lo acompañe. No, Aurelio, no puedes hacerle eso, así pasó con Blas, el tipo lo mató porque no fuiste a la cita… Voy a morir, eso es todo. ¿Por qué no aceptarlo? Tampoco es el fin del mundo. Miles de personas mueren cada día, cada segundo, mejor dicho. Nadie es indispensable aquí, incluso las celebridades mueren, los lloran

por un tiempo y luego la vida sigue igual que siempre».

—¿Qué vas a hacer con tu parte?

—¿Qué parte?

—El dinero, pendejo. ¿Dónde andas?

—No he pensado.

—Yo, por lo pronto, lo voy a guardar, pero mi punto flaco es que luego me lo gasto en puras pendejadas. Coches, putas y coca. Nada de eso es buena inversión. Los coches se devalúan, la coca te envicia y las putas cogen hasta donde te dura el dinero. No sé, me gustaría invertirlo en un negocio que me dé una mensualidad. Bienes raíces no falla.

El alumbrado iluminaba las jardineras y los andadores de aquella unidad habitacional que parecía haber sido abandonada a medio construir. El viento sacudía las ramas de los árboles; eso y el rechinar de un columpio oxidado en el parque fueron los ruidos que nos recibieron mientras nos adentrábamos a vuelta de rueda.

De pronto, la silueta del hombre en gabardina se perfiló al centro de una plazoleta flanqueada por varios edificios. Sujetaba una mochila en una mano y en otra parecía no tener pistola alguna. A Sangrador le cambió el semblante: ya no era divertido, sino el de un lince a punto de entrar en acción.

—Vamos, Aurelio…

—No puedo.

Sangrador volvió a mirar al tipo frente a nosotros, como a cincuenta metros de distancia.

—Pinche marica, esto te va a costar un extra. No me cagues el coche, no tardo.

Al bajar cerró con firmeza la portezuela, como para hacer notar que miedo no tenía. Avanzó hacia el hombre y recordé esas novelas del lejano Oeste: las cosas nunca salían bien, uno de los dos quedaba tendido en el polvo, y el otro, con el revólver humeante.

Intenté no seguir ahí, al menos mentalmente. «¿Qué harás con tu parte? Buena pregunta. Ir a Sinaloa y darle a Efrén su mitad sería lo justo y quizá eso le ayudaría a la reconciliación con Amanda. De ser posible no iría solo. Romina terminaría por comprender que no todo mundo tiene buenos secretos que compartir. De Sinaloa iríamos los cuatro a Veracruz. Reviviríamos cada parte de aquel épico viaje: el hotel cinco estrellas, las habitaciones con su refri y sus botellitas de ron; las comidas en la palapa, el antro donde bailar y, de remate, Efrén tirándose un clavado en el malecón. Esta vez yo se lo pediría, echándole la moneda para que Romina lo viera zambullirse. Todo un final feliz».

Inevitablemente regresé al aquí y el ahora. A Ramiro Sangrador y Calixto Pontones, cara a cara.

—¿Qué mierdas es eso? —Se dejó oír la voz del segundo.

Sangrador le mostraba el Rolex con el extensible entre los dedos; el tipo lo miraba con cara de ofendido.

—¿Cómo qué, cabrón? El reloj.

—¡El puto libro! ¿Dónde está?

—¿El libro?

—¡Basta de mamadas! —Calixto le arrancó el reloj, lo arrojó en el suelo y lo machacó de un pisotón.

—¡Hijo de puta! —Sangrador sacó la pistola y lo encañonó.

Aquel se la volteó con la rapidez de un mago en un pase de cartas y el disparo sonó en el pecho de Sangrador. Siguió de pie tres segundos y se desplomó en el asfalto.

57

El primer navajazo rajó la mochila que, en el último instante, Sacristán alzó para cubrirse la cara. Lo siguiente habría sido recoger la pistola de la mesa, pero Petersen no hizo pausa y Sacristán tuvo que seguir cubriéndose y retrocediendo, hasta que la mochila rota salió volando con los fajos de dólares desperdigándose por toda la habitación.

Petersen esbozó una sonrisa mientras inclinaba un poco el cuerpo hacia adelante y medía los movimientos de Sacristán, haciéndole fintas con la navaja. La canción alemana seguía en el tocadiscos y aquel la murmuraba festivamente. Sacristán volvió a mirar la mesa, tenía que coger esa pistola. El alemán percibió ese propósito, giró un poco y dio un paso hacia atrás para ser él quien se apropiara del arma. No habría una segunda oportunidad, Sacristán corrió hacia el hombre tratando de sacarle provecho a su lentitud y torpeza; chocó contra él al tiempo que este conseguía hacerse de la pistola, pero aun así logró derribarlo contra la mesa. El mueble no soportó el peso de ambos y se partió, haciéndolos caer. Por fortuna para Sacristán, él encima de aquella montaña de carne.

La pistola se deslizó por el suelo un metro lejos de la mano de Petersen, que giró la otra tratando de alcanzar el cuello de su oponente con un navajazo. Sin embargo, solo logró rajarle la camisa; al mismo tiempo Sacristán se estiró lo más que pudo y se hizo del arma. Se la pegó a Petersen contra el estómago y tiró del gatillo. Tras percatarse del impacto, Petersen alzó la navaja e intentó de nuevo asestar un tajo. Recibió dos tiros más en el abdomen y, pese a ello, lanzó varios tajos que ya no tenían fuerza ni destino. Sacristán tuvo que olvidarse de la pistola y protegerse con las manos, donde se dibujaron algunos cortes, hasta que Petersen, ya sin fuerza, dejó caer el brazo al piso.

En cuanto se libró de él y consiguió ponerse de pie, Sacristán miró alrededor. El disco había llegado a su fin y se escuchaba la aguja golpear contra el último surco. El cuerpo de Petersen yacía con los brazos y las manos bien estiradas, y una mancha de sangre crecía en su abdomen hasta teñirlo

completamente de rojo.

—¿Todo bien? —preguntó una voz junto con unos golpecitos en la puerta.

—¡Sí! ¿Por qué? —gritó Sacristán lo más natural que pudo.

La voz ya no respondió y se dejaron oír pasos que se alejaban. Aquello era un desastre difícil de explicar: un tipo al que debió haber llevado enseguida a la delegación en vez de hablar con él, todo ese dinero desperdigado y los rastros de una pelea que no tuvo por qué suceder. Como tampoco lo del tranvía.

Sacristán comenzó a recoger los fajos de dinero y a ponerlos todos encima de la mesa. De pronto escuchó toser a Petersen y se le erizó la piel. Muy despacio, se acercó a mirarlo.

—Lo esencial es invisible a los ojos —murmuró el hombre, esbozando la última sonrisa.

Poco después, Sacristán corría desde Ayuntamiento hasta República de Chile, palpando su cuerpo para cerciorarse de que los billetes no se le deslizaran fuera de la ropa. Al diablo Von Bremmer y los nazis; lo que quisieran los gringos no era cosa de él. No fue su guerra, se decía, y, como una señal redentora, se soltó tremendo aguacero al que le dio las gracias, alzando la cara para beber la lluvia y despejar la mente. El par de tajos que le dio Petersen no eran de cuidado, se curarían casi por sí solos. Y de algo estaba bien convencido: cuando al paso de los años recordara esa vivencia, no lo golpearía la culpa. Después de todo, nunca fue su intención matar al nazi, sino defenderse. Y el dinero, qué diablos. Un poquito de retribución de esos cabrones estadounidenses que se habían robado más de la mitad del territorio de México.

Cruzó el patio de la vecindad pisoteando los charcos, abrió la puerta apresuradamente, cerró y, sin encender a luz, se detuvo a respirar con dificultad. Un estruendo lo alertó y se buscó entre la ropa la pistola para enfrentar lo que fuera. El ruido se resolvió por sí solo y favorablemente: se trataba de un tronido que de vez en cuando sacudía las tuberías ocultas en las paredes del baño. No obstante, lo de la pistola le cerró la garganta. Recordó claramente haberla dejado sobre la mesa en casa de Petersen.

Se dejó caer en el sillón, enmudecido, tembloroso. Apretó los ojos tratando de recordar cada detalle, sobre todo el entorno. Nadie lo había visto, a no ser aquel vecino con el que se saludó en la escalera, pero estaba oscuro y además se había calado el sombrero, cubriéndose la cara casi por completo.

No se permitió que el revés le durará más de veinte segundos. Volteó el sofá de cabeza, encajó los fajos de dinero todavía atados con ligas entre la borra y los resortes, volvió a colocar el sillón en su posición original y se dio un par de sentones para confirmar que ningún fajo se salía de su lugar.

Fue al baño a mojarse la cara y se dijo en el espejo: «Sangre fría, Felipe.

Estás a punto de conseguirlo».

Salió de la vivienda trazándose el plan: volver al edificio en Ayuntamiento, entrar a buscar la pistola, salir e ir a buscar a Dondó al gimnasio. Irían a cenar a La Blanca, vería la forma de contarle las cosas haciendo hincapié en cómo sería a partir de ese momento el futuro para los dos… Para los tres, porque desde la mesa vería ir y venir a Nati, disfrutando enormemente al saberla parte de ese futuro.

Una sonrisa de beatitud, imperturbable como en el mejor de los sueños de opio, se dibujó en sus labios al doblar la esquina.

—¡A chingar a tu madre, colega! —le dijo Arias al oído, al tiempo que le hundía y sacaba dos veces rápidamente aquella navaja en el estómago.

58

Para cuando Calixto miró hacia el coche, yo ya no estaba ahí. Pasó por encima del cuerpo de Sangrador, sin pisarlo, y llegó frente al Valiant, encontró los asientos vacíos, se agachó y buscó entre las llantas. Volvió a incorporarse, sacudiéndose las manos, y regresó al sitio inicial, donde alzó la mochila y habló fuerte:

—¡Aurelio! ¡Cinco millones! ¡Dame el libro, a ti no te sirve!

Podía observarlo desde el tercer piso de uno de los edificios abandonados, pegándome contra un muro cerca del hueco de la ventana; como no tenía el vidrio, el aire se colaba aullando entre las escaleras y los resquicios de hormigón y alambres.

—¡Aurelio Lima, sé todo de ti! ¡Solo quiero el libro! ¡No me hagas matarte!

Comencé a rezarle al Niño Cangrejo, pidiéndole por todos los pescadores y pecadores del mundo, que Calixto Pontones no se pusiera a revisar edificio por edificio, departamento por departamento. Sin embargo, cuando lo vi girar y mirar uno por uno, pensé que me había adivinado el pensamiento. Me repegué lo más que pude contra el muro e intenté pensar en un plan de escape. Solo había dos formas de salir de ahí: bajar y salir a la calle, o subir a la azotea y pegar un salto al edificio de junto.

Consideré salir y explicarle al sujeto que todo había girado en torno a una absurda confusión, pues en las dos conversaciones telefónicas que sostuvimos la palabra *libro* nunca fue mencionada. ¿No por esa clase de cosas han pasado grandes desastres? En alguna parte leí que un ingeniero tiró a la basura un viejo disco duro que contenía siete mil quinientos bitcoins que ahora valían ciento veinte millones de dólares. Otra: a Mao se le ocurrió matar a todos los gorriones en China por considerarlos una plaga, creció el número de langostas que acabaron con las cosechas y vino la Gran Hambruna en la que murieron treinta millones de personas. Y así podría enumerarle cientos de errores que demostraban que nadie es perfecto.

Lo cierto era que las muertes de Sangrador y de Blas pudieron no suceder.

Asomé un poco la cara. Calixto se movía de un lado para otro, cerca del cadáver de Sangrador, con el teléfono pegado a una oreja. O eso me pareció desde esa distancia. Tras un par de minutos, largos minutos para mí, el tipo se guardó el teléfono en el bolsillo y se fue con la mochila en una mano, como si nada. Es una trampa, pensé, y me quedé en el mismo lugar. No unos minutos, no una hora, sino muchas, hasta que escuché el canto de los pájaros en los árboles y se fue la oscuridad y el fresco de la mañana empezó a calarme los huesos. A la luz del día, el cadáver de Sangrador a mitad de la calle parecía una verdad más contundente. No había sido un mal sueño. Lo más probable era que alguien pasara por ahí en cualquier momento y después llegara la policía.

Miré en todas direcciones y pegué la carrera. Al pasar junto a la esquina de cada andador se me estrujaba el alma temiendo que Calixto Pontones saltara de pronto, apuntándome a la cabeza. Fue un alivio enorme dejar atrás el conjunto de edificios, llegar a la avenida y subir al primer microbús que pasó, fuera adonde fuera. Pero incluso entonces tuve miedo; revisé discreta pero escrupulosamente las caras de los pasajeros, y cada vez que el chofer detenía el microbús para subir a alguien yo estaba listo para correr a la puerta. Temía no conseguirlo y que el sujeto se sentara tranquilamente a mi lado.

Pasadas algunas calles, cambié de microbús. Pensé en ir a casa de Efrén, romper una ventana, entrar y esconderme ahí hasta tener otro plan mejor, pero luego consideré que ese sería uno de los primeros lugares donde el tipo iría buscarme, así que bajé del microbús y tomé rumbo al centro.

Poco después llegué al hotel Marlowe, me registré con el primer nombre que pasó por mi cabeza, el del escritor Ernesto Sabato.

—¿Trae equipaje, señor Sabato?

Dije que no, tomé mi llave y fui a encerrarme a la habitación. Encendí la tele y me arrojé al mundo de las telenovelas, las jugadas de futbol, las noticias, los comerciales y las caricaturas japonesas, zapeando cada treinta segundos, con la intención de olvidarme de todo.

Recordé las palabras de Tío Neto: «No es el reloj, es algo que metiste a tu casa». Ahora ya sabía de qué se trataba, pero seguía siendo descabellado, desconcertante. Tanto revuelo por un libro. Muertos, sangre de por medio.

Al paso de las horas, comencé a recibir mensajes; algunos eran del Gordo Sandoval, diciéndome que había faena; otros, de Romina pidiéndome hablar; también hubo llamadas de números desconocidos que, por supuesto, no respondí. Entonces pensé en Romina: tenía llave de mi departamento, podía ocurrírsele entrar justo cuando el tipo fuera a buscarme. Me apresuré a marcarle.

—Soy yo, Aurelio —dije con un hilo de voz.

—¡Aurelio! ¿Dónde te has metido? ¡Te he estado tocando la puerta todo el día!

—Escúchame bien, no entres, alguien me busca y me quiere matar.

Se quedó callada, supuse que tuvo que sentarse o algo por el estilo.

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Querías que te contara un secreto, pues es ese. Robé algo y la persona que lo quiere me está buscando.

—No entiendo nada de lo que dices. Ven aquí y vamos a hablar, por favor.

—No puedo.

—Por Dios, Aurelio, me estás asustando muchísimo. ¿Qué fue lo que robaste?

—Un libro que vale mucho.

—¿Cómo?

—Voy a colgar.

—¡No, espera! ¿Dónde estás? ¿Por qué no llamas a la policía?

—Solo no entres a mi departamento, cuida bien a Bola y Tizón. No me recuerdes como a un hijo de puta.

Colgué y apagué el celular para no escucharla insistir.

De noche, el hambre me hizo salir como una rata de mi escondite. Nadie me conocía, podía ser el señor Sabato o quien se me diera la gana. La idea no era del todo mala. Contaba con ahorros, no la gran fortuna, no cinco millones de pesos, apenas los doscientos cincuenta mil. ¿Por qué no tomar un taxi, ir a la Central Camionera del Norte y comprar un boleto a Nuncavuelvas? Iniciar una nueva vida con una falsa identidad, como hacen esos políticos que huyen con las arcas de la nación. Un empleado de la limpieza siempre hace falta en cualquier sitio. Quizá no con mi especialidad, pero eso era lo de menos, estaba dispuesto a limpiar cualquier cosa y donde fuera: hospitales, panteones, supermercados, iglesias, prostíbulos, casinos o jardines. La basura nunca sobra y nunca falta. Si para contratarme me pedían papeles, vería la forma de conseguirlos en las delegaciones o por internet. Mientras tanto, a quién demonios le importaría si me presentaba como Ernesto Sabato, con tal de que limpiara la mierda.

59

Al meter la llave en el cerrojo y descubrir abierto, enseguida supo que algo andaba mal. En cuestión de seguridad, los dos eran muy cuidadosos, pues a veces los cacos entraban a las viviendas para llevarse lo que podían: el aparato de radio, dinero, ropa y hasta alimentos. En cuanto vio aquella figura sentada en el piso contra el sofá, se puso a la defensiva, pero no duró así más de dos segundos.

—¿Felipe?

Sacristán escuchó su propio nombre como un eco venido de montañas lejanas, por las que segundos antes había corrido sin rumbo ni propósito con el cuerpo del niño que algún día fue; aquel travieso que jugaba trompo y a las canicas con Domingo, y que cuando iba al cinema tiraba trompetillas para hacer enojar a los adultos en la escena del beso.

—¡Felipe!

Dejó de correr, alguien lo llamaba y no sabía quién. Quizá mamá, para que él y Domingo entraran a casa. «Ya basta de estar en la calle todo el santo día. Lávense las manos, ya va a estar la comida y su padre no tarda en llegar». Venía por la esquina saludando a todo el mundo. «¡Pepe! ¿Cómo va la zapatería? No se aflija, viene Navidad y todo mundo compra zapatos nuevos. Doña Caro, le encargo ese perfume gabacho para mi mujer»… Él y Domingo corrían a su encuentro, saltaban a sus brazos uno por uno y él hacía ese juego de lanzarlos al aire y atraparlos. «Un día los vas a mandar a la luna», decía mamá. Cada quince días ponía el sobre con la paga en la mesa y ella se encargaba de distribuir los gastos: esto para la luz, esto para la renta y esto para irnos a Chapultepec el domingo. «¡Como mi nombre!». Su hermano siempre decía esa broma y Felipe se lo rezongaba, burlón. «No hay mejor vida que esta», pensó Felipe viendo a sus padres y a su hermano, todos a punto de comer, y de pronto un airecillo agitó las cortinas y él miró hacía la ventana…

—¡Carajo, Felipe!

Dondó, con un nudo en la garganta, le tocó el estómago sintiéndolo frío y

mojado. En la penumbra, la mancha le pareció demasiado oscura para ser agua o sudor. Lo recostó en el sofá, le colocó una almohada debajo de la cabeza y corrió a buscar a Diógenes, el médico que vivía en el siete. La esposa le dijo que había ido a aplicar una inyección y no tardaría mucho; Dondó la urgió para que, en cuanto llegara, fuera a ver a su hermano. Volvió a casa, prendió la luz, le abrió la camisa a Sacristán y descubrió la mancha de sangre seca en algunas partes, fresca en otras, y dos líneas pequeñas y renegridas.

—¿Quién fue?

—Petersen…

—¿Quién?

—Arias, ese cabrón… Escucha… viejo… es muy importante…

—¡Carajo con Diógenes! ¿Por qué tarda? —chilló Dondó, descompuesto.

—Olvídate de Diógenes. Ya tenemos dinero, ¡somos ricos, Domingo…! El dinero está en el sofá. Háblale a Nati… Hay que comprar el terreno antes de que suba de precio… ¿Sigues teniendo el riñón? No lo pierdas, ¿oíste? La boda va a ser en la catedral… ¿Tienes traje? Mañana lo encargamos... Oye, viejo, oye… —Lo sujetó, delirando—. ¿Sabías que los nazis son gordos? Por eso no ganaron la guerra, supongo… ¿Terminaste de leer ese libro? Ya sé por qué el chamaquito quiere un cordero. Todos los niños deben tener una mascota… ¿Te acuerdas de Cuco? ¿Cuántos años nos duró ese perico? Tú y yo de necios esperando que hablara algún día, pero no era de los que aprenden a hablar… Mis hijos van a tener perros, gatos y hasta tortugas, qué caray... ¿Dónde está Nati? ¡No hay tiempo! Ya van a tirar la bomba esos hijos de puta… El libro dáselo a Hansen; es buen tipo, hay que invitarlo a la boda, pregúntale si quiere ser el padrino… Tengo frío, manito, me duele mucho...

La cara de Gao fue cobrando nitidez frente a sus ojos, igual que la jeringa que dibujó un gota marrón en la punta.

—No, eso no… Eso no…

Un golpe de beatitud instantánea se apoderó de Sacristán, cuando Gao le recargó y hundió la aguja en la piel. Entonces dirigió la mirada hacia la puerta y vio a otro hombre. «Debe ser el médico», se dijo, recordando que su hermano iba a llamarlo. Extendió una sonrisa al descubrir algo mucho mejor. El paraíso en la tierra. Enseguida aspiró el suave perfume de aquellos cabellos rizados, cuando ella se acercó y le dio un beso suave en la boca.

—Oye… Nati… ya tengo todo resuelto…

—Lo sé, pero no hables…

—¿Te quieres casar conmigo?

—Por eso no te puedes morir.

—No soy tan idiota… No lo soy… ¿Escuchaste, Dondó? Mi chica me ama… Recuerda lo del dinero, está en el sofá… ¿Quién es ese hombre? ¿El cura? Acérquese, padre, acérquese, cásenos ya… No me mire así, los

anarquistas también nos casamos, venga, venga aquí, creo en Dios todopoderoso, creo en Jesús…

El inspector Galindo, junto con todos los agentes de la Secreta, además de las secretarias y mensajeros y hasta el limpiabotas, que era como parte de la oficina, estuvieron primero en el velatorio y luego en el panteón Dolores. Dondó comprendió desde esa perspectiva lo buena gente que había sido su hermano; no había nadie que no lo recordara como un tipo sencillo, siempre listo para hacer un favor o lanzarle un piropo elegante incluso a una viejita. Galindo se notaba afectado, y Dondó supo que, a su modo, quería y respetaba a Felipe.

No había más que hacer, solo echar un último vistazo a la tumba que pensaba visitar todos los días. Fue recibiendo abrazos, palabras al oído que en su marasmo de tristeza no escuchaba muy bien, pero que supuso eran para darle el pésame, así que se limitaba a asentir por educación. No faltó nadie, ni siquiera Arias, que lo estrujó en un abrazo y se desbarató en loas a su «querido» colega, el buen Felipe Sacristán. Dondó no tuvo fuerza anímica para repelerlo. Igualmente se acercó aquel sujeto de aspecto extranjero y, en cuanto dijo su nombre, Hugo Hansen, Dondó hizo esfuerzos para relacionarlo con todos aquellos nombres que su hermano le había dicho del caso de los nazis. Estaba demasiado aturdido para clarificar si ese sujeto era de los buenos o de los malos, así que también recibió su pésame y siguió su camino.

—Dondó... —Se detuvo y la miró—. Lo siento mucho.

—Pero no fuiste a la casa cuando te dije que era urgente… Él quería despedirse de ti.

—Estaba trabajando, no me permitieron salir…

—Claro —dijo Dondó, palmeándole un brazo a Nati y volviendo a tomar su camino.

Una vez que el panteón quedó suficientemente lejos, se talló las lágrimas de la cara, pero no se detuvo. Había que llegar a casa y seguir con la vida. Ya habría tiempo para poner a cada uno en su sitio.

60

Müller encontró a Exupéry cantando coquetamente, mientras se pasaba una toalla húmeda por las axilas y un peine con agua por el cabello, dibujándose una línea perfecta a un lado.

—¡Amigo! Llegas justo para el desayuno; mira, ya lo trajeron y unas galletas. Están duras, pero remojándolas en el café quedan perfectas. —Se desplazó a la mesa y comenzó a picar los huevos revueltos, pero se detuvo al ver a Müller inexpresivo—. No me digas que ya es hora. ¿No me da tiempo del desayuno?

—No, no —se apresuró a decir aquel—, no es eso…

Exupéry sonrió.

—Carajo, qué susto me diste. ¿Qué pasa entonces?

—Me sorprende verlo tan tranquilo.

—¿Y cómo quieres que esté? ¿Llorando como una Magdalena? Quiero pedirte un favor. Ya sé que ya fueron muchos, pero este no va a ser difícil porque depende exclusivamente de ti.

—Lo escucho.

—No le digas a nadie que el otro día me solté a llorar.

—Comprendo que lo hiciera.

—Y yo también me comprendo, solo no lo digas. ¿De acuerdo? Y siéntate ya.

—No puedo.

—Por favor, Müller. Es mi último deseo.

Dudó unos segundos. Luego se sentó frente a él y solo se sirvió café.

—Creí que el último era el libro.

Al oír eso, Exupéry rompió a reír.

—Cada vez te sale más natural el buen humor.

—Quiero contarle que hablé con el mayor Lutz.

—Parece un buen hombre.

—Le dije que deberíamos concentrar nuestras estrategias y energías en lo importante, no en un solo hombre…

—Para, Müller, para… —Exupéry levantó una mano—. Nada de esperanzas

vanas, ¿sí? Es mucho peor.

—No es malo tener esperanzas.

—No es malo, pero prefiero no tenerlas en un tema tan delicado como este.

—No lo entiendo, Exupéry, considero que un hombre jamás debe darse por vencido, ni en las peores circunstancias.

—Mis esperanzas cambiaron de rumbo, eso es todo.

—¿Qué rumbo es ese?

—Ya lo dijiste antes, hay cosas más importantes que un solo hombre. ¡Y es verdad! ¡Mira esta guerra! —Exupéry comenzó a hablar con intensidad—. No tengas duda de que los muertos ya se cuentan por millones. Uno más, uno menos, qué más da. Entonces solo nos queda, con ese poquísimo de razón que aún no se pierde, pensar en algo más importante que seguir vivos.

—No hay nada más importante que eso.

—¡Claro que lo hay!

—Si se refiere a una vida después de la muerte…

—¡No, Müller, no hablo de eso, aunque también puede ser…! Hablo de volver a empezar.

—No lo sigo.

—¿Qué sucedió después de la peste que asoló a la humanidad en el siglo XIV? Al hombre no le quedó más remedio que dejar de llorar y ponerse de pie.

—A los que quedaron vivos.

—Al Hombre, Müller, con letras mayúsculas.

—Está bien, tiene razón. Uno es prescindible, nos debemos a causas mayores.

—No, Müller, no a causas mayores, porque cuando dices eso las causas mayores resultan ser ideológicas. Y ahí es donde de nuevo empezamos con la guerra. La causa del Hombre es más esencial de lo que creemos…

Exupéry hizo una pausa esperando que Müller encontrara esa causa por sí mismo, pero, al ver que no lo hacía, se la dijo:

—Vivir.

«Vaya cosa», pensó Müller, ante lo que parecía un juego de palabras. La vida de un hombre no era demasiado importante, pero vivir sí. Exupéry lo miraba con una sonrisa amistosa y espléndida.

—No lo sé, voy a pensarlo…

—Estupendo, Müller, ahora quiero obsequiarte algo… —Fue hasta la cama, levantó la almohada, tomó el libro y se lo ofreció.

—¿Qué está haciendo?

—¿Cómo qué?

—No puede hacer eso. Usted me pidió una y otra vez su libro. No comprendo que ya no le importe.

—¿Y quién te dijo que ya no me importa?

—Usted, su actitud.

—Qué fácil es juzgar… A veces el hombre no entiende al hombre, ni siquiera cuando está en sus zapatos, porque le parece que él es el primero que los calza…

—¿Y eso qué significa?

—¿Tengo que decirte que el libro ya no me sirve? De hecho, nunca me sirvió. Un libro no se escribe para uno, sino para los demás, porque lo que escribimos nosotros ya lo sabemos.

Müller siguió dudando de tomarlo.

—¿Quiere que intente hacérselo llegar a su esposa?

—A ella en su momento le di otras cosas. Esto es para ti. Léelo completo, hazme ese favor.

—Lo leí completo —confesó Müller—. Es sencillo, pero no siempre lo entendí bien.

—Quizá porque todo lo quieres reflexionar… Por ahí en alguna página dice: «No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos».

Müller tomó el libro, aún dudando.

—Quita esa cara, piensa que tal vez te perteneció todo el tiempo. De alguna forma, lo que es tuyo siempre termina volviendo a tus manos… Ahora, una pregunta muy importante… ¿Somos amigos, Müller?

Tras una pausa, respondió:

—Lo somos.

61

La puerta se sacudió bruscamente cuando los hombres entraron a la vivienda, Dondó apoyado en un hombro de Müller, que hacía esfuerzos por no dejarlo caer, pues aquel era un tipo sólido pese a no ser tan joven. Buscó un lugar dónde tenderlo y se sorprendió al descubrir el sofá patas arriba y, sobre todo, dinero a puños por todas partes. A golpe de vista debía ser mucho y contrastaba con la humilde vivienda.

—Le daré una parte, Hansen, solo no sea voraz, todavía me puedo defender…

Müller lo bajó despacio en una silla, fue a poner el sofá en su sitio y luego regresó por Dondó. Le oyó pegar un trémulo quejido cuando tuvo que levantarlo y arrastrarlo al sofá, donde por fin lo recostó.

—Habrá que llamar a un médico. Esto se ve mal…

—Mi médico está en la alacena, la puerta que no tiene manija…

Dondó perdió de vista a Müller y recordó sus propias manos arrancando la borra del sofá. Una mezcla de furia y alegría le sobrecogió al encontrar el primer fajo de billetes, y otro y otro más. Se pegó uno en la frente y rompió a llorar por los sueños rotos, más por los de su hermano que por los suyos, hasta que su llanto terminó en una risa desgastada.

—¡Cómo chingas, cabrón, ya te dije que el viernes! —le dijo esa mañana Marcial en el gimnasio.

—Lo mismo me dijiste el viernes pasado.

—¡No puedo darte un dinero que no tengo!

—Un dinero que me gané.

—Nadie dice que no, pero ¿cuántas veces tengo que repetirte que la visita del inspector me dejó pelado?

—Yo no soy el dueño del gimnasio.

—Mira, Dondó, me da mucha pena que hayan matado a Felipe…

—No lo menciones y si lo haces, te quitas el puto sombrero.

—Tu hermano era un soñador.

Dondó hizo un ademán de írsele encima.

—Tranquilo, lo digo como una virtud. En serio me da pena lo que le pasó y espero que encuentren al asesino, pero no por eso puedo darte un trato especial.

—¿Pagarme mi sueldo es un trato especial?

—¡Deja ya de chingar la madre! ¡Si no te parece ahí está la puerta! ¿Crees que eres indispensable? ¿Sabes quién vino ayer? Indalecio. Está dispuesto a regresar y por la mitad de lo que le pagaba antes, ¿qué te parece? Ahora vete a entrenar a mi muchacho o a la puta calle, tú escoges.

Mientras hurgaba en la alacena buscando lo que le dijo Dondó y encontraba aquel estuche largo con un cierre, Müller se recordó levantando la cara al ver que Alder entraba a la librería, sujetando del brazo a un sujeto muy alto, de sombrero y gafas oscuras, evidentemente ciego, pues caminaba zigzagueando el suelo con su bastoncillo.

—¿No ha llegado nuestro amigo Fenzer, Hugo?

—Todavía no.

—¡Vaya con el amigo! Seguro «se le pegaron las sábanas», como dicen aquí… ¿Puedes traernos un café al señor Derek y a mí? Estaremos en la trastienda.

—Claro, ¿cómo lo toman?

—Yo, solo —respondió Alder.

—Aguado, muy aguado, que parezca té —masculló el otro sujeto.

Entonces Müller, que iba camino hacia la cocineta, detuvo en seco sus pasos.

—¿Pasa algo, Hugo?

Negó y siguió de largo. Puso agua a hervir en la estufa, recordando el sepelio y a todos esos agentes de la Secreta con caras, más que de pena, de indignación, como si les hubieran matado no a un amigo, sino a un miembro del clan, y a Nati, que parecía la viuda que en realidad nunca fue, y al hermano apretando el llanto como si no fuera de hombres llorar. El cielo tenía un tono plúmbeo y los tajos de viento hacían que la gente se abrigara a sí misma, encogiéndose. Él miraba todo aquello a varios metros de distancia, menos abrigado, pensando que en esas latitudes no sabían lo que era un frío de verdad. Eso sí, la muerte parecía la misma en cualquier parte del mundo.

—Hugo, ¿cómo vamos? —Fenzer se desplomó en una silla junto a la puerta de la cocina y se abanicó con ambas manos—. Hace un calor infernal, eso es a lo que no acabo de acostumbrarme de este país, ¡cómo le hace falta a esta gente el frío que arrecia el carácter! ¿No te parece?

—Muy cierto… Alder y un caballero acaban de llegar, escuché que se llama Derek.

Fenzer reaccionó a la información.

—Iba a llevarles café a la trastienda.

—Ya lo hago yo, Hugo. Por favor, tú ocúpate de los clientes; si viene alguien que conozco y pregunta por mí, dile que estoy ocupado.

—O que no está —agregó Müller.

Fenzer escupió una risilla cómplice, pues alguna vez le dijo a Müller que era muy de los mexicanos decir ese tipo de mentiras. «Dice mi papá que no está». Luego se marchó todavía riendo, sin darse cuenta de que su empleado solo había citado esa frase para distraerlo. Müller dejó correr unos segundos, asomó la cara a la librería y, al no ver a nadie, fue detrás de la barra, alzó cuidadosamente el teléfono y marcó esperando que el ruido del disco no se oyera en la trastienda.

—Jefatura de policía —dijo la voz en el auricular.

Dondó recordó con qué rabia e impotencia se puso guantes y careta y subió al cuadrilátero donde ya lo aguardaba el Niño Tormenta, como finalmente había bautizado Marcial a su discípulo. Recordó también que a los pocos días del sepelio recibió una llamada de la jefatura para que acudiera a participar en una breve ceremonia en honor a su hermano. Se realizó en un saloncito donde había la mitad de los agentes que, en el sepelio, entre ellos Arias, cuyo semblante, aparentemente triste, hacía que Dondó recordara que Sacristán lo mencionó como su asesino. También mencionó a Petersen, pero ese ya estaba muerto. Los periódicos hablaban de que alguien había entrado al domicilio del alemán para robarle y que, cuando este intentó defenderse, lo mató a tiros. Nada se dijo de la pistola que, a fin de cuentas, llegó a manos de Galindo. Le quedó claro que su agente, Felipe Sacristán, había estado con Petersen y que lo mató, pero la muerte de Sacristán le fue incierta. ¿Acaso los rusos? Era todo le pasaba por la cabeza en medio de un caso que seguía su curso, el de encontrar a Von Bremmer. «Hago honor de entregarle esto, Domingo Sacristán», dijo poniendo en sus manos el arma y la placa de Felipe. «Su trayectoria y su valor siempre serán un ejemplo para nuestra corporación».

Comenzaron los pases iniciales. Todo hubiera sido como cualquier sesión de entrenamiento, pero llegó Marcial y le dijo a su Niño Tormenta que apretara fuerza y castigara al adversario. Dondó conocía las fallas de Saulo, verdadero nombre del Niño Tormenta; una de ellas, su temeridad sin límites, misma que Marcial motivaba con ese tipo de indicaciones. Contrarrestó el empuje del muchacho atajándole los golpes con sus propios guantes, buscando que al chocar con ellos Saulo perdiera energía. Marcial la cargó contra el Niño, exigiéndole más candela, lo cual se tradujo en incrementar ataque y bajar la guardia. Dejó al menos dos flancos abiertos, uno de ellos mandíbula; aquello

podía convertirse en un *knockout* instantáneo, pero Dondó no quería empeorar la situación con Marcial. Tal vez le pagaría el viernes. Mientras tanto, tocaba convencer a Román, el tendero, de que le fiara otra semana. Además, necesitaba mantenerse lo más entero posible. No podía quitarse de la cabeza que, en medio de su delirio, Felipe había dicho el nombre de Arias, así que, luego de unos días de luto y sufrimiento, se dedicó a vigilarlo. A eso de las seis de la tarde, el tipo salía de la comandancia, pasaba un rato por La Blanca, de ahí a comprar cigarros y luego a su departamento en la calle de López. Ese sería el lugar indicado para ejecutar el plan. Llamaría a su puerta y, en cuanto el sujeto abriera, le pegaría un cachazo en la frente, haciéndolo caer de espaldas. Una vez adentro le pediría que por lo menos tuviera el valor de aceptar el crimen. Posiblemente no lo haría, daba lo mismo. Le pegaría dos tiros y se iría de ahí sin culpa alguna.

—¡Con todo! —ordenó Marcial al Niño Tormenta al ver que no acababa de sacar la casta, y este, furioso de la estrategia de Dondó, cambió la suya y logró conectar un golpe que le hizo volar el protector bucal a su contrincante. Eso pasó a ser en ese justo momento: ya no un *sparring*, sino un contrincante.

Dondó sacudió la cabeza, aturdido, y se encontró con la sonrisita de Marcial. Entonces volvió a levantar la guardia, dispuesto a pasar aquello por alto. Lo de Arias era más importante. Pero el Niño Tormenta le atizó dos golpes más, secos y rotundos. A fin de cuentas Dondó, como todos, también tenía su propia falla: pésima velocidad. Aun así recordó cierta pelea que por poco lo llevó a conseguir un cinturón en peso semicompleto y que perdió por puntaje. Ahora se encontraba frente a la copia fidedigna de esa pelea: un contrincante similar, empoderado en sus primeros ataques, con la diferencia de que, en aquel tiempo, Dondó era más veloz y tan temerario como su oponente.

—¡Con todo! —volvió a exigir Marcial.

Esta vez esquivó la repetición, lanzó un *uppercut* seguido de un cruzado y Saulo se fue de espaldas contra las cuerdas, donde Dondó lo atizó a placer, haciendo que los muchachos que andaban por ahí dejaran lo suyo y se acercaran a ver la clase de box. Y vaya que Dondó les enseñó cómo, adondequiera que el Niño Tormenta llevara la cara, ahí le esperaba un guantazo. Incluso se permitió una pausa para mirar a Marcial y encontrar el gesto esperado de furia y humillación.

Pero el Niño Tormenta no se quedó cruzado de brazos. Sin importarle cuantos golpes más recibiera —era joven y podía con eso— machacó el punto flaco de Dondó, ese que sabía por boca de todos: el riñón. Cada puñetazo fue preciso y potente, hasta que vio a su rival paralizarse como un insecto al que pica un alacrán. Aun así le conectó un último impacto. Entonces escuchó las voces que le pidieron parar.

—¿Está seguro? —preguntó Müller mostrándole el estuche abierto a Dondó.

—Pique ya, doctor —sonrió suplicante, perlado de sudor.

Müller le amarró la liga en un brazo, preparó la jeringa, hizo saltar la vena y descargó el líquido que trajo paz instantánea a Dondó. Mirando sus ojos acuosos, Müller recordó que luego de colgar el teléfono comenzó a dar vueltas intranquilo por la librería, pues el inspector Galindo no parecía haberlo tomado en serio cuando le dijo que Claudio von Bremmer, ese al que tanto buscaban, estaba en la librería.

—¿Cómo sabe que es él? ¿No dice que el tipo que llegó es un ciego?

—«Lo esencial es invisible a los ojos» —respondió Müller recordando una de las frases del libro.

—No lo sé, Hansen. Voy a enviar a alguien.

—¿Cuándo?

—No lo sé…

—¿No lo sabe? Pensé que tenían prisa con esto.

—Escuche…

—No, escuche usted… Ya les mataron a un hombre que hizo su parte por resolver esto. Pensé que eso le importaba…

—Solo porque sé que intenta ayudarnos le voy a decir esto, Hansen. Los interesados, llamémosles así, ya están trabajando en otra forma de búsqueda; sospechan que en realidad Von Bremmer ya salió de México.

—Envíe al agente Arias, él está en el caso, ¿cierto?

—Quédese tranquilo, enviaré a alguien…

En cuanto cruzó del otro lado de la puerta, arrojó un chorro potente de bilis. Se sujetó el vientre, que parecía el de una embarazada, lamentando ese último *round* y cayendo frente al sillón, al cual le hundió la nariz para dejar correr el dolor. Necesitaba que se apaciguara antes de tomarse la media pastilla a la que se había dado derecho cada ocho horas. Le pasó por la cabeza que ahí había muerto Felipe. Evocó sus últimas palabras: el terreno, Nati, la bomba, el dinero…

El sueño del opio se hizo constante. Hansen flotaba a ojos de Dondó, alzaba el dinero y lo ponía todo junto en la mesa; luego lo guardaba en una bolsa del mandado. Dondó quería decirle que no se lo llevara todo, que le dejara algo para llamar a Gao y poder comprarle más sueños, aunque fueran unos cuantos más, solo dos o tres antes de morir, pero no tenía fuerza para abrir la boca. Se vio a sí mismo consiguiendo ponerse de pie, tomar la media pastilla, ir a sentarse un rato al suelo de cara al sofá y, en cuanto se sintió mejor, fue y lo volteó y metió las manos entre la borra. El dinero saltó. Luego de llorar, reír y gritar, se permitió dos pastillas más. Entonces, al cabo de unos minutos, el dolor se fue por completo. No se engañó, estaba consciente de que la mejoría no era real, pero le bastaba. Se fajó el estómago, se vistió lo más

elegante que pudo, sacó de un cajón la pistola de Felipe y miró el reloj. Arias estaría por salir de Revillagigedo.

Müller comenzó a pensar que Galindo no enviaría a sus agentes, pero terminó por no importarle. Tampoco era cosa suya, solo le parecía triste que la muerte de Sacristán no sirviera de nada. Pero ¿acaso sirvieron las de todos los que vio morir en la guerra? Las de los que reconoció en aquella zanja en la carretera de Kripp, la de Katia Jacov, la del niño cuya madre loca imaginaba ahogándose en un pozo de lluvia, la de la mujer en los brazos del soldado bailarín en el cementerio, la del médico nazi ahorcado por los partisanos. Tantas y tantas muertes que se apagarían en la memoria de los hombres. Lo mejor sería concentrarse en sus asuntos, esa rutina de la cual empezaba a cansarse: vivir en ese cuartucho desangelado en el centro de la ciudad, recorrer distancias cortas, la librería, la voz de su compatriota. De golpe añoró el estilo de vida del cónsul Patrón en Cuernavaca. Este le había dicho que la hacienda en Chiapas estaba en litigio y no era muy seguro recuperarla. Ese sí que hubiera sido un verdadero recomenzar, lejos de la civilización y sus males.

Reparó en el cajón con la llave colgando, e inevitablemente pensó en Hilda. Estaba al alcance de su mano girar esa llave. La posible caja de Pandora. ¿Por qué no? Los compatriotas seguían en la trastienda. Ni siquiera se les escuchaba. Movió la mano, giró la llave y tiró del cajón. Había dos cosas: una pistola calibre .38 encima de un sobre. Hizo la pistola a un lado, sacó el sobre y, al palpar el contenido, le pareció que se trataba de papeles rígidos, quizá las fotos que había dicho Hilda. Entonces tomó su segunda decisión. Se guardó el sobre en un bolsillo, por si Hilda volvía a buscarlo, cosa incierta, ya que no había vuelto a verla en varios días. Empujó el cajón y volvió a echarle llave. Levantó los ojos. Arias y otro agente estaban ahí. Müller les hizo una seña para que no hablaran y señaló la trastienda.

—¿Cuántos son? —preguntó Arias en voz baja.

—Fenzer, un amigo suyo y Von Bremmer.

—¿Armados?

—No lo sé.

—Llame a Fenzer —ordenó Arias, sacando su pistola y colocándose a un lado del marco que conducía a la trastienda. Su compañero hizo lo propio del otro lado.

—¡Fenzer! ¿Puede venir?

Luego de unos segundos, se le escuchó acercarse.

—¿Qué pasa, Hugo? ¿No te dije que…? —se quedó con las palabras a medias.

—¿Quiénes son los dos tipos que están ahí dentro? —interrogó Arias.

—¿Tipos? Más bien, ¿quiénes son ustedes?

—A mí ya me conoce —dijo Arias—. El agente Martínez. —Señaló al otro

—. Pero no es momento de presentaciones, responda lo que le pregunté.

—Dos compatriotas míos. ¿Qué pasa aquí? ¿Debo llamar a la policía?

—Uno de ellos es Von Bremmer, ¿cierto?

Fenzer dibujó una mueca, como fingiendo no comprender.

—Llámelos, escúchese natural —le ordenó Arias.

—¡Alder! ¡Vengan aquí, por favor!

Dicho esto, Fenzer se desplazó al lado de Müller, subiendo las manos, seguido por la mirada de Martínez, mientras Arias apuntaba al lugar de donde vendrían los otros.

—¿Vienen ya? —los apremió Fenzer a una señal de Arias—. Es importante…

Entonces aparecieron, Alder ayudando al otro que todavía pretendía ser ciego. Sin embargo, en cuanto vio a los agentes soltó el bastoncillo y regresó por donde vino.

—¡Quieto ahí! —le ordenó Arias, apuntándole.

En ese segundo, Fenzer apartó a Müller, giró la llave pegada al cajón, lo abrió, sacó la .38 y le disparó a Arias en el pecho, derribándolo en el acto. Arias giró para dispararle a Fenzer, pero una bala le pegó en un hombro y lo hizo bajar la pistola. Dondó entraba a la librería. No se detuvo, avanzó apuntándole de nuevo. Fenzer, desconcertado, movió la pistola hacia él y este le disparó en la cabeza, reventándosela contra los libros que estaban a sus espaldas. Arias se arrastraba por el suelo, intentando esconderse detrás del mostrador. Unos ruidos de vidrios rotos se escucharon en la trastienda. Dondó pasó junto a Arias y le pegó un disparo en la espalda, dejándolo quieto. Caminó deprisa y encontró a Alder y a Von Bremmer peleando por ganar la estrecha ventanilla que daba al callejón.

—¿Quiénes son ustedes? —interrogó Dondó.

—¡Él! ¡Él es Von Bremmer! —señaló Alder.

—¿Y usted cómo se llama?

—¡Alder!

Dondó caviló unos segundos.

—No me suena. Váyase ya.

Alder mostró sorpresa unos segundos y se escurrió por la ventanilla hasta caer del otro lado, quejarse del golpe, ponerse de pie y correr.

—Así que científico —le dijo Dondó a Von Bremmer. El alemán lo miró con una mezcla de miedo y desprecio.

Mientras tanto, Müller permanecía congelado en el mismo lugar. No tenía miedo, ni siquiera demasiada sorpresa. Todo aquello, pese a lo estrambótico, le parecía un día más en la guerra. Como cavar y cavar las trincheras; mientras más hondas y largas, mejor. Como fumar un cigarro con los compañeros y reír pensando que al día siguiente fumarías con otros, o ellos con otros. Como

disparar a gente que no conoces. Como odiar sin razón. Como la última vez que vio al falso Cazotte. Un disparo lo hizo saltar brevemente, igual que a Arias, quien comenzó a arrastrarse de nuevo hacia la pistola.

Dondó salió de la trastienda.

—Sus sesos científicos son como los de cualquiera —dijo pasándose la mano por la frente. Comenzaba a sudar, el dolor llegaba de nuevo. Reparó en Arias, que palpaba la pistola tratando de tomarla en la posición correcta. Dondó la pateó lejos y a él lo volteó con el pie—. Una pregunta, ¿tú mataste a Felipe?

—Puto perdedor —contestó Arias, esbozando una sonrisa llena de sangre. Después se quedó quieto.

Dondó dibujó una mueca de dolor al sentir un cuchillo imaginario en el riñón, dejó caer el arma y se detuvo del mostrador. Levantó los ojos y miró a Müller.

—¿Le pido un favor, Hansen? Lléveme a mi casa, le pagaré bien.

Comenzó a recuperar las coordenadas de la realidad, ya no quedaba rastro del efecto del opio. Müller estaba sentado en una silla cerca de él, que se encontraba encogido en el sofá.

—Sigue aquí. —Sonrió Dondó.

—Sigo.

—¿Sabe a quién acabo de ver?

—¿A quién?

—Al niño.

—¿Qué niño?

—Ahí, detrás de usted. —Señaló Dondó—. Quiere llevarme a su planeta. Condenado chamaquito. ¡Ya voy!

Müller le cerró los ojos. Se acercó a la mesa, tomó el libro y el dinero y se marchó.

62

Esperó mucho tiempo a que Hilda Krüger llamara a la puerta. La imaginó siguiendo de largo sin pedir permiso, como era su costumbre, quitándose los guantes, arrojándolos a la mesa, mostrando una expresión pícara porque tenía alguna de sus perversiones en mente. Él se portaría como si le importara un bledo para mantenerla a raya con sus ínfulas de princesa, aunque quisiera decirle que sí, que aceptaba que se fueran lejos a empezar de cero en cualquier ciudad. Al diablo si fracasaban en el intento, una cicatriz más a ninguno le haría mejor ni peor. Tenía listo el sobre en el cajón; sería un regalo, una señal de buena fe, de sinceridad. Pero las esperanzas se fueron al diablo cuando una mañana leyó en el periódico que la célebre actriz alemana se había ido de México en busca de nuevos horizontes. «A donde me lleve el viento, porque el viento es sabio», le respondió a un reportero de sociales.

Él había ahorrado casi todo su sueldo, así que metió su ropa y su real y única pertenencia, *El Principito*, en la maleta. Previamente le habló por teléfono al cónsul para contarle su idea. Permanecían en constante comunicación; este lo mantenía informado de los avances en el litigio de la propiedad en Chiapas. El cónsul no se chupaba el dedo, le dijo a Müller que estaba seguro de que algo tuvo que ver, aunque fuera tangencialmente, con el escándalo sucedido en Clásicos Fenzer. La noticia y su saga, «Nazis en México», mantuvieron entretenidos a los lectores, tanto como aquella que decía: «Ángel misterioso deja en un orfanato una bolsa con veinte mil dólares».

—No me lo puedo creer, es usted —exclamó Nati al verlo a la mesa—. ¿Viene de viaje? —añadió mirando la maleta.

—Me voy.

—¿De vacaciones?

—Definitivamente.

La chica se ensombreció.

—¿Tan mal lo hemos tratado los mexicanos? ¿Regresa a su país?

Aquella candidez enterneció a Müller. Quedaba claro que la chica no tenía ni una pálida idea de lo que había ocurrido al otro lado del mundo.

—Aguascalientes —inventó—, quiero ver si es verdad que el agua es caliente.

Aunque el chiste le pareció una porquería, Nati se echó a reír, pensando que los extranjeros no tenían chispa. Le tomó la orden y se fue. A ratos pasaba lanzándole miradas de nostalgia anticipada.

Llegó la hora, agitó una mano. Nati se acercó enseguida, le puso la nota en la mesa y espetó:

—No se vaya, Hugo. El agua es igual en todas partes. Aquí ya todos lo queremos. No me diga que no hay una chica que le interese. Usted a ella seguro que sí, no todos los días llegan príncipes azules a la ciudad.

—¿Príncipes azules?

—Seguro le chulean sus ojos azules.

—Y además de los ojos —le siguió el juego—, ¿cómo es un príncipe azul?

—Un caballero dispuesto a todo por una mujer, apasionado y soñador a más no poder.

—Qué curioso, conocí a un hombre que parecía ser todo eso. Pero no soy mujer, así que no puedo asegurarlo. Se llamaba Felipe Sacristán.

Se puso de pie, le dio la mano (pues no acostumbraba a abrazar a nadie), le sonrió y salió a la calle, desde donde miró por última vez el café La Blanca y a Nati, que se había quedado como de piedra. Dio tres pasos y se detuvo abruptamente al recordar que estaba tan acostumbrado a irse rápido de cualquier sitio que en lo único que pensó al salir de su casa fue en meter algo de ropa en la maleta y, sobre todo, en no olvidarse del libro. Pero lo que sí olvidó fue el sobre que había rescatado de la librería de Fenzer. No podía marcharse sin pasar a buscarlo. Después de todo, el contenido era muy comprometedor, no solo para Hilda Krüger. Al menos tuvo la suerte de acordarse ahora y no ya lejos de la ciudad. Giró para volver a la vivienda.

—Sube —le ordenó un sujeto, sujetándolo de un brazo y señalando la puerta entreabierta de un Ford.

Müller intentó obedecer, pero la maleta no cabía y el tipo, mirando hacia todas partes, en una especie de situación cómica, se apresuró a abrir la cajuela.

—Vámonos —le dijo al conductor una vez que entraron al coche.

Poco después, cuando pasaron junto al Palacio de Bellas Artes, el tipo miró de reojo a Müller, que descubría por primera vez el edificio.

—¿No quieres saber por qué te levantamos?

—¿Son de la Secreta?

El tipo y el conductor se echaron a reír.

—No, no somos de la Secreta. Somos los que te vamos a romper hasta el culo por cogerte a la novia del patrón.

63

Cometí el error de pensar que en la vida, como en las matemáticas, el orden de los factores no altera el producto. Sí que lo altera. Al primer sitio al que debí acudir era a mi departamento y no a Pandora Seguridad o donde el Gordo Sandoval. Eso concluí cuando, al girar el pomo de la puerta y escuchar ruidos adentro, ya no pude retroceder...

Esa mañana me había mirado en el espejo del baño: tenía barba de dos semanas, las que llevaba encerrado en la habitación 314 del Marlowe. Uno acaba como una puta cabra viendo programas de concursos donde los conductores se sienten inteligentes y simpáticos, y publicidad día y noche. Fuera de eso, consumía las horas contemplando la calle Independencia desde la ventana, donde podía ver un trozo del Barrio Chino, a la gente ir y venir deteniéndose en los puestos de baratijas. Tuve la fortuna (y creo que eso hizo que no acabara de chalarme) de que hubiera una Biblia en el buró. Aunque no era precisamente una Biblia, sino el Libro de Mormón. Me hice conocedor del profeta Smith y las revelaciones que le hicieron los ángeles; pero, como los ángeles no me depositaban el sueldo, recibí mi propia revelación. Le pediría a Sandoval mi traslado a la filial de Guadalajara o de Chiapas, inventándole que estuve secuestrado y logré escapar.

El plan era más o menos coherente; sin embargo, antes de dejar la habitación, me vino a la cabeza lo de Pandora Seguridad. Ese era un punto. Decidí que, antes de largarme lejos, lo justo era intentar colocarle un revés a Calixto Pontones. Ir con la policía ya no era opción. Me harían preguntas. ¿Cómo explicarles que fui con el agente Sangrador a aquella unidad habitacional, donde seguramente ya habrían encontrado su cadáver? ¿Qué me hacía suponer que no terminarían culpándome de haberlo matado?

Averigüé en Internet la dirección de la empresa. Tomé un taxi y llegué en unos treinta minutos; antes de cruzar la puerta de vidrio, me cuidé de mirar en todas direcciones. Sería cosa de nada dejar aquella carta en la recepción; su destinatario era el director general y declaraba que el perfil de uno de sus

empleados dejaba mucho que desear, además de relatar cada una de sus fechorías.

La recepcionista mostró desconcierto, aunque, según yo, le dije algo muy simple:

—Por favor, hágale llegar esto al director.

—¿Qué director?

—¿No hay un director?

—Cada área tiene uno.

—El director general.

Miró el sobre por ambas caras.

—¿Usted lo conoce?

—No, señorita.

—¿Entonces por qué le dirige una carta?

La pregunta le hizo sentido al guardia, que estaba en su tiesa postura a un par de metros. Más allá de la recepcionista iban y venían personas. Daba la pala de ser un ambiente muy profesional.

—Es una queja —dije a botepronto.

—¿Cliente o proveedor?

—Cliente.

—Permítame una identificación, lo voy a pasar al área donde lo pueden atender…

La sola idea me dio escalofríos; de nuevo miré más allá de la mujer, ese lugar era un laberinto, podía perderme, no salir nunca. Hasta ese momento me pasó por la cabeza que Calixto Pontones podía tener cómplices. Incluso el propio director. «¿Qué carajos haces aquí?», me grité por dentro. De pronto, el estómago se me volteó al revés al descubrirla a ella, de traje ejecutivo, hablando con otras personas. No podía creerlo, pero era la misma mujer que ahora, al entrar a mi departamento, me veía con asombro.

—Aurelio, por fin regresaste...

—Romina —dije con un hilo de voz.

Salí corriendo de Pandora Seguridad. Paré un taxi y en el camino intenté darme una explicación. Romina era parte de todo. Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Desde cuándo? Las preguntas me mordían el cerebro como ratones con rabia. Las dudas y el miedo se hacían cada vez más abismales. La siguiente escala fue en la oficina de Sandoval; mis fachas le causaron el asombro esperado.

—Siéntate, siéntate —suplicó casi con piedad—. ¿Quieres agua, café? Te ves de la mierda. ¿Qué te pasó, Aurelio?

—Me secuestraron…

Romina me miró con suspicacia. En el momento en que crucé la puerta ella revolvía un cajón. Lo dejó. Fue hasta mí, cerró la puerta y me abrazó.

—Te eché tanto de menos, Aurelio.

Tragué grueso. Respiré hiperventilando. La secretaria del Gordo me puso una taza de té en el escritorio y se fue.

—Ahora sí, cuéntame.

—Fue en un cajero automático. Dos tipos me hicieron sacar el límite, luego me llevaron a una casa, no sé dónde; ahí me tuvieron hasta el día siguiente, para llevarme a sacar más dinero. No me soltaron hasta que lo sacaron todo, eso llevó algunos días.

—Carajo, cómo está la ciudad…

Rompí a llorar, lo cual fue bueno porque él pensó que era por el trauma del secuestro y no porque acababa de descubrir a Romina en Pandora Seguridad.

—Bueno, tranquilo, ya pasó todo. Tómalo como una pesadilla. La vida sigue adelante. La verdad es que ya había metido un escrito a Recursos Humanos para que te despidieran. Voy a cancelarlo, no te preocupes. Tómate una semana, reponte y regresas.

Entonces le planteé lo de mi traslado.

—No, Aurelio, eso sí que no. Te necesito aquí. Y no insistas.

No me quedó más remedio que darle las gracias. Me había dicho que me tomara unos días. Al carajo con eso. Pasaría a la casa, empacaría una maleta y desde algún sitio lejano, una playa tal vez, repuesto y con la mente fresca, buscaría una mejor solución. Como antes pensé, para limpiar mierda sobraban lugares.

—Te ves muy mal. Siéntate, te voy a preparar algo… —dijo Romina—. Siéntate y cuéntame todo lo que me dijiste por teléfono.

Me dejó en el sofá y fue a la cocina.

—Habla ya, por favor, no me dejes así…

Me levanté muy despacio y fui hacia la puerta.

—¿Adónde vas, cabrón? —Giré despacio, Romina me apuntaba con una pistola—. Se acabó el pinche juego. ¿Dónde está el libro?

—¿Qué libro?

Disparó contra el sofá reventándole la tela.

—¡Tranquila!

—¡Tranquila mis ovarios, cabrón! ¡Ya te soporté demasiado! ¡Dame el puto libro o te dejo sin huevos!

—¡Está bien, está bien, Romina! ¿Sí te llamas Romina?

Otro disparo, que hizo caer un cuadro de la pared.

—¡Solo quiero saber qué está pasando!

—No creo que seas tan pendejo para no acabar de entender que no te conocí por accidente…

—¿No eres sobrina de la señora del nueve?

—¿Qué señora del nueve?

—¿Dónde está ella?

—Le metimos miedo y se fue. Dame el libro ya o a ti no solo te voy a dar un susto, pendejo.

—¿No eres doctora?

—¿Acaso me ves con un bisturí en la mano?

De pronto tomó sentido esa ocasión en que no quiso socorrer a un hombre que se desmayó en el centro comercial. Comencé a hacer encajar otras piezas, actitudes, situaciones que pasaron frente a mis ojos de imbécil. Romina insistiendo en limpiar a fondo la casa, Romina haciendo levantar la loseta dizque para cambiar el suelo, Romina haciéndose de un juego de llaves, Romina aprovechando mi viaje a Veracruz para seguir buscando a sus anchas. Romina, maldita Romina. El miedo se me convirtió en rabia y de golpe comprendí que eso fue lo que le faltó a mi padre, a mi abuelo, a mi bisabuelo, quizá a todos los Lima nacidos varias generaciones atrás. Rabia. Cojones.

—¡Dispara ya, hija de la gran puta! —aullé.

Logré hacerla parpadear.

—¡Que dispares, zorra cabrona!

Tizón pasaba por el sofá. De pronto ella lo levantó por el pescuezo y le apuntó a la cabeza.

—¡Dame el libro o le vuelo la cabeza al pinche gato!

—Okey, sin violencia —dije. Fui a la cocina, moví la estufa, el libro cayó del hueco, fui a dárselo a Romina. Ella tiró al gato en el sofá, miró el libro por ambas caras. Lo metió en su bolso junto con la pistola, se lo colgó de un hombro y pasó junto a mí de camino a la puerta.

—Oye, espera. Desde hace semanas que pudiste parar el teatro de la parejita de tórtolos. ¿Por qué hasta ahora? ¿No será que sí te enamoraste?

—En serio que eres pendejo —respondió y se largó cerrando la puerta.

64

Esta vez era Federico Patrón quien ayudaba a Müller a entrar a la casa y llegar al sofá. Se recordó así mismo un mes atrás en una situación similar, ayudando al hermano de Felipe Sacristán en su último trance. Quién iba a decirle que los papeles se invertirían y que de puro milagro conseguiría sobrevivir. Comenzaba a pensar que tenía nueve vidas, como los gatos. Una guerra mundial y la tremenda paliza que le propinaron aquellos dos hombres al lado de un canal de aguas negras no eran cualquier cosa. Seguro lo dieron por muerto al arrojarlo a la corriente y por eso decidieron marcharse. Él mismo se creyó en el infierno al entreabrir los ojos y verse navegando entre defecaciones y cadáveres de animales y basura de todo tipo. Después hubo un largo olvido antes de abrir los ojos y descubrirse en una cama de hospital, y luego otro olvido más corto, para luego comenzar a recibir las visitas del cónsul. El cónsul, siempre el cónsul, como su ángel de la guarda. Nunca habría forma de pagarle su generosidad. Poco a poco fueron quitándole los artilugios médicos, el respirador, la sonda, el cabestrillo, hasta darlo de alta.

—Bien, Müller, ya que te veo entero y otra vez en tu casa, si es que le podemos llamar así a este chiquero, tengo noticias que darte.

—Espero que no sean malas, cónsul.

—Esa es la primera, ya no soy cónsul.

—¿Lo despidieron?

Patrón se echó a reír.

—Me voy de embajador a Yugoslavia.

—Estupendo, ¿quién es ahí el presidente?

—Josip Broz, Tito. Comunista, pero a toda madre el cabrón…

Müller lo celebró, aunque en el fondo pensó que tal vez no volvería a verlo en mucho tiempo, quizá ya nunca.

—Lo hará muy bien, cónsul. Digo, embajador. ¿Juanita está contenta con el nombramiento?

—No mucho, cree que no se acostumbrará a vivir allá, pero haremos lo

posible. La otra noticia es para ti, vas a pegar un grito de felicidad. Bueno, no va con tu temperamento, pero te va a dar gusto.

—¿Me consiguió un nuevo empleo? Porque me daría vergüenza que sea otro préstamo.

—No vas a necesitar ni una cosa ni la otra. El litigio salió favorable, la hacienda y las tierras en Chiapas vuelven a tus manos. Técnicamente eres un hombre próspero, pero tendrás que hacer algo porque con el embargo no se volvió a producir un solo gramo de café… ¿No dices nada? No me digas que no es una buena noticia.

Respiró hondo, no quería permitir que le saltaran las lágrimas, como aquella vez que vio a Patrón al pie de la avioneta.

—Yo también tengo algo para usted… —dijo, satisfecho de que, por primera vez, iba a corresponder en algo a todas sus deudas—. En aquel cajón…

El cónsul lo miró, dubitativo; fue al mueble, abrió y vio un sobre. Todavía desconcertado, volvió a mirar a Müller; luego tomó el sobre y lo abrió. Apenas sacó un poco el contenido y lo regresó rápidamente, como si le quemara las manos.

—No tiene que decir nada, cónsul. No es cosa mía —dijo Müller al ver a Patrón vulnerable; era la primera vez desde que lo conocía.

Este se desplazó con el sobre en las manos, como quien trae una granada y no sabe dónde arrojarla, incapaz de mirar a Müller, que seguía sus movimientos. Patrón fue a la estufa, encendió una hornilla y acercó el sobre con cierta desesperación, como la que Müller tuvo aquella noche en Kripp, al intentar quemar *El Principito* para calentarse las manos y evitar la gangrena. Este hombre se notaba igualmente ansioso y frágil, por sus propias razones. El sobre fue quemándose hasta que lo soltó y lo miró terminar de consumirse.

—Lo hubiera perdido todo, ¿sabes? Mi trabajo, a Juanita y tal vez hasta la vida. Sobre todo a Juanita. Gracias por el regalo.

—Quien realmente se lo dio fue Hilda Krüger.

Patrón asintió, se acercó a Müller y le tendió la mano.

—¿Qué hace? —espetó—. Es de mala suerte que se despida así.

Esta vez a quien se le inundaron los ojos de lágrimas fue a Federico Patrón.

65

El tieso botones de la Trump Tower, ubicada en el 725 de la Quinta Avenida, entre las calles 56 y 57, en el Midtown Manhattan, revisaba escrupulosamente las identificaciones y la carta invitación de quienes se detenían frente a la pluma del estacionamiento en sus lujosos vehículos, antes de entregarles un gafete color oro con solo dos iniciales, S. P., y pedirles que lo portaran de forma visible y lo utilizaran para cruzar los diferentes accesos de las instalaciones. «La señorita Romina Estévez lo espera en la recepción», remataba con diáfana cortesía. A continuación, esa gente ingresaba desde el estacionamiento al ascensor; este se detenía en la recepción del piso cincuenta y ocho, cuyo cristal de fondo ofrecía una buena panorámica de la ciudad.

Romina Estévez también portaba un gafete oro en su impecable *blazer* azul, el cual contrastaba de manera especial con su cabello pelirrojo bien recogido; los saludaba amistosamente e indicaba la sala de estar, diciéndoles que en cosa de minutos, cuando llegaran los demás invitados, los llevaría al salón del evento. Mientras tanto, otro miembro del *staff* les ofrecía bebidas y canapés.

Al filo de las cinco de la tarde, Romina se acercó a los nueve participantes y dijo en voz alta sus nombres, todos falsos por supuesto, pero que, a juzgar por su buen vestir, parecían corresponder a gente acaudalada. Así estaban, pues, aquel árabe vestido con su largo y blanquísimo *thawb* y su turbante, que alzó la mano cuando Romina dijo «Señor Sahara»; un flemático inglés que portaba, curiosamente, un Rolex Daytona, llamado «señor Londres»; una rubia de mediana edad, la «señora Flor de Invierno»; el joven oriental, «señor Arroz»; y la dama en silla de ruedas electromecánica, «señora Valquiria». Mientras ella los mencionaba, un joven le colocaba a cada uno en el gafete una pegatina con el nombre dicho.

—Si son tan amables… —Romina señaló aquella puerta de cedro pulido al alto brillo y todos la siguieron. Otro miembro de *staff* los recibió y los acompañó a los asientos que les habían asignado, todos cerca del podio

armado con un micrófono; al lado se distinguía una pantalla blanca y, al fondo, una sencilla cortina gris.

Minutos después, un sujeto de traje azul ultramarino y corbatín rojo apareció por uno de los extremos del escenario. Fue detrás del micrófono, lanzó una breve mirada y una sonrisa a los presentes. Entonces, habló con el estilo de un comediante intelectual:

—Damas y caballeros, permítanme contarles algo que seguro ustedes no saben, pues esta es la primera vez que vienen y también la única que vendrán. No porque no quisiéramos verlos cada tres años, que es cuando llevamos a cabo nuestro evento exclusivo, sino porque es tan exclusivo que solo se puede participar en él una vez en la vida… No les quepa la menor duda de que las personas que están a su lado cuentan con las acreditaciones para estar aquí en todos los sentidos. Cada uno vivió de forma personal un largo proceso de selección, no solo para confirmar un poder adquisitivo importante, sino un capital cultural, un amor al arte y a la historia, muy ajeno al mundo político o al de la farándula. Si buscan a un reguetonero con pasta, no lo van a ver por aquí…

Los presentes se echaron a reír con suavidad y discreción.

—Espero que cuando se vayan de aquí sea llevándose lo que vinieron a buscar. Y si no hubo suerte, al menos no se olviden de llevarse la pluma con el logo de Pandora Seguridad.

De nuevo hubo risas, esta vez más abiertas y francas.

—En esta ocasión, queridos amigos, la subasta consta de tres piezas memorables y únicas, obtenidas no sin grandes dificultades y peripecias que no están ustedes para saber ni nosotros para contárselas. Pero no pasa nada, ese es el trabajo de Pandora Seguridad: la búsqueda, localización y obtención de objetos perdidos de gran valor económico y simbólico, algunos incluso considerados inexistentes, producto de leyendas y mitos, o supuestamente destruidos en algún hecho histórico… Señorita Estévez, ¿puede abrir la cortina si es tan amable?

Romina, que todo ese tiempo permaneció en un extremo con las manos reposando al frente, se desplazó hasta un interruptor. Al oprimirlo se abrieron las cortinas grises, mostrando de cara al auditorio tres urnas de cristal. En la primera había unos rollos de papel; en la segunda, un objeto oxidado; en la tercera, un libro. El hombre quitó el micrófono de su sitio y lo llevó con él, paseándose entre cada uno de los objetos.

—He aquí nada menos que los planos perdidos de la bomba atómica —señaló los rollos de papel—. ¿Pueden imaginarlo? La primera arma capaz de borrar al planeta de su lugar en el universo. Les pido que cierren los ojos e imaginen estos planos enmarcados en la pared de su sala. Ustedes, cómodamente sentados en su sillón favorito, bebiendo una copa de Pernod o

de champán, abren los ojos y miran enfrente de ustedes esos planos que, de ponerse en acción, podrían acabar con el mundo. Ustedes son dueños del destino. Ustedes deciden que el mundo siga existiendo…

Hizo una pausa y, aprovechando aquel silencio placentero, caminó hacia la siguiente vitrina:

—¿Qué es esto? Parece tosco y oxidado. No, no parece, lo está. Y es que tiene nada menos que cinco siglos de existencia. ¿Alguien adivina qué es?

—¿Algo con que golpear a mi esposo cuando bebe demasiado Pernod? —aventuró la señora Valquiria.

Esta vez las risas fueron destempladas y todos miraron a la mujer con simpatía.

—No lo descartemos —apuntó el hombre, sacando unas cuantas carcajadas más—. Sin embargo, en realidad se trata de un cinturón de castidad del siglo xv. No cualquier cinturón de castidad, sino el que usara Juana de Arco en el asedio de Orleans… ¿Quieren corroborar ese dato? Recurran al poema *Orlando enamorado,* del célebre Matteo Maria Boiardo. Pero no a cualquier ejemplar. Es necesario acercarse a la versión extraviada del final del último de los tres libros, que añade esa alegoría…

—¿Es lo que está en la tercera vitrina? —interrogó el árabe.

—Lamento decirle que no. Pero en tres años será una de nuestras siguientes subastas.

—Ya ha dicho que no se puede venir dos veces —le recordó el señor Arroz.

—Habrá que sacarle fotocopias —propuso la señora Valquiria. Se estaba llevando la tarde.

—Por último —el hombre señaló la tercera vitrina—, este candor narrativo… *El Principito* del célebre Antoine de Saint-Exupéry. Pero ¿qué tiene este ejemplar de singular, de irrepetible? Que el autor se lo dictó de viva voz a su esposa Consuelo Suncín y ella lo transcribió a máquina en español. ¿Pueden imaginar eso?

—Doy medio millón de euros por él —ofreció sin más la señora Flor de Invierno.

Todos voltearon a verla.

—Qué entusiasmo da el entusiasmo —dijo el hombre—. Pero poco a poco… Precios de salida: los planos de la bomba atómica, tres millones de euros; cinturón de castidad de la valerosa Juana de Arco, siete millones; *El Principito*, dos millones de euros… Lo sé, cantidades estratosféricas, pero objetos únicos para personas únicas… ¿Quién está dispuesto a rescatar cada una de estas obras de arte del olvido?

66

Ernestine Hansen salió por las puertas del aeropuerto internacional de Montreal, cansada pero satisfecha de su viaje a Nueva York. Miró frontalmente a la muchedumbre, a la espera de sus conocidos y familiares. No le costó trabajo ubicar a Helena, no solo porque la jovencita estuviera alzando aquel letrero con el nombre de Ernestine Hansen, sino porque poseía la particular mezcla de facciones de los Hansen y los Tondopó: ojos azules pero alargados, labios gruesos, mandíbula fuerte y frente despejada y serena.

—Llegué —dijo Ernestine y abrazó a Helena con tímida efusividad.

—Sí —confirmó esta sin encontrar más palabras—. Te ayudo —añadió, haciéndose del equipaje y encontrando en ese ofrecimiento la forma de romper el hielo.

—Yo lo llevó —dijo su tía cuando la chica intentó recogerle del hombro aquel elegante portafolio de piel color miel.

Más adelante se hicieron de un carrito y pusieron en él las dos maletas y el bolso de mano, menos el portafolio.

—¿A qué hora salimos? —interrogó la chica.

—No me acuerdo, déjame ver… —Ernestine recuperó el bolso, sacó los boletos de viaje y los revisó—. En una hora. Nos da tiempo de un café.

Fueron a beberlo en uno de los establecimientos. Ambas parecían incómodas de estar con la otra y, al mismo tiempo, hacían todo lo posible por desvivirse en pequeños detalles de amabilidad. «¿Quieres azúcar?». «No la acostumbro». «Yo tampoco». «Mejor…». Fueron a sentarse en una banca cerca del pasillo por donde iban y venían los viajeros de distintas razas y procedencias. Los cafés les sirvieron para no tener que hablar todo el tiempo. Había que callarse y beberlo, esa era la idea, pero no es que quisieran comportarse así. El silencio resultaba inquietante y lastimoso. Había que romperlo.

—Te pareces mucho a tu padre. —Se atrevió a decir Ernestine, añadiendo una sonrisa de cariño. La chica solo asintió—. A tu madre también —compuso

la tía.

—Sí, ya sé. Los hoyitos. —Sonrió Helena—. Todo mundo me lo dice.

—¿En serio?

—En la escuela me hacían burla.

—Tontos, te dan mucho encanto.

—Esto es de los Hansen, ¿verdad? —Se señaló un lunar en un ángulo de la quijada.

—Muy de los Hansen.

—Y esto de los Tondopó. —Helena frunció el ceño y al centro se le dibujó una pequeña cruz de arrugas.

Ernestine comprendió que Federico, su hermano y padre de la chica, le había dicho todo eso, lo cual le agradeció íntimamente.

—¿Qué tal tu viaje a Nueva York?

—Estupendo. Todo muy bien.

—Qué bien…

De nuevo iban camino a la incomunicación. Ernestine buscó mentalmente opciones temáticas. Preguntarle por qué no la había ido a dejar su madre al aeropuerto no era una. A sus dieciséis, la chica ya peleaba su independencia. Además, ya por mensajes se habían comunicado todo el tiempo y Carol sabía bien que Ernestine cuidaría de Helena esos tres meses que estaría en México. ¿Qué tal la escuela, los amigos, el novio? ¿Resultaba entrometido? O quizá era el momento de hablar de su padre. Hacía ya seis meses que había muerto, pero tampoco era buena idea, pues la enfermedad de Federico había sido larga y penosa, y ya no vivía con Helena y Carol. «A los cincuenta y cuatro años, mierda. Qué joven, qué dolor». Ernestine dejó de pensar en Helena y se remontó a su propia infancia y la de sus hermanos: Federico, Felipe, Antoine y Katia. Feliz infancia en la hacienda, siempre llena de sol, de lluvia y de verdes campos, corriendo entre los cafetales, mientras mamá y papá estaban en la faena con los trabajadores. Cada hermano tenía su carácter, eran inconfundibles… ¿No le debería estar contando todo esto a Helena en vez de solo pensarlo?

—Estoy tentada a hacerme uno de esos —dijo Ernestine, señalando un antebrazo de la chica, en el que se dibujaba una pequeña víbora mordiéndose la cola—. ¿Puedo ver?

Helena le acercó el brazo con un gesto levemente defensivo.

—¿Duele?

—No. —Helena movió el brazo.

—Me refiero a cuando lo hacen —sonrió la tía.

—Ah, sí, un poco...

Ernestine miró de nuevo y descubrió otro tatuaje más pequeño en una de las escamas de la víbora, que enseguida le descompuso el semblante.

—¿Tienes idea de lo que significa esto? ¿Los millones de seres humanos que murieron por culpa de los nazis? Lo bueno es que no es grande, un cirujano te lo puede quitar.

—¿Quitar qué?

—Tú sabes qué.

—No, no sé qué.

—Helena, no voy a discutir, ese tatuaje es inadmisible, representa algo aborrecible. No creo que no te lo haya dicho tu padre. —La chica sonrió burlona—. No le veo la gracia.

—Tanto escándalo por un símbolo.

—Una esvástica, Helena.

—¿Una qué? —Volvió a reír, un tanto más intensamente—. Fíjate bien, por favor. No es una esvástica. Es el símbolo de Saturno.

La tía le cogió el brazo con cierta brusquedad y acercó la mirada. Ciertamente, el dibujo estaba diseñado de tal forma que podía interpretarse de ambas maneras.

—De todos modos, no está bien —sentenció para no ceder del todo.

En definitiva, la comunicación quedó rota. Ernestine se llamó imbécil mil veces dentro de su cabeza; largaba miradas discretas a la chica, tenía las mejillas encendidas de furia, como se le ponían a Federico cuando estaba por reventar contra todos. Entonces sí, sálvese quien pueda. Corrían a esconderse. Felipe, hábil en trepar árboles como un chango, ya estaba en lo alto de uno. Katia, detrás de unas piedras, le daba mil explicaciones a su hermano por la travesura, porque nadie le paraba la boca. Antoine también trataba de razonar con él; era un pequeño filósofo en potencia, algo ensimismado; a veces se tendía en los cafetales con la mirada perdida en el cielo haciéndose mil preguntas sobre el porqué de la vida. Y ella, Ernestine, se decía: «Demonios, si mamá y papá se enojan me van a castigar y no podré salir en varios días».

—¿Crees que no sé que mi abuelo era nazi? —espetó de golpe Helena.

Ahí estaba ya, la furia había estallado al estilo Federico.

—¿Quién te dijo eso?

—Se lo escuché decir a papá.

—¿Y por algo que escuchaste a medias ya lo das por hecho?

—¿Lo fue o no?

—Fue más que eso.

Su respuesta le pareció a sí misma un acertijo, quizá una evasiva para la muchacha, que le devolvió un gesto displicente. Entonces pensó en la última vez que papá y Federico hablaron luego de años de distanciamiento. Sí, nadie duda que fue una reconciliación, y que Federico le dijo a toda la familia que los amaba y los echaba de menos, pero también era cierto que esa reconciliación fue a través de una pantalla de computadora. Maldita modernidad. ¿Dónde

había quedado eso de buscarse por todos los medios y abrazarse? Ahí estaba la imagen de ese Federico en pantalla, recién rapado por lo de las quimios, emotivo como nunca lo fue. Y papá del otro lado, diciéndole que lo perdonara si había sido duro con él, que la guerra y muchas cosas más le habían endurecido demasiado el pellejo, y que a menudo intentaba recordar las palabras de un viejo amigo, el cual, en las peores circunstancias, le decía que debía ser más bromista y menos ceñudo. Federico y papá terminaron por reír al recordar cosas, aunque lo que le daba un toque triste era que esas cosas habían sucedido hacía muchos años, cuando Federico y los demás eran niños.

—Lo siento —dijo Helena al ver que, discretamente, se quitaba una lágrima—. No quise ofender al abuelo.

—Ya no hay nada que ofenda al abuelo —respondió Ernestine con ese orgullo que siempre lastró.

Varias horas después, Helena miraba por la ventanilla de una avioneta —en la cual se embarcaron después del largo viaje de Montreal a la Ciudad de México— y descubrió los prósperos cafetales del Soconusco.

—*Ak k'in* quiere decir «señor Sol» en lacandón. Así llamaba mamá a papá —explicó Ernestine cuando pasaron cerca del arco que portaba el nombre de «Hacienda de Ak'Kin».

Poco después, una nube de polvo se levantó contra las paredes blancas y los techos de ladrillo de la casa, cuando la avioneta descendió en la planicie.

Ernestine llevó a Helena frente a una mesa larga al centro del jardín, donde había más de cincuenta personas. La chica los recorrió con una mirada; le parecía singular que la mayoría de ellos se distinguían marcadamente en tres razas: una rubia y blanca en extremo, otra morena e indígena, y otros, la mayoría, una mezcla de las dos anteriores. Muchos de esos indígenas vestían una simple túnica blanca y llevaban sueltas hasta el hombro sus largas cabelleras oscuras, tanto hombres como mujeres. Igualmente le llamó la atención descubrir un par de albinos entre ellos, rubios hasta las pestañas. Los de piel blanca vestían al estilo occidental. Pero no formaban grupos separados: estaban revueltos y no parecían cohibirse.

Ernestine presentó a la jovencita por su nombre y como hija de Federico. Después le señaló a ella quiénes eran sus tíos Felipe, Katia y Antoine, así como varios primos y otros familiares cuyos nombres no pudo retener en su mente.

—Siéntate aquí. —Antoine le abrió un espacio.

—Primero la voy a llevar a que la vea mamá —dijo Ernestine.

Antoine asintió.

Helena volvió a mirarlos a todos antes de irse. Sobre la mesa había bebidas y algunos alimentos intercalados entre recipientes con flores blancas y grandes.

Ernestine la condujo hasta la puerta de la casa; estaba abierta por completo y enseguida podía verse aquel ataúd al centro del gran salón, rodeado por

flores similares a las de la mesa. Pese a que Helena ya sabía que asistiría al funeral del abuelo, no dejó de afectarle la imagen del ataúd, con las flores, la música sacra y tenue saliendo de algún sitio. Y, sobre todo, la de aquella mujer mayor que no llegaba a ser anciana, de facciones indígenas pero vestida de un luto singular y elegante. Usaba una túnica similar a la de los indígenas que estaban en el jardín, pero negra y con encajes de símbolos y grecas de colores vivos: rojos, verdes y azules.

—Ella es Helena —dijo Ernestine.

La mujer, que antes había tenido un gesto no triste pero sí nostálgico, sonrió como si el sol acabara de entrar y se hubiera tendido en aquel piso de madera. Extendió los brazos. La muchacha, sin comprender la razón, corrió a ellos sin vacilar, dejando que la envolvieran en su calidez.

—Bienvenida a casa.

Ernestine se desarmó por completo y dejó caer algunas lágrimas.

La música sacra desapareció y comenzó otra más alegre de acordeón, aunque en un tono poco audible.

—Esa —dijo la abuela sonriendo—, esa le gustaba mucho a tu abuelo.

Helena trató de escucharla y sonrió, asintiendo.

—¿Lo conseguiste? —le preguntó la abuela a Ernestine.

Esta se quitó el portafolio del hombro. Lo abrió y sacó aquel viejo libro, que colocó en manos de su madre.

—¿Nos ayudas a despedirlo? —le preguntó dulcemente la mujer a Helena. Esta comprendió que estaba por participar de un ritual y asintió, respetuosa.

Las tres mujeres se acercaron al féretro. Helena contempló por primera vez el rostro de su abuelo, digno y sereno, encontrándose en sus rasgos. La abuela puso el libro entre aquellas manos finas e inertes y murmuró con extrema dulzura:

—¿Lo ves? Lo que es tuyo siempre regresa a tus manos... Buen viaje, Ak k'in.

Esa imagen permanecería en la mente de Helena Hansen durante toda su vida que, en realidad, estaba por comenzar: la del *Principito* en las manos de Hugo Hansen y la de aquella tonada cuyo nombre, sabría después, rumbo al cementerio, era «El barrilito de cerveza».

67

Mi cumpleaños cuarenta iba quedando atrás en el calendario, por eso tuve mis razones para creer que había vencido la maldición paterna de las muertes a esa fatídica edad; sin embargo, todavía no podía cantar victoria, pues quedaba la posibilidad de que, cuando fuera mi turno, ocurriera de una forma trágica o extraña.

En cuanto le di el libro a Romina las cosas regresaron a la normalidad. Volví a los despojos y el Gordo dejó de compadecerme por mi supuesto secuestro. Me enviaba a las peores faenas, a esta o aquella zona caliente, donde un novato en el ramo podía perder la razón. No alguien como Aurelio Lima Perea, porque hay que reconocer que yo ya estaba medio chalado.

Debo decir que me importó un bledo deshacerme del *Principito*, lo cual me hizo darme cuenta de que en realidad me importaba más el contenido que el objeto. Y ese contenido no se lo pudo llevar Romina. Era propiedad de cualquiera. Dicho de otro modo, patrimonio de la humanidad. Nunca supe quién ni por qué estaba tan interesado y había puesto todo patas arriba por ese jodido ejemplar. Así que me quedé con la versión de Tío Neto: se trataba de un objeto maldito.

Lo que sí me pegó con tubo fue el desengaño amoroso. Me había acostumbrado más de lo que pensé a Romina y a los días en casa, haciendo el amor, comiendo pizzas o tacos, hablando y riendo por cualquier tontería, sabiendo que ella estaría ahí para mí, cuando yo regresaba de la faena.

Lo único que quedó de nuestra relación fueron dos gatos, Bola y Tizón. Me había dejado de papá soltero. Para colmo, se llevaban fatal. Bola era muy territorial y Tizón un bravucón. La falsa tía de Romina nunca regresó al departamento (supongo que lo del susto fue en serio) y pronto llegaron nuevos inquilinos: una familia ruidosa cuyos pasos oía correr en mi techo de día y de noche. Eso no me molestaba, pero sí su jodida música de banda, aturdidora y repetitiva, todos los fines de semana. De cualquier forma, lo agradecía en el fondo, pues atenuaba el silencio enloquecedor en el que me zambullía de

forma enfermiza.

Ese día, la faena fue en un asilo de la colonia Del Valle. Nos tocó a doña Trini, Ortiz y a mí. Por primera vez, desde que conocía a esa vieja mañosa, la vi realmente afectada cuando descubrió en aquel salón una silla de ruedas hecha añicos, los muebles volteados, la pared con las fotos de los ancianos, uno sonriente, y el letrero que decía: «El mejor amigo del mes», todo salpicado de sangre.

—No llore, doña Trini —le dijo Ortiz.

—Tú porque estás joven y todavía pendejo, pero deja que llegues a mi edad —le espetó ella con su habitual amargura.

Nos pusimos manos a la obra. Ortiz y yo a desechar objetos; doña Trini, como siempre, a lo que se le diera la gana.

—¿Qué es eso? —preguntó ella al poco rato.

El ruido provenía de una de las habitaciones. Fuimos juntos. Algo se movía adentro del clóset.

—Hay que llamar a la poli —sugirió Ortiz.

—¿Y si tardan y hay alguien adentro que necesita ayuda? —interrogó doña Trini.

—Pues ni modo, pero, si abrimos, podemos meternos en una broncota.

—Hazte a un lado, pocos huevos. —Lo empujó y deslizó una puerta del clóset.

El espectáculo nos dejó lelos. De aquella vulva dilatada salía algo parecido a un chorizo gordo envuelto en placenta y cayó junto a otros tres que, con los ojos cerrados, movían sus pequeñas y pesadas cabezas. La madre, una perra no muy grande, jadeaba sacudiéndose en sus esfuerzos.

—¿Está pariendo? —interrogó Ortiz.

—No, pendejo, está viendo una película... ¡Vayan a traer agua y trapos y algo con que cortar los cordones umbilicales! —ordenó doña Trini y se aprestó a acercarse a la perra, hablándole con suavidad para ganarse su confianza.

Ortiz y yo regresamos al salón. Le dije que él ayudara a doña Trini y yo seguiría con la faena o sería el cuento de nunca acabar. Estuvo de acuerdo. Ortiz regresó a la habitación con lo que ella le pidió y yo fui hacia otra parte de la casa para ver si ahí había más despojos.

Di con una sala de lectura; contaba con tres mesas y sillas y un librero con algunos libros, no más de treinta. El lugar resultaba agradable, pues había una ventana con macetones de flores rojas que daba al jardincito. El sitio estaba intacto. Lo feo no había llegado hasta ahí.

—¡Son cinco! —Escuché a Ortiz celebrar.

Miré el librero, luego en todas direcciones. No tendría nada de malo echar un vistazo, ¿cierto?

La comedia humana, obras completas de Balzac; *El ruido y la furia* de

Faulkner; *Las mil y una noches*… Buena selección. Pasé mis dedos nerviosos e intranquilos por los lomos, desde *El Principito* no había vuelto a las andadas… Un momento. ¿Y esto?

Saqué aquel libro de su lugar. *El soldado desconocido*. Yo conocía la choncha y vieja novela de Antonio Fossati. Pero este era un libro flaco, flaquísimo. Y el autor un tal Federico Patrón. Entonces me dije: «Qué tentación».

—No lo hagas, Aurelio.

Miré hacia la puerta. La figura de Efrén (producto de mi imaginación, desde luego) se desvaneció en el aire con un gesto de advertencia.

—¡Siete en total, siete!

Cuando fui a la habitación, encontré a doña Trini y Ortiz limpiando a los perritos recién nacidos. La madre parecía noble y tranquila, además de exhausta. Pero ¿qué venía después? ¿Quién se haría cargo de ellos? Yo zafé enseguida diciéndoles que tenía gatos en casa. Al final, doña Trini, quejándose de que Ortiz no tuviera sentimientos, ofreció quedarse con ellos si y solo si él y yo hacíamos la faena completa y ella podía pedir un taxi (que yo pagaría) e irse ya.

Aceptamos.

Trabajamos en paz y en silencio sin parar, y al cabo de cuatro horas todo quedó listo. Ortiz me contó que había ahorrado un buen dinero, que había conocido a una chica cuyo padre era dueño de un supermercado pequeño pero exitoso en Morelia, así que en un par de meses dejaría ese maldito trabajo de los despojos y se iría a atender el negocio de su suegro. Supuse que con el tiempo, cuando también doña Trini y el viejo Montiel se jubilaran, yo sería el nuevo veterano; llegaría gente joven a la cual adiestrar, les diría que se guardaran sus emociones, como la basura debajo de la alfombra, para no enloquecer, pero que al mismo tiempo no se deshumanizaran. Me haría cargo, claro que sí, aunque no perdía las esperanzas de que un día regresara Efrén, feliz de haber convencido a Amanda de seguir adelante. Los echaba de menos.

Esta vez abrí tres latas de atún, ya se sabe quiénes éramos los tres gatos en ese lugar. Despejé la mesa. Puse ahí mi nueva adquisición. Tenía previsto que, cuando terminara de leer *El soldado desconocido*, lo llevaría a una librería en Donceles y lo dejaría discretamente en un anaquel, para evitarme la pena de una nueva maldición. «¿Estás seguro?», me pregunté por última vez, sabiendo que en cuanto leyera las primeras páginas no habría retorno. El viejo Aurelio, el loco de los libros, el inadaptado, regresaría para no irse jamás.

«Seguro», me respondí y abrí el libro. Primer Dresde. Capítulo uno.

Sonó el timbre de la puerta; dudé unos momentos, pero insistieron. Me levanté y abrí.

—Traje comida china —dijo Romina mostrándome las cajitas de cartón.

Me fui de espaldas. Ella no se inmutó.

—¿Seguimos con lo que dejamos a medias? Por mi parte, ya no quiero saber tus secretos.

La miré, miré la mesa. De un lado el libro y del otro la mujer. Carajo, la decisión no era fácil. La decisión podía costarme la razón o la vida.

68

No terminaba de saber si había sido por escrúpulos o cobardía que le pidió al mayor Lutz no ser el encargado de ejecutar a Exupéry. «Te comprendo, tampoco yo sería capaz», respondió Lutz. Pero esto no hizo desaparecer la zozobra. A partir de ese momento, Müller vivió cada segundo esperando que alguien le diera la mala noticia o escucharla como un comentario entre los soldados. Ya mandaron de paseo al tal Cazotte. Sí, Jacques Cazotte sería el nombre con el cual lo recordarían los que supieron de él en San Sabba y luego en Dresde. Un nombre que todos sabían tan falso como una moneda de una denominación que no existe, pero que alguien acuñó provocando la paradoja de que la moneda fuera real.

Esa noche del 13 de febrero de 1945, todas las alarmas sonaron tremebundas y repentinas. No se trataba de un simulacro. Ningún soldado, ebrio por el curso adverso de la guerra que ya olía a derrota, las hacía sonar. A quienes se placían en brazos de Morfeo se les exigió despertar enseguida e ir a ocupar sus posiciones previstas para la defensa de Dresde, y los que ya montaban guardia miraron el cielo, anhelando que siguiera negro e inexpugnable.

Müller se sumó al cauce de soldados que se agolpaban en el pasillo, alcanzó el patio central y lo paralizó el espectáculo crepuscular de un cielo plenamente iluminado, fragmento a fragmento, por decenas de racimos de luces, lo que los civiles y los propios soldados solían llamar «árboles de Navidad»; bengalas disparadas por los aviones para aclarar con luz diurna el paisaje donde se eyectarían toneladas de plomo.

Müller evadió ir hacia los cañones antiaéreos y corrió hacia el lugar donde mantenían a Cazotte. La situación tenía tufo a muerte, pero también representaba la oportunidad de darle su libertad a Exupéry y que huyera de la base militar y después se buscara la vida. Justo es, pensó Müller, que un hombre afronte su destino sin que a este lo marque el ventajismo de sus semejantes.

—¡Cazotte! ¡Cazotte! —comenzó a gritar, corriendo por el pasillo completamente despejado—. ¡Cazotte, hay que salir de aquí de inmediato!

Abrió la puerta de la habitación con el semblante marcado por la esperanza y la adrenalina. Entonces lo golpeó aquella imagen de orden y soledad. El camastro estaba tendido, la mesa despejada, la silla que Cazotte solía voltear hacia el camastro, en orden con las demás, y el mueble contra el espejo sin sus afeites habituales: el peine, una loción diluida con agua.

No lo aceptó enseguida, tuvo que acercarse al camastro y mirarlo de lleno. Entonces descubrió aquel punto en la almohada: no era más grande que el tamaño de un limón. La sangre aún estaba fresca. Y aunque lo estremeció, no aceptó que lo hubieran ejecutado ahí, pues la mancha de sangre tendría que ser de otra forma, habría despojos por todas partes.

—¿Qué diablos haces aquí, Müller?

Volteó hacia la puerta. Un compañero, lívido como un fantasma, lo miraba con sorpresa. Müller se abalanzó y lo tomó por el cuello.

—¿Dónde está Cazotte?

—¿Cazotte? ¿A quién mierdas le importa? ¡Vámonos ya, Müller! ¡Es el fin del mundo!

Müller lo apartó bruscamente y salió corriendo de ahí, pensando que comprobaría la ejecución en el Muro de las Lamentaciones, como los soldados solían llamar a la pared en el lado norte, donde ejecutaban a los prisioneros de un tiro.

Al volver a salir a la calle, lo sacudió el estruendo de la primera bomba. No había caído ni remotamente cerca, pero iluminó el cielo como si le hubieran arrojado una cubeta gigante de sangre y fuego.

En tres minutos se encontró con la perspectiva angular del muro iluminado por los reflectores; ninguna de aquellas manchas de sangre proyectaban frescura, tampoco yacía ahí nadie.

—¡Müller! ¡Vámonos ya! ¡Están ordenando evacuar! —le gritó un soldado que corría hacia el sur.

Aquel fue rápido y lo detuvo bruscamente.

—¿Dónde está Cazotte?

—¿Quién?

—¡El prisionero! ¿Dónde lo ejecutaron?

—¡Hoy no se ha ejecutado a nadie! ¡Vámonos ya, por amor de Dios! —El soldado le pegó un empujón y salió disparado hasta perderse de vista.

Lo siguiente fue un sucedáneo de imágenes rotas. Los cañones antiaéreos 88 mm Flak abandonados a los pocos minutos en que los aviones de la armada inglesa colmaran por decenas el cielo con su ruido metálico; las primeras bombas golpeando de forma estridente los techos de los edificios, monumentos y calles principales. Esos veinte segundos de silencio en los que

aquellos artefactos no hacían otra cosa que sobrecoger con su quieta presencia a quienes estaban cerca para, de pronto, estallar reventándolo todo: concreto, ventanas, espacios familiares, vidas y sueños. Ya nadie corría en una dirección específica, pero algo era completamente seguro: todos corrían.

Müller se detuvo, jalando aire con sabor a plomo en el cruce de dos calles. Contempló la franja horizontal de ventanas de un edificio, por el que los civiles bajaban apurados las escaleras, seguramente con la idea de ir al sótano a refugiarse. Observó, como en una película, a la madre apresurando a sus pequeños, a la abuela que iba lo más deprisa posible y a regañadientes, a la chiquita con el oso de peluche fuertemente abrazado, a un hombre que pegaba un salto por sobre el barandal para arrojarse a la planta baja de una buena vez; todos aquellos que, antes de que pudieran alcanzar el sótano, desaparecieron frente a sus ojos en cosa de segundos con el estruendo de una llamarada furiosa.

Lo siguiente fue respirar, tocarse y saberse vivo, y sentir vergüenza y felicidad por tal cosa, e irse de ahí y encontrar un puñado de muertos a la orilla de un charco.

—¡Amigo! ¡Aquí! ¡Ven aquí ahora mismo! —le gritó una voz cuando por la esquina aparecieron los huracanes de fuego que, en su circular cauce, atraían y succionaban a la gente, revolviéndola y consumiéndola en su fulgor infernal.

—¡Exupéry! ¡Exupéry! —gritó un Müller avivado, tenaz, feliz y despavorido al ver al falso Jacques Cazotte que se aferraba fuertemente a una farola con ambas manos, casi en postura horizontal, luchando por no ser succionado por el viento que corría a raudales hacia el centro del huracán de fuego.

—¿Qué demonios haces, imbécil? —le gritó un hombre cuando vio a Müller correr hacia la farola, pescándolo de un pie.

—¡Exupéry! ¡Exupéry! —se desgañitó Müller a ras del suelo, acusando los milimétricos pedruscos de tierra incandescente que le herían los ojos, hasta que cerró los párpados para no quedar ciego y, al abrirlos, descubrió que lo único que había contra la farola era una hoja de periódico que se le había estampado con el viento.

—¡Ahí no hay nadie! —aulló el hombre que le había salvado la vida—. ¡No se mueva si no quiere morir!

Cuando el ataque cesó, Müller fue en zigzag mirando la belleza agónica de Dresde, de su hermosa e incomparable arquitectura, de sus candorosos lugares, de las callejuelas donde por la mañana vio jugar a niños disfrazados de príncipes, indios y vaqueros, magos y hadas, pues había sido día de carnaval. Recorrió esas calles gritando a todo pulmón. «¡Exupéry! ¡Exupéry! ¡Amigo! ¡Amigo!» y, cuando por segundos perdió la cordura al ver una abuela tratando de limpiar manchas de lumbre a su nieto, o a un hombre corriendo con un

bebé en brazos y depositándoselo a una mujer en los suyos sin dejar de correr, y a ella corriendo con el bebé al que se le caía una pierna, entonces Müller gritó: «¡Principito! ¡Principito! ¡Regrese! ¡Regrese! ¡Es necesario!».

Alzó la cabeza y se quedó extasiado con la marquesina del circo Sarrasani. Cruzó las puertas sin pagar boleto. Miró el circular escenario de arena, las butacas vacías, aunque pudo escuchar el fantasmal ruido de sobrecogimiento de los espectadores cuando los trapecistas se soltaban a muchos metros del suelo y de pronto se pescaban de las manos, y las risas felices y cándidas de los chiquillos cuando los payasos hacían sus gracias o los animales mostraban nobleza. Llegó al sótano, donde terminó refugiado con los cirqueros que aún vestían sus llamativas ropas de artistas.

De madrugada, cuando consideró que se había terminado el infierno, salió a la superficie. Su mala orientación fue peor que nunca, pues ya no quedaba un solo edificio en pie para poder guiarse. Descubrió un sembradío de cadáveres con las caras retorcidas como si se burlaran de la muerte o la muerte de ellos. Caminó respirando el olor a carne quemada, escuchando la sangre que aún hervía en los cuerpos. Por allá tres leones daban tumbos en carne viva, buscando piedad humana; un mono acariciaba a otro sus heridas; una jirafa con el largo cuello roto arrastraba la cabeza peinando la calle. Pilas de niños reventados, disfrazados de damas de coctel, duendes y arlequines; gente que iba aparentemente intacta y, de la nada, se prendía en llamas. Otros que intentaban apagarse en las fuentes y al contacto con el agua se fundían en un chicle de fósforo y fuego líquido.

El dulce sonido de un violín lo hizo detenerse. La música era ligera, triste y celestial; le hizo pensar que todo había sido una pesadilla de la que pronto despertaría. Al doblar un muro a punto de venirse abajo, descubrió, sentado en la espalda de la estatua caída de Martín Lutero, a un anciano que, ajeno a toda desgracia, con gesto amoroso tocaba en su polvoriento violín el *Adagio de Albinoni*.

No existía más Dresde, la Florencia del Elba con su palacio de Juedenhof, la plaza Neumarkt y sus barrios y su mercado y sus cafés y sus esquinas donde se citaban los novios para fabricar, entre besos e ingenuidad, el futuro al que tenían derecho. No existía siquiera la fe en que el sol volviera a salir porque el cielo era una nube grisácea donde ya se escuchaba el ruido metálico de la nueva horda de aviones, esta vez norteamericanos, que venían a destruir las vías ferroviarias y a rematar a los que siguieran vivos, los que en procesión caminaban hacia el Elba.

Y mientras las lágrimas hacían surcos ardientes en el rostro de Brune Müller, se preguntó: «Amigo, ¿estás vivo o muerto?».

«Vivo», se respondió, recordando que, por el momento, el Principito se había marchado a su planeta.

Acerca del autor

Joaquín Guerrero-Casasola. Escritor y guionista mexicano, hijo de inmigrante española y padre mexicano, ha residido en diversos países. Es egresado de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana (1982-1986). Es máster en Guion de Ficción para TV y Cine por la Universidad Pontificia de Salamanca (España). Su tesis de licenciatura obtuvo el 2º.Premio Nacional de Tesis en Comunicación (1986) que otorga el Coneicc. Desde 1988, ha sido guionista de televisión en países como México, Serbia y El Salvador. En 2007 publicó su primera novela, *Ley Garrote*, con la que obtuvo en España el Premio Internacional de Novela Negra L'H Confidencial. En 2006 fue becado por Gabriel García Márquez para participar en el Taller de Creación que anualmente imparte en Cuba. Es profesor de Creación Literaria de la Universidad Autónoma de Ciudad de México y cursa estudios de doctorado en la Universidad de Salamanca. En 2008 publicó *El pecado de Mama Bayou*.

© 2021, Joaquín Guerrero-Casasola

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
Fotografías de portada: © iStock
Fotografía del autor: © Julián Guerrero Casasola Pouliot

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2021
ISBN: 978-607-07-7732-5

Primera edición en formato epub: julio de 2021
ISBN: 978-607-07-7735-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE